

SERGIO GUERRA VILABOY

Él es la revolución

Biografía política de Simón Bolívar



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINAMERICANA

Centro de Estudios

Simón
Bolívar



ESTUDIOS

SERIE HISTORIA

Él es la revolución

Biografía política de Simón Bolívar

Sergio Guerra Vilaboy

Él es la revolución

Biografía política de Simón Bolívar



Centro de Estudios
Simón Bolívar 

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana y
Centro de Estudios Simón Bolívar, 2025

Él es la revolución
© Sergio Guerra Vilaboy

IMAGEN DE PORTADA

DISEÑO DE PORTADA

DIAGRAMACIÓN
Odalis C. Vargas B.

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2025
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.0444 y 482.8989

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito Legal: DC2025000647
ISBN: 978-980-01-2512-0

*A Michel Torres Corona,
que me pidió escribiera este libro;
a Sandra, siempre a mi lado
y a Iliana e Ilé*

PREFACIO

SERGIO GUERRA VILABOY

ÉL ES LA REVOLUCIÓN, con esta palabra el mariscal español Pablo Morillo calificó a Simón Bolívar en carta reservada al gobierno de Madrid, después de conocerlo personalmente en 1820. Creo que no hay definición más exacta para el protagonista de esta obra, la principal figura de la independencia de las colonias españolas, a las que también se propuso transformar desde el punto de vista social y económico.

Es muy profusa la documentación y libros de memorias sobre El Libertador y muchas sus biografías, elaboradas desde las perspectivas más diversas y a veces contradictorias. Todas están marcadas, de una u otra manera, por la postura política de sus autores, nacionalidad y formación académica, en la que hay representantes de la impronta positivista (Waldo Frank, Gerhard Masur), el conservadurismo hispanista (Salvador de Madariaga), el revisionismo histórico nacionalista (Indalecio Liévano Aguirre), hasta historiadores marxistas ortodoxos (Iosif Lavrestki, Miguel Acosta Saignes) y de las vertientes historiográficas más contemporáneas (Alfonso Rumazo, David Bushnell, John Lynch, Michael Zeuske).

El texto que presentamos a los lectores ha tomado elementos de esas obras y de estudios especializados de muchos otros autores que aparecen en la bibliografía, con la aspiración de ofrecer una síntesis de la vida del Libertador de la América Meridional, que resalte su excepcional papel en la emancipación hispanoamericana, con el acento puesto en su trayectoria política e ideario de luchador social. *Él es la revolución* también se propone mencionar

a algunos de los cubanos que se cruzaron en su camino, en particular los que buscaron apoyo para la liberación de Cuba, proyecto frustrado por la oposición del gobierno de Estados Unidos. La obra está estructurada en catorce capítulos, titulados con frases del propio Bolívar, que tienen que ver con el contenido específico de cada apartado, extraídas en lo fundamental de su fecunda correspondencia.

Para la confección de esta biografía he contado con el apoyo de muchas personas y colegas. En primer lugar, del doctor Carlos Mario Manrique, de la Universidad Externado de Colombia, que con su sencilla generosidad me fue suministrando muchas de las fuentes bibliográficas que necesité o él mismo me sugirió. También debo gratitud al doctor Lionel Muñoz, de la Universidad Central de Caracas, por sus puntuales recomendaciones, así como a los profesores Julio Buenaño, viejo compañero de la Universidad de San Marcos de Lima y al doctor Jorge Elías Caro, actual presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC), con quien acabé de precisar, en la Quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, el título de esta obra. Un agradecimiento muy especial reservo a la doctora Claudia Rosas, de la Pontificia Universidad Católica de Perú, cuya amable invitación me permitió recorrer, en vísperas del bicentenario, el escenario de la batalla de Ayacucho y participar en los rigurosos debates académicos sobre la independencia con renombrados historiadores de diferentes países, en sendos coloquios organizados en Lima y Huamanga en agosto de 2024.

La historiografía cubana siempre se ha sentido atraída por la personalidad de El Libertador, la magnitud de su epopeya y sobre todo por su frustrado intento de emancipar a la Mayor de las Antillas. Francisco Pividal, mi gran maestro y amigo, fue el principal especialista cubano en la temática bolivariana. Abogado, profesor, diplomático, historiador y periodista, estudió en profundidad la vida y obra del Libertador desde que en los años cuarenta del siglo pasado se radicara en Venezuela como maestro.

En 1947 trajo para su impresión en La Habana, la primera edición de las *Obras Completas* de Bolívar, compiladas por Vicente Lecuna, publicadas en dos gruesos tomos en papel biblia.

Admirador de El Libertador, en 1956 siguió el recorrido de su campaña de liberación continental, viaje que aprovechó para escondriñar archivos en Caracas, Bogotá, Quito, Guayaquil y Lima.

En 1977 obtuvo el Premio Casa de las Américas con su clásico libro *Bolívar*, precursor del antimperialismo, al que debe agregarse *Simón Bolívar: la vigencia de su pensamiento* (1982); *Bolívar: Primeros pasos hacia la universalidad* (1982); *Bolívar en vivo y en directo* (1986) —que recoge sus lúcidas respuestas a los oyentes de la emisora colombiana Cadena Caracol— y *Simón Bolívar* (1989). Fue secretario ejecutivo de la Comisión Cubana Conmemorativa del Bicentenario del Nacimiento de Simón Bolívar y fundó en la Universidad de La Habana la Cátedra Bolivariana. Incluso, el propio Gabriel García Márquez lo consultó en su residencia habanera cuando preparaba *El General en su Laberinto*, en cuyo apéndice confesó que esa entrevista resultó decisiva para comprender la novela que debía hacer.

Bajo el influjo de Pividal, el historiador Francisco Pérez Guzmán publicó en 1988 su magnífica obra *Bolívar y la independencia de Cuba* y Julio Ángel Carreras, profesor de la Facultad de Derecho en la Universidad de La Habana, editó en 1983 una imprescindible *Antología Bolivariana*. Esta última reúne treinta artículos del propio Pividal, junto a dos de Alberto Prieto y Augusto E. Benítez, así como otros de Eusebio Leal, Enrique López Oliva y José A. Benítez, quien años después publicaría su libro *Bolívar y Martí en la integración de América Latina* (2002). Además, Carreras incluyó también en esa selección dos textos del guatemalteco Manuel Galich, radicado en Cuba y profesor de Historia de América en el mismo centro de educación superior habanero, quien en 1964 había compilado para Casa de las Américas una selección de documentos de Bolívar con un enjundioso prólogo suyo.

Pividal tuvo que ver también con el proyecto del *Atlas Mínimo, histórico, biográfico y militar Simón Bolívar*, elaborado por un equipo profesional de cartógrafos cubanos, publicado en La Habana en 1988 con prólogo de Alberto Prieto y del que recientemente se ha hecho en formato digital una nueva edición corregida y aumentada. El propio profesor Prieto dio a conocer

dos años después su libro *Bolívar y la Revolución en su época*, basado en su tesis de doctorado, así como otro ensayo de su autoría sobre El Libertador, que abre la antología *Cubanos hablan y cantan a Bolívar*, editada en 2002.

Este volumen agrupa sentidos textos de varios poetas y ensayistas nacionales, seleccionados por Mayda Argüelles Mauri. Los de contenido histórico debidos a Francisco Pividal, Francisco Pérez Guzmán, Salvador Morales —que en 1985 había dado a conocer *Martí en Venezuela. Bolívar en Martí*—, Julio Le Riverend, María Dolores Ortiz, Roberto Fernández Retamar y Emilio Roig de Leuchsenring.

Este último, muy conocido por su vasta labor historiográfica, patriótica y de rescate patrimonial en su calidad de primer Historiador de la ciudad de La Habana, publicó en 1956 su novedoso libro: *Bolívar, el Congreso Interamericano de Panamá en 1826, y la independencia de Cuba y Puerto Rico*, tema que ya había interesado en 1935 al historiador pinareño Emeterio Santovenia, en Bolívar y las Antillas hispanas y al finalizar esa centuria a Rolando Rodríguez con su artículo «Bolívar en la hora de la independencia de Cuba» (1998).

A la temprana bibliografía cubana sobre El Libertador anterior a la Revolución, debida en lo fundamental a Roig y Santovenia, habría que sumar dos trabajos poco conocidos de Herminio Portell Vilá: *Bolívar y panamericanismo* (1939) y *Bolívar y la democracia* (1942), así como el de Cosme de la Torriente «Bolívar, Martí y Roosevelt» de 1945. Santovenia fue el primero que buscó conexiones entre *Bolívar y Martí*, título de un texto suyo de 1934 que inauguró una línea abonada después por ensayos o artículos de Carlos J. Díaz (1983), Renio Díaz Triana (1999), Armando Hart (1995), Cintio Vitier (1997), Carlos Rodríguez Almaguer (2004) y Rafael Polanco (2006), entre otros autores contemporáneos.

La última contribución de la historiografía cubana a los estudios bolivarianos corresponde a la autoría de Jorge Ibarra Cuesta, quien fuera uno de los más prestigiosos investigadores de nuestro país. En polémica con un colega canario, que reflotó viejas tesis del historiador gallego Madariaga enfiladas contra

El Libertador, Ibarra salió al paso con su apasionado y rigurosos libro póstumo titulado *Simón Bolívar, entre Escila y Caribdis* editado en 2018 en Colombia.

El interés de los historiadores cubanos por la gesta bolivariana no es algo nuevo, comenzó en los mismos años de la lucha continental por la independencia de España a principios del siglo XIX, cuando el poeta cubano José María Heredia, comprometido con la conspiración denominada de los Soles y Rayos de Bolívar, no solo cantó en elegantes versos las proezas de El Libertador, sino que en su monumental *Lecciones de Historia Universal*, publicadas en cuatro tomos en México en 1832, dedicó amplio espacio a narrar su epopeya hasta la disolución de la gran Colombia y su muerte en Santa Marta en diciembre de 1830.

Sin duda fue José Martí quien nos legara los más hermosos y penetrantes textos dedicados al legendario héroe de la América Meridional, recopilados en 2012 por la profesora Lourdes Ocampo en el libro *De la historia a las letras: Bolívar visto por Martí*, en el que sobresale el titulado «La fiesta de Bolívar», del 31 de octubre de 1893. En uno de los más trascendentales pasajes de esa valiosa intervención en la Sociedad Literaria Hispanoamericana en Estados Unidos, el Apóstol de la Independencia de Cuba nos describe de un tirón toda la epopeya que protagonizara El Libertador y que abordamos en esta breve biografía. En esa conferencia excepcional, donde cada adjetivo está calculado, expresó Martí con su verbo magistral:

Por sus hazañas vistosas y pasmosas es más conocido Bolívar. Del historiador Gervinus al cholo del Perú, todos le ven desensillando el caballo en la agonía de San Mateo; pasando los torrentes y el páramo para ir a redimir a Nueva Granada; envolviendo con la llama de sus ojos y con sus escuadrones a los realistas de Carabobo; hablando con la inmortalidad en el ápice del Chimborazo; abrazándose en Guayaquil con San Martín tristeceido; presidiendo en Junín, desde las sombras de la noche, la última batalla al arma blanca; entrando de lujo al Potosí a la cabeza de su ejército conquistador; mientras los pueblos y montes le saludan y en la cumbre del cerro de Plata ondean las banderas nuevas de sus cinco repúblicas. Otros lo ven muerto, casi sin ropa que

ponerse, en el espanto de la caída, al borde de la mar; ¡los cubanos lo veremos siempre arreglando con Sucre la expedición que no llegó jamás, para libertar a Cuba!¹

1 José Martí, *Obras Completas*, La Habana, Editorial Lex, 1946, t. II, p. 78.

INTRODUCCIÓN

EL 7 DE DICIEMBRE de 1824, hace ahora doscientos años, Simón Bolívar remitió desde Lima a los mandatarios de la América Meridional las invitaciones al congreso de Panamá,¹ confiado en conseguir la máxima representación de las emergentes repúblicas hispanoamericanas, para consolidar las nuevas naciones, impedir la reconquista europea y respaldar la liberación de Cuba y Puerto Rico, últimas colonias españolas y piezas claves en su proyecto integrador. Dos días después, el general Antonio José de Sucre, a las órdenes del propio Libertador, conseguía el trascendental triunfo de Ayacucho sobre las fuerzas militares del virrey del Perú, José de la Serna.

Bolívar conoció dos semanas más tarde, en la barroca capital de Perú, la espectacular noticia cuando se disponía a cenar. Según testimonios, al leer el informe de Sucre, se puso en pie de un salto y lo comunicó a los presentes. Encaramado sobre la mesa, hizo un brindis, mientras exclamaba emocionado: «¡Victoria, Victoria, Victoria!». A continuación, se encerró en una habitación y le dijo a su secretario José Gabriel Pérez: «Escriba usted lo que le voy a dictar en honor de los héroes de Ayacucho».²

Cuatro meses después, el 10 de abril de 1825, abandonó Lima rumbo al Alto Perú (Charcas), con un numeroso séquito —incluía al cubano Agustín de las Heras, que buscaba su apoyo

1 Véase «Invitación a los Gobiernos de Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala, a formar el Congreso de Panamá», 7 de diciembre de 1824, en Simón Bolívar, *Obras Completas*, Caracas, Editorial Piñango, s/f, t. III, p. 738.

2 Citado por Alfonso Rumazo González, *Simón Bolívar (biografía)*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2006, p. 274.

para emancipar a la mayor de las Antillas—,³ en los mismos momentos en que Sucre derrotaba la postrera resistencia realista que le permitiría ocupar la rica villa minera de Potosí. Bolívar felicitó al recién ascendido Gran Mariscal de Ayacucho por este nuevo triunfo militar y afirmó: «La posteridad representará a Sucre con un pie apoyándose en Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Cápac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada».⁴ Solo quedaba en manos de España en territorio peruano la fortaleza de El Callao, sitiada por fuerzas patriotas.

Antes de partir a Charcas, que no conocía todavía, puso a disposición del congreso peruano su alto cargo, órgano que lo ratificó como dictador del Perú, a la vez que ordenaba la erección de una estatua suya en la capital y la colocación de su retrato en todos los ayuntamientos. Además, le confirió los títulos de Libertador y Padre de la Patria, ofreciéndole una generosa recompensa material por la derrota de España, de la que solo aceptó una parte en beneficio de Caracas y otras ciudades colombianas, nunca materializada.⁵

Por esos mismos días, supo que el congreso de Bogotá —nombre indígena puesto a la antigua Santafé— lo había ratificado como presidente de Colombia, la grande, integrada por los territorios de Quito, Nueva Granada —incluyendo Panamá— y Venezuela, concediéndole una medalla de platino, una espada de oro a Sucre y escudos para oficiales y soldados. En un largo recorrido que devino marcha triunfal, avanzó por la zona costera peruana (Ica, Nasca, Yauca, Acarí, Caraveli) hasta llegar, el 14 de mayo, a la villa de Arequipa, donde «todo es alegría, pues con recibirme con arcos triunfales y conducirme bajo palio, engalanán mi

3 René González Barrios, *Cruzada de Libertad. Venezuela por Cuba*, La Habana, Casa Editorial Verde Olivo, 2005, p. 54.

4 Citado por Sergio Rodríguez Gelfenstein, *Ayacucho. La más gloriosa victoria del Nuevo Mundo*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2024, p. 232.

5 David Bushnell, *Simón Bolívar; proyecto de América*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2007, p. 236. Bolívar dejó constituido en Lima un Consejo de Gobierno integrado por los peruanos José Hipólito Unanue y José María Pando, así como el venezolano Tomás Heres. En el segundo aniversario de Ayacucho, sería proclamado «Presidente Vitalicio» y «Padre y Salvador de Perú».

vanidad que no es otra que la satisfacción de ver cumplidos mis anhelos de crear una quinta República».⁶

Luego prosiguió por Chicín, Lampa, hasta llegar a mediados de junio a Pucará, tras duras jornadas de ascenso por los contrafuertes y laderas de los Andes. Aquí descubrió una sociedad muy diferente a la que conocía en el litoral del Pacífico, formada sobre todo por españoles y criollos, blancos, mestizos y negros, que hablaban castellano, pues la mayoritaria población indígena de la sierra solo dominaba el quechua o el aymará en territorios que fueran el epicentro del Tahuantinsuyo.

A continuación, atravesó los pueblos de Sicuani, La Raya, Oropesa hasta llegar el 25 de junio, muy afectado por la altura, al Cusco, la antigua capital incaica, donde fue recibido por una verdadera apoteosis popular, en medio de salvas de artillería y repiques de campanas. Como se desprende de su eufórica correspondencia de esos días, probablemente vivió entonces los momentos más felices de su toda su existencia, conmovido por las multitudes agradecidas que lo aclamaban y la belleza majestuosa del singular paisaje andino. Así describió el coronel irlandés Daniel O’Leary, su edecán desde 1820, la entrada al Cusco el 25 de junio:

Los frentes de las casas estaban adornados de ricas colgaduras y ornamentos de oro y plata; los arcos triunfales en las calles ostentaban los mismos ricos adornos, vistosamente arreglados, y de las ventanas y balcones caía una lluvia de flores y coronas de laureles que las manos preciosas de las bellas cuzqueñas arrojaban al pasar la comitiva, así como puñados de medallas para el pueblo que vitoreaba. Lo mismo que en Arequipa, regalóle la municipalidad un caballo con jaez de oro y del mismo metal las llaves de la ciudad que le presentaron. Después de asistir al solemne Te Deum que se cantó en la catedral, se dirigió a la Casa Municipal, donde le esperaban las señoras principales de la ciudad con una corona cívica de diamantes y perlas.⁷

⁶ Carta a Manuelita Sáenz del 8 de junio de 1825, en Manuela Sáenz y Bolívar S., *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón, acompañadas de los Diarios de Quito y Paita, así como de otros documentos*, Caracas, Editorial El perro y la rana, 2022, p. 61.

⁷ Citado por Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005, p. 343.

Muchos de esos regalos, en su mayoría de gran valor, Bolívar los declinó en favor de sus colaboradores, quienes también recibían todo tipo de agasajos por los peruanos y sobre todo por los pueblos originarios. Impresionado, escribió a Unanue, su ministro en Lima: «He visto los monumentos de los Incas, que tienen el mérito de la originalidad y un lujo asiático (...) me han obsequiado de un modo extraordinario. Diré a Usted con franqueza que a primera vista me parecen los nietos y conciudadanos de los incas los mejores de los peruanos».⁸

En la histórica ciudad principal del Tahuantinsuyo, preocupado por las difíciles condiciones en que estaban los indígenas, se propuso beneficiarlos con medidas revolucionarias. La novedosa legislación eliminaba los privilegios ancestrales de los antiguos curacas, aliados durante tres siglos de los conquistadores en la explotación de sus propios pueblos, exoneraba a los aborígenes del pago del tributo, prohibía su trabajo forzado y las labores serviles en obras, haciendas y tierras eclesiásticas, pues como él mismo comunicara a Francisco de Paula Santander el 28 de junio de 1825: «Los pobres indígenas se hallan en un estado de abatimiento verdaderamente lamentable. Yo pienso hacerles todo el bien posible: primero por el bien de la humanidad y segundo porque tiene derecho a ello (...).»⁹

El decreto del 4 de julio establecía el derecho de los aborígenes a sus tierras, aunque para evitar las usurpaciones de los curacas y hacendados sus propiedades no podían ser vendidas durante veinticinco años, ni pasar a poder de la Iglesia. Más adelante, mediante otro decreto signado en Chuquisaca el 22 de diciembre de 1825, eliminó el tributo indígena porque «los indios constituyen la clase más pobre de la sociedad».¹⁰

Con la adopción de estas medidas sociales, rompió toda posibilidad de entendimiento con la aristocracia del extinguido Virreinato del Perú y se lanzó a buscar apoyo en la mayoritaria

8 Carta del 22 de julio de 1825, Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 181.

9 En Liévano Aguirre, *Bolívar*, *op. cit.*, p. 375.

10 El texto íntegro de esos decretos en Giuseppe Cacciatore y Antonio Scocozza (comps.), *El Gran Majadero de América, Simón Bolívar: pensamiento político y constitucional*, Nápoles, La Cittá del Sole, 2008, pp. 283-300.

población indígena. Bolívar complementaría sus reformas en favor de los aborígenes con la abolición de la servidumbre y de todo tipo de trabajo forzado (Cusco, 4 de julio de 1825), que incluía, por un segundo decreto fechado el mismo día, la devolución a los pueblos originarios las tierras confiscadas por los españoles en represalia por la sublevación de Pumacahua ocurrida una década antes.

Según cuenta uno de sus biógrafos, en medio de ese ambiente entusiasta y optimista se desarrolló el siguiente diálogo entre El Libertador y Simón Rodríguez, maestro de su infancia en Venezuela, que lo acompañaba desde su reencuentro en Lima, poco antes de emprender el viaje al altiplano:

—¡Si Tupac Amaru hubiera vivido hasta este momento! —le comentó Rodríguez— ¡Por fin los pobres indios dejarán de ser esclavos! Sus amos no nos perdonaran esto —agregó

—Lo sé —respondió Bolívar—. Pero si hemos acabado con los españoles, acabaremos también con ellos. Para los aristócratas peruanos, para todos esos Riva Agüero y Torre Tagle, nosotros, los colombianos, no somos más que unos despreciables «muletos» y «zambos», promotores de la igualdad universal. Pues bien: trataremos de justificar opinión tan halagüeña para nosotros.¹¹

Reanudada la marcha triunfal el 26 de julio de 1825, pasó por Sacsayhuamán, Yucay, Urubamba, Tinta, Lampa y Puno, a donde llegó el 6 de agosto. Aquí se enteraría que ese mismo día el congreso de Charcas, reunido en Chuquisaca desde el 10 de julio de 1825, había declarado la independencia, puesto luego el nombre de Bolívar a la nueva república del altiplano (11 de agosto), eligiéndolo presidente vitalicio de la misma y encargándole redactar su carta magna.

Tras navegar el elevado lago Titicaca para cruzar a la otra orilla, entró en La Paz el 18 de agosto de 1825, seguido de sus numerosos acompañantes a los que se había sumado Sucre dos días antes, desde el norte del río Desaguadero.¹² En esa villa, escenario

11 Tomado de Iosif Lavretski, *Simón Bolívar*, Moscú, Editorial Progreso, 1982, p. 140.

12 El Desaguadero era el límite del Virreinato del Perú con la audiencia de Charcas, con capital en Chuquisaca. El territorio altoperuano se dividía en las intendencias de La Paz, Potosí, Santa Cruz de la Sierra y Cochabamba.

en 1809 de los primeros combates contra las tropas realistas ocurridos en Hispanoamérica, su entrada fue una apoteosis similar a la de Cusco. Cuando le obsequiaron una corona de oro con diamantes incrustados la entregó a Sucre con estas palabras: «Esta recompensa toca al vencedor y, como tal, la traspaso al héroe de Ayacucho». ¹³

Dejó La Paz el 20 de septiembre para seguir rumbo a Oruro y llegar finalmente a Potosí el 5 de octubre, donde lo recibió el prefecto de esa ciudad, el general inglés William Miller, un alto oficial del desaparecido Ejército de los Andes de José de San Martín, combatiente de Junín, que para homenajearlo tenía organizados coloridos espectáculos y desfiles populares. En Potosí, anunció la confiscación de las minas de plata de los españoles y abolió impuestos y tributos que afectaban a los pueblos originarios, que lo aclamaban por todas partes.

Para concluir, junto con Sucre y otros invitados, subió los cuatro mil metros de altura del famoso cerro de Potosí, horadado por los fabulosos yacimientos de mineral argentífero que habían satisfecho la sed de riquezas de la Corona española durante trescientos años. En ceremonia solemne en su cima, en la mañana del 26 de octubre de 1825, Bolívar y Sucre enarbolaron, batidas por los helados vientos, las cuatro banderas de las nuevas repúblicas hispanoamericanas (Colombia, Perú, Chile y Buenos Aires), como símbolo de que la guerra de independencia de España había llegado a su fin. Con voz emocionada, El Libertador pronunció vibrantes palabras a los presentes, entre ellos el general rioplatense Carlos María de Alvear:

Venimos venciendo desde las costas del Atlántico y en quince años de una lucha de gigantes, hemos derrocado el edificio de la tiranía formado tranquilamente en tres siglos de usurpación y de violencia. Las míseras reliquias de los señores de este mundo estaban destinadas a la más degradante esclavitud. ¡Cuánto no debe ser nuestro gozo al ver tantos millones de hombres restituidos a

Véase Jaime Urrutia, *Los caminos de la libertad*, Lima, Ministerio de Cultura, 2022, p. 34.

13 En John Lynch, *Simón Bolívar*, Bogotá, Editorial Planeta Colombiana, S. A., 2019, p. 269.

sus derechos por nuestra perseverancia y nuestro esfuerzo! En cuanto a mí, de pie sobre esta mole de plata que se llama Potosí y cuyas venas riquísimas fueron trescientos años el erario de España, yo estimo en nada esta opulencia cuando la comparo con la gloria de haber traído victorioso el estandarte de la libertad desde las playas ardientes del Orinoco para fijarlo aquí, en el pico de esta montaña, cuyo seno es el asombro y la envidia del universo.¹⁴

En esa hora excepcional de la historia, Bolívar, visiblemente conmovido, sintió la satisfacción de haber completado la epopeya de la liberación continental. Todavía embriagado del éxtasis de ese momento singular, en el cenit de su vida, pensó: «Es la primera vez que no tengo nada que desear y que estoy contento con la fortuna».¹⁵

En La Plata o Chuquisaca, designada capital de Bolivia, nombre preferido por El Libertador para la nueva república del altiplano, que terminó por prevalecer, permaneció durante dos meses. Allí estuvo en las festividades por el primer aniversario de Ayacucho y entregó a Sucre la espada Gran Mariscal, donada por la ciudad que llevaría su apellido, mientras sonaban las campanas de todos los templos y el pueblo se amontonaba en las calles principales.

El 6 de enero de 1826 emprendió el retorno a Lima, dejando a Sucre encargado del gobierno de Bolivia. En el camino de regreso, después de pasar por Oruro y Tacna, abordó en el puerto de Arica, el 7 de febrero, el *Chimborazo*, embarcación que lo condujo, ya junto con Manuelita Sáenz, hasta las cercanías de la capital peruana, instalándose en la Quinta de La Magdalena, en Chorillos.

El 10 de febrero, tras casi diez meses de ausencia, Bolívar hizo su entrada pública en la engalanada ciudad de Lima bajo arcos de triunfo preparados en su honor, aplaudido por toda la población. Según otro biógrafo: «Allí tomará el Libertador sus más intensas horas de placer, constituido como está en el nombre más célebre y poderoso del continente».¹⁶

14 Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 756.

15 Carta a Francisco de Paula Santander del 26 de octubre de 1825, en Rumazo, *op. cit.*, p. 281.

16 *Ibid.*, p. 283.

Capítulo I

DEL MÁS VIOLENTO AMOR A LAS IDEAS POLÍTICAS

SIMÓN JOSÉ ANTONIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD de Bolívar y Palacios, como fue bautizado, nació en una lujosa casona del centro de Caracas el 24 de julio de 1783, casualmente, el mismo año que Inglaterra reconoció la independencia de Estados Unidos. Su familia era una de las treinta más ricas e influyentes de Venezuela. Muy joven heredó, junto a sus tres hermanos, el vasto patrimonio de su padre Juan Vicente Bolívar y Ponte, formado con base en la exportación de índigo y cacao desde la llegada al continente americano en 1589 del primer Simón de Bolívar, un emigrante vasco.

La grana de la familia se cultivaba en una inmensa propiedad del valle de Suata y el cacao en dos grandes plantaciones cerca de Caracas, en las que trabajaban a principios del siglo XIX más de mil esclavos. En la acogedora finca de San Mateo, la preferida por la familia Bolívar, se cultivaba caña de azúcar, molida en varios trapiches. También contaban con valiosas minas de cobre en el valle de Aroa, así como tres extensas posesiones en los llanos, cerca del Orinoco, con gran número de cabezas de ganado, junto a cuatro suntuosas casas en Caracas y nueve en La Guaira, además de una residencia de campo a orillas del mar.¹

Siendo todavía niño, Simón Bolívar perdió a su padre con menos de dos años y a su madre, María de la Concepción Palacios y Blanco, a los nueve, así como a dos hermanos, varón y hembra. En los momentos iniciales de su accidentada infancia, una amiga cubana de su madre, Inés de Mancebo, esposa del general realista

1 Waldo Frank, *Nacimiento de un mundo. Bolívar dentro del marco de sus propios pueblos*, La Habana, Instituto del Libro, 1967, p. 42.

Fernando Miyares, lo amamantó. «Fue ella la que en mis primeros meses me arrulló en su seno» escribió en 1813.²

Poco después, Hipólita, joven negra esclava recién parida, se hizo cargo de hacerlo, junto con su crianza, como el propio Bolívar reconoció ya de adulto en carta a su hermana María Antonia: «su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella».³ Entre sus maestros tuvo dos eventuales de reconocida talla intelectual: Simón Rodríguez y Andrés Bello.

Tras el fallecimiento de su abuelo Feliciano Palacios en 1799, sus tíos decidieron enviarlo a España a realizar estudios y según su propio testimonio: «rico me fui a Europa, después de haber visto a Méjico y la ciudad de la Habana».⁴ Para llegar a su destino en el Viejo Continente demoró ciento catorce días, de ellos catorce entre La Guaira y Veracruz, cuarenta y seis en el Virreinato de Nueva España —lo que le permitió conocer su opulenta capital—, más unas horas de tránsito en La Habana y cincuenta y cinco de travesía hasta desembarcar en Santoya, Vizcaya, el 13 de mayo de 1799.

De su estadía en México siendo adolescente, cuando Inglaterra estaba en guerra con España, existe una carta a su tío Pedro Palacios, fechada el 20 de marzo de ese año en Veracruz, la más antigua conocida de su autoría, en que relata: «Mi llegada a este puerto ha sido felizmente, gracias a Dios: pero nos hemos detenido aquí con el motivo de haber estado bloqueada la Habana, y ser preciso al pasar por allí; de cinco navíos y once fragatas inglesas».⁵

2 Misiva al coronel Pulido, gobernador de Barinas, en Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 62.

3 Carta fechada en Cusco el 10 de junio de 1825. En Tomás Polanco Alcántara, *Simón Bolívar. Ensayo de interpretación biográfica a través de sus documentos*, Barcelona, Morales i Torres Editores, 2004, p. 20. Su hermano mayor Juan Vicente tenía el mismo nombre de su padre, fallecido en enero de 1796, a quien correspondía como primogénito el título de marqués de San Luis todavía en trámite en España.

4 Luis Perú de Lacroix, *Diario de Bucaramanga, Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2010, p. 51.

5 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 13. He enmendado las faltas de ortografía de la carta original del adolescente Bolívar (SGV).

En Madrid, respaldado por el acaudalado Jerónimo Enrique de Ustáriz y Tovar, marqués de Uztáriz, realizó estudios en lenguas extranjeras, danza, matemáticas, equitación, filosofía e historia. En la metrópoli se casó en mayo de 1802, con casi veinte años, con la joven madrileña María Teresa Rodríguez del Toro, poco mayor que él, con quien regresó el 12 de julio a su tierra natal. Según escribió desde la propia capital española al mismo destinatario anterior: «No ignora usted que poseo un mayorazgo bastante cuantioso, con la precisa condición de que he de estar establecido en Caracas (...) por lo que atendiendo yo al aumento de mis bienes para mi familia, y por haberme apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, como es mi señora doña Teresa Toro, hija de un paisano y aun pariente, he determinado contraer alianza con dicha señorita para evitar la falta que pueda causar si fallezco sin sucesión».⁶

La temprana pérdida de su esposa el 22 de enero de 1803, al parecer víctima del paludismo, cuando apenas llevaba cinco meses en Venezuela, fue un golpe demoledor para el joven Bolívar. Un cuarto de siglo después le confesó a Perú de Lacroix: «quisé mucho a mi mujer» y hasta su muerte «mi cabeza solo estaba llena de los vapores del más violento amor y no con ideas políticas»,⁷ lo que explica que llegara a jurar que no volvería a casarse, promesa que cumplió.

Desconsolado, el joven viudo volvió a Europa y permaneció allí algo más de tres años, de 1803 a 1806, en lo fundamental en España y Francia, teniendo contactos con muchas personalidades y científicos de renombre como Alejandro de Humboldt, Gay Lussac y Aimé Bompland. En París, tejió una íntima relación con una pariente lejana, la joven Fanny du Villars Aristeguieta, se reencontró con su maestro y amigo Simón Rodríguez, que le acompañó buena parte de su viaje y con quien profundizó en el pensamiento ilustrado, radicalizando su ideario político.

Según el romántico testimonio de su antiguo tutor, ofrecido a los ochenta años de edad, Bolívar juró consagrarse a la emancipación de América en el Monte Sacro de Roma el 15 de agosto

6 *Ibid.*, p. 14.

7 Perú de Lacroix, *op. cit.*, pp. 50-51.

de 1805. La historiografía da por sentado que ya entonces era un independentista convencido, algo que lo situaría como un verdadero precursor junto al también venezolano Francisco de Miranda y el neogranadino Antonio Nariño.⁸

No obstante, en contra de esa tesis se esgrime la siguiente opinión vertida por el propio Bolívar a un amigo sobre la fracasada invasión libertadora de Miranda a Coro (Venezuela), el 6 de agosto de 1806: «Los informes que tenemos de la expedición de Miranda no son del todo buenos. Aseguran que intenta desatar una revuelta en el país, que causará desolación entre los habitantes de la colonia. De todos modos, me gustaría estar allí, pues mi presencia en el país podría evitar muchos inconvenientes».⁹ Por eso, uno de sus biógrafos, el norteamericano Waldo Frank, consideró que «Parece pensar en sus bienes y no en su juramento».¹⁰

Tras reunirse con el papa Pío VII en Roma e ingresar en la masonería en París —a la que no concedió importancia—, en su viaje de regreso a Venezuela desde Hamburgo se detuvo en Estados Unidos durante los primeros cinco meses de 1807, recorriendo Boston, Nueva York, Filadelfia —donde dejó como estudiante a su sobrino Anacleto Clemente, hijo de su hermana María Antonia— y Charleston. En su tierra natal desde junio de 1807, conoció al año siguiente de la inesperada invasión a España del ejército de Napoleón Bonaparte, que desalojó del poder a los Borbones y del estallido el 2 de mayo de una extendida sublevación popular seguida de la formación de gobiernos locales para combatir a los franceses.

Al llegar las noticias de estos acontecimientos, se inclinó todavía más a favor de la independencia de España, sobre todo después de estar en Estados Unidos, la nación menos jerarquizada de las que había conocido, diferenciándose del resto de los ricos propietarios criollos blancos, mucho más conservadores, lo que

8 Al parecer, Bolívar aludió a ese juramento en dos oportunidades en 1824, la primera en carta al propio Simón Rodríguez y la otra en misiva al marino norteamericano Hiram Paulding a quien dijo que en ese sitio «juramos liberar a nuestra patria o morir en la demanda». Citado por Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 101.

9 En Gerhard Masur, *Simón Bolívar*, México, Biografías Gandesa, 1960, p. 63.

10 Frank, *op. cit.*, p. 69.

puede explicar su escaso protagonismo en los momentos iniciales del proceso juntista en Venezuela. Según el historiador Polanco Alcántara: «Bolívar pudo convencer a su hermano Juan Vicente de esa necesidad absoluta de la Independencia pero no logró lo mismo con sus amigos y parientes de la sociedad caraqueña a quienes, por no estar al tanto de lo que pasaba en Europa, les resultaba difícil darse cuenta de esa situación».¹¹

El 25 de septiembre de 1808 se vertió en Aranjuez una Junta Suprema de España e Indias, trasladada luego a Sevilla, que dio a conocer un Manifiesto que advertía «El Reino se halló repentinamente sin Rey y sin gobierno (...) El poder legítimo, pues, ha quedado en las Juntas Supremas (...)\»,¹² que lo asumió en nombre del rey cautivo Fernando VII, reconocido como legítimo gobernante del imperio español.

En la Capitanía General de Venezuela, creada en 1777, las autoridades peninsulares, tras algunas vacilaciones, terminaron por acatar las órdenes de esa Junta Suprema y rechazaron al monarca impuesto por los franceses, José Bonaparte, coronado en Madrid el 7 de julio de 1808. También la aristocracia criolla blanca venezolana, conocida como mantuanos —por el privilegio de sus señoras de usar un velo o mantilla— o grandes cacaos, en su mayoría dueños de ricas plantaciones de ese producto y casi cien mil esclavos, apoyó el desconocimiento del nuevo gobernante de España.

Una postura contraria habría provocado la hostilidad de Inglaterra, en guerra con Napoleón, y llevado la paralización de las exportaciones venezolanas por el absoluto dominio marítimo de la flota británica. La ocupación de la península ibérica por las fuerzas francesas obligó a Inglaterra a variar su tradicional postura hostil a España y sus colonias, en busca de aliados para enfrentar al enemigo común.

Desde el 4 de julio de 1808 el gobierno británico declaró que la «nación española es nuestra amiga natural y aliada».¹³ En

11 Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 130.

12 Citado por Manuel Jiménez Fernández, *Las doctrinas populistas en la Independencia de Hispanoamérica*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla, 1947, p. 61.

13 En Mariano Picón Salas, *Miranda*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1972, p. 135.

auxilio de las juntas peninsulares sus tropas desembarcaron en La Coruña (1809), para contribuir a la expulsión de los invasores franceses, a la vez que se firmaba un ventajoso tratado comercial con el representante español en Londres el 14 de enero de 1809.

Los mantuanos, poco más de cincuenta familias —ocho con títulos nobiliarios— dominaban la economía venezolana, tras el cierre de la odiada Compañía Guipuzcoana que había controlado en forma monopólica, entre 1728 y 1784, todas las importaciones, así como las exportaciones de café, añil, cueros, tabaco, algodón, azúcar y cacao. En particular, este último era el producto más valioso —representaba el 60 % de todas las ventas venezolanas fuera de sus fronteras—, cultivado en plantaciones esclavistas en las estrechas tierras bajas y valles de Aragua, Tuy, Caracas, colindantes al litoral caribeño, incluyendo Barlovento y las tierras en torno al lago de Valencia.

A principios del XIX la población de Venezuela se aproximaba al millón de habitantes, más de la mitad de ellos mulatos o pardos —algunas fuentes lo acercan al 80 %—,¹⁴ negros libres y esclavizados. Aunque estos últimos, estimados en cerca de cien mil personas, solo eran algo más del 7 % de los habitantes, estaban concentrados en el área de la producción cacaotera y en Caracas significaban el 20 %. En cambio, la población indígena era relativamente poca, en su mayor parte marginada en áreas periféricas.¹⁵

Muy significativa era la presencia de canarios y sus descendientes, que constituyan un quinto de la población total. Discriminados por la élite blanca, que los consideraba, según comentario del oidor regente de la Real Audiencia de Caracas, el realista José Francisco Heredia, «como el sinónimo de la ignorancia, la barbarie y rusticidad».¹⁶

14 Fundación Polar, *Diccionario de Historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Polar, 1988, t. III, p. 35.

15 Véase Federico Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela*, Caracas, Universidad Central, 1966, pp. 83-99. Según Brito existían al inicio de la independencia 87 800 esclavos y 24 mil negros cimarrones.

16 José Francisco Heredia, *Memoria del regente Heredia*, Caracas, Biblioteca Academia Nacional de Historia, 1986, p. 67. A la redacción de este texto, que critica la sangrienta represión realista, contribuyó su hijo el poeta cubano José María Heredia, cuanto aún era niño.

El rechazo de los mantuanos a la ocupación francesa no solo respondía a razones comerciales y a sus sentimientos de españoles americanos y tradiciones compartidas con la metrópoli, sino también al temor de la aplicación de los códigos napoleónicos emanados de la revolución francesa, de marcado acento anticlerical e igualitarista, que había incluido la abolición de la esclavitud. Por eso no es de extrañar que el cabildo de Caracas, dominado por los mantuanos, organizara festejos y ceremonias religiosas al conocer las noticias de la efímera victoria de las armas españolas en Bailén, el 19 de julio de 1808, ilusionados con la posible derrota napoleónica, el regreso al trono de Fernando VII y la «feliz instalación» de la Junta Suprema en Sevilla. Llegaron incluso a divulgar un documento, el 23 de enero de 1809, de explícito respaldo al rey cautivo.¹⁷

La extrema debilidad de las autoridades coloniales en Venezuela en esa peligrosa coyuntura, que podría provocar el reconocimiento de la soberanía francesa, condujo a muchos mantuanos a proponer la creación de una junta similar a las metropolitanas, basadas en el cabildo de Caracas, al que solo tenían acceso los representantes de familias blancas acaudaladas españolas y criollas. Ese propuesto gobierno debería fortalecer el rechazo a la ocupación francesa, garantizar el trono a Fernando VII y legalizar el comercio libre con Inglaterra y Estados Unidos, evitando la paralización de las exportaciones. El 24 de julio de 1808, día en que Bolívar cumplía veinticinco años, el fiscal de la Real Audiencia de Caracas informaba a España la llegada a La Guaira de un buque con dos representantes de Napoleón, que exigían el reconocimiento de la soberanía de Francia, pretensión rechazada por las autoridades de la colonia y la propia población.¹⁸

El 14 de noviembre de ese año, cuarenta y cinco ricos propietarios esclavistas, encabezados por Antonio Fernández de León, aún no tenía el título de marqués de Casa León, entregaron un

17 En Miguel Izard, «Manipulando la memoria y ninguneando a la mayoría», en Manuel Chust (Ed.), *Revoluciones y revolucionarios en el mundo hispano*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2000, p. 98.

18 Véase la sesgada biografía de Salvador de Madariaga, *Bolívar*, Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1975, t. I, p. 219.

documento al capitán general Juan de Casas, solicitando la creación de esa junta. La petición fue rechazada por el funcionario hispano, siendo encausados los principales comprometidos, entre ellos el propio Fernández de León, Francisco Rodríguez del Toro, los hermanos Tovar Ponte, Mariano Montilla, Pedro Palacios, Luis López Méndez y José Félix Ribas. Según el testimonio de uno de los mantuanos, Andrés Moreno: «Don Juan Vicente y don Simón Bolívar han sido partes muy esenciales de las concurrencias en que se ha tratado el establecimiento de dicha Junta y de los que con más libertad se han explicado acerca de los principios de la independencia y que se excusó a don Simón a firmar por no haberse extendido la representación al señor Capitán general como él quería que estuviese».¹⁹

A acelerar los planes mantuanos para crear un gobierno propio en Caracas contribuyó no solo la casi total ocupación francesa de España, ocurrida a principios de 1810, sino también la creación el 31 de enero de ese año del Consejo de Regencia en Cádiz —único territorio español no ocupado por tropas napoleónicas— que sustituyó a la Junta Suprema de Sevilla. El nuevo órgano de poder desconoció la representatividad de los territorios hispanoamericanos, la convocatoria librada con anterioridad para enviar sus representantes a las cortes y revocó otras medidas que los beneficiaban en favor de los comerciantes monopolistas gaditanos.

Al conocerse en Caracas las noticias procedentes de la metrópoli, se reunió un cabildo abierto en la capital el 19 de abril de 1810 que obligó a renunciar al capitán general español Vicente Emparan, encarado por un agresivo discurso del cura chileno José Joaquín Cortés de Madariaga. A renglón seguido, se formó una denominada Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII con poco más de veinte personas, presidida por José de las Llamozas y Martín Tovar Ponte, que asumió el poder en Venezuela.

19 Citado por Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 138. Para este autor «resulta incomprensible» que los hermanos Bolívar no fueran detenidos ni confinados, excluidos de sanciones por no ser firmantes de la carta, a pesar de su postura más radical.

Bolívar, entonces con veintiséis años, no pudo participar en ese movimiento pues estaba confinado por las autoridades españolas en una de sus plantaciones del Tuy, acusado al parecer de organizar reuniones consideradas sediciosas, a las que por cierto asistía el camagüeyano Francisco Javier Yanes residente en Caracas,²⁰ probablemente uno de los primeros cubanos que conoció en su vida. Para uno de sus biógrafos: «seguía separado de sus funciones públicas y retirado a su finca de Yare. No aparecía entre los comprometidos y en cierto modo éstos lo rechazaban por sus ideas de independencia y de no aceptar la sumisión a la Junta Central».²¹

El carácter elitista de la asonada fue descrito por el intendente español Vicente Basadre, quien en su testimonio se refiere a que ese día, que era Jueves Santo en el calendario católico, no sintió rechazo a su persona. Acorde a sus recuerdos, vio «gentes de ambos sexos, rezando las estaciones a las puertas de las iglesias, porque estaban cerradas, y ni siquiera una palabra descompuesta prorrumpieron, por lo que se puede asegurar, sin aventurar el talento, que ésta ha sido obra de la nobleza».²²

La organización de una junta de gobierno en Caracas, tras la destitución y expulsión del capitán general español Emparan y otros funcionarios coloniales, no otorgó al movimiento una connotación separatista, ni era una fachada según han considerado algunos historiadores, pues como indica su propia denominación de Conservadora de los Derechos de Fernando VII, sus pretensiones se limitaban a rechazar la soberanía francesa y la regencia establecida en Cádiz, reivindicaciones comerciales y lograr la igualdad con los españoles. No por gusto las nuevas autoridades venezolanas, en el mismo acto de instalación, fundamentaron su decisión basándose en que «el pueblo»:

20 Francisco Pividal, «Bolívar: viajero, conspirador y diplomático», en Julio Ángel Carreras, *Antología Bolivariana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1983, *op. cit.*, p. 21. Yanes estuvo entre los firmantes de la independencia y de la primera constitución venezolana, combatió por su liberación y realizó más tarde una notable labor de recopilación documental sobre El Libertador. Véase González Barrios, *op. cit.*, pp. 46-47.

21 Polanco Alcántara, *op. cit.*, pp. 46-48.

22 Citado por Lucena, *Vísperas de la independencia americana*, *op. cit.*, p. 385.

(...) se halla en total horfandad, no solo por el cautiverio del Sr. D. Fernando séptimo, sino también por haberse disuelto la junta que suplía su ausencia en todo lo tajante a la seguridad y defensa de sus dominios invadidos por el Emperador de los Franceses, y demás urgencias de primera necesidad, a consecuencia de la ocupación casi total de los reinos y provincias de España, de donde ha resuelto la dispersión de todos ó casi todos los que componían la expresada junta, y por consiguiente el cese de sus funciones. Y aunque, según las últimas o penúltimas noticias derivadas de Cádiz, parece haberse sustituido otra forma de Regencia, sea lo que fuese de la certeza o incertidumbre de este hecho, o de la nulidad de su formación, no puede ejercer ningún mano ni jurisdicción sobre estos países, porque no ha sido construido por el voto de estos fieles habitantes, cuando han sido ya declarados, no colonos sino partes integrantes de la corona de España (...).²³

En otra proclama, fechada el 20 de abril de 1810, la propia junta de Caracas subrayó el desconocimiento del Consejo de Regencia establecido en Cádiz, pues «ni reúne el voto general de la Nación, ni menos el de estos habitantes que tienen el legítimo derecho de velar sobre su conservación y seguridad como parte que son de la monarquía española».²⁴ Más claro quedaba expresado en una declaración del 27 de abril de la propia junta, publicada en la *Gazeta de Caracas*, fundada un año antes en condición de órgano del gobierno, que advertía: «Venezuela se ha declarado independiente no de la madre patria, no del Soberano, sino de la regencia, cuya legitimidad está en cuestión aun en la España misma».²⁵

Los mantuanos no querían renunciar a sus vínculos históricos con la metrópoli, que era la principal garantía ante cualquier levantamiento de masas, pues todavía estaba fresco el impacto de la rebelión de esclavos ocurrida en Coro en 1795. Pero sus acciones y declaraciones apartaban del poder a muchos funcionarios

23 «Acta de Ayuntamiento de Caracas», en Reinaldo Rojas, *El 19 de abril de 1810*, Barquisimeto, Fondo Editorial Buria, 1997, p. 53.

24 En José M. Portillo Valdés, *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Fundación Carolina, Centro de Estudios Hispánicos e iberoamericanos/Marcial Pons Historia, 2006, p. 90.

25 Tomado de Clément Thibaud, *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, Editorial Planeta, 2003, p. 45.

coloniales que los extorsionaban en nombre del monopolio comercial metropolitano —agravado por la política fiscal de Carlos III—, lo que terminó por abrir el enfrentamiento entre realistas y juntistas, dado que los primeros reconocían al Consejo de Regencia español y los segundos no.

A facilitar el expedito acceso al poder de los mantuanos contribuyó la propia debilidad del ejército regular hispano en Venezuela, pues desde fines del siglo XVIII la metrópoli hizo descansar en las milicias locales los enormes gastos que implicaba la defensa de la colonia. Estas fuerzas militares irregulares, formadas por la población libre, eran dirigidas por las élites blancas de cada localidad en calidad de oficiales, lo que llamó la atención del científico alemán Alejandro de Humboldt en su visita a Venezuela entre 1799 y 1800:

No es el espíritu militar de la nación sino la vanidad de un pequeño número de familias cuyos jefes aspiran a títulos de Coronel o Brigadier, lo que ha fomentado las milicias en las Colonias españolas. Asombra ver, hasta en las ciudades chicas de provincias, a todos los negociantes transformados en Coroneles, en Capitanes y en Sargentos Mayores. Como el grado de Coronel da derecho al tratamiento y título de Señoría, que repite la gente sin cesar en la conversación familiar, ya se concibe que sea el que más contribuye a la felicidad de la vida doméstica, y por el que los criollos hacen los sacrificios de fortuna más extraordinarios.²⁶

Los mantuanos se encargaban desde 1760 de uniformar, equipar y entrenar las milicias, formadas por elementos populares, peones, trabajadores y artesanos pardos y morenos, que a cambio podían disfrutar del fuero militar y otros reconocimientos. Las milicias de mulatos y negros se organizaron separadas de las blancas, aunque todas eran dirigidas por ricos plantadores.²⁷

26 Tomado de Juan Marchena Fernández, «La expansión de la guerra: El poder colonial. El Ejército y la crisis del régimen colonial», en *Historia de América Andina*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2003, t. IV, p. 99.

27 Los mulatos y negros solo podían alcanzar el grado de capitán. Véase Rocío Castellanos Rueda y Boris Caballero Escorcia, *La lucha por la igualdad. Los Pardos en el proceso de independencia de Venezuela 1801-1812*, Caracas, Archivo General de la Nación/Centro Nacional de Historia, 2010, p. 50.

Uno de los organizadores de esas fuerzas irregulares fue el padre de Bolívar, que como rico propietario esclavista formó a sus expensas el Batallón de Milicias Disciplinadas de Blancos de los Valles de Aragua.²⁸ A ellas se incorporó con catorce años su hijo el cadete Simón, en la que sirvió un año, a cuyo término fue ascendido a teniente. Según bien explica el historiador francés Clément Thibaud: «Las elites locales constituían, en primer lugar, la cantera de sus oficiales, atraídos por los privilegios e inmunidades del fuero militar. Les sirvieron como estrategia de distinción, de consolidar, de darse el caso, su estatuto noble, al hacerlo reconocer en las filiaciones o en los documentos militares oficiales».²⁹

Después de constituida en Caracas la Junta Suprema Conservadora de los Derechos de Fernando VII, representantes suyos fueron a las provincias, aunque Coro y Maracaibo siguieron en poder realista y el proceso de su reconocimiento fue revertido en Guayana. Como afirma el historiador venezolano Elías Pino Iturrieta, en estos lugares: «Prefieren mantenerse fieles a la monarquía, no en balde sacan provecho de un comercio ultramarino que lo que necesita menos son las interrupciones implicadas en el plan de los rebeldes. Sumergidos en el río de su desolación, los mantuanos se dividen».³⁰

El establecimiento de un gobierno autónomo en Caracas que rechazaba al Consejo de Regencia de Cádiz provocó muy pronto represalias españolas, entre ellas el bloqueo a Venezuela. De implantarlo se encargaron el comisionado regio Antonio Coratabarría desde Puerto Rico y el comandante militar de Coro, José Ceballos, plaza en manos realistas desde donde se abrieron las primeras hostilidades a la junta criolla.

28 Las milicias se dividían en urbanas, regladas y disciplinadas. Estas últimas eran «las que tenían adiestramiento y conocían y aplicaban las virtudes militares. Además de ciencia positiva, la disciplina penetraba la moral militar. Los cadetes eran aquellos jóvenes, aspirantes a la categoría de oficiales, que después de cumplido un proceso de selección, sentaban plaza en los batallones, donde alcanzaban el empleo de subteniente» Fundación Polar, *op. cit.*, t. II, p. 929.

29 Thibaud, *op. cit.*, p. 25.

30 Elías Pino Iturrieta, «La independencia desde el norte», *Historia de América Andina*, *loc. cit.*, p. 225.

El 28 de noviembre de 1810, un improvisado y mal armado ejército, vertebrado con unos cuatro mil pardos y negros de las milicias, al mando del recién nombrado general Francisco Rodríguez del Toro, marqués del Toro,³¹ puso sitio a Coro. Según testimonios dirigía desde lejos, con vistoso uniforme, a sus soldados, protegido del ardiente sol con una sombrilla verde mientras era atendido por esclavos y su séquito. A pesar de su inexperiencia militar, venció en el combate de Sabaneta a los efectivos realistas de Fernando Miyares, sustituto del expulsado capitán general Emparan, aunque al final debió replegarse con sus desorganizadas fuerzas.

El nuevo gobierno capitalino declaró el comercio libre, suprimió la alcabala, disminuyó impuestos y duplicó el sueldo a las milicias, ascendiendo a los oficiales blancos y mulatos que habían apoyado el 19 de abril,³² pero no tomó ninguna medida efectiva que manifestara sincera preocupación por los agudos problemas sociales de la colonia. Para legitimarse, la propia junta caraqueña enviaría diplomáticos a Inglaterra, Estados Unidos y Nueva Granada, territorio este último al que fue despachado el ya mencionado canónigo chileno Madariaga con una propuesta de alianza al gobierno criollo recién establecido en Santafé.

Las misiones a Estados Unidos e Inglaterra fueron encarnadas a los hermanos Simón y Juan Vicente Bolívar, encargados de financiarlas, acompañados el primero por Luis López Méndez y Andrés Bello y el segundo por Telésforo Orea. Según un relato muy posterior del irlandés O’Leary en sus memorias, publicadas en 1883 por su hijo Simón, la designación de Bolívar fue hecha a regañadientes: «Mal de su agrado accedió la Junta, pues muchos de sus miembros (...) no le tenían buena voluntad; pero habiendo ofrecido hacer los gastos de la Misión y no

31 En 1806 había participado al frente de un batallón de milicias en la movilización militar contra el desembarco de Miranda por Coro. Fundación Polar, *op. cit.*, t. I, p. 451.

32 Incluso el capitán de uno de los batallones de pardos, Pedro Arévalo, fue ascendido a teniente coronel, «con lo que se rompía absolutamente con la restricción colonial» y era «otro ejemplo que daba la junta de lo que estaba dispuesta a conceder por la lealtad de los pardos al gobierno». Rocío Castellanos, *op. cit.*, p. 139.

teniendo dinero en las arcas, se vieron en la necesidad de aceptar su generoso ofrecimiento».³³

En la travesía de regreso de su misión diplomática en Estados Unidos en agosto de 1811, donde no consiguió ningún reconocimiento, Juan Vicente Bolívar falleció en un naufragio provocado por una tormenta cerca de Bermudas. Por su parte, su hermano menor Simón, recién ascendido de capitán a teniente coronel en las milicias criollas del Aragua, llegó al Reino Unido en el buque de guerra inglés *Wellington* —facilitado por el almirante Alexander Cochrane, jefe de la flota británica de Barlovento—,³⁴ el 10 de julio de 1810.

En Londres, Simón Bolívar conoció en persona a su admirado general Francisco de Miranda, ya sexagenario, una verdadera leyenda viva y que fue clave para los contactos con representantes de la Corona inglesa. Este venezolano, que le llevaba treinta años de edad, era el primer criollo que se había dado a la tarea de vertebrar un amplio movimiento continental para la emancipación de España.

Natural de Caracas y enrolado en el ejército hispano, participó como oficial de las tropas españolas en la toma de la fortaleza británica de Pensacola, durante la guerra de independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica. Ascendido a teniente coronel y nombrado edecán de Juan Manuel de Cajigal, capitán general de Cuba, Miranda desertó en 1783 y se refugió en Estados Unidos, huyendo de la persecución de que era objeto por sus ideas liberales.³⁵

Pocos meses después de su llegada a territorio norteamericano, Miranda comenzó a plantear de manera explícita su propósito de «hacer la revolución en las provincias españolas de la América del Sur»,³⁶ las que debían vertebrarse en un solo estado,

33 Tomado de Francisco Pividal, «Bolívar: viajero, conspirador y diplomático», en Julio Ángel Carreras, *Antología Bolivariana*, *op. cit.*, p. 21.

34 Lynch, *Simón Bolívar*, *op. cit.*, p. 65.

35 Los detalles en Sergio Guerra Vilaboy, «Miranda en Cuba: un capítulo decisivo», en *Cuadernos Americanos, Nueva Época*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Año XIX, mayo-junio de 2005, número 111.

36 Testimonio de John Adams en 1815, recogido en Carmen L. Bohórquez Morán, *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de la América*

para el que propuso el nombre de Colombia, que se extendería desde el Misisipi hasta la Patagonia. Él concebía la emancipación hispanoamericana como un proceso unitario, pues en su concepto, según expresara a Alexander Hamilton en carta fechada el 19 de octubre de 1798, «un movimiento insurreccional parcial puede dañar los intereses de la masa entera». ³⁷

Con esa finalidad, organizó en Londres (1797) un proyecto de cuerpo representativo continental (*Plan para la formación, organización y establecimiento de un gobierno libre e independiente en América meridional*), preparó un *Bosquejo de gobierno provisorio* (1801) —*Proclama a los Pueblos del Continente Colombiano (alias Hispano-América)*— y llevó hasta el litoral venezolano la primera expedición independentista de la historia hispanoamericana el 3 de agosto de 1806. Sin embargo, como explicara el desaparecido historiador catalán Miguel Izard: «Los mantuanos, no sólo no siguieron a Miranda, sino que ofrecieron su apoyo y ayuda a las autoridades y una considerable suma por la cabeza del jefe expedicionario». ³⁸

A pesar de los denodados esfuerzos del Precursor, según le ha denominado por estas actividades la historiografía, las condiciones todavía no estaban maduras para un movimiento de esa naturaleza. Con anterioridad había fracasado en Venezuela por la misma causa, la conspiración independentista de los criollos Manuel Gual y José María España, en la que estuvo involucrado Simón Rodríguez cuando era maestro del quinceañero Simón Bolívar.

Como resultado de este frustrado movimiento, Gual escapó a las Antillas, mientras España terminó ejecutado y descuartizado en Caracas. Al ser descubierta por las autoridades españolas esta conspiración, los mantuanos reaccionaron expresando su colaboración «sin reservas» al régimen colonial. ³⁹

³⁷ *Latina*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Universidad del Zulia, 2002, p. 99.

³⁸ En Bohórquez, *op. cit.*, p. 190.

³⁹ Miguel Izard, *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*, Madrid, Editorial Tecnos, 1979, p. 134.

³⁹ Al respecto, consultese de Elías Pino Iturrieta, *La mentalidad venezolana de la emancipación*, Caracas, Eldorado Ediciones, 1991, pp. 53-63.

Con posterioridad, Miranda vertebró una singular organización secreta para hacer proselitismo en los territorios hispanoamericanos a la que pertenecieron, entre otros criollos, el cubano José Antonio Caro, el peruano José María de Antepara, el chileno Bernardo O'Higgins y el neogranadino Antonio Nariño. La labor proselitista de Miranda dio un inesperado giro a raíz de los acontecimientos de 1808, que le hicieron acariciar la posibilidad de una inmediata emancipación hispanoamericana.

Hay constancia, desde abril de 1809, de que el Precursor se comunicó con los principales cabildos hispanoamericanos, entre ellos los de México, Buenos Aires, Lima, La Habana y Caracas, para que aprovecharan la inesperada coyuntura y se hicieran del poder.⁴⁰ En sus insistentes misivas, Miranda aconsejaba que rechazaran la soberanía francesa y rompieran los vínculos de dependencia con la desprestigiada monarquía borbónica. Incluso, el representante español en Londres, Juan Ruiz de Apodaca, recogió testimonios, en un documento fechado el 17 de julio de 1809, de que el Precursor «esperaba que para Enero o Febrero próximos estaría España conquistada por los franceses, y para cuya época se reunirían en Panamá los diputados de todas las provincias de América donde elegirían el gobierno que les acomodase».⁴¹

Con el propósito de estimular la independencia, Miranda comenzó a editar en Londres, desde el 15 de marzo de 1810, su periódico *El Colombiano*, que circuló por los territorios hispanoamericanos, al igual que ocurrió con *El Español*, publicado por su cercano colaborador, el sevillano José María Blanco White. La incendiaria publicación mirandina dejó de salir el 15 de mayo de ese año por presiones del gobierno español de Cádiz sobre el inglés.

Eso explica que la labor e ideario de Miranda causaran gran impacto en Bolívar, reafirmando su inclinación a la independencia de España, lo que sin duda influyó en las negociaciones que sostuvo con el gobierno británico. El 16 de julio de 1810 se iniciaron en Londres las dos conversaciones privadas de Bolívar con

40 Véase la correspondencia de Francisco de Miranda en: *Colombeia*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978-1988, trece tomos.

41 Citado por Bohórquez, *op. cit.*, p. 321.

el ministro de Exteriores de la monarquía inglesa Lord Richard Wellesley, pues el venezolano representaba un gobierno sin relaciones oficiales con Inglaterra.

En forma sorpresiva, el improvisado diplomático caraqueño solicitó el reconocimiento británico a la independencia de Venezuela, lo que no estaba en sus instrucciones, ni tampoco en los planes de la junta caraqueña en el poder en nombre de Fernando VII. Desconcertado por esta inesperada solicitud de su interlocutor, Wellesley le advirtió a Bolívar la incongruencia de su petición con las instrucciones escritas que portaba y le advirtió que la Corona inglesa se oponía a cualquier alteración del estatus de las posesiones españolas. Además, instó a que la junta venezolana se entendiera con el Consejo de Regencia gaditano, lo que ni Bolívar ni el gobierno que representaba estaban dispuestos a realizar, aunque mostró su desagrado por el bloqueo dictado contra Venezuela que afectaba el comercio británico.

Para Bolívar, lo más importante de la visita a Londres no fue conocer de primera mano la política británica hacia Hispanoamérica, sino intimar con Miranda e incitarlo a que regresara a Venezuela, gestión que uno de sus biógrafos consideró «el acto más trascendental de la primera época de la larga lucha revolucionaria».⁴² Aunque la travesía a La Guaira desde Inglaterra la hicieron en diferentes buques, ambos desembarcaron en ese puerto venezolano en diciembre de 1810 con muy pocos días de diferencia, el primero el cinco de ese mes y el segundo el once.⁴³

42 Francisco Cuevas Cancino, *La juventud combatiente. Simón Bolívar, 1783-1815*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, p. 43.

43 Lynch, *Simón Bolívar*, op. cit., p. 72.

Capítulo II

REPÚBLICA AÉREA

MIRANDA, QUE LLEVABA CASI cuatro décadas fuera del país y hablaba con acento extranjero, era rechazado por los mantuanos por su protagonismo como general en la Revolución francesa y la malograda expedición independentista de 1806 en Coro, a la que se habían opuesto. Además, todavía estaban vigentes sanciones en su contra dictadas por las autoridades españolas, por lo que solo fue a recibirlo sin mucho entusiasmo, a nombre de la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, el cura chileno Cortés de Madariaga.

En cambio, la recepción popular fue masiva, pues su fama revolucionaria le precedía. Los testigos franceses H. Poudenx y F. Mayer, recogieron en un relato que abarca hasta 1814, titulado *Mémoire pour servir a l'Histoire de la Révolution de la Capitainerie Générale de Caracas* (París, 1815), la animosidad de los mantuanos hacia el Precursor desde su misma llegada a la capital, en contraste con el fervor que le demostraba la población más humilde: «Cuando Miranda entra en Caracas, por la vía de Antímano, es recibido por el pueblo en medio de las más grandiosas aclamaciones (...) Las gentes de color mostraban un entusiasmo particular por su persona. Iban delante de él gritando: ¡Viva el General Miranda!, pero poca gente distinguida tomó parte en este festejo».¹

Desde ese momento, el Precursor, hospedado inicialmente en la propia casa de Bolívar en Caracas, se convirtió en el eje de

1 Citado por Federico Brito Figueroa: «La emancipación nacional y la guerra de clases y castas», *Acta Histórica*, Szeged, 1985, num. LXXIX, p. 56.

la política venezolana, pues era partidario de radicalizar la situación a lo que se resistía la aristocracia mantuana adueñada de la junta. Su papel, junto con el de Bolívar, sería clave para empujar al morigerado proceso a declarar la independencia de España, que convertiría a Venezuela en la primera colonia en dar ese paso en toda Hispanoamérica.

El 2 de marzo de 1811 se reunió en la casa del conde de San Javier en Caracas el primer congreso venezolano, convocado el año anterior por la propia junta que seguía reconociendo a Fernando VII y detentaba el poder en su nombre. En el reducido cónclave, de poco más de tres decenas de personas, en representación de Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Mérida, Trujillo y Barcelona, estaba Miranda, electo por una apartada región de esta última provincia: Pao. En cambio, Bolívar no se postuló.

En el foro, las prevenciones de los mantuanos hacia Miranda se corroboraron con sus fundamentados alegatos a favor de la ruptura con España. El 25 de junio de 1811 el *Precursor* declaró ante la propia asamblea:

La renuncia de los borbones basta para nuestra conducta. Desde el momento que la supieron los pueblos de América debieron haber entrado en posesión de los derechos que les restituyó la vergonzosa abdicación de Bayona (...) Nada tiene que ver el desorden de España con la necesidad de nuestra reforma; para ella está congregado este Cuerpo Soberano, constituido libre y legítimamente; a él toca exclusivamente la forma de gobierno que debe hacernos prósperos, felices; la independencia es su fin, y los poderes de los representantes indicarán el momento que deba decidirla (...) nada tenemos que ver con las transacciones de España.²

A Miranda lo apoyaba un grupo juvenil mantuano partidario de la inmediata independencia encabezado por Bolívar, Miguel Peña y José Félix Ribas, que no eran delegados al congreso. Ellos habían fundado el periódico *El Patriota de Venezuela* y la Sociedad Patriótica de Agricultura y Economía, devenida en un

² Tomado de Francisco Pividal Padrón, *Bolívar. Primeros pasos hacia la universalidad*, La Habana, Gente Nueva, 1982, p. 84.

verdadero club revolucionario, igualitarista —aunque solo asistían unos pocos pardos— y separatista.

Según la descripción de Richard Colburn, un viajero inglés que asistió a una de sus sesiones y dejó su pormenorizado relato en *Travels in South America* (London, 1813), allí se reunían: «Varios de los jóvenes de la nobleza de Caracas» para tratar «de la separación de su país del reino de España». Según su testimonio:

Sobresalía entre todos ellos el joven Bolívar por su voz aguda, sus ademanes nerviosos e imperativos y especialmente por sus ojos que no he podido olvidar nunca porque reflejaban con sus llamaradas el genio de un conquistador o un iluminado. Era pequeño de estatura y delgado de cuerpo, de color blanco atezado, de frente combada y sienes deprimidas, de manos y pies pequeños y vestido correctamente como un caballero europeo.

Le oí hablar y aun cuando no entendía exactamente su idioma, entendía que hablaba de cosas muy hermosas y decía estar resuelto a morir antes que dejar que su patria fuese esclava de España. Allí era el Jefe y todos parecían obedecerle.³

Ribas, tío político de Bolívar, pues estaba casado con una hermana de su madre, era también un mantuano que fue considerado por los aristócratas miembros de la junta como una especie de representante del «gremio de los pardos», por los vínculos que tenía con el pueblo humilde de Caracas. A fines de octubre de 1810, Ribas había sido sancionado por el propio gobierno a un corto destierro en Curazao por inducir un motín para expulsar a los peninsulares, en protesta por la masacre realista contra los criollos ocurrida en Quito el 2 de agosto de ese año.⁴

Gracias a los nexos establecidos por Ribas entre la Sociedad Patriótica y las llamadas castas, esto es los mulatos y negros libres, que constituían buena parte de la población capitalina, la organización obtuvo el necesario apoyo de masas, pues sus miembros, encabezados por Bolívar, presionaron al congreso para arrancar a la asamblea mantuana de Caracas, el 5 de julio de 1811, la primera declaración de independencia de toda la América Hispana.

3 Citado por Polanco Alcántara, *op. cit.*, 187.

4 Véase Izard, *El miedo a la revolución*, *op. cit.*, p. 30.

Un papel clave correspondió también al magisterio subversivo de Miranda, quien varias veces habló a la asamblea para convencer a los diputados, como hizo el 3 de julio de ese año: «No podemos proclamar nuestra fidelidad a Fernando VII y a la vez pretender que nos reconozcan las potencias extranjeras. Solo siendo un país independiente nos ganaremos el respeto y el apoyo de otros Estados».⁵

Con posterioridad, el propio cónclave aprobaría —pese a la oposición de Miranda, Bolívar y algunos pocos diputados— una constitución (21 de diciembre de 1811) calcada del patrón norteamericano de 1787, que establecía el régimen federal en las siete provincias venezolanas —aspiraban a disponer de sus propias rentas y desconfiaban del poder central—, al que denominó confederación, y la división en tres de los poderes del Estado. Según el testimonio del venezolano Manuel Palacio Fajardo, autor de una de las primeras historias de la emancipación americana titulada *Outline of the Revolution Spanish America* (Londres, 1817), ese afán mimético de la constitución de Estados Unidos estuvo presente en la formación de la primera república venezolana:

El gobierno dirigió entonces su atención al proyecto de la nueva Constitución, que debía asegurar la libertad de Venezuela. La habían redactado Ustáriz y otras personas (...) que opinaban, como cuestión de principio, que (...) el mejor régimen para Venezuela sería el de un gobierno federal, semejante al de los Estados Unidos de América. Con el objeto de propagar esta idea se publicaron numerosos artículos en la Gaceta de Caracas (...) El entusiasmo a favor de una constitución federal prendió también en Nueva Granada (...).⁶

La carta fundamental instituyó la República de Venezuela, denominada la primera por la historiografía, reconoció la religión católica como oficial. El poder ejecutivo quedó en manos de un triunvirato y Valencia fue escogida de capital federal, a donde se

⁵ En José Grigulievich Lavretski, *Miranda, la vida ilustre del Precursor de la Independencia de América Latina*, Caracas, Ediciones de la Contraloría, 1974, p. 189.

⁶ Manuel Palacio Fajardo, *Revolución en la América Española*, Caracas, Concejo Municipal del Distrito Barinas, 1973, p. 66.

trasladaría el congreso el 16 de marzo de 1812. Además, se adoptó una bandera tricolor (amarilla, azul y roja) para Venezuela, la enarbolada por Miranda en 1806.⁷ Aunque la nueva carta magna establecía la igualdad y la libertad ante la ley, en realidad era letra muerta ante la cruda realidad, que no varió mucho en relación con la situación anterior.

Durante toda su gestión, incluyendo desde abril de 1810, el gobierno mantuano abolió la alcabala para los productos de consumo esenciales, el exiguo tributo indígena e impuestos de exportación, prohibió la trata —para congraciarse con los ingleses que la habían prohibido desde 1807—, eliminó los títulos nobiliarios, el régimen de castas, los fueros y estableció la igualdad legal. No obstante, tenía severas discriminaciones socio económicas, entre ellas reservaba el voto y el derecho a ser elegido a los varones adultos que tuvieran propiedades de más de dos mil pesos, entonces una cantidad muy elevada. Incluso la Declaración de los Derechos del Pueblo, emitida el 1 de julio de 1811, especificaba: «Los ciudadanos se dividirán en dos clases: unos con derecho a sufragio, otros sin él... Los que no tienen derecho a sufragio son los transeúntes, los que no tengan la propiedad que establece la Constitución, y éstos gozarán de los beneficios de la ley, sin tomar parte en su institución».⁸

Todas estas disposiciones mostraban un abstracto radicalismo que los mantuanos pretendían combinar con una total indiferencia ante la difícil situación de la mayoría de los habitantes de la nueva república y el mantenimiento de la esclavitud. En la *Gazeta de Caracas* de 1811 y 1812 aparecen evidencias de las inconsecuencias de los ricos criollos, pues los artículos que defendían una abstracta igualdad ocupaban espacio al lado de los avisos de propietarios que reclamaban la captura de cimarrones. En realidad, como anotó Uslar Pietri: «Era un conjunto de hombres moderados, a los que para el porvenir de sus negocios no

7 Según el testimonio de Poudenx y Mayer, «El pabellón de Fernando VII fue reemplazado por un estandarte rojo, amarillo y azul. En su ángulo superior se veía un indio rodeado de los atributos de la libertad y del comercio». Citado por Juan Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2014, nota 27, p. 30.

8 En Lynch, *Simón Bolívar; op. cit.*, p. 75.

convenía el monopolio económico de esa España decadente y atrasada de la cual eran vasallos obligados. Querían la independencia de la patria mientras esa independencia no significara, en manera alguna, lesión de los intereses por los cuales efectuaban semejante movimiento».⁹

Otra prueba de ello fue el llamado a la movilización militar formulado por el gobierno republicano el 13 de julio de 1811, que mantenía la estricta separación racial tradicional. Los blancos debían concentrarse frente a la iglesia de la plaza de la Trinidad, los mulatos en el este y los negros libres al sur. “Los esclavos estarán a las órdenes de sus amos dentro de sus mismas casas, sin separarse de ellas hasta que el gobierno ordene”.¹⁰

En realidad, el problema de la esclavitud era la piedra de toque de la independencia, y lo que definía entonces el sentido revolucionario o conservador de la contienda anticolonialista, disyuntiva que sacudió todo el movimiento emancipador venezolano. En forma descarnada lo formuló Francisco de Miranda en 1798, quien ya había escrito sobre la necesidad de seguir «las huellas de nuestros hermanos los americanos del norte»¹¹: «Reconozco que a pesar de todo lo que pueda desear la libertad y la independencia del Nuevo Mundo temo más a la anarquía y al sistema revolucionario. Dios quiera que esos hermosos países, so capa de establecer la libertad, no vayan a sufrir el destino de Santo Domingo [se refiere a Haití (SGV)] escenario de crímenes y hechos sangrientos; antes que eso mejor sería que permanecieran todavía un siglo más bajo la bárbara y dañina explotación de España».¹²

Para Miranda, Estados Unidos era el modelo y no la Revolución haitiana o la Revolución francesa, pues estas últimas provocaron más temores que adhesiones en las élites hispanoamericanas, asustada ante las grandes convulsiones sociales desatadas por estos procesos radicales. Los mantuanos abogaban por

9 Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 13.

10 Citado por Lynch, *Simón Bolívar*; *op. cit.*, p. 75.

11 En Bohórquez Morán, *op. cit.*, p. 199.

12 Carta a su amigo inglés John Turnbull fechada el 12 de enero de 1798. En Francisco de Miranda, *Archivo del General Miranda*, edición y prólogo de Vicente Dávila, Caracas, Tipografía Americanas, 1938, t. XV, p. 207.

una independencia sin cambios de envergadura; una separación de España que mantuviera la esclavitud y todo el viejo orden de la sociedad, como había ocurrido en Estados Unidos.

A estas limitaciones, que contribuyeron a restarle base social a la primera república, se sumaron los desastrosos efectos del bloqueo español, que paralizó las exportaciones agropecuarias y provocó una aguda escasez de alimentos y telas. Para agravar más las cosas, la emigración de muchos ricos propietarios a las Antillas condujo a una abrupta falta de circulante que el papel moneda emitido por el gobierno no logró atenuar. Las consecuencias las anotaron los ya mencionados viajeros Poudenx y Mayer, testigos presenciales:

Los billetes no tuvieron buena acogida, y esta operación disminuyó considerablemente el número de adictos a la causa de la independencia. Pronto la gente de los campos se negó a vender sus productos por valores imaginarios; y la diferencia que se estableció entre los pagos de plata y el papel moneda dificultó las operaciones comerciales. Este papel, sin embargo, no se depreció públicamente desde sus comienzos, pero a medida que se alejaba de la capital, su valor disminuyó bastante, y en algunas provincias no logró jamás ponerlo en circulación.¹³

En medio de ese complejo proceso, se produjo el 11 de julio de 1811 la sublevación en la sabana del Teque, muy cercana a Caracas, de un grupo de sesenta canarios, capitaneados por Juan Díaz Flores, que fue severamente reprimida con la ejecución pública de varios implicados. Lo mismo ocurrió con el levantamiento en Valencia, pues según escribió Juan German Roscio, uno de los redactores de la primera constitución venezolana, en carta a Andrés Bello en Londres: «Sin esta sangre derramada nuestro sistema sería vacilante y nuestra independencia quedaría bien establecida».¹⁴

Ante el fracaso del marqués del Toro para desalojar a los realistas de la estratégica ciudad de Valencia, en octubre y noviembre de 1811, lo que ya había sucedido en Coro el año anterior,

13 Tomado de Lucena Salmoral, *Vísperas..., op. cit.*, p. 239

14 Del 31 de agosto de 1811, citada por Lynch, *Simón Bolívar, op. cit.*, p. 75.

el gobierno mantuano se vio obligado, el 23 de abril de 1812, a designar a Miranda al mando de las milicias republicanas como generalísimo. El Precursor, a pesar de su característica pasividad militar, logró recuperar la estratégica ciudad que dominaba la entrada a los valles de Aragua y al lago de Valencia. Fue santomático, que muchos pardos y morenos se unieron a las fuerzas enemigas, lo que se produciría cada vez con más frecuencia, pues veían a la Corona española un poder moderador frente a las discriminaciones y despotismo de los mantuanos.

La victoria patriota en Valencia debió mucho a la actuación de impetuosos oficiales criollos, como Ribas, aunque a un alto costo en muertos y heridos en encarnizados combates los días 23 de julio y 13 de agosto de 1811. En esta campaña el teniente coronel Bolívar tuvo su bautismo de fuego y sobresalió por su valentía, al frente de las milicias del Aragua, a las órdenes de su amigo y antiguo cuñado general Fernando Rodríguez del Toro, hermano de Francisco, el marqués del Toro, que figuraba de segundo al mando en el Ejército Republicano.

Liberada Valencia, el Precursor se propuso continuar la ofensiva sobre los reductos enemigos de Coro y Maracaibo, pero el congreso, encaprichado en buscar un entendimiento con los realistas, desaprobó sus planes, dictó una amnistía (20 de noviembre) y lo llamó a rendir cuentas. Casi simultáneamente otras tropas republicanas enviadas a recuperar la Guayana fracasaban en el intento (5 de septiembre).

Para complicar todavía más las cosas, la tarde del 26 de marzo de 1812 un violento terremoto estremeció Caracas, La Guaira, Maracaibo, San Felipe, Barquisimeto y Mérida, dejando según cálculos unos veinte mil muertos, la mitad de ellos en la capital.¹⁵ La Iglesia aprovechó el desastre, ocurrido un Jueves Santo, para manipular a la población con el argumento de que era un castigo divino, pues las mayores pérdidas estaban en las áreas controladas por la república. Bolívar, que en mangas de camisa trataba de socorrer a las víctimas en las ruinas del templo de San Jacinto en la capital, según los *Recuerdos sobre la Rebelión de*

15 Véase Masur, *op. cit.*, p. 123 y Frank, *op. cit.*, p. 98. En La Guaira, por ejemplo, solo quedó en pie el edificio de la Aduana.

Caracas (Madrid, 1829) del mulato realista José Domingo Díaz, al verlo allí le espetó sin abandonar sus labores de rescate: «Si se opone la naturaleza, lucharemos contra ella, y la haremos que nos obedezca».¹⁶

Valiéndose del desaliento provocado por la catástrofe natural, el marino canario Domingo Monteverde, recién llegado a Venezuela con refuerzos de Puerto Rico, lanzó la contraofensiva realista contra la primera república. Pronto se adueñó del litoral desde Santa Marta a Coro y aprovechando el descontento de sus numerosos paisanos y de las castas se hizo del control de Barquisimeto (2 de abril) y Valencia (3 de mayo). Casi al mismo tiempo las provincias de Mérida y Trujillo se pronunciaban por la causa realista, mientras los llanos también se sublevaban.

Como un recurso desesperado para salvar la república mantuana, el congreso venezolano acordó disolverse junto con el triunvirato de gobierno, nombrando en su lugar a Miranda con el título de dictador. Dotado de amplias facultades, impuso la ley marcial y solicitó ayuda a Estados Unidos y a las cercanas colonias inglesas, esperando atraer más militares europeos a sus filas. El menosprecio de Miranda por la inexperta oficialidad criolla ya había provocado descontento al verse remplazados por extranjeros, entre estos el escocés Gregor Mac Gregor, así como los franceses Manuel de Serviez y Pierre Labatut.

Fortificado en los pasos que dan acceso a Caracas y con su cuartel general en la hacienda del marqués de Casa León en Maracay, Miranda resistió durante tres meses los feroces ataques de Monteverde, a quien incluso derrotó en un confuso encuentro el 20 de junio de 1812 en La Victoria.¹⁷ La pasiva estrategia del Precursor, a pesar de su ostensible superioridad numérica, permitió que muchas villas pasaran a manos del enemigo, mientras en los llanos oficiales españoles, entre ellos el criminal Eusebio Antoñanzas, al mando de fuerzas nutridas de forajidos y esclavos, desataban crueles represalias entre la población civil en nombre del rey. Entretanto, muchos mantuanos secretamente pactaban con los realistas, desmoralizando las filas republicanas.

16 Citado por Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 50.

17 *Ibid.*, p. 55.

Todo el occidente y los llanos quedaron pronto en poder de los defensores del rey, que también al oriente controlaban ambas márgenes del Orinoco y la mayoría de las costas marítimas, reduciendo el área bajo control republicano a una estrecha faja del litoral venezolano. Para redondear la ofensiva enemiga se produjo la inesperada caída del castillo de San Felipe en Puerto Cabello (6 de julio de 1812), el más importante de Venezuela, al mando del coronel Bolívar, quien tenía de auditor de Guerra y Marina al cubano Joaquín Infante, a quién que por su inflexibilidad con los realistas apodaban «Segundo Robespierre».¹⁸

Este fue el puntillazo final a la causa republicana. Perdida la plaza por una traición, luego de dos semanas de fuertes combates, Bolívar, muy deprimido, logró escapar a La Guaira en una balandra con Infante. El 14 de julio de 1812 escribió atribulado a Miranda, a quien había solicitado ayuda con anterioridad sin recibir respuesta:

Mi general

Lleno de una especie de vergüenza, me tomo la confianza de dirigir a Ud. el adjunto parte, apenas es una sombra de lo que realmente ha sucedido.

Mi cabeza, mi corazón, no están para nada. Así suplico a Ud. me permita un intervalo de poquísimos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario.

Después de haber perdido la última y mejor plaza del estado, ¿cómo no he de estar alocado mi general?

¡De gracia no me obligue Ud. a verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta.

Soy de Ud., con la mayor consideración y respeto, su apasionado súbdito y amigo,

Simón Bolívar.¹⁹

Al conocer lo sucedido con Puerto Cabello, Miranda le comentó en francés a su secretario Pedro Gual: «Venezuela está

18 En María del Carmen Barcia Zequeira, *Acciones populares en tiempos de la independencia americana*, Eds. Matanzas, Matanzas, 2011, p. 80.

19 Bolívar, *op. cit.*, t., I, pp. 33-34.

herida de muerte».²⁰ Y añadió: «Ayer no tenía Monteverde ni pólvora, ni plomo, ni fusiles; hoy puede contar con 400 quintales de pólvora, plomo en abundancia y 3000 fusiles. Se me dice que ataque al enemigo; pero éste debe estar ya en posesión de todo».²¹ Según cuenta el historiador Lynch, «el dictador escribió farragosas proclamas y súplicas en las que pedía ayuda internacional, mientras Monteverde seguía avanzando».²²

A la débil situación militar en que quedaba la primera república, se sumó el desaliento por el grave deterioro de la economía y el temor de los mantuanos a una masiva rebelión de esclavos.²³ El abogado caraqueño Francisco Antonio Paul lo resumió como sigue en carta a Miranda:

El comercio está paralizado de un modo que parece difícil restablecerlo, si no varía enteramente el semblante de las disposiciones presentes (...) es decir, mi general, que no hay comerciantes, y, por consiguiente, no hay comercio. Qué no habiendo provisiones en el país y barreras insuperables para traerlas de fuera, perece el pueblo, y lo que es más, perece el ejército que defiende nuestra libertad. La agricultura ya no existe (...) Con motivo de la ley general sobre los esclavos, se han desolado las haciendas. Aquellos con la esperanza de la libertad las abandonan (...)»²⁴

Eso último alude a que Miranda, perdida su esperanza en una posible ayuda del exterior, trató de manera desesperada entre mayo y junio de salvar la república con la ley marcial y una conscripción masiva, que llegó al extremo de ofrecer la libertad a los esclavos movilizados en su defensa, aunque solo serían beneficiados después de cuatro años de servicio y con indemnización a sus dueños. Pero, como advirtió Izard, «Una parte del mantuanaje se negó a servir bajo las órdenes del dictador, se produjeron diversas

20 Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 195.

21 Tomado de Pividal, «Uno de los episodios más polémicos de la historia de América», en Carreras, *op. cit.*, p. 32.

22 John Lynch, *Simón Bolívar*, *op. cit.*, p. 82.

23 Véase Federico Brito Figueroa, «La emancipación nacional y la guerra de clases y castas», en *Acta Histórica*, *op. cit.*, n. LXXIX.

24 Citado por Manuel Lucena Salmoral, *Características del comercio exterior de la provincia de Caracas durante el sexenio revolucionario (1807-1812)*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1990, pp. 508-509.

rebeliones de esclavos y hubo deserciones de mandos y guarniciones que se pasaron al enemigo».²⁵

El golpe final lo propinó el levantamiento de los esclavos en Curiepe y Barlovento (24 de junio), al grito de «¡Viva Fernando VII!» Soliviantados por el rico comerciante José de las Llamozas —pasado al bando realista—, ante una desesperada llamada de auxilio del arzobispo de Caracas, el catalán Narciso Coll y Prat, divulgada por el clero en los «lugares donde viven muchos esclavos».²⁶ Los exploliados trabajadores negros, que constituían en esas zonas el noventa por ciento de la población, se levantaron en forma descontrolada contra la república en la retaguardia de Miranda.

Para Bolívar, la república quedó atrapada entre dos fuegos: «amenazada Caracas al Este por los negros excitados de los españoles europeos, ya en el pueblo de Guarenas, ocho leguas distante de la ciudad, y al Oeste por Monteverde, animado con los sucesos de Puerto Cabello».²⁷ Al valerse de los esclavizados para derrotar a Miranda, los propios realistas estuvieron a punto de perder el control de la situación, según confesara el propio arzobispo Coll y Prat en sus memorias:

(...) negros esclavos y libres, que después de la Ley marcial tomaron las armas, levantaron el grito, como expuse en mi informe por la causa justa de la nación; pero aquella nube de cuervos, no pensó luego sino en cebarse en los cadáveres de los Blancos. Ellos suponían en su natural ferocidad, que yo estaba preso en el sitio de Narauli, y al paso que sentían altamente las victorias del general Monteverde, aspiraban, a prettexto de que seguían el partido de V. M. llevarlo todo a sangre y fuego, continuar sus robos, saquear la Ciudad (...) y ejecutar en ella los asesinatos, que sin distinción de sexos ni edades, habían cometido en los valles de Caucagua, y otros de su procedencia.²⁸

25 Miguel Izard, *El miedo a la revolución*, op. cit., p. 31.

26 Tomado de las memorias del arzobispo Narciso Coll y Prat, fechadas el 25 de agosto de 1812. En Thibaud, op. cit., p. 109.

27 «A las naciones del Mundo», 2 de septiembre de 1813, Bolívar, op. cit., t. III, p. 574. La política española de atraerse a los esclavos ya había sido práctica en Santo Domingo, donde muchos negros fueron incorporados a las Tropas Auxiliares de España para enfrentar a los representantes de la Francia revolucionaria.

28 De las memorias del arzobispo Narciso Coll y Prat, en Thibaud, op. cit., p. 111.

El 25 de julio de 1812, Miranda, que llevaba días negociando con representantes realistas,²⁹ aceptó la capitulación de San Mateo a cambio de la salida de sus principales colaboradores. Lo hizo sin informar a su oficialidad y a pesar de que la correlación de fuerzas lo favorecía, pues tenía bajo su mando más de cinco mil milicianos y seis piezas de artillería, mientras el enemigo solo disponía de mil quinientos hombres.

Monteverde entró en Caracas seguido por su improvisado ejército revanchista, nutrido de españoles y sobre todo por sus paisanos de Canarias, que según escribió el oidor realista Heredia en sus *Memorias* ya mencionadas, los isleños habían sido perseguidos o eran mal vistos por el gobierno republicano. Los cargos públicos, dominados hasta entonces por mantuanos y funcionarios de la Corona, pasaron a manos de los canarios de los estratos sociales más bajos, que según un historiador «se pavoneaban por las calles provocando a los caraqueños y procediendo en todo como dueños absolutos de una ciudad conquistada».³⁰

Así, mientras Monteverde entraba en la capital, Miranda llegaba a La Guaira en la tarde del 30 de julio. Pero como bien explica Jorge Ibarra en su libro póstumo, el Precursor «se encontraba decepcionado con el Gobierno y con la oficialidad del Ejército que comenzaba a discutirle su inmovilismo y esquema estático»,³¹ en medio del desaliento y las crecientes deserciones en el campo republicano, por lo que se preparó para abandonar el país.

En ese puerto esperaba embarcarse en la corbeta inglesa *Sapphire*, el mismo buque que lo había traído del Reino Unido, al que subió dos baúles con su equipaje, además de sus libros y documentos, encuadrados en sesenta volúmenes, junto con 1500 pesos en efectivo, además de unos cuarenta y cinco kilos de plata. Estos últimos se los había facilitado el marqués de Casa León, aunque algunos autores malintencionados han atribuido a fondos públicos. Uno de los que se hizo eco de esta versión fue el

29 Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 199.

30 Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 66.

31 Jorge R. Ibarra Cuesta, *Simón Bolívar, entre Escila y Caribdis*, Santa Marta, Editorial Unimagdalena, 2018, p. 29.

historiador revisionista colombiano Arturo Abella, que comentó en tono burlón:

Puerto Cabello se pierde «en manos» del Coronel Bolívar. La revolución está herida de muerte. Miranda no ve más salida que la de capitular ante las tropas de Monteverde, jefe del bando realista. Se llega a un acuerdo: suspensión de hostilidades y amnistía. El acuerdo era, en principio, secreto. Apenas si lo sabían los íntimos de Miranda. Embarcaciones inglesas estaban listas para que Miranda emigrara con los oficiales extranjeros, que eran sus mejores amigos. También está listo Don Dinero: Miranda se había provisto de una buena suma de la tesorería real, pues bien sabía que los viajes sin la bolsa nutrida daban muchos dolores de cabeza (...).³²

Al conocer sus planes, varios oficiales criollos, encabezados por Bolívar, negados a claudicar, decidieron arrestar a Miranda, al que consideraban un traidor, antes de que huyera al exterior al día siguiente.³³ Entre los patriotas que se le unieron en La Guaira figuraban los coroneles Juan Paz del Castillo, José Mires, Manuel Cortés Campos, los comandantes Tomás Montilla, Miguel Carabaño, Rafael Castillo, Rafael Chatillon, así como los jefes político y militar del principal puerto venezolano, Miguel Peña y Manuel María de las Casas, respectivamente.

En plena madrugada del 31 de julio de 1812, algunos de esos jóvenes oficiales descontentos, encabezados por Bolívar, que además pretendían formar un gobierno emergente para resistir la ofensiva realista, pues consideraban el acuerdo con Monteverde «capitulaciones vergonzosas de Miranda»,³⁴ se presentaron de improviso en la casa donde este pernoctaba y obligaron a su edecán, el general mantuano Carlos Soublette, a despertarlo. Todavía medio dormido, el Precursor salió de su habitación y alumbró con un farol los rostros descompuestos de los recién llegados y con desprecio, antes de entregarse, les espetó: «bochinche, bochinche,

32 Arturo Abella. «*Don Dinero*» en *la Independencia*, Bogotá, Ediciones Lerner, 1966, p. 140.

33 Lynch, *Simón Bolívar*; *op. cit.*, p. 83.

34 Carta de Bolívar del 8 de abril de 1813 al gobierno de las Provincias Unidas de Nueva Granada fechada en Cúcuta. Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 53.

esta gente no sabe hacer sino bochinche»,³⁵ palabra que en la jerga popular venezolana puede significar ruido, escándalo o relajo, entre otras acepciones, por lo que su exacta significación todavía se discute.

Encerrado Miranda en un oscuro calabozo del fuerte de San Carlos, situado sobre las alturas de un cerro que domina La Guaira, las intenciones de sus captores de juzgarlo se frustraron por la irrupción casi simultánea de las fuerzas realistas en el puerto. Rendida la plaza por Casas sin resistencia alguna, el propio jefe militar les entregó al Precursor, remitido preso a Puerto Cabello, violando los acuerdos recién firmados en San Mateo. En medio de la confusión inicial, algunos jóvenes oficiales criollos, que para los realistas no tenían la misma importancia que Miranda, se dispersaron sin ser molestados y muchos fueron abandonando en los días sucesivos el territorio venezolano.

Ese fue también el destino de Bolívar, refugiado en Caracas en casa del marqués de Casa León, que gracias a las gestiones de Francisco Iturbe, un influyente amigo español, obtuvo permiso de Monteverde para salir de la restablecida colonia española. El 27 de agosto de 1812 se embarcó a Curazao, acompañado de Ribas, Vicente Tejera y Manuel Díaz Casado, con el propósito de ir después a Cartagena, para apoyar el acorralado gobierno republicano de esa ciudad del litoral neogranadino.³⁶

La represión contra los republicanos que no lograron escapar fue brutal. Muchos patriotas fueron expropiados y sufrieron todo tipo de vejaciones, entre otros Roscio, exhibido en un cepo en medio de una plaza de Caracas para que fuera insultado y agredido, mientras cientos de patriotas, de diferentes estratos sociales y edades, eran tratados como animales y encerrados en lúgubres mazmorras.³⁷ Para Monteverde, la constitución liberal proclamada en España no debía aplicarse en Venezuela, pues «debe ser tratada por la ley de conquista».³⁸

35 En Pividal, «Uno de los episodios más polémicos de la historia de América», en Carreras, *op. cit.*, p. 31.

36 Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 202.

37 Véase Uslar Pietri, *op. cit.*, pp. 70-73.

38 Citado por Augusto Mijares, *El Libertador*, Caracas, Comisión Presidencial Bicentenaria de la Victoria y la Batalla de Carabobo, 2021, p. 364.

Capítulo III

METIDO A ALFARERO DE REPÚBLICAS

A FINES DE 1812 Bolívar se encontraba en la cálida Cartagena de Indias, el principal puerto atlántico del antiguo Virreinato de Nueva Granada. El litoral caribeño granadino era muy parecido en clima, economía y composición racial a la costa venezolana, aunque pronto advirtió el venezolano que las diferencias sociales eran menos marcadas que en su patria, pues no había grandes plantaciones y tampoco tantos esclavos.

Ya el 27 de noviembre de 1812 como «Coronel de Ejército y Comandante de Puerto Cabello» firmó un extenso texto remitido al soberano congreso neogranadino, para «implorar la protección de la Nueva Granada, en favor de sus compatriotas, los desdichados hijos de Venezuela». ¹ En ese documento explicó las tribulaciones sufridas por la primera república venezolana que llevaron a su caída y la responsabilidad de Miranda, al que alude sin nombrarlo como «su general», al que acusa de «por una inaudita cobardía, no logró las ventajas de la victoria, persiguiendo al enemigo, sino antes bien cometió la bajeza ignominiosa de proponer y concluir una capitulación, que, cubriendonos de oprobio, nos tornó al yugo de nuestros tiranos».²

Con mayor profundidad se refirió al mismo tema unos días después, el 15 de diciembre, en su *Memoria dirigida a los ciudadanos de Nueva Granada por un Caraqueño*, conocida como

1 Bolívar, *op. cit.*, t. I, pp. 38-40.

2 *Ibid.* En este texto llama a «Caracas, cuna de la independencia colombiana», que algunos autores consideran su primera alusión a la futura Colombia, cuando en realidad lo usa como sinónimo de la América hispana.

Manifiesto de Cartagena, considerado con razón su primer documento político de envergadura, donde muestra su sagacidad y facilidad de expresión al analizar, por primera vez, los problemas de los pueblos hispanoamericanos vinculados a un destino común. Aquí se presenta como «un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia».³

En este segundo texto expuso sus criterios sobre el fracaso de la primera república, que atribuyó a diversas causas, entre ellas factores de índole político militar: un ejército inexperto, improvisado e indisciplinado, sin una clara estrategia, que desarrolló una perjudicial guerra defensiva que lo condujo al fracaso. Además, el idealismo ingenuo de sus protagonistas, que establecieron el parlamentarismo y un régimen federal, que debilitó al nuevo estado al seguir «las máximas exageradas de los derechos humanos».⁴ En sus propias palabras:

Los códigos que consultaban nuestros magistrados, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se resintió extremadamente conmovido, y desde luego corrió el estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vio realizada.⁵

Como puede verse, Bolívar era un decidido adversario de la receta federal, calcada de los Estados Unidos, para estructurar las nuevas repúblicas de la América Meridional, la que llegaría mucho después a calificar de verdadero «delirio».⁶ En el propio *Manifiesto*

3 *Ibid.*, p. 41.

4 *Ibid.*, p. 43. Por eso consideró que «mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas» (p. 44).

5 *Ibid.*, p. 42. Las cursivas son mías (SGV).

6 Véase carta a Santander del 13 de junio de 1821, en Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 656.

de Cartagena lo consideró uno de los factores principales de la derrota patriota durante la primera república venezolana, pues es «el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes estados».

Desde entonces se convirtió en defensor de una organización estatal bien diferente a la federal: «Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas».⁷ Sobre este tema escribiría muchos años después al general O’Leary, el 13 de septiembre de 1829: «Todavía tengo menos inclinación a tratar del gobierno federal: semejante forma social es una anarquía regularizada, o más bien, es la ley que prescribe implícitamente la obligación de disociarse y arruinar el estado con todos sus individuos. Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos».⁸

De su análisis en el *Manifiesto de Cartagena*, se desprende que todavía no comprendía las razones más profundas del fracaso de la elitista primera república venezolana, la que solo atribuía al tipo de organización adoptada, a la falta de disciplina y de organización militar, sin darse cuenta que tenían mucho más que ver con la ausencia de un programa social que atrajera a las masas populares a la causa independentista. Otra muestra de esa limitación aparece en el propio documento al sintetizar los factores que condujeron a la derrota venezolana:

De los referido se deduce, que entre las causas que han producido la caída de Venezuela, debe colocarse en primer lugar la naturaleza de su constitución que, repito, era tan contraria a sus intereses como favorable a los de sus contrarios. En segundo, el espíritu de filantropía que se apoderó de nuestros gobernantes. Tercero: la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la república y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto, el terremoto acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente, las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro.⁹

7 *Ibid.*, p. 44.

8 *Ibid.*, t. III, p. 315.

9 *Ibid.*, t. I, p. 45.

Tal como ocurrió en Venezuela durante la primera república, el federalismo también dañaba el proceso emancipador en Nueva Granada, agravado por la mayor extensión de su territorio, las grandes diferencias socio económicas y étnicas entre las provincias, separadas por una accidentada geografía. A profundizar las divergencias contribuyó aquí la aspiración de la élite capitalina de mantener sus viejos privilegios virreinales, entre ellos el control de las rentas fiscales y el poder central.

El Estado Libre de Cartagena que cobijó a los exiliados venezolanos —entre ellos Ribas, Francisco y Miguel Carabaño, Mariano y Tomás Montilla— sorprendió a Bolívar por su «fervor patriótico», que contrastaba con la apatía dejada atrás, pues «allí se libraba con España una guerra más firme que en la de la Capitanía General de Venezuela».¹⁰ Por esa ciudad portuaria había comenzado el proceso juntista en Nueva Granada dos años antes, el 22 de mayo de 1810, que como en el resto de Hispanoamérica reconoció inicialmente a Fernando VII.

El movimiento que sacó del poder a las autoridades españolas pronto se extendió por casi todo el territorio neogranadino: Mompox, Pamplona, Socorro y Cali hasta culminar en Santafé el 15 de agosto con la destitución del virrey Antonio de Amar y Borbón. Al año siguiente se vertebraron dos diferentes estados neogranadinos, que llegarían en sus contradicciones a enfrentamientos armados.

Por un lado, Cundinamarca —nombre indígena del antiguo territorio muisca—, limitado a la sabana central y áreas colindantes del Magdalena medio, que conformaban la zona más poblada y rica del antiguo virreinato. Por el otro, las Provincias Unidas de Nueva Granada, con capital en Tunja, inclinado a un régimen federal, mientras al margen de estos dos polos quedaban las áreas realistas: la costa caribeña de Santa Marta —incluido el valle del Sinú— y, en el sur, las regiones montañosas de Pasto —de mayoría indígena— y los valles de Patía, de numerosa población negra, así como Panamá.

Fue también en Cartagena donde el proceso se radicalizó más rápido. El 11 de noviembre de 1811 las milicias criollas,

10 Citado por Perú de Lacroix, *op. cit.*, p. 192.

nutridas de mulatos y negros libres, encabezadas por el cubano Pedro Romero,¹¹ impusieron a la moderada junta local el *Acta de Independencia*, que proclamó «solemnemente a la faz de todo el mundo que la provincia de Cartagena de Indias es desde hoy y por derecho Estado Libre, Soberano, e Independiente».¹² Con esa declaración se convirtió en el segundo territorio hispanoamericano en declarar su emancipación después de Venezuela.

El 15 de junio de 1812 se aprobó la constitución igualitarista del Estado de Cartagena de Indias, casi nominalmente integrado a las Provincias Unidas de Nueva Granada, por un congreso cartagenero donde «todos se hallan mezclados los blancos con los pardos, para alucinar con esta medida de igualdad, una parte del pueblo», según escribiera desconsolado al rey, desde su refugio en La Habana, el arzobispo del principal puerto neogranadino fray Custodio Díaz.¹³ Al año siguiente, el propio cónclave dispuso la confiscación y reparto de todos «los bienes que correspondieran a los enemigos de la libertad americana».¹⁴

Fue precisamente en el Estado Libre de Cartagena de Indias, que gozaba de una autonomía relativa del gobierno federal en Tunja, donde se congregaron muchos patriotas hispanoamericanos. También un enjambre de capitanes de barcos de Haití,

11 Para algunos historiadores Pedro Romero era natural de Matanzas y viajó desde Cuba para los trabajos de fortificación de Cartagena, aunque otros autores objetan ese origen, pues no se ha encontrado su partida de nacimiento en la isla. Se sabe que desde 1778 era dueño de una herrería en el barrio de Santa Catalina en Cartagena. Véase Francisco Pividal «Las luchas independentistas: un ejemplo de solidaridad entre Cuba y Colombia», en *Cuba-Colombia, una historia común*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional, 1995, p. 44 y Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*, Bogotá, Banco de la República/El Áncora Editores, 1998, p. 197.

12 Tomado de Javier Ocampo, *El proceso ideológico de la emancipación*, Bogotá, Editorial Colombia Nueva Ltda., 1982, p. 39.

13 En Múnera, *op. cit.*, p. 202. La constitución prohibía la trata y creaba un fondo para la manumisión de los esclavos. Véase el texto íntegro en Germán Marquínez Argote (Selección de textos e introducción), *Filosofía de la Emancipación en Colombia*, Bogotá, Editorial El Búho, 1983, pp. 133-141.

14 Citado por José Manuel Restrepo, *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, Bogotá, Banco de la República, 1942, t. II, p. 69.

Francia, Inglaterra, Estados Unidos y otros países que obtuvieron patentes de corso de esta república neogranadina, así como cientos de aventureros y revolucionarios de diferentes latitudes, en especial franceses, participantes en las guerras napoleónicas, algunos de ellos atraídos por la invitación de Miranda y que abandonaron Venezuela tras la caída de la primera república.

Para defender Cartagena del ataque enemigo procedente de Santa Marta —que dominaba las dos orillas del caudaloso Magdalena, impidiendo la comunicación con el interior de Nueva Granada—, el joven presidente Manuel Rodríguez Torices, recibió del congreso local poderes dictatoriales. Su asesor y auditor de Guerra era el cubano Pascual Ferrer, funcionario colonial en Cartagena desde 1806, con quien Bolívar debió seguramente hacer ciertos trámites, pues estuvo al servicio de la república hasta la capitulación de Cartagena en diciembre de 1815, cuando entregó a los españoles las llaves de la ciudad.¹⁵

Designado el experimentado coronel francés Labatut en la comandancia del ejército, el 6 de enero de 1813, logró expulsar a los realistas del territorio cartagenero, aunque dos meses después el nuevo virrey español, Antonio Núñez, apoyado por efectivos indígenas, lo obligó a retroceder. Fue entonces que Bolívar quedó al frente de las desorganizadas milicias criollas en Barrancas (hoy Calamar), en la orilla occidental del caudaloso Magdalena, donde según sus biógrafos tuvo un romance con la joven francesa Anita Lenoit.

Desde ahí desarrolló, a fines de diciembre de 1812, una ofensiva constante de sigilo y sorpresa contra los puntos españoles fortificados sobre esa caudalosa arteria, apoderándose con facilidad en dos semanas de Tenerife, Mompox y otros poblados, a pesar de que al inicio solo contaba con «tres pistolas, diez y seis enmohecidos fusiles, treinta y dos lanzas, veinte y cinco machetes y treinta cuchillos».¹⁶ El resultado fue un sustancial aumento de sus fuerzas con hombres, armas, municiones y embarcaciones

15 Más detalles en Justo Cuño, *El arte de sobrevivir en el mundo Don (Buena) Ventura Pascual Ferrer, un cubano de ida y vuelta entre revoluciones (1772-1851)*, Madrid, Silex Ultramar, 2024.

16 Perú de Lacroix, *op. cit.*, p. 193.

fluviales, rompiendo el aislamiento de Cartagena del interior neogranadino, por lo que desde entonces, como él mismo afirmó, el nombre de Bolívar comenzó a asociarse a victorias militares: «Yo he nacido en Caracas, pero mi fama nació en Mompox».¹⁷

A continuación, se apoderó sin mucha oposición de El Banco, Chiriguaná, Tamalameque, Puerto Real y Ocaña en enero de 1813, atrayendo a muchos jóvenes a sumarse a su improvisado ejército. Por esa ofensiva, desobedeciendo las instrucciones de Labatut —que no perdonaba a Bolívar su papel en el arresto de Miranda—, el general francés se quejó al gobierno, pero el presidente de Cartagena, impresionado por los éxitos del intrépido venezolano, desoyó sus quejas y le encomendó apoyar a las fuerzas del coronel neogranadino Manuel Castillo y Rada frente a las avanzadas de Monteverde, situadas en la misma frontera con Venezuela (Cúcuta).

A esos efectivos realistas los desarticuló con una audaz carga de bayoneta el 28 de febrero de 1813, que le dio un suculento botín estimado en dos millones de pesos en mercancías diversas, triunfo que es considerado un hito en su ascendente carrera militar. En una proclama dos días después, tras cruzar el río Táchira y entrar en territorio venezolano, que firma como «comandante en jefe del Ejército combinado de Cartagena y de la Unión», apoyos de lo que se vanaglorió, pues contaba con el de dos gobiernos granadinos e incluso el de Nariño en Bogotá,¹⁸ escribió: «En menos de dos meses habéis terminado dos campañas y habéis comenzado una tercera que empieza aquí y debe concluir en el país que me dio la vida. Vosotros fieles republicanos marcharéis a redimir la cuna de la independencia colombiana».¹⁹

En premio a sus fulminantes éxitos, que limpiaban de realistas todo el norte de Tunja y abrían Cartagena a la comunicación con el interior del país, el complacido congreso federal neogranadino, presidido por Camilo Torres, lo ascendió a general y le entregó la jefatura del ejército destacado en la frontera venezolana. Ello le permitió emprender, en mayo de ese año, la liberación de su

17 En Masur, *op. cit.*, p. 145.

18 Véase Mijares, *op. cit.*, p. 394.

19 Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 552.

patria, pese a la oposición del comandante Manuel Castillo y Rada y de su sustituto Francisco de Paula Santander. Negado a acompañarlo fuera del territorio neogranadino, Bolívar dejó a Santander encargado de proteger su retaguardia, aunque unos meses más tarde sería vencido por las fuerzas realistas de Bartolomé Lizón.²⁰

Entretanto, en una operación autorizada solo de tipo preventiva, Bolívar se alejó de los límites de Nueva Granada el 14 de mayo (1813) y ascendió los Andes venezolanos el 23 de ese mes, para ocupar Mérida sin resistencia y seguir el 10 de junio sobre Trujillo, brillante inicio de una fulminante ofensiva que denominaría «Campaña Admirable». Sus fuerzas, integradas mayoritariamente por efectivos de las Provincias Unidas, encabezadas por los oficiales neogranadinos Antonio Ricaurte, segundo al mando de las tropas, y Atanasio Girardot, tenía como comandantes venezolanos a Urdaneta y Ribas, pero solo representaban una cuarta parte de las de Monteverde.

En Trujillo, cuando se disponía a seguir adelante rumbo a Caracas, firmó un controvertido decreto de «Guerra a Muerte», dirigido a impulsar la formación de una conciencia nacional, castigar los desmanes realistas e impedirles la manipulación de las masas populares. La estratégica decisión estaba motivada por la manifiesta apatía que encontraba en su avance por territorio venezolano, que contrastaba con el fervor que dejaba atrás entre la población neogranadina.

Como bien explica Juvenal Herrera, «los campesinos se aferraban a sus labores o se internaban en los montes para evitar su reclutamiento. Notó Bolívar que no había allí “el entusiasmo republicano que conoció entre los granadinos”, pues en Venezuela “el pueblo profundo de amplias regiones no se sentía interpretado en el discurso de los criollos blancos y prepotentes que decían ser republicanos y conservaban la esclavitud y los privilegios».²¹

La dura disposición bolivariana proclamada en Trujillo, que responsabilizaba al bando realista con todos los males, se

20 Véase la obra apologética de Pilar Moreno de Ángel, *Santander. Biografía*, Bogotá, Planeta, 1989, p. 98 y ss.

21 Juvenal Herrera Torres, *Bolívar y su Campaña Admirable*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004, p. 47.

proponía deslindar los campos entre los criollos y los españoles mediante una guerra brutal, apartada de cualquier norma civilizada. A la lucha de razas y castas, desatada por sus enemigos, que querían convertir la gesta independentista en una contienda civil entre americanos, Bolívar contrapuso la guerra a muerte, destinada a transformarla en un enfrentamiento mortal entre los naturales del Nuevo Mundo y los del Viejo. Al terror realista, respondía Bolívar con el terror patriota.

De la única manera en que los españoles podrían salvar sus vidas, era tomando partido por la causa independentista. No solo buscaba frenar el crecimiento de las filas enemigas y el derrotismo de sus propios partidarios, sino también cimentar la identidad nacional hispanoamericana —que sustituía la imagen del rey por la de la república— e impedir que la contienda se degradara a una guerra civil. Por eso, dispuso:

Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infestan y han cubierto de sangre: que su escarmiento sea igual a la enormidad de su perfidia, para lavar de este modo la mancha de nuestra ignominia, y mostrar a las naciones del Universo, que no se ofende impunemente a los hijos de la América.

Todo español que no conspire contra la tiranía a favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los (...) españoles que hagan señalados servicios al estado, serán reputados y tratados como americanos.

Y vosotros, Americanos, que el error o la perfidia os ha extraviado (...) sabed que vuestros hermanos os perdonan (...). Contad con una inmunidad absoluta en vuestro honor, vida y propiedades: el solo título de Americanos será vuestra garantía y salvaguarda.

Españoles y Canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.²²

22 Bolívar, *op. cit.*, t. III, pp. 556-557.

A los intentos de transformar la lucha por la independencia en una guerra fratricida, Bolívar salió al paso con este decreto extremo, que anuncia una contienda sin cuartel contra los españoles, al mismo tiempo que aspiraba a contribuir a la formación de una conciencia nacional y atraer a su campo a la mayoría de la población venezolana. Al establecer con nitidez la diferencia entre las dos nacionalidades en guerra y delimitar al español como el verdadero enemigo, pretendía reafirmar la identidad hispano-americana, a la vez que profundizaba la causa de la liberación nacional. Además, utilizó la terrible represión realista de agravios para justificar la crudeza que había adquirido la contienda, como escribió el 2 de octubre de 1813:

Un continente, separado de la España por mares inmensos, más poblado y más rico que ella, sometido tres siglos a una dependencia degradante y tiránica, al saber el año de 1810 la disolución de los gobiernos de España por la ocupación de los ejércitos franceses, se pone en movimiento para preservarse de igual suerte y escapar a la anarquía y confusión que lo amenaza. Venezuela, la primera, constituye una junta conservadora de los derechos de Fernando VII (...) Pruebas evidentes de las miras de unión que animaban a los venezolanos (...).

Resultó luego la Regencia, que tumultuariamente se estableció en Cádiz, único punto donde no penetraron las águilas francesas; y desde allí fulminó sus decretos destructores contra unos pueblos libres, que sin obligación habían mantenido relaciones e integridad nacional con un pueblo de que naturalmente eran independientes.

Tal fue el generoso espíritu que animó la primera revolución de América, revolución sin sangre, sin odio, sin venganza. ¿No pudieron en Venezuela, en Buenos Aires, en la Nueva Granada, desplegar los justos resentimientos a tanto agravio y violencias y destruir aquellos virreyes, gobernadores y regentes, todos aquellos mandatarios, verdugos de su propia especie, que complacidos con la destrucción de los americanos, hacían perecer en horribles mazmorras a los más ilustres y virtuosos (...).²³

23 *Ibid.*, t. I, pp. 62-63.

En su avance en territorio venezolano obtuvo los triunfos de Niquitao, Los Horcones, sabana de Taguanes, esta última el 31 de julio, que fue la más significativa, donde se destacaron los jefes Ribas y Urdaneta, en una especie de «guerra relámpago» según la calificó el historiador norteamericano Bushnell.²⁴ Esa «Campaña Admirable», en la que no hubo ni una sola derrota, culminó entre el 2 y 6 de agosto con la liberación de Valencia y Caracas, que obligó a Monteverde a refugiarse en las fortificaciones del castillo de San Felipe en Puerto Cabello.²⁵

En el transcurso de esa arrolladora ofensiva, Bolívar hizo un llamado para la incorporación de las mujeres a la lucha por la independencia, a la vez que denunciaba las cruezares cometidas contra ellas por los realistas. En Carache, el 22 de junio de 1813, declaró que los realistas «han dirigido las infames armas contra los cándidos y femeninos pechos de nuestras beldades, han derramado su sangre, han hecho espirar a muchas de ellas... las mujeres combaten contra los opresores y se han convertido en guerreras».²⁶

Al entrar en su ciudad natal el 7 de agosto de 1813, «en medio de la alegría de sus habitantes», según un testigo presencial,²⁷ fue recibido con flores por una gran multitud, bajo el sonido de las campanas de las iglesias y de salvadas de artillería, mientras era aclamado como Libertador, título ya recibido en Mérida que le acompañaría por el resto de su vida.²⁸ Esa noche, en un baile en su honor, trajeado de gala con su uniforme de general, adornado con bordados dorados en ramos de oliva,

24 Bushnell, *op. cit.*, p. 86.

25 Ante la amenaza patriota a esta plaza, Monteverde dispuso el traslado de Miranda a Puerto Rico (julio de 1813); y de aquí a fines de ese año, a la Carraca (Cádiz), donde murió el 14 de julio de 1816. Véase Lavretski, *Miranda*, *op. cit.*, pp. 213-225.

26 Citado por Lynch, *Simón Bolívar*, *op. cit.*, p. 100.

27 Tomado de Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 88. El testimoniente agregó: «Ningún español europeo perdió su vida y muchos de ellos se mostraron por las calles sin ser molestados».

28 El 14 de octubre de 1813 el ayuntamiento de Caracas, en reunión ampliada con representantes de toda la población capitalina, le entregó en forma oficial los títulos de Capitán General de los ejércitos y Libertador de Venezuela. Lynch, *Simón Bolívar*, *op. cit.*, p. 105.

conoció a Josefina «Pepita» Machado, una de las bellas jóvenes que en la mañana, vestidas de blanco al estilo griego, lo habían coronado con laureles al pasear por las calles, con la que tendría una íntima relación durante casi un lustro.

Al día siguiente daba a conocer una proclama a los caraqueños, firmada ahora como Brigadier de la Unión y General en Jefe del Ejército Libertador de Venezuela, en el año «3 de la Independencia y 1 de la Guerra a Muerte» en la que anotó:

En un estado tan cruel y lamentable; y a tiempo que las persecuciones habían llegado a su colmo, un ejército bienhechor compuesto de vuestros hermanos los ínclitos soldados granadinos parecen, y como ángeles tutelares, os hacen salir de las selvas y os arrancan de las horribles mazmorras donde yacíais sobrecoyidos de espanto o cargados de las cadenas tanto más pesadas, cuanto más ignominiosas. Parecen, digo, vuestros libertadores, y desde las márgenes del caudaloso Magdalena, hasta los floridos valles del Aragua, y recintos de esta ilustre capital, victoriosos, han surcado los ríos del Zulia, del Táchira, del Boconó, del Masperro, la Portuguesa, el Morador, y Acarigua, transitando los helados páramos de Mucuchies, Boconó y Niquitao, atravesando los desiertos y montañas de Ocaña, Mérida y Trujillo, triunfando siete veces en las campales batallas de Cúcuta, la Grita, Betijoque, Carache, Niquitao, Barquisimeto y Tinaquillo, donde han quedado vencidos cinco ejércitos que en número de diez mil hombres, devastaban las hermosas provincias de Santa Marta, Pamplona, Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas.

Esta es, caraqueños, mi misión; aceptad con gratitud los heroicos sacrificios que han hecho por vuestra salud mis compañeros de armas, que al daros la libertad se han cubierto de una gloria inmortal.²⁹

En forma paralela a la «Campaña Admirable», la lucha emancipadora también había reiniciado por la costa oriental venezolana, gracias a la acción de otros jóvenes criollos encabezados por el rico mantuano veinteañero Santiago Mariño, nombrado coronel en 1811 por Miranda. El 13 de enero de 1813, Mariño y sus seguidores desembarcaron en Güiria procedentes

29 Bolívar, *op. cit.*, t. III, pp. 561-562.

de la colonia inglesa de Trinidad, su refugio después de la reconquista española.

Con un pequeño contingente formado por peones y esclavos de la hacienda familiar y algunos emigrados a las Antillas de la primera república, Mariño se apoderó de Irapa (15 de enero) y Maturín (20 de marzo), en una veloz ofensiva acompañado del mulato Manuel Piar, José Francisco Bermúdez y Antonio José de Sucre. Ello casi coincidió con la sublevación de Juan Bautista Arismendi en la isla Margarita (3 de junio).³⁰

Más tarde, con el respaldo de la escuadrilla comandada por el corsario genovés Giussepe Bianchi, contratado por los patriotas, las fuerzas de Arismendi y Mariño se lanzaron sobre la capital del oriente venezolano (Cumaná), donde derrotaron a las huestes del feroz jefe español Antoñanzas, que les permitió ocupar Barcelona el 19 de agosto. Con estos formidables éxitos, Mariño se apoderó en menos de ocho meses de todo el litoral este de Venezuela (Cumaná, Barcelona y Margarita), una región poco devastada por la guerra y que proporcionaría a los patriotas una sólida base agrícola y ganadera, disputando la máxima jefatura a Bolívar.

Ante el desafío a su autoridad, que significaba el virtual poder independiente de Mariño en el oriente de Venezuela, Bolívar contrapuso la idea de la unión, que incluía también por primera vez la propuesta de hacerlo también con la vecina Nueva Granada. Por eso, en carta al libertador oriental, fechada en Valencia el 16 de diciembre de 1813, le propuso: «Si constituimos dos poderes independientes, uno en el Oriente y el otro en el Occidente, hacemos dos naciones distintas, qué por su impotencia en sostener su representación de tales, y mucho más de figurar entre las otras aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación, que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. ¿Y podremos pretender dividirla en dos? Nuestra seguridad y la reputación del gobierno independiente nos impone al contrario el deber de hacer un cuerpo de nación con la Nueva Granada». ³¹

30 Más detalles en Miguel Acosta Saignes, *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, La Habana, Casa de las Américas, 1977, p. 137 y ss.

31 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 81.

La doble victoria obtenida por los patriotas costeños en el oriente y los andinos en el occidente permitió a El Libertador restaurar la segunda república ante un congreso de «notables» el 2 de enero de 1814, distinta a la anterior porque concedió mayor autoridad al ejecutivo, tal como previera en su *Manifiesto de Cartagena*. Tampoco restableció los viejos poderes estatales de la anterior república, que tanto criticara en ese documento, por lo que gobernó con facultades extraordinarias acompañado de tres secretarios de Estado, aunque en la práctica el oriente estaba fuera de su control.

La cadena de reveses sufridos por los realistas en los meses siguientes, ante los ejércitos formados con los últimos estudiantes del Seminario y la Universidad de Caracas, comandados personalmente por Bolívar y Ribas, sirvieron para confirmar el triunfo republicano. Así en el occidente el coronel Ramón García de Sena venció a los realistas del jefe indígena Juan de los Reyes Vargas en el combate de Cerritos Blancos (13 de septiembre de 1813), mientras El Libertador ponía sitio a Puerto Cabello, plaza que no pudo ocupar por la llegada de numerosos refuerzos de Puerto Rico.

Aunque los patriotas tuvieron que levantar el cerco al castillo de San Felipe, el combate en las alturas de Bárbula (30 de septiembre) donde murió el joven oficial granadino Girardot, envuelto en la bandera republicana y Las Trincheras (3 de octubre), obligaron a Monteverde, herido, a encerrarse de nuevo en Puerto Cabello, donde fue sustituido en la Capitanía General por Manuel Cajigal. En aras de propiciar mayor hermandad entre Venezuela y Nueva Granada, a las que ya aspiraba a unir en una sola república, Bolívar emitió en Valencia un decreto, el 30 de septiembre de 1813, para honrar la muerte en combate del coronel granadino Girardot.

Años después confesaría en Bucaramanga a Perú de Lacroix, que «sin un motivo político como el que me movía no hubiera dado el decreto mencionado». Lo mismo dijo en relación a la muerte de Ricaurte, ocurrida el 14 de marzo de 1814, que engrandeció a nivel heroico, «para entusiasmar a mis soldados, para atemorizar a mis enemigos y dar la más alta idea de los militares granadinos».³²

32 Perú de Lacroix, *op. cit.*, p. 139.

La derrota de Bolívar el 10 de noviembre en Tierrita Blanca (Barquisimeto) no empañó los triunfos de Ribas en Vigirima (25 de noviembre) y del propio Libertador en la batalla de Araure (3 de diciembre), de seis horas de duración, donde espada en mano estuvo al frente de la caballería. Esta victoria le dio el control de todo el occidente venezolano, pero fue la última que obtendría durante la segunda república, pues el terror realista procedente de interior estaba a punto de caerle encima.³³

33 José María Galán, *Guerras de independencia en Hispanoamérica. 1810-1825*, La Habana, Pueblo y Educación, 1971, pp. 88-90.

Capítulo IV

LA GUERRA CIVIL DEBÍA ENCENDERSE ENTRE NOSOTROS

LA OFENSIVA ENEMIGA CONTRA la segunda república se reanudó en poco tiempo y de manera inesperada. Esa fue la tarea de dos criminales jefes realistas, el asturiano José Tomás Boves y el canario Francisco Tomás Morales. Valiéndose de promesas demagógicas y del odio ancestral de los llaneros mestizos y negros contra los opulentos mantuanos, Boves logró levantar tras el pabellón español con armas enviadas por Cajigal en agosto de 1813 a los peones y llaneros semisalvajes del interior venezolano, jinetes expertos en el enlace de ganado, el contrabando de cueros y el empleo de la lanza.¹

Con frecuencia estos hombres del interior venezolano trabajaban como peones en los hatos o devían en bandidos que asolaban la sabana. La primera república los afectó con una ley draconiana (Ordenanza de Los Llanos del 7 de enero de 1812) que establecía severos castigos para los que estuvieran desvinculados de las haciendas, con la finalidad de facilitar la expansión de la propiedad privada sobre las tierras de la cuenca del Orinoco y apoderarse del ganado cimarrón que se podía capturar libremente, lo que hacían los mulatos y negros libres. También las ordenanzas pretendían convertirlos en peones controlados con cédulas, documentos de difícil adquisición para las personas humildes de los llanos.

1 Un amplio estudio sobre el tema en Germán Carrera Damas, *Sobre el significado socio económico de la acción histórica de Boves*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1964.

Para ganar la guerra a los republicanos, «el terrible asturiano» no vaciló en soliviantar el régimen de castas, saquear las propiedades de los ricos criollos y ofrecer la libertad a los esclavos, tal como aparece recogido en el *Memorial presentando al Rey*, fechado en Caracas, el 31 de julio de 1815, por el realista José de las Llamozas: «El Comandante General Boves desde el principio de la campaña manifestó el sistema que había propuesto y del cual jamás se separó: fundábase en la destrucción de todos los blancos, conservando, halagando y contemplando a las demás castas (...) repartiendo las casas y los bienes de los muertos y de las desterradas entre los pardos y dándoles papeletas de propiedad».²

Valiéndose de declaraciones demagógicas, y del odio ancestral de los llaneros mestizos contra los opulentos mantuanos, el «Taita», como llamaban sus hombres a Boves, logró levantar tras el pabellón español a los llaneros del Orinoco. Según explicó Juan Bosch: «Lo que comenzó siendo en 1810 una declaración de autonomía de la provincia de Venezuela y se convirtió en julio de 1811 en declaración de independencia y en establecimiento de un estado federal —todo ello sin que apenas se derramara sangre—, pasó a ser en 1812 una guerra social que fue creciendo en intensidad, en残酷和 capacidad destructiva, hasta llegar a ser la razón oculta de la vasta acción libertadora de Simón Bolívar».³

Para el historiador venezolano Juan Uslar Pietri: «Aquellos insurreccionadas montoneras que iban saqueando y matando blancos, cometiendo sacrilegios en las iglesias, ensangrentando altares, no podían ser jamás realistas, ni representantes del orden y la religión. Lo que sucedía era que aquellos hombres abrazaban las banderas realistas como un pretexto para satisfacer sus odios de clase, para realizar la libertad social que anhelaban. Porque de haber estado los poseedores de lado de los realistas ellos hubiesen sido, sin lugar a dudas, fervorosos patriotas. La rebelión, pues, bajo las banderas del rey, no fue más que un pretexto».⁴

2 Citado por Brito Figueroa, «La emancipación...», *op. cit.*, p. 58.

3 Juan Bosch, *Bolívar y la guerra social*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 2005, p. 14.

4 Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 5.

Con un ejército de varios millares de esos hombres, Boves amenazó los valles de Aragua, mientras Bolívar levantaba en forma apresurada fortificaciones. Aunque aplicó una guerra sin cuartel contra los realistas y sustituyó a las anárquicas milicias del primer gobierno criollo por un ejército regular bien entrenado y eliminó el federalismo, no supo comprender las amargas experiencias derivadas de la falta de un programa social, pese a ser el más preclaro representante de la élite mantuana. Todavía en 1814, El Libertador hablaba de «reducir los esclavos a su deber».⁵

Las mismas limitaciones de clase que hicieron naufragar la anterior república dieron al traste con la segunda, cuando los españoles lograron atraer a su bando a las grandes masas explotadas del campo. Bolívar, todavía con la mentalidad propia de un mantuano y a pesar de los cambios introducidos en la esfera política y militar, la república seguía siendo copia de la primera al menospreciar las reivindicaciones populares. Así también lo advirtió Bosch: «A pesar de su genio político, del que dio pruebas abundantes durante su corta vida, en esos meses finales de 1813 el Libertador era todavía un mantuano y creía que el poder militar, y sólo él, iba a decidir la lucha en Venezuela. Como mantuano al fin, no paraba mientes en el pueblo».⁶

Fue esa debilidad lo que permitió el triunfo en 1814 de los realistas salidos de los llanos del Orinoco, región separada de las plantaciones cercanas al litoral por tupidos bosques y la cordillera andina. La agitación de la población expoliada y marginada no fue responsabilidad exclusiva de Boves, pues de eso también se ocuparon otros comandantes realistas, entre ellos José Yáñez, apodado «Ñaña», Francisco Rosete, y el negro Palomo.

Boves atraía como un imán a los desposeídos mulatos y negros de las llamadas castas, exacerbando el odio a los blancos criollos y permitiendo su total desenfreno, constituyendo los nutrientes de su ejército en el que solo había un puñado de españoles. Según Uslar Pietri: «La figura de Boves fue para los patriotas,

5 «Instrucciones desde su cuartel general en Caracas», 19 de junio de 1814, en Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 100.

6 Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2003, p. 405.

y en general para los blancos, lo que Atila para los europeos del medievo».⁷

La amenaza palpable de un masivo e incontrolado levantamiento esclavo —como en efecto se produjo otra vez en los valles del Tuy—, y la rebeldía llanera, junto a la división del campo patriota —Mariño, proclamado Jefe Supremo y Dictador del Oriente se negaba a reconocer la autoridad de Bolívar—, fueron factores esenciales del desplome de la segunda república, constreñida en sus alcances sociales por los prejuicios clasistas de sus dirigentes. Quizá la mejor confirmación de estas limitaciones, fueron las palabras del propio Libertador en septiembre de 1815:

Los jefes españoles de Venezuela, Boves, Morales, Rosete, Sebastián de la Calzada y otros, siguiendo el ejemplo de Santo Domingo, sin conocer las verdaderas causas de aquella revolución, se esforzaron en sublevar toda la gente de color, inclusive los esclavos, contra los blancos criollos, para establecer un sistema de desolación, bajo las banderas de Fernando VII. Todos fueron instados al pillaje, al asesinato de los blancos; les ofrecieron sus empleos y propiedades; los fascinaron con doctrinas supersticiosas a favor del partido español, y, a pesar de incentivos tan vehementes, aquellos incendiarios se vieron obligados a recurrir a la fuerza, estableciendo el principio, *que los que no sirven en las armas del rey son traidores o desertores*; y, en consecuencia, cuantos no se hallaban alistados en sus bandas de asesinos, eran sacrificados, ellos, sus mujeres, hijos y hasta las poblaciones enteras; porque a todos obligaban a seguir las banderas del Rey.⁸

Los acontecimientos revelaban en forma dramática que, para una parte apreciable de los sectores sociales oprimidos, la aristocracia criolla constituía su explotador inmediato y no el distante gobierno español. Esta percepción facilitó las maniobras realistas para manipular a los llaneros, tal como había sucedido con las revueltas de esclavos de los valles cercanos a Caracas, promovidas por las autoridades coloniales en Venezuela, que precipitaron en 1812 y 1814 el desplome de las dos primeras repúblicas.

7 Uslar Pietri, *op. cit.*, pp. 118-119.

8 Carta a la *Gaceta Real de Jamaica, en Bolívar*, *op. cit.*, t. I, p. 180. Las cursivas en el original (SGV).

Todavía los estratos populares no apoyaban la lucha independentista o lo hacían en forma muy limitada, atraídos por las consignas demagógicas de la contrarrevolución realista. La mejor comprobación es el relato de un testigo, el mencionado arzobispo de Caracas Coll y Prat, quien en un recuento dirigido a Fernando VII, sobre los acontecimientos de la reconquista española en Venezuela, escribió sobre la cruel campaña librada por la «Legión Infernal» de Boves: «Tiene sobradas pruebas de que su lealtad era sangrienta: de que entabló una igualdad de hecho entre los oficiales blancos que seguían su Ejército y la feroz multitud de negros y zambos libres y esclavos que sacó de los Llanos, y de que para gratificar a estos Cosacos de América, los dejó entregar a un pillaje escandaloso; de que el mismo les distribuía en recompensa los ganados que encontraba en los hatos aun de los buenos españoles, que ellos vendían a unos pocos que hacían su fortuna con las desgracias ajenas».º

Los mantuanos que apoyaban la segunda república estaban muy preocupados por la inquietud existente en sus dotaciones de esclavos y con la proliferación de palenques de cimarrones. Por eso exigían al gobierno republicano la organización de una expedición punitiva y la represión de esos focos de resistencia, ante el temor de caer «en manos de los negros».ºº El propio Bolívar, al analizar la difícil coyuntura, llegó al extremo de escribir: «Nuestros enemigos no han perdonado medio alguno por infame y horrible que sea para llevar a cabo su empresa favorita. Han dado la libertad a nuestros pacíficos esclavos y puesto en fermentación las clases menos cultas de nuestros pueblos (...) El ejemplo fatal de los esclavos y el odio del hombre de color contra el blanco, promovido y fomentado por nuestros enemigos, van a contagiar todas las Colonias Inglesas, si con tiempo no toman la parte que corresponde para atacar semejantes desórdenes».ººº

Otra muestra de sus limitaciones en estos años puede verse en el siguiente párrafo suyo en un documento de 1815: «El esclavo de la América española vegeta abandonado en las haciendas,

º Citado por Thibaud, *op. cit.*, p. 156.

ºº En Lynch, *Simón Bolívar*; *op. cit.*, p. 109.

ººº Carta del 17 de junio de 1814, en Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 98.

gozando, por decirlo así, de su inacción, de la hacienda de su señor y de una gran parte de los bienes de la libertad; y como la religión le ha persuadido que es un deber sagrado servir, ha nacido y existido en esta dependencia doméstica, se considera en su estado natural, como un miembro de la familia de su amo, a quien ama y respeta».¹²

Los crueles castigos de Vicente Campo Elías, oficial republicano nacido en España, cometidos en Calabozo contra sus propios paisanos, a los que odiaba, contribuyó a desencadenar en su contra un masivo levantamiento llanero, tras vencer a Boves en la sabana de Mosquiteros (Guárico), el 14 de octubre de 1813. Derrotado en forma aplastante, Campo Elías fue obligado a replegarse al sur, mientras Ribas vencía, en audaz ofensiva, en el primer combate de La Puerta (3 de febrero de 1814), a Morales en La Victoria (12 de febrero), a Rosete en Charallave (29 de febrero) y Ocumare (20 de marzo), éxitos que le valieron el calificativo de «El Invencible».

Para intentar detener la ofensiva llanera sobre la capital, que quedó prácticamente desguarnecida, Bolívar se atrincheró en su hacienda de San Mateo entre los meses de febrero y marzo de 1814, defensa donde cayeron en combate Campo Elías y el neogranadino Ricaurte, inmolado en el polvorín para que no fuera capturado por los enemigos. La tardía incorporación de Mariño a la lucha contra la Legión Infernal no fue suficiente para inclinar la balanza del lado republicano,¹³ aunque al principio obligó a Boves a levantar el asedio, sin poder evitar las derrotas republicanas en Bocachica (31 de marzo) y Sabana del Arao (16 de abril).

Gracias a su base de masas, Boves, que daba acceso a los grados más altos de su oficialidad a las castas, venció a las fuerzas de Tomás Montilla en el cañón de Santa Catalina, mientras Yáñez obtenía sendos éxitos en el Apure y Barinas. La mayor amenaza provenía del sur, desde donde avanzaban los llaneros, ya repuestos de los golpes propinados por el ejército de Ribas a fines de 1813 y principios de 1814, así como de la muerte de Yáñez, ocurrida el 2 de febrero de 1814.

12 *Ibid.*, p. 80.

13 Véase Galán, *op. cit.*, pp. 93 96.

Ante estos peligros que amenazan la supervivencia de la república, Bolívar presentó combate al propio capitán general Cajigal en la primera batalla de Carabobo, donde se impuso el 28 de mayo de 1814, pero fue seguida por una aplastante derrota en otro enfrentamiento en La Puerta (15 de junio), sitio de entrada desde los llanos hacia los valles del Aragua, paso usado para trasladar ganado a la capital y por donde penetraron desenfrenadas las huestes de Boves. Este duro revés, que costó la vida a centenares de patriotas, dejó indefensa a Caracas y persuadió a Bolívar y Mariño de evacuarla con los despojos de sus ejércitos antes de la irrupción de las hordas llaneras.

El Libertador fue el último patriota en abandonar la arruinada ciudad (7 de julio), en la que no se veía un alma: era el principio del fin de la segunda república. Entretanto, los hombres de Boves, Cajigal, Ceballos y De la Calzada ocupaban el 9 de julio Valencia tras un largo asedio, mientras simultáneamente otra parte de las huestes llaneras se apoderaban de la capital —el marqués de Casa León fue designado gobernador interino—, donde penetraron dando lanzadas a diestra y siniestra. Un panorama desolador describió el realista Juan Manuel Oropesa cuando en junio de 1814 recorrió los territorios reconquistados: «las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas, unas a centenares, otras a decenas y de otras no quedan más que vestigios (...) los caminos y los campos cubiertos de cadáveres insepultos, abrasadas las poblaciones, familias enteras que ya no existen sino en la memoria (...y la) agricultura enteramente abandonada».¹⁴

Cinco meses antes de este fatal desenlace, en correspondencia con lo establecido en el decreto de «Guerra a Muerte», más de mil españoles y canarios detenidos en Caracas y La Guaira fueron pasados por las armas entre los días 14 y 16 de febrero de 1814 por las tropas republicanas de Arismendi y Leandro Palacios respectivamente, en cumplimiento de la orden expresa de Bolívar. La terrible decisión fue tomada para evitar que los presos se unieran a los realistas y se repitiera lo ocurrido en Puerto Cabello dos años atrás.¹⁵ Según bien explica Lynch, tras varios

14 Citado por Izard, *El miedo a la revolución*, op. cit., p. 34.

15 Un exhaustivo análisis en Ibarra, op. cit., pp. 165-185.

esfuerzos inútiles de El Libertador para lograr un intercambio de prisioneros, entre ellos con el propio Monteverde, o incluso su deportación a las colonias europeas del Caribe, «y enfrentado a las atrocidades que estaban cometiendo Boves y otros españoles, así como a informes que mencionaban una conspiración para escapar, Bolívar firmó la orden que condenó a muerte a los españoles y canarios prisioneros en La Guaira».¹⁶

Solo el temor a la repetición de las trágicas consecuencias que trajo aparejada la pérdida de la fortaleza de Puerto Cabello para la primera república venezolana, llevó a la aplicación de esta horrible pena, que justificó el 8 de diciembre de ese año cuando escribió:

Tízcar nos toma diez y seis oficiales y hombres decentes y los pasa por las armas en Barinas. Zuazola destruye pueblos enteros al mismo tiempo en Cumaná por ser patriotas. Antoñanzas degüella 300 prisioneros nuestros en San Juan de los Morros en la campaña anterior. Boves en los Llanos hace prodigios de残酷, estando yo en Mérida. ¿Sería justo sufrir la guerra a muerte, y no hacerla? La declaro y la llevo a efecto.

No se admite mi oferta y se pasa por las armas a nuestros prisioneros al tiempo que Boves se acerca a la capital, degollando todos los pueblos del tránsito, sin exceptuar niños ni mujeres. ¿Qué debía yo hacer sin guarnición en La Guaira y con cerca de 1.000 españoles en las bóvedas y castillos? ¿Esperaría yo la misma suerte infiusta del Castillo de Puerto Cabello, que destruyó mi patria y me quitó el honor?¹⁷

En su penosa retirada de tres meses hacia el oriente venezolano, seguido por unas diez mil personas, que constituían una parte apreciable de la población capitalina, Bolívar condujo las pocas tropas que pudo salvar de la catástrofe. Muchos criollos huyeron al exterior, entre ellos Pepita Machado, trasladada a la isla de Saint Thomas, y las propias hermanas de El Libertador, Juana y María Antonia, acompañadas de sus demás familiares, refugiadas en Curazao, isla ocupada por los ingleses.

16 Lynch, *Simón Bolívar*, p. 107.

17 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 105. Véase también su extensa misiva al gobernador inglés de Curazao en respuesta a su solicitud de clemencia fechada el 2 de octubre de 1813. *Ibid.*, pp. 62-67.

María Antonia Bolívar viajó después a La Habana y más tarde regresó a Caracas. Su hermana Juana se trasladó de Curazao a Cartagena, lo que preocupó mucho a El Libertador. Antes de la rendición de esta ciudad a Morillo, Juana se mudó a la República de Haití, donde estaba su sobrino Guillermo Palacios y se reencontraría con su hermano. Hay constancia de la ayuda brindada por el gobierno haitiano a ella, «para servir a la familia del general Bolívar llegada a esta ciudad a consecuencias de las desgracias de la República de Caracas».¹⁸

En medio de esa trágica coyuntura, los patriotas fueron batidos otra vez en Aragua de Barcelona (17 de agosto), que obligó a los pocos sobrevivientes, entre los que estaba el propio Bolívar, a buscar refugio el día 25 en Cumaná, último reducto de la segunda república. Aquí se creyó conveniente sacar del país los fondos nacionales, que fueron subidos a la flotilla de Bianchi. El corsario genovés, que reclamaba pagos atrasados por sus servicios, pretendió apoderarse de esos recursos, lo que abrió una negociación en su propio buque en la que se involucraron personalmente Mariño y Bolívar, que lograron recuperar la mayor parte del tesoro de la república.¹⁹

Ante el asombro de los patriotas que estaban en tierra, que desconocían lo que sucedía, la flotilla de Bianchi se hizo a la mar con ellos a bordo y se dirigió a Margarita, donde fueron rechazados a cañonazos por Piar, obligándolos a devolverse a Carúpano. Desconocida las jefaturas de Bolívar y Mariño por Ribas y Bermúdez, los dos líderes fueron encarcelados, aunque pronto consiguieron ser liberados. Este confuso episodio de malos entendidos y ambiciones desbordadas, terminó el 8 de septiembre de 1814 con la salida a Cartagena de Bolívar y Mariño, trasladados en los barcos del propio corsario genovés.

Entretanto, Ribas y Piar permanecieron en tierra venezolana con el mando arrebatado a Bolívar y Mariño: el primero como «Jefe Supremo del Occidente» y el segundo en calidad de «Jefe del Oriente». Aunque la arrolladora ofensiva llanera fue momentáneamente detenida por Bermúdez en Maturín (2 y 12 de septiembre),

18 Tomado de Polanco Alcántara, *op. cit.*, pp. 284.

19 Fundación Polar, *op. cit.*, t., I, p. 365.

Boves terminó por imponerse en Los Magueyes y ocupar Cumaná el 15 de octubre, donde realizó una verdadera masacre, en especial con la población blanca.

El combate decisivo entre los dos bandos se efectuó el 5 de diciembre de ese año en Urica, donde los llaneros realistas aplastaron a las fuerzas interpuestas por Ribas y Bermúdez, pero sufrieron la pérdida de Boves. Perseguidos y aniquilados los patriotas por su segundo Morales en Maturín (11 de diciembre), Ribas escapó a los llanos, donde fue capturado y trasladado a Tucupido. Decapitado el 15 de enero de 1815, «su cabeza color de cera, salpicada de coágulos, con el gorro encarnado de la Sociedad Patriótica»²⁰ llegó a ser exhibida durante largo tiempo en la arrasada Caracas, cuya población había descendido de cincuenta mil personas a menos de la mitad.

Otros patriotas, como Bermúdez y Piar, tuvieron mejor suerte. Derrotados por los llaneros en Soro (14 de febrero de 1815) y Güiria (15 de febrero), lograron abandonar territorio venezolano. Uno de los últimos en retirarse fue el marino mulato Juan Bautista Bideau, natural de Santa Lucía, quien antes de embarcarse el 16 de febrero de 1815 publicó un decreto ofreciendo la libertad a los esclavos que defendieran la causa patriota, exhortándolos a continuar la lucha en las montañas.²¹

La reconquista española de Venezuela culminó con la llegada el 3 de abril de 1815 de la avanzada de la poderosa expedición de Pablo Morillo, que obligó a los pescadores y marineros negros que seguían a Arismendi a rendir la isla de Margarita, último territorio patriota. La presencia de este poderoso ejército español aceleró la dispersión llanera iniciada con la muerte de Boves, a lo que contribuyó la desmovilización de las fuerzas de Morales dispuesta por Morillo, que los menospreciaba.

Prueba de ello es que algunos oficiales realistas comentaron al ver el aspecto de las tropas llaneras: «si éstos son los vencedores ¿quiénes serán los vencidos?». ²² Accediendo a la solicitud del propio ayuntamiento de Caracas, Morillo pidió al rey, en

20 Uslar Pietri, *op. cit.*, pp. 227-228.

21 Fundación Polar, *op. cit.*, t. I, p. 374.

22 En Mijares, *op. cit.*, p., 446.

septiembre de ese año, «desarmar y despedir los cuerpos militares de gentes de color del país», cumplido su papel contrarrevolucionario.²³ Así envió a Nueva Granada y Perú a más de cuatro mil de estos hombres que consideraba «desarrapados», entre ellos al batallón Numancia, que años después se pasaría al ejército de José de San Martín.

Antes de abandonar Venezuela, desalentado y abatido, Bolívar dio a conocer el *Manifiesto de Carúpano*, fechado el 7 de septiembre de 1814, que contiene sus impresiones en esa hora fatal, en el que trató de explicar las causas de la derrota republicana. Su análisis, obnubilado por su percepción mantuana, le impedía todavía comprender las verdaderas causas del desastre, que atribuyó exclusivamente a factores subjetivos: «No es justo destruir los hombres que no quieren ser libres, ni es libertad la que se goza bajo el imperio de las armas contra la opinión de seres fanáticos cuya depravación de espíritu les hace amar las cadenas como los vínculos sociales».²⁴ Más claro se percibe en lo que escribió por esos mismos días para *La Gaceta Real de Jamaica* en septiembre de 1815, que firmó con el nombre de «El Americano»: «las contiendas domésticas de la América nunca se han originado de la diferencia de castas: ellas han nacido de las divergencias de las opiniones políticas y de la ambición particular de algunos hombres».²⁵

A pesar de la amargura que lo embargaba, cerraba el *Manifiesto de Carúpano* con su dramático testimonio sobre la debacle patriota en Venezuela dando fe de su obstinación y permanente espíritu de lucha, expresando su confianza en que pese a todas las calamidades y reveses se saldría adelante: «Vosotros sois hombres, ellos son bestias, vosotros sois libres, ellos esclavos. Combatid, pues y venceréis. Dios concede la victoria a la constancia».²⁶

23 Uslar Pietri, *op. cit.*, p. 235. Véase también Thibaud, *op. cit.*, p. 202.

24 «Manifiesto de Carúpano», Bolívar, *op. cit.*, t. III, pp. 609-613.

25 *Ibid.*, t. I, p. 181.

26 *Ibid.*, t. III, p. 613.

Capítulo V

LA REPÚBLICA MÁS DEMOCRÁTICA DEL MUNDO

REFUGIADO EN CARTAGENA DESDE el 19 de septiembre de 1814, Bolívar fue recibido esta vez con todos los honores —durante su ausencia le habían otorgado la ciudadanía granadina—, pese a la estrepitosa caída de la segunda república que presidía. Luego de enviar un mensaje al congreso de Nueva Granada, explicando lo sucedido con el ejército que se le había confiado el año anterior, partió por el Magdalena hacia Tunja para rendir cuenta en persona ante ese órgano.

Para su sorpresa, en el trayecto se le unió lo que llamó «las reliquias del ejército venezolano»,¹ encabezadas por el general Urdaneta, escapado por tierra a Nueva Granada tras quedar aislado por la caída de Valencia, seguida del colapso de la segunda república. Fortalecida su imagen con estas fuerzas, que lo aclamaron, intervino en el congreso neogranadino reunido en Tunja, que presidía Camilo Torres.

A sus sentidas palabras, Torres correspondió conmovido «Vuestra Patria no ha perecido, mientras exista vuestra espada. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre».² De ese modo, la reunión devino en un verdadero homenaje a Bolívar, al extremo que fue ascendido a brigadier general del Ejército de la Unión (27 de noviembre) y se le encomendó la tarea de someter a Cundinamarca, que continuaba sin reconocer la soberanía de las Provincias Unidas.

1 *Ibid.*, t. I, p. 140, en carta al presidente de la Provincias Unidas de Nueva Granada del 10 de julio de 1815.

2 Tomado de Lynch, *Simón Bolívar*; *op. cit.*, p. 118.

La ausencia de Nariño —apresado por los realistas en Pasto en julio de 1814 y preso en España—, permitió a los conservadores aliados al alto clero retornar al gobierno de Bogotá, recrudeciendo las contradicciones con el congreso federal. Víctima de las circunstancias, Bolívar, contrario por convicción al federalismo, debió por una paradoja servir de instrumento para imponer ese régimen en Nueva Granada.

Mediante una impetuosa ofensiva militar, al frente de dos mil soldados federales y las fuerzas venezolanas de Urdaneta, se apoderó de la antigua sede virreinal el 12 de diciembre del mismo año al término de dos días de combates. La ingrata tarea de someter la antigua capital virreinal, fue cumplida a regañadientes por El Libertador, que en una sentida proclama a los «ciudadanos de Cundinamarca», tras ocupar la ciudad, dejó constancia de sus escrúpulos por esta acción a la que se veía forzado:

Armas que debían emplearse contra el común enemigo; gobiernos que debía dirigirse a un objeto solo: hombres que cooperaban por caminos opuestos; todo presentaba el aspecto de un cuerpo cuyos miembros desprendidos de la cabeza y despedazándose entre sí, se chocaba por reunirse.

Cuando no nos quedaba otro partido de salud, combatimos, más siempre ofreciendo la paz; exponiendo nuestros pechos, más bien que disparando nuestras armas, ¡contienda singular en que el invasor sufría las heridas que la resistencia de su contrario le forzaba a abrir!³

A renglón seguido, nombrado capitán general de los ejércitos de la confederación, marchó a combatir al bastión realista de Santa Marta, en cuyo trayecto recuperó de nuevo Ocaña y Mompox, mientras otros efectivos patriotas liberaban Popayán, a las órdenes del francés Serviez y el quiteño Carlos Montúfar, a quién había conocido en Francia junto al guayaquileño Vicente Rocafuerte. Pero no pudo cumplir su misión en el litoral atlántico, debido a la hostilidad personal del gobernador de Cartagena, coronel Manuel Castillo y Rada, enemistado desde los días previos a la «Campaña Admirable». Este granadino se había impuesto en el puerto

³ *Ibid.*, t. III, p. 617.

mediante una asonada militar contra la facción liberal republicana de los hermanos Gutiérrez de Piñeres, que según José Manuel Restrepo, historiador contemporáneo, eran «semejantes a los Jacobinos que agitaron a París y a la Francia entera durante la República».⁴

La reanudación de la hegemonía de la élite conservadora criolla en Cartagena, bajo la conducción de Castillo y Rada, terminaría también ese mismo año por llevar al exilio al propio Libertador, primero en Jamaica y luego en Haití. Esa fue la verdadera razón de su renuncia a la jefatura militar suprema de los ejércitos granadinos el 9 de marzo de 1815, que lo obligó a abandonar, por ahora, el plan confesado al gobierno de las Provincias Unidas de Nueva Granada, que entonces parecía una locura, de «tomar a Santa Marta, Maracaibo, Coro y volver por Cúcuta a libertar el Sur hasta Lima».⁵

Los ambiciosos proyectos de Bolívar se vinieron abajo por la ojeriza a su persona de Castillo y Rada, jefe de la plaza de Cartagena, tal como relata el propio Libertador al comerciante escocés Maxwell Hyslop en misiva del 19 de mayo de 1815:

Por una desgracia frecuente en las revoluciones, en Cartagena existían dos partidos, el uno moderado e indiferente, el otro era exaltado contra los españoles realistas. El primero triunfó del segundo, porque el general de las tropas sitió la ciudad y destruyó a los que se titulaban patriotas, por excelencia. Mientras tanto yo fui nombrado capitán general de los ejércitos de la Nueva Granada y vine a Cartagena a tomar el mando de las fuerzas militares. El general Castillo, que se hallaba a la cabeza de estas fuerzas, sin desconocer la autoridad del gobierno y la mía, se denegó a cumplir con su deber como subalterno, y ni permitió que yo tomase posesión de la plaza, de las armas y del ejército de Cartagena. La causa de esta rebelión fue el justo temor que tuvo de ser juzgado regularmente por su conducta subversiva en el aniquilamiento del partido liberal de Cartagena.⁶

Aunque Bolívar llegó incluso a poner sitio a la imponente fortaleza del principal puerto neogranadino, hizo todo lo posible

4 Restrepo, *op. cit.*, t. 2, p. 193.

5 Carta a Custodio García Robira del 24 de diciembre de 1814, *ibid.*, t. I, p. 109.

6 *Ibid.*, t. I, p. 131. Véase Múnica, *op. cit.*, p. 214.

por entenderse con Castillo y Rada, con el que finalmente se reunió en una casa al pie del convento de La Popa, donde tenía su cuartel general. Convencido de la inutilidad de ese esfuerzo conciliador y para evitar un grave enfrentamiento fraticida, prefirió renunciar a su alta investidura, lo que comunicó al gobierno federal desde Turbaco el 24 de marzo de 1815. En su dimisión argumentó «que no me quieren dar los auxilios de armas preventidos por el gobierno general (...) sin duda en odio a mi persona y en hostilidad a los libertadores de Venezuela, Usted me admitirá la renuncia del mando (...) pues no quiero que el Ejército de la Unión se pierda inútilmente estando a mi cargo».⁷

Y en carta al presidente de las Provincias Unidas explicó: «Si yo permaneciese aquí, la Nueva Granada se dividiría en partidos, y la guerra doméstica sería eterna. Retirándome, no habrá más partido que el de la patria y con ser uno siempre, será el mejor».⁸ La salida a Jamaica de El Libertador provocó que Camilo Torres le ratificara toda su confianza, pues comentó «allí donde está Bolívar, está la república».⁹

La noticia de la llegada a Venezuela, en abril de 1815, de la descomunal flota española del mariscal Pablo Morillo —casi cincuenta barcos y más de diez mil hombres—, la conoció Bolívar cuando ya había entregado el mando y estaba en preparativos para salir de Cartagena. El 8 de mayo de 1815 partió a Jamaica a donde llegó una semana después en un buque de Hyslop, el comerciante ya mencionado que tenía negocios en esa isla británica y en Cartagena, quien le brindó todo su apoyo, incluso económico. Al mismo tiempo, el patriota cubano Joaquín Infante, su amigo y antiguo auditor de Guerra en Puerto Cabello, con quien coincidió en Cartagena, también abandonaba esta ciudad rumbo al Caribe.¹⁰

Fue en la colonia inglesa de Jamaica donde El Libertador escribió su famosa «Contestación de un Americano Meridional a un caballero de esta isla», dirigida en realidad al comerciante

7 *Ibid.*, t. I, p. 129.

8 *Ibid.*, p. 130.

9 Citado por Lynch, *Simón Bolívar; op. cit.*, p. 128.

10 Fundación Polar, *op. cit.*, t. II, p. 548.

británico Henry Cullen, fechada el 6 de septiembre de 1815.¹¹ Redactada en forma de carta, es expresión de su madurez intelectual.

El texto es un verdadero ensayo político-social, relativamente extenso, sobre la situación de la lucha independentista en la América Hispana en ese momento histórico, cuando en todas partes se producía el avance de las fuerzas colonialistas y los patriotas resistían en diferentes escenarios. Ese clima adverso, lo había obligado a exiliarse en Cartagena y Jamaica, tras dejar Venezuela, donde ya había caído la segunda república. y a renunciar al mando supremo de los ejércitos neogranadinos.

En la *Carta de Jamaica*, así se le conoce, mostró su dominio de la historia, la filosofía y las doctrinas políticas de su tiempo, manifestándose confiado en el triunfo final de la causa emancipadora y explicando el sistema político —republicano, no monárquico, ni federalista— que en su criterio debería prevalecer en los nuevos estados que surgirían tras el fin del imperio colonial español, que consideraba inevitable. Concordaba con el abate de Pradt que pudieran llegar a formarse diecisiete estados en América, pero no creía, como el filósofo francés, que fueran monárquicos, sino repúblicas. No obstante, soñaba en que de algún modo se mantuvieran unidas, por lo que apuntó: «Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible, no me atrevo a desearlo, y menos deseo una monarquía universal de América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible».

Pero no solo pronosticó con bastante exactitud el futuro derrotero de los territorios hispanoamericanos con la derrota de España, sino también su aspiración, a la que nunca renunció, de crear una gran república y de reunir un futuro congreso de los estados hispanoamericanos en Panamá, lo que planteó por primera vez:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un sólo vínculo que ligue sus partes entre

11 Bolívar, *op. cit.*, t. I, pp. 159-174.

sí y con el todo. *Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión*, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el Corinto fue para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo.

No obstante, con crudo realismo, advirtió sobre las enormes dificultades existentes entonces para conseguir la independencia y mantener la cohesión hispanoamericana, pues «hasta nuestros hermanos del norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda». En la propia misiva también dejó constancia de la singularidad hispanoamericana al señalar que «nuestro pueblo no es el europeo ni el Americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y América que una emanación de Europa». Además, enumeró las calamidades que se padecían, entre las que mencionó «los tributos que pagan los indígenas; las penalidades de los esclavos; las primicias, diezmos y derechos que pesan sobre los labradores», indicativo de su mejor comprensión de los problemas sociales que laceraban a la América Meridional.

Casi al final de la *Carta de Jamaica*, después de explicar las dramáticas consecuencias que la desunión trajo a los patriotas, sentenció: «Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra generación». Y a continuación, añadió: «Yo diré a Ud. lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos».¹²

Ya por esta época había adquirido la costumbre de dictar sus textos a un secretario, como fue el caso de la *Carta de Jamaica*, y en ocasiones, siendo jefe de Estado a más de uno. Lo

12 Las citas de este texto en Bolívar, *op. cit.*, t. I, pp. 169-172. Las cursivas son mías (SGV).

hacía muchas veces acostado en una hamaca o caminando por la habitación con un libro en su mano, que leía mientras su ayudante terminaba de escribir. A esa labor dedicaba varias horas, en dependencia de la correspondencia y las instrucciones que debía impartir.¹³

Pero la colonia británica del Caribe no era el lugar adecuado para reanudar la lucha por la emancipación, dada las limitaciones que imponía la parcialidad de Inglaterra a favor de España. Después de un frustrado tercer intento de asesinato contra su persona, según la numeración de la prensa, decidió trasladarse a la República de Haití, a donde ya había enviado al coronel Miguel Carabaño.

También había escrito al presidente haitiano Alejandro Petión, anunciándole que saldría de Kingston hacia su país, pues: «Para regresar a mi Patria debo pasar por la de V. E.».¹⁴ Había meditado mucho esa decisión, según le había comentado al rico comerciante y marino curazoleño Luis Brión, «porque no quiero perder la confianza que hacen de mi estos señores pues como usted sabe las manías aristocráticas son terribles»,¹⁵ en clara alusión a los prejuicios anti haitianos de los mantuanos.

Bolívar contaba con el respaldo de Brión, quien desde 1813 se había unido a la causa independentista y estaba dispuesto no sólo a facilitar su traslado a Haití, sino a proporcionarle embarcaciones y recursos para la futura expedición libertadora. Fue durante esa travesía a su nuevo destino que conoció por un encuentro fortuito en el mar con otra embarcación la noticia de la ocupación de Cartagena por Morillo, ocurrida el 6 de diciembre de 1815.

La república haitiana, presidida por el general Petión, era según definición de Juan Bosch,¹⁶ «una especie de democracia patriarcal, a la vez nacionalista y sosegada», aislada del resto del hemisferio, cuya independencia no era reconocida por ninguna

13 Madariaga, *op. cit.*, p. 62.

14 Citado por Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 285.

15 En Alejandro Cardozo Uzcátegui; «El adeudo abolicionista de Bolívar con Pétion visto desde el prisma historiográfico y epistolar», *Revista de Historia de América, Instituto Panamericano de Geografía en Historia*, México, n.º 151, enero-diciembre 2015, p. 35.

16 Bosch, *Bolívar y la guerra social*, *op. cit.*, p. 151.

otra nación y a la que Francia aspiraba a reconquistar. A pesar de las amenazas que pesaban contra ella, los haitianos habían acogido a centenares de patriotas hispanoamericanos, muchos de ellos después de la caída de la segunda república venezolana y la reconquista de Nueva Granada por las tropas españolas de Morillo, solidaridad iniciada desde que en 1806 recibieran en Jacmel a Miranda cuando preparaba su pionera expedición a Venezuela.¹⁷

Petión era un mulato, hijo de un plantador francés y de una negra criolla, que tuvo por ese origen la posibilidad de hacer algunos estudios y convertirse en herrero y orfebre. Tras el estallido de la revolución francesa, defendió sus leyes igualitaristas que favorecían a los negros y mulatos libres.

La gran sublevación de los esclavos ocurrida en Saint Domingue en agosto de 1791, lo llevó a sumarse al levantamiento. Sobresalió como oficial bajo las órdenes del ex esclavo Toussaint Louverture primero y del mulato André Rigaud después, quien lo ascendió a teniente general. En 1802, cuando las tropas napoleónicas pretendieron restablecer la esclavitud, Petión fue de los primeros generales en sublevarse y aliado con Jean Jacques Desalines declaró la independencia de Haití (1804).

Tras el asesinato de este último, en octubre de 1806, la antigua colonia francesa de Saint Domingue se dividió en dos estados, uno monárquico al norte, encabezado por Henri Christophe, proclamado emperador, y otro republicano al sur, presidido por Petión, quien fue reelecto en 1811 y 1818. A diferencia del primero, que convirtió a sus generales negros en grandes terratenientes y sometió a los soldados a un agotador régimen de trabajo obligatorio en las restablecidas plantaciones, Petión realizó en 1809 la primera reforma agraria del continente y organizó un singular régimen democrático.

17 Una idea de las concepciones revolucionarias haitianas fueron las recomendaciones hechas a Miranda antes de partir en 1806 a Venezuela, atribuidas a un general negro: «Y bien, señor, yo os veo ya fusilado y colgado: no escapéis a esta suerte. Sabed señor, que para hacer una revolución triunfante no hay sino dos recursos: ¡cortar cabezas e incendiario todo!». Citado por Jorge Abelardo Ramos, *Historia de la Nación Latinoamericana*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, S.R.L., 1973, tomo I, p. 161.

Para conseguirlo, repartió a los antiguos esclavos las tierras estatales y las de los antiguos plantadores expropiados, pues la constitución de 1805 prohibía a los blancos tener bienes en Haití, para impedir que reaparecieran «en este territorio con el título de amo o propietario». ¹⁸ Durante su gobierno entregó decenas de miles hectáreas, junto con trapiches de azúcar, cafetales y cañaverales, a sus oficiales, soldados y campesinos sin tierra, pues aspiraba a una república de pequeños propietarios. El 26 de abril de 1814, ante el senado de su país, valoró esta política como una necesidad de «los estados nacientes: aumentar el número de propietarios rurales es darle a la patria una existencia real y sólida».¹⁹

También impulsó medidas igualitaristas, recogidas en nuevas disposiciones, y consolidó la abolición de la esclavitud, ofreciendo por ley la libertad, con la ciudadanía haitiana incluida, a todos los escapados de ese brutal régimen que llegaran al país. Además, dio su apoyo a la emancipación de las colonias españolas, otorgó asilo a los patriotas hispanoamericanos y respaldó la organización de expediciones armadas en su territorio, entre ellas las de Louis Aury, José Francisco Bermúdez, Pierre Labatut, Gregor MacGregor, Francisco Javier Mina y Simón Bolívar.

La relación de amistad entre los dos libertadores se fue tejiendo desde el arribo de Bolívar en la Nochebuena de 1815 a Aux Cayes, Los Cayos en español, pequeña ciudad al suroeste de la isla, gobernada por el general Ignace Desponthieux Marion, donde habitualmente arribaban barcos corsarios y encontraban refugio muchos patriotas hispanoamericanos. En ese activo puerto desembarcaron, casi al unísono con El Libertador, trece barcos, siete de ellos armados con cañones, conducidos por el corsario francés Aury, con casi dos mil famélicos pasajeros de diferentes edades, escapados de Cartagena antes de caer en manos de Morillo.²⁰ Entre los recién llegados estaban los hermanos Carlos e Isabel Soublette, de una acaudalada familia mantuana

18 En Luis Fernando Granados, *En el espejo haitiano. Los indios del Bajío y el colapso del orden colonial en América Latina*, México, Ediciones, Era, 2016 p. 101.

19 Granados, *op. cit.*, p. 103, nota 83.

20 Rumazo, *op. cit.*, pp. 159-160.

de ascendencia francesa, joven con la que Bolívar tuvo un breve romance en Haití.

El penúltimo día de 1815, El Libertador se trasladó en una embarcación a Port-au-Prince, la capital de la república haitiana, para entrevistarse con Petión, lo que consiguió el 2 de enero de 1816, según él mismo contara a Bríon: «El Presidente me ha parecido, como a todos, muy bien. Su fisonomía anuncia su carácter y éste es tan benévolos como conocido. Yo espero mucho de su amor por la libertad y la justicia. Aún no he podido hablar con él sino en términos generales. Luego que me sea posible entrar en materia lo haré con toda a reserva y moderación que exige nuestra desgraciada situación».²¹

En la generosa patria de Louverture, quedó impactado por la espontánea solidaridad haitiana, por aquella sociedad de hombres libres —la única en todo el continente—, que determinó una radicalización de su pensamiento y convicciones revolucionarias. A tal extremo, que todavía once años después de su estancia en este territorio caribeño, el 25 de mayo de 1826, al dirigirse a los diputados al congreso constituyente de Bolivia, puso a Haití como modelo de nación, a la que calificó «de la República más democrática del mundo».²²

Entre muchos criollos de esa generación existía una imagen muy positiva de Haití, a pesar de su aislamiento y las campañas en su contra de colonialistas y esclavistas, tal fue el caso del afamado poeta e historiador cubano José María Heredia, exiliado en México desde 1825 por conspirar a favor de la independencia de su patria. En sus *Lecciones de Historia Universal*, la primera elaborada por un hispanoamericano, escribió: «Esta república africana ofrece el singular espectáculo de una paz profunda, entre las convulsiones que desgarran a los nuevos estados del continente americano».²³

21 En Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 187.

22 «Discurso del Libertador al Congreso Constituyente de Bolivia», *ibid.*, t. III, p. 765.

23 José María Heredia, *Lecciones de Historia Universal*, Toluca, Imprenta del Estado, 1832, t. 4, p. 167.

Las conversaciones sostenidas con el presidente haitiano, facilitadas por el buen dominio del francés de Bolívar, resultaron muy fructíferas para sus planes revolucionarios, quien regresó entusiasmado de su primer encuentro, con una carta del mandatario a las autoridades en Aux Cayes para que le facilitaran toda la ayuda necesaria para organizar la expedición libertadora.²⁴ En sendas misivas, fechadas el 26 de enero y el 7 de marzo de 1816, Petión ordenaba al general Marion, que «por razones que no deben confiarse al papel pero que tienden a consolidar la república»,²⁵ entregara a El Libertador más de seis mil fusiles, artillería, una buena cantidad de plomo, pólvora, provisiones, una imprenta portátil, dinero y cinco goletas. Agradecido por tanta generosidad y apoyo desinteresado, le escribió en francés al mandatario haitiano, el 8 de febrero de 1816 una carta fechada en Aux Cayes:

Estoy abrumado por sus buenos deseos. En todo vos sois magnánimo e indulgente. Nuestros asuntos están casi arreglados; y sin dudas, dentro de una quincena estaremos en condiciones de partir. Sólo espero vuestros últimos favores; y si es posible iré a expresaros el alcance de mi agradecimiento.

En mis proclamas a los habitantes de Venezuela y en los decretos que debo enviar para la libertad de los esclavos no sé si me permitirá testimoniar los sentimientos de mi corazón hacia Vuestra Excelencia y dejar a la posteridad un monumento irrefutable de su filantropía. No sé, digo yo, si debería nombrarlo a Usted como autor de nuestra libertad.²⁶

Solo faltaba para partir la ratificación de su liderazgo, que en cierta forma le correspondía al ser el último presidente de la segunda república venezolana. En una complicada reunión patriótica en Aux Cayes, realizada en la residencia de Juana Bouvil, en una fecha imprecisa entre enero y febrero de 1816, su estatus fue validado por Mariño, Piar, Soublette, Zea y Leandro Palacios, entre otras figuras allí presentes. No obstante, cuatro de los

24 Masur, *op. cit.*, p. 233.

25 Citado por Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 292.

26 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 189. En esta misiva a Petión se despide como «su más humilde y obediente servidor».

asistentes se opusieron a su jefatura, entre ellos Bermúdez y Mariano Montilla, quien incluso lo retó a duelo, por lo cual fueron finalmente excluidos de la futura expedición.²⁷

También estuvieron en ese encuentro el escocés MacGregor, el germano-francés Heinrich Ludwig Villaume Docoudray Holstein y los corsarios Aury y Brión, quien condicionó su colaboración para el traslado de la futura expedición a Venezuela al reconocimiento del mando de El Libertador. En cambio, Aury pretendió apoderarse de una de las embarcaciones de la prevista flota patriota, por lo que Bolívar apeló al presidente Petión, que lo reconoció como su único interlocutor y a quien correspondía el buque en litigio.²⁸ No en balde, antes de partir, en lo que el oficial venezolano Bartolomé Salom consideraba «una expedición quijotesca»,²⁹ retornó por última vez a la capital para despedirse del mandatario, que según el relato de Masur: «Con lágrimas en los ojos el presidente haitiano lo despidió con estas palabras: Que le bon Dieu vous benisse dans toutes vos entreprises».³⁰

La expedición libertadora partió el 31 marzo de 1816 de Aux Cayes en las goletas capitaneadas por el curazoleño Brión, flota armada con algunos de sus propios barcos y otros proporcionados por el gobierno haitiano, junto a oportunos préstamos del comerciante inglés Robert Sutherland, quien también representaba a Petión. Trasportaban solo ochenta soldados, en su mayoría haitianos,³¹ pues el resto de los enrolados eran veteranos venezolanos y neogranadinos, muchos de ellos acompañados de sus mujeres y escapados de la «pacificación española», como los hermanos Gabriel y Vicente Celedonio Gutiérrez de Piñeres, que morirían en la empresa.

Los problemas confrontados en territorio venezolano, que se narran en el siguiente capítulo, obligaron a El Libertador a regresar a Haití, donde permaneció esta vez desde el 4 de septiembre hasta el 28 de diciembre de 1816. Desconsolado por todas las

27 Rumazo, *op. cit.*, p. 161.

28 Masur, *op. cit.*, p. 234.

29 Citado por Mijares, *op. cit.*, p. 475.

30 Masur, *op. cit.*, p. 235.

31 Lynch, *Simón Bolívar*; *op. cit.*, p. 135.

pérdidas sufridas en Venezuela que informó al presidente haitiano en una carta donde también le comentaba: «Hemos dado un gran ejemplo a la América del sur. Este ejemplo será seguido por todos los pueblos que combaten por la Independencia. Haití ya no permanecerá aislado entre sus hermanos. Se encontrarán la liberalidad y los principios de Haití en todas las regiones del Nuevo Mundo».³²

El presidente Petión le contestó el 7 de diciembre de ese año desde la capital de Haití: «leo con un dolor que supera a todo lo que puede expresar los lamentables acontecimientos que le obligaron a abandonar tierra firme»,³³ aunque añadió a renglón seguido: «si la fortuna inconstante se ha burlado por segunda vez las esperanzas de V.E. en la tercera puede serle favorable: yo a lo menos tengo ese presentimiento y si puedo de algún modo disminuir la pena y sentimientos de V. E puede desde luego contar con cuanto consuelo que de mí dependa. En consecuencia ruego a Usted venga a este puerto donde tendremos algunas conferencias particulares».³⁴

Entre los acontecimientos más relevantes de esta segunda estancia en Haití, que coincidió con la elección de Petión como presidente vitalicio, estuvieron sus encuentros con el sacerdote Cortes de Madariaga, recién escapado de Ceuta, y el liberal Francisco Xavier Mina, natural de Navarra (España). Este era un conocido luchador anti absolutista, enemigo jurado de Fernando VII, que se proponía reclutar hombres y conseguir recursos en Haití para llevar una expedición libertadora a Nueva España.

En esa empresa revolucionaria estaban involucrados el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier, responsable de haber atraído en Londres a Mina para la causa de la independencia de México, y el conspirador cubano Infante, el mismo que había sido subordinado de Bolívar en Puerto Cabello. El luchador navarro intentaba ganar a El Libertador para su proyecto novohispano y le había escrito una carta el 21 de julio de 1816, con el ánimo de conocerlo personalmente.

32 Tomado de Polanco Alcántara, *op. cit.*, p 293.

33 Citado por Frank, *op. cit.*, p. 227.

34 En Polanco Alcántara, *op. cit.*, 300.

Bolívar aguardaba ansioso a Mina, como comentó entusiasmado a su amigo Hyslop el 26 de septiembre: «Esperamos a cada instante al General Mina, quien a la cabeza de una expedición se debe dirigir sobre México». De nuevo lo menciona en otra carta en francés, del 4 de octubre, al mismo destinatario: «Está [la expedición (SGV)] destinada para México y ya una parte ha llegado a Puerto Príncipe donde el general es esperado todos los días. Su carta está llena de elogios que él me hace que sería demasiado largo detallarle aquí».³⁵

Mina no llegó a Haití hasta el 12 de octubre de 1816 y pudo reparar sus embarcaciones gracias a la desinteresada ayuda de Petión. Pero otros problemas complicaban los planes del revolucionario navarro desde su llegada a la república haitiana, pues un gran número de sus expedicionarios angloamericanos y de otras nacionalidades lo abandonaron alegando enfermedad.

Solo gracias a la ayuda de Sutherland, el comerciante británico ya mencionado radicado en Haití, muy vinculado al gobierno de Petión, pudo finalmente Mina enrolar nuevos hombres, entre ellos algunos oficiales que habían desertado de una fragata francesa. De ahí la importancia que para el liberal navarro tenía lograr la incorporación a su campaña libertadora de venezolanos y granadinos, incluyendo al propio Libertador.

Al día siguiente de su desembarco en tierra haitiana, el 13 de octubre, Mina acudió a su esperado encuentro con Bolívar en la casa del propio Sutherland, bajo una atmósfera llena de expectativas para los dos insurgentes. En esa y otras conversaciones sostenidas entre ambos en los siguientes días, el revolucionario navarro trató de convencerlo para que se uniera a la lucha por la independencia del Virreinato de la Nueva España.

Al parecer, Bolívar llegó a dudar entre unirse a Mina o proseguir con la organización de su empantanada expedición a Venezuela, donde la situación entonces le era muy adversa. Además, dependía mucho de Brión, que había marchado a Estados Unidos en busca de recursos y armamentos. Prueba de que acarició la idea de irse a México se desprende de su carta a este último escrita en

35 Bolívar, *op. cit.*, t. I, pp. 213-214.

francés el 14 de octubre: «He venido aquí con la intención de hacer todavía alguna cosa por la costa firme, que tiene necesidad principalmente de armas, municiones y navíos. Estoy decidido a ejecutar un proyecto, pero no sé si la llegada del general Mina me haga cambiar mi plan. Lo he visto ayer y hemos hablado con mucha franqueza; lo que me ha comunicado me hace esperar mucho. He ahí lo que puede influir sobre lo que me había propuesto hacer. Sin embargo, no estoy aún bien decidido».³⁶

Mina incluso informó al venezolano Montilla sobre el avance de los preparativos en Haití de su expedición a México y las expectativas que tenía de conseguir el apoyo de El Libertador. En una carta del 17 de octubre le escribió: «Aquí está Bolívar, nos vemos todos los días».³⁷

El Libertador estuvo a punto de incorporarse a la expedición de Mina, al no tener noticias de Brión, que había naufragado en su viaje a Norteamérica en busca de recursos. Sin embargo, desistió de su participación en la empresa mexicana al recibir el 4 de noviembre la solicitud de Arismendi, a nombre de sus compatriotas, conminándolo al inmediato regreso al país.

El portador de esta petición fue Zea, que con ese propósito se trasladó a Haití, comunicándole que el consejo de guerra presidido por el general Piar solicitaba su retorno a Venezuela para que asumiera la máxima jefatura republicana. Por eso Bolívar desistió de irse con Mina y el 18 de diciembre de 1816, al frente de una expedición mucho más modesta que la anterior, en la flotilla de Agustín Gustavo Villeret, con menos barcos, hombres y armamentos, partió del puerto de Jacmel, aunque apertrechado con la misma decisión de triunfar.

Las dos estancias en Haití dejaron una profunda huella en El Libertador, que marcarían todo su derrotero posterior, no solo en agradecimiento por la desinteresada solidaridad de los dirigentes haitianos y muy en especial de Petión, sino también por el impacto que le produjo aquella república democrática e igualitarista,

36 *Ibid.*, p. 215.

37 Citado por Gustavo Pérez Rodríguez, «Xavier Mina se reúne con Simón Bolívar en Haití», edición #98 impresa o digital: <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/xavier-mina-se-reune-con-simon-bolivar-en-haiti>

sin paralelo en la historia de la humanidad. De ahí que le daría a la contienda que se avecinaba un tono más radical, al concitar la incorporación de las masas populares al ejército patriota, en gran medida gracias al influjo y apoyo de la revolución haitiana.

Hay que decir que el respaldo incondicional prestado por esta asediada república caribeña a Bolívar y otros revolucionarios tuvo un alto costo para este pequeño país, pues como represalia, Fernando VII prohibió que sus barcos tocaran puertos de España y sus colonias. Petión no cedió a ninguna de esas presiones de los altos funcionarios españoles, entre ellos el propio Morillo. A las reclamaciones y amenazas de Salvador de Moxó, a la sazón capitán general provisional de Venezuela, le contestó indignado: «No quiero ni tengo necesidad de justificarme con vos seáis quien seáis».³⁸

Dos años después, al conocer el fallecimiento del presidente haitiano, ocurrido el 14 de agosto de 1818, El Libertador escribió un sentido mensaje de pésame a su sucesor Jean Pierre Boyer desde Angostura. Aquí señaló: «Su patriotismo, su generosidad y las demás virtudes que lo caracterizaban han excitado mi veneración y la de todos mis compatriotas: esa veneración será tan inmortal como el nombre de Petión».³⁹

38 Citado por Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 294.

39 En Pérez Rodríguez, *loc. cit.*

Capítulo VI

DEBEMOS TRIUNFAR POR EL CAMINO DE LA REVOLUCIÓN Y NO POR OTRO

EL REINICIO DE LA GESTA emancipadora en Venezuela, después del estrepitoso descalabro de la segunda república, estuvo vinculado a la incansable labor de Bolívar, quien ahora se proponía ligar las tareas de la liberación anticolonial con las reivindicaciones sociales, sin duda influido por la igualitaria sociedad haitiana que tanto le había impresionado. De este modo, la guerra independentista en Venezuela transitó, bajo su dirección, de un movimiento exclusivamente mantuano a una revolución con amplio apoyo de masas y un programa de transformaciones sociales y democráticas.

Convencido de la imperiosa necesidad de hacer coincidir la aspiración independentista con la abolición de la esclavitud, escribió a Santander el 10 de mayo de 1816: «Me parece una locura que en una revolución de libertad se pretenda mantener la esclavitud».¹ En misiva posterior al mismo destinatario, cuatro años después, agregaría: «Es, pues, demostrado por las máximas de la política, sacada de los ejemplos de la historia, que todo gobierno libre que comete el absurdo de mantener la esclavitud es castigado por la rebelión y algunas veces por el exterminio, como en Haití».²

A partir de entonces, Bolívar quedaría ligado a la causa popular y completamente dominado por el principio de la igualdad, haciendo coincidir la aspiración a la independencia con la abolición de la esclavitud. Desde que llegó a su patria, se propuso

1 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 435.

2 Carta del 20 de abril de 1820, Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 425.

darle un sentido diferente a la gesta independentista, para lo cual proclamó el perdón de los españoles que se rindieran, el cese de la «Guerra a Muerte» y la absoluta libertad de los esclavos, medidas que contrastaban con la política draconiana del jefe español Morillo contra los rebeldes y esclavos fugitivos (Reglamento del 3 de abril de 1817). Como advirtiera Miguel Izard, «el alistamiento de esclavos fue aparentemente una de las claves del éxito de los republicanos a partir de 1816».³

La expedición libertadora llegó a Margarita el 3 de mayo de 1816, con un mes de retraso, pues Bolívar detuvo la flota de Brión en espera de una embarcación que había ido para Haití en busca de Pepita Machado y su familia, que llegaron a esa república después de su partida.⁴ La isla venezolana se había sublevado con anterioridad por Arismendi y fue necesario, para desembarcar, combatir contra dos buques españoles cuyo éxito determinó el ascenso de Brión al rango de almirante. Una asamblea reunida en una iglesia tres días después puso fin a la división entre un jefe de occidente y otro de oriente, escogiendo a Bolívar como jefe supremo de la república y a Mariño de su segundo.

De Margarita siguieron a Carúpano (1º de junio), en la costa venezolana, cuya guarnición fue rendida por los hombres de Soublette y Piar, ocupando un considerable botín. Al día siguiente, dio a conocer el decreto de abolición de la esclavitud, impreso en la pequeña imprenta que le entregara el general haitiano Marion, que en uno de sus párrafos señalaba: «La desgraciada porción de nuestros hermanos que ha gemido hasta ahora bajo el yugo de la servidumbre ya es libre. La naturaleza, la justicia, y la política, exigen la emancipación de los esclavos. En lo futuro no habrá en Venezuela más que una clase de hombres: todos serán ciudadanos».⁵

3 Izard, *El miedo a la revolución*, op. cit., p. 61.

4 Véase Lynch, *Simón Bolívar*, op. cit., pp. 135-136.

5 Bolívar, op. cit., t. III, p. 665. El único precedente en toda Hispanoamérica de un decreto abolicionista tan radical era el adoptado por Miguel Hidalgo en México por Bando del 20 de noviembre de 1810. Véase, Lillian Briseño Senosiain; Solares Robles M. L. y Suárez de la Torre, L. (eds), *La Independencia de México, textos de su historia*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985, pp. 113-115.

Este decreto radical, inspirado por la revolución haitiana, terminaría por enajenarle el precario apoyo de los mantuanos sin conseguir a cambio la incorporación de los explotados trabajadores negros a la causa de la emancipación de España. Sin duda, la radicalización de Bolívar conllevaba el alejamiento de los intereses de su clase, lo que le hizo perder el favor de los plantadores esclavistas cuando todavía no había ganado a las masas populares.

Poco antes de dejar Carúpano, desilusionado por la apatía, divisiones y falta de respaldo a la causa patriótica, escribió al general haitiano Marion el 27 de junio: «He proclamado la libertad absoluta de los esclavos. ¡La tiranía de los españoles les ha puesto en tal estado de estupidez e imprimido en sus almas tan grande sentimiento de terror, que han perdido hasta el deseo de ser libres! Muchos de ellos han seguido a los españoles o se han embarcado a bordo de los buques ingleses, que los han vendido en las poblaciones vecinas. Se ha presentado apenas un centenar de ellos (...»).⁶

Después de expulsar de Venezuela al intrigante coronel Duncoudray Holstein, la expedición siguió por el litoral hasta detenerse en Ocumare de la Costa, donde desembarcó el 6 de julio sin encontrar resistencia. Desde este lugar, envió la mayor parte de sus tropas, comandadas por Soublette, en dirección a Maracay y Valencia, pero sin conseguir adhesiones de los propietarios y tampoco de sus esclavos.

El 14 de julio, el ejército del general realista Morales derrotó, en una batalla de tres horas en Los Aguacates, a las fuerzas republicanas de Soublette, que se replegaron al interior de Venezuela. En Ocumare, en medio de una gran confusión ante el avance enemigo, Bolívar y el resto de los patriotas se reembarcaron apresuradamente en los dos mercantes y un buque artillado dejados por Brión, teniendo que abandonar en la costa muchas armas, municiones e incluso la valiosa imprenta.

Los pocos hombres que acompañaban a El Libertador sufrieron muchas vicisitudes en el mar Caribe, integrados a la flotilla de Brión. En Saint Thomas dejaron a buen recaudo a las mujeres y sus familiares, entre ellas a la propia Josefina Machado.

6 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 200.

Bolívar la vería por última vez a fines de 1816, en una escala en la siguiente expedición a Venezuela, aunque estuvo siempre en comunicación con ella. Más tarde Pepita iría a buscarlo a Angostura cuando ya había salido en campaña hacia Nueva Granada, a donde intentó seguirlo, pero murió en el trayecto.⁷

En esta ocasión, de Saint Thomas, los expedicionarios enrumbaron a la costa oriental de Venezuela. En Güiria, frente a la isla de Trinidad, se encontraba el destacamento de los generales Mariño y Piar, enviados con anterioridad por Bolívar desde Carúpano, a los que se había sumado Bermúdez, llegado por cuenta propia. Envalentonados ante las desventuras y fracasos militares sufridos por El Libertador, sus subalternos pretendieron juzgarlo acusándolo de irresponsabilidad en los sucesos de Carúpano y por la pérdida de víveres y pertrechos. Para evitarlo, se vio forzado a reembarcarse y regresar a Haití el 17 de julio de 1816 por el puerto de Jacmel, cuya segunda estancia en esa república de antiguos esclavizados se relató en el capítulo anterior.

Al frente de una expedición mucho más reducida, que incluía a algunos oficiales europeos, desembarcó el 28 de diciembre de 1816 en Juangriego y tres días después se encontraba en Barcelona donde declaró reinaugurada «la tercera época de la República».⁸ El panorama que se encontró era de gran anarquía, tal como resume uno de sus biógrafos: «En tres facciones antagónicas halla divididos a los patriotas. Piar se moviliza con numerosas tropas, a las cuales ha dado la orden de desobedecer a Mariño y Bermúdez; la tercera fracción que incluye muy numerosos neogranadinos, obedece en Occidente al general José Antonio Páez. A todos invita a concentrarse para desarrollar un plan armónico de ofensiva general. Ya irán contestándole. A pesar de eso, envía a todos, con la invitación, este desconcertante saludo de año nuevo: “Ustedes volarán conmigo hasta el rico Perú; nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano”».⁹

Pero la unidad a la que aspiraba era todavía una ilusión. En la propia Barcelona se reencontró con el destacamento patriota

7 Puede consultarse Lynch, *Simón Bolívar*, p. 158 y Rumazo, *op. cit.*, p. 167.

8 Tomado de Lynch, *Simón Bolívar*, *op. cit.*, p. 137.

9 Rumazo, *op. cit.*, p. 168.

dejado en Ocumare el año anterior, al mando de MacGregor, que habían realizado una larga marcha en semicírculo de cientos de kilómetros desde Maracay a Barcelona, incluido el triunfo militar de Alacranes el 6 de septiembre de 1816.

Obsesionado con la liberación de Caracas, amagó con atacar por la costa en esa dirección hasta ser derrotado en la batalla de Clarines, no muy lejos de Barcelona, el 9 de enero de 1817. Su insistencia en avanzar rumbo a la capital venezolana fue una de las causas principales de muchos de sus fracasos militares de esta época.

En Barcelona se reunió en febrero de 1817, gracias a la mediación de Soublette, con Mariño, el único jefe militar importante —por ejemplo, Piar y Páez se quedaron en sus respectivas zonas de operaciones— que acudió a su llamado. En un gesto para ganarse a Mariño le llamo Libertador del Libertador y lo designó al frente del ejército republicano.

Al mismo tiempo, despachó a Gual a Estados Unidos, para informar a los negociantes norteamericanos que los puertos de Cumaná, Barcelona y Margarita estaban en manos republicanas y abiertos al comercio internacional gracias a Mariño, Arismendi y él mismo.¹⁰ Pero Barcelona fue sitiada por los realistas y finalmente tomada con crueles represalias. La exitosa contraofensiva enemiga prosiguió sobre Cumaná y obligó a Mariño a retroceder más al este.

El revés en el litoral, cundido de plantaciones esclavistas, convenció definitivamente a Bolívar, atribulado por la persistente desunión patriota, a variar su estrategia tradicional, que tenía por eje Caracas, para ir al preterido interior (Guayana y los Llanos), a donde marchó el 25 de marzo con solo quince oficiales. Sin tener ni siquiera un ejército, perdido en la costa por su obsesión de ocupar Caracas, debía ahora tratar de ir doblegando a su autoridad a las numerosas guerrillas patriotas que anarquizaban el campo republicano.

Después de la caída de la segunda república, en las regiones sureñas la lucha había continuado de manera irregular bajo la dirección de fuerzas guerrilleras dirigidas por Jesús Barreto en los

10 Frank, *op. cit.*, p. 232.

llanos de Maturín, Pedro Zaraza en los del norte y José Tadeo Monagas, Francisco Vicente Parejo y el cubano Manuel Cedeño en Guayana.¹¹ A esos caudillos locales había que sumar a Mariño en Cumaná, Arismendi en la isla de Margarita, Piar hacia los llanos del bajo Orinoco y Bermúdez en la zona oriental y en la occidental Urdaneta, Serviez y Santander, que dominaba Casanare, el único territorio no ocupado por los realistas en Nueva Granada. Hacia el oeste, justo donde el Apure se une al Orinoco, operaba Páez.

A muchos de ellos se dirigió Bolívar en reclamo de ayuda desde Barcelona, convocándolos a una gran reunión unitaria, aunque solo se le mantenían leales Urdaneta y Soublette. A Piar, quien ya combatía en Guayana, le comentó el 10 de enero de 1817: «Pequeñas divisiones no pueden ejecutar grandes planes. La dispersión de nuestros ejércitos, sin sernos útil, puede hacer perecer la República».¹²

En su camino al sur, le volvió a escribir a Piar: «Voy a reunirme con usted»,¹³ lo que ocurrió el 2 de mayo, mientras ordenaba a Brión que se olvidara de Margarita y navegara con su flota al Orinoco, con los nuevos recursos que por fin había conseguido. Casi al mismo tiempo de la caída de Barcelona, se presentaron ante Bolívar los coroneles Santander y Manrique, que sumó a sus fuerzas, desplazados del mando por Páez en los llanos del Apure.

El lado positivo de estas diferentes agrupaciones caudillistas desunidas era la base de masas que las sustentaba, que había ido modificando espontáneamente la composición de los ejércitos mantuanos de las dos primeras repúblicas, pues la independencia se iba convirtiendo en una causa popular, lo que estaba en consonancia con la radicalización de El Libertador, marcado por la impronta haitiana. En un texto suyo dirigido a Gual, fechado el 5 de enero de 1817, advertía sobre este salto cualitativo: «La opinión cambiada absolutamente en nuestro favor vale aún más que los

11 Segundo su partida de bautizo, fechada en 1780, Cedeño, apellido que Bolívar escribía con S, era al parecer originario de Bayamo (Cuba), desde donde salió a luchar por la independencia de Haití y luego a Venezuela. Véase https://www.ecured.cu/Manuel_Cede%C3%B1o_Infante

12 En Lynch, *Simón Bolívar*, *op. cit.*, p. 137.

13 Tomado de Frank, *op. cit.*, p. 234.

ejércitos. Esta feliz mutación nos ha puesto en estado de contar con grandes medios para procurarnos objetivos militares».¹⁴

El ascenso en el ejército patriota del elemento popular a costa de la vieja oficialidad mantuana, que desde entonces se observó, tuvo su mejor expresión en el caso de Páez que, de oscuro peón de un hato ganadero de Barinas, devino, a los veintiséis años, en jefe indiscutido de los llaneros del occidente y en uno de los más importantes generales republicanos. En los años de 1815 1816, Páez, a quienes sus hombres llamaban el «catire», es decir blanco, sobresalió en las guerrillas patriotas que operaban en los llanos de Apure y Casanare.

Situado al frente de un reducido grupo de trescientos lanceros, había vencido el 16 de octubre de 1816 a los realistas en el combate de la Mata de la Miel y cuatro meses después en Mantecal, lo que le dio el liderazgo en la reunión de Guasdualito, poblado fronterizo entre Apure y Casanare, cuando los llaneros impusieron la renuncia al jefe nominal: Santander, a lo que acabamos de referirnos.¹⁵ El ascenso de Páez, fue en parte resultado de otros resonantes triunfos militares protagonizadas por sus asombrosas cargas de caballería —entre ellos el de Mucuritas, 28 de enero de 1817, que impresionaron al propio Morillo— sobre los comandantes españoles López, Calzada y Miguel La Torre, que le permitieron liberar los llanos y ser aclamado Jefe del Ejército de Apure. Páez no tardó en reconocer el liderazgo de Bolívar aún sin conocerlo personalmente.

La decisiva mutación política de los llaneros, aleccionados por las falsas promesas de la demagogia realista, los convirtió ahora en los más firmes patales de la causa patriota, tal como lo había apreciado el propio Bolívar en carta al editor de la *Gaceta Real de Jamaica*: «Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos, que jamás han abandonado esta noble causa».¹⁶

14 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 227.

15 Incluso habían nombrado el 16 de julio de 1816 hasta un presidente de la república (Fernando Serrano) y a Santander como jefe del ejército, lo que solo duró unos meses. Véase Lavrestki, *Bolívar*, *op. cit.*, pp. 78-79, y Fundación Polar, *op. cit.*, t. III, p. 9.

16 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 180.

Un ejemplo de esa evolución fue la trayectoria de Pedro Camejo, apodado «Negro Primero», por estar siempre a la vanguardia en los combates. Nacido esclavo en una hacienda de Apure, en octubre de 1813 se incorporó a las tropas llaneras de Boves, en las que sobresalió por su impresionante porte y valentía hasta que esas incontrolables fuerzas realistas fueron desmovilizadas por Morillo en 1815.

La política igualitarista bolivariana ganó también el apoyo de los humildes llaneros mestizos por el incumplimiento de las promesas y la desmovilización ordenada por Morillo. En contraste, los españoles hicieron descansar el restablecimiento del viejo orden colonial en el ejército regular traído de España y en el apoyo de buena parte de los mantuanos, menospreciando a los pardos y negros libres que hasta entonces los sustentaban.

Tiempo después, cuando Bolívar se encontró con Páez por primera vez, en Cañafistola, San Juan de Payara, en San Fernando de Apure, el 30 de enero de 1818, en plena «campaña del centro», que más adelante se comenta, pidió conocer al bravo militar afrodescendiente famoso por su arrojo. Negro Primero le relató su agitada vida y las motivaciones que lo llevaron al ejército republicano, atraído por el programa antiesclavista e igualitarista adquirido ahora por la lucha independentista.

El marcado sentido revolucionario dado a la contienda contra España por El Libertador, apoyado por figuras de extracción popular como Páez y Piar, expresado no solo de palabra, sino en hechos concretos, puede ilustrarse por el ascenso a la oficialidad por méritos y no por la condición étnica o social, junto a la confraternidad creciente entre jefes y soldados. Desde esta época, los funerales de los hombres muertos en combate se hicieron sin distinciones de grados o clase, como ciudadanos caídos por la patria en el cumplimiento del deber.

Las exitosas guerrillas populares de la Guayana y los llanos le dieron un contenido más democrático a la lucha independentista. La marcada inclinación social que adquirió la lucha emancipadora en esos territorios, tenía también que ver con la pérdida de influencia de la antigua oficialidad mantuana que había dominado al ejército en las dos primeras repúblicas. Por eso Bolívar escribió

sobre la alianza nacional de blancos, mulatos y negros en un manifiesto dirigido «A los pueblos de Venezuela», fechado el 5 de agosto de 1817:

La imparcialidad del gobierno de Venezuela ha sido siempre tal, desde que se estableció la República, que ningún ciudadano ha llegado a quejarse por injusticia hecha a él por el accidente de su cutis.

Antes de la revolución, los blancos tenían opción a todos los destinos de la monarquía, lograban la eminent dignidad de ministros del rey, y aun de grandes de España. Por el talento, los méritos o la fortuna lo alcanzaban todo. Los pardos degradados hasta la condición más humillante estaban privados de todo. El estado santo del sacerdocio les era prohibido: se podría decir que los españoles les habían cerrado hasta las puertas del cielo. La revolución les ha concedido todos los privilegios, todos los fueros, todas las ventajas.

Todo lo inicuo, todo lo bárbaro, todo lo odioso se ha abolido y en su lugar tenemos la igualdad absoluta hasta en las costumbres domésticas. La libertad hasta de los esclavos que antes formaban una propiedad de los mismos ciudadanos. La independencia en el más alto sentido de esta palabra sustituye a cuantas dependencias antes nos encadenaban.¹⁷

A diferencia de las ordenadas y bien vestidas tropas de infantería de las dos primeras repúblicas, la temible caballería llanera, ahora bajo la jefatura de Páez, eran un ejército bien humilde de descamisados. El coronel Gustavus Hippisley, veterano de las guerras europeas que rompería con Bolívar, negado a concederle el grado de general que reclamaba, dejó en sus memorias esta vívida descripción de las tropas del León de Apure:

(...) una mezcla extraña de hombres de todos los tamaños y todas las edades, de caballos y mulas. Varios tienen sillas, la mayor parte carecen de ellas. Algunos tienen frenos, otros simples cabezadas de cuero o riendas.

En cuanto a los soldados mismos, tenían desde trece años hasta los treinta y seis a cuarenta, negros, morenos, pálidos, según la casta a la que pertenecían.

17 *Ibid.*, t. III, pp. 647-648.

Montaban bestias hambrientas, rocines resabiados, caballos o mulas; algunos sin calzones; sin ropa, no tenían de vestido sino una tira de lana o de algodón azul en torno a los riñones y cuyo extremo, pasando entre las piernas, se ata en la cintura. Cogían las riendas con la mano izquierda, y en la derecha una vara de ocho a diez pies de largo, con un fierro de lanza en la punta, casi plano, muy agudo y cortante por los dos lados (...) Una manta de cerca de una vara cuadrada, con un hueco, o más bien una ranura en el centro, a través de la cual quien la porta pasa la cabeza, cae de sus hombros, cubriendo así el cuerpo, y dejando los brazos desnudos y en perfecta libertad para manejar el caballo, la mula o la lanza.¹⁸

En el preterido sur, Bolívar y demás jefes patriotas incorporaron a sus filas a campesinos, llaneros y ex esclavos, que terminaron integrados a las fuerzas irregulares de origen humilde que ya combatían en la zona a las órdenes de Páez Piar, Monagas, entre otros caudillos, abriendo una nueva dimensión social a la guerra de independencia venezolana. Ahora, la correlación de fuerzas sociales era muy distinta a la existente durante las dos primeras repúblicas.

En estas regiones interiores la situación era más favorable, ya que a los triunfos de Páez había que sumar los de Piar y del mulato cubano Cedeño, quienes habían vencido en el paso del río Cuchivero (30 de diciembre de 1816) y ocupado las ricas misiones capuchinas del Caroní, en la casi despoblada y selvática Guayana. Aquí Piar cometió una carnicería con varios frailes capuchinos catalanes de las misiones, lo que provocó una fuerte reprimenda de El Libertador, aunque no evitó su ascenso a general en jefe de la Guayana.¹⁹

Poco a poco, con tacto, habilidad y osadía, Bolívar fue imponiendo su autoridad sobre todos estos caudillos, proceso facilitado por el fortalecimiento de su ejército con la adhesión de Arismendi, Soublette y hasta Bermúdez, que lo reconocieron como jefe indiscutido. Puestos bajo un mando único en el poblado llanero de San Diego de Cabrutica, con la incorporación de Monagas pudieron ocupar Barcelona (13 de septiembre de 1816)

18 Citado por Thibaud, *op. cit.*, p. 364.

19 Frank, *op. cit.*, p. 237.

y después, con la ayuda de Piar, derrotar a Morales en Juncal y unirse a Cedeño en Guayana.

Sin duda, logró imponerse sobre todos sus rivales y se fue haciendo más intolerante al desconocimiento de su autoridad. Ello fue resultado no solo de su probada capacidad de estratega militar, sino también por su prestigio político en Venezuela y a escala internacional, junto con su gran carisma y sentido del compañerismo.

En las duras campañas y la convivencia diaria, fue acrecentando la admiración a su persona por parte de los indómitos llaneros y demás combatientes, según bien resume un historiador: «Bolívar no perdía ocasión de mostrar a los llaneros su destreza y coraje —cualidades indispensables para quien pretendiese ser su jefe. Cierta vez (...) al ver como uno de sus oficiales saltaba por encima de su caballo, quiso hacer lo mismo; y aunque las dos primeras veces no tuvo éxito, la tercera, por fin, pudo salvar el obstáculo. Los llaneros comenzaron a sentir respeto por este mantuano que todos los días cambiaba su camisa, usaba agua de colonia, pero, al mismo tiempo, era capaz de domar un potro salvaje, cruzar el Orinoco a nado con las manos atadas o soportar las más duras travesías, gustaba de broma y no se apartaba de la gente sencilla».²⁰

A ello debe sumarse su valentía personal a toda prueba, que provocaba el asombro de sus subalternos y el terror de los realistas. Situado al frente de sus tropas, daba el ejemplo exponiéndose constantemente para lograr la victoria en un combate, tal como recordaba el capitán inglés Richard L. Vowell que, en una ocasión, en la tercera batalla de La Puerta o de Semén, el 16 de marzo de 1818: «Empuñó enseguida la bandera caída y la lanzó en medio de las filas enemigas, hacía las que había avanzado al galope y gritó a sus soldados que corriesen a rescatarla (...) el teniente coronel Rooke, que no se separó de Bolívar durante toda la acción (...) nos dijo que creía que Bolívar había perdido la cabeza o que deseaba morir en aquella batalla, por lo poco que había cuidado de sí mismo».²¹

20 Lavretski, *Simón Bolívar*; *op. cit.*, p. 82.

21 *Memorias de un oficial de la legión británica*, citado por Ibarra, *op. cit.*, p. 166 y Uslar Pietri, p. 239.

También su mando se fortaleció con el fracaso de Mariño frente al ejército de Morillo en la costa oriental, que debilitaron su pretensión de erigirse en jefe del titulado congreso de los Estados Unidos de Venezuela, reunido en Cariaco el 8 de mayo de 1817. Para ello se valió de la presencia en esa localidad, cercana a Carúpano, del sacerdote chileno Madariaga —recién llegado de Haití— para convocar esa asamblea, imponer su jefatura y un régimen federal con el pretexto de conseguir el reconocimiento de Inglaterra.

El congresillo se desarrolló con solo doce delegados —entre ellos Zea y Brión, hombres de confianza de El Libertador— y acordó establecer la capital republicana en la isla de Margarita y un triunvirato en el poder ejecutivo que reservó a Bolívar uno de sus puestos. Pero la ofensiva de Morillo, que contaba con refuerzos de tres mil hombres llegados de España a principios de 1817, a las órdenes del general de ascendencia francesa José de Cárdenas, obligó a Mariño a abandonar la costa oriental, lo que unido al rechazo de Bolívar, echó por tierra todas sus ambiciones, pese a la recaptura de Margarita el 17 de julio.

Para rematar esta farsa, El Libertador había escrito con ironía desde San Miguel, el 27 de junio de 1817, a su viejo amigo y excuñado Fernando Rodríguez del Toro, designado miembro de la ficticia jefatura surgida del congreso de Cariaco: «Querido Fernando: uno que se llama gobierno, te ha nombrado o por mejor decir, te ha llamado para que vuelvas al poder ejecutivo; sea legítimo o no, yo aprovecho su medida y te llamo con más instancia que el tal Gobierno». ²² Y a Martín Tovar el 6 de agosto de ese año le comentó sarcástico que el cónclave de Cariaco «ha durado tanto como casabe en caldo caliente. Nadie lo ha atacado y él se ha disuelto por sí mismo», pues «Aquí no manda el que quiere sino el que puede». ²³

Con la autoridad y recursos obtenidos en Guayana, emprendió la reorganización de ejército, mediante decreto del 24 de septiembre de 1817, para profesionalizarlo, siguiendo el modelo europeo. Creó un estado mayor general, encabezado por el general

22 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 245.

23 *Ibid.*, p. 254.

Soublette, y otro para cada división, con ascensos por mérito y tribunales marciales, encargados de hacer cumplir la disciplina.

En los siguientes dos años formaría tres grandes ejércitos bolivarianos para el occidente, el oriente y el centro del país, de los que era jefe supremo.²⁴ Además, encargó a su representante en Reino Unido, López Méndez, la contratación de militares británicos y europeos, desmovilizados después de la terminación de las guerras napoleónicas, aprovechando que ya el gobierno inglés no se oponía a la venta de armamentos y el enganche de voluntarios. En julio y octubre de 1817 se firmaron en Londres contratos con los coronelos Henry C. Wilson y el mencionado Gustavus Hippisley, quienes terminarían enfrentados a Bolívar.

En los siguientes cinco años más de cinco mil europeos se trasladaron a Colombia para combatir, en su mayoría británicos y escoceses. El primer grupo desembarcó en la isla de Margarita en abril de 1819. Muchos de ellos fueron expulsados después por indisciplinas graves, como fue el caso de la llamada Legión Irlandesa.²⁵

Ahora solo faltaba, para volcar radicalmente la situación y cambiar la correlación de fuerzas, restablecer los órganos estatales de la tercera república en un territorio completamente liberado y sobre el cual su soberanía fuera indiscutida. Los llanos del Orinoco y su capital, la ciudad de Angostura, eran el sitio indicado.

24 Lynch, Simón Bolívar, *op. cit.*, pp. 148-149.

25 Lynch, Simón Bolívar, *op. cit.*, pp. 165-166, Lavrestki, *op. cit.*, pp. 92-93 y Madariaga, *op. cit.*, t. 2, p. 38.

Capítulo VII

NECESITAMOS DE LA IGUALDAD PARA REFUNDIR

LAS INMENSAS LLANURAS DEL CAUDALOSO Orinoco constituyán una región relativamente apartada del resto de Venezuela, protegida de los realistas por una barrera natural creada por sus numerosos ríos y pantanos, cundidos de serpientes, caimanes y mosquitos. El abundante ganado de los llanos podía garantizar a los patriotas alimentos para el ejército y cueros —entre otros productos— para la exportación, factibles de comercializar a través de sus ríos por los corsarios patriotas. De la importancia de este intercambio con el exterior, en especial con los comerciantes británicos, como el ya mencionado Sutherland, dio fe el propio Bolívar en carta a Páez del 15 de septiembre de 1817:

La posesión de esta importante provincia nos ha dado una gran reputación y ha aumentado extraordinariamente nuestra opinión entre los extranjeros, principalmente entre los ingleses, señores de las islas vecinas a este continente. Apenas han sabido éstos el triunfo de nuestras armas, cuando se han presentado con sus buques cargados de mercancías y efectos de todas clases. Varios negociantes de la misma nación han venido a celebrar con el gobierno contratas de fusiles, pólvora, vestuarios y toda especie de artículos de guerra, a cambio de las producciones de nuestro país, y ya se han celebrado algunas.¹

Al contar con tropas leales mejor preparadas y organizadas, El Libertador pudo ir despejando el río Orinoco de fuerzas españolas, con el auxilio de la flotilla de Brión, lo que permitió

1 Tomado de Lynch, *Simón Bolívar*, op. cit., pp. 138-139.

sitiar Angostura el 11 de abril de 1817. Unos días después, Piar propinó en San Félix, a medio camino entre Angostura y la desembocadura del Orinoco, con la ayuda de varios cientos de indígenas armados solo con lanzas y flechas, un golpe demoledor al ejército de La Torre.

Los realistas perdieron casi dos mil hombres, confirmando el dominio patriota sobre el rico interior de Venezuela. Entusiasmo por este resultado, Bolívar consideró que «La victoria que ha obtenido el general Piar en San Félix, es el más brillante suceso que hayan alcanzado nuestras armas», por lo que ahora «empezamos la restauración de Venezuela por donde debemos: por el Orinoco y por Los Llanos».²

En consecuencia, el 18 de julio las fuerzas terrestres comandadas por Bermúdez y la flotilla de Brión capturaron la estratégica ciudad de Angostura junto con los demás puestos realistas fortificados sobre el Orinoco, que quedaron bajo control patriota. A continuación, el 3 de agosto, la escuadra republicana libró el combate naval de Cabrián, que le permitió apoderarse de catorce buques españoles y hacer más de mil prisioneros. Entusiasmado con estos nuevos éxitos, el Libertador comentó: «tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santafé, y poseemos un inmenso territorio en otra ribera del Orinoco, Apure, Meta y Arauca».³

Desde Angostura, convertida en capital provisional de la tercera República de Venezuela, que en ese momento solo tenía soberanía efectiva sobre las provincias de Guayana y Margarita, con menos del diez por ciento de la población venezolana, Bolívar lanzó un trascendente decreto que establecía el reparto de bienes y tierras expropiados a los realistas entre los miembros del ejército patriota, en premio a sus méritos de guerra. La ley del 10 de octubre de 1817 complementaba la profunda restructuración militar iniciada e iba también dirigida a democratizar la propiedad rural, que junto a la abolición incondicional de la

2 Carta a Leandro Palacios, fechada en la Mesa de Angostura el 16 de mayo de 1817, en Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 230.

3 Misiva a Martín Tovar Ponte desde Guayana, 6 de agosto de 1817, *ibid.*, p. 255.

esclavitud ya proclamada, contribuyó de manera decisiva a darle el respaldo de las amplias masas y a consagrar su autoridad.⁴

En ese contexto, cuando todavía la estabilidad republicana era precaria, se produjo la desafortunada insubordinación de Piar, que llegó incluso a intentar constituir un gobierno alternativo, amenazando la laxa unidad patriota y soliviantando a los pardos y negros libres. En una proclama fechada el 5 de agosto de 1817 escribió airado: «El General Piar ha infringido las leyes, ha conspirado contra el sistema, ha desconocido al Gobierno, ha resistido la fuerza, ha desertado del ejército y ha huido como un cobarde».⁵

Apresado el 3 de octubre, de inmediato fue encausado en Angostura, condenado a muerte y fusilado trece días después, en juicio presidido por Brión y con Soublette de fiscal. El destacado jefe mulato estaba disgustado por la preeminencia de El Libertador en lo que consideraba su coto particular y en desacuerdo con la división del ejército en dos contingentes, uno mandado por él y otro por Bermúdez. Según el francés Perú de Lacroix, Bolívar le comentó años después que la ejecución de Piar:

(...) fue suficiente para destruir la sedición: fue un golpe maestro en política, que desconcertó y aterró a todos los rebeldes, desopinó a Mariño y a su congreso de Cariaco, puso a todos bajo mi obediencia, aseguró mi autoridad, evitó la guerra civil y la esclavitud del país, me permitió pensar y efectuar la expedición de la nueva granada, y crear después la República de Colombia: nunca ha habido una muerte más útil, más política y por otra parte más merecida (...) la demagogia es como la hidra de la fábula: se corta una cabeza y nacen cien cabezas, ni las guillotinas de Robespierre serían suficientes para destruirla (...).⁶

4 La ley estableció que un general tenía derecho a terrenos evaluados en 25 mil pesos, un coronel de 10 mil y así sucesivamente hasta llegar al soldado, que podía recibir por 500. También permitía el traspaso de haciendas expropiadas a grupos de combatientes para ser trabajadas en forma colectiva. Véase Lavretski, *Bolívar*, *op. cit.*, p. 82.

5 Citada en Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 313. Al parecer la *Gazeta de Caracas*, dirigida por José Domingo Díaz, contribuyó a irritar todavía más a Bolívar con falsas informaciones sobre Piar. Véase Mijares, *op. cit.*, p. 501.

6 Perú de Lacroix, *op. cit.*, p. 91. Las cursivas en el original. Mariño, aleccionado por el fusilamiento de Piar, terminó por deponer su actitud y reconocer

Durante fines de 1817 y principios de 1818 las fuerzas de Bolívar y Páez se enfrascaron en un inútil esfuerzo por avanzar desde el Apure sobre los fértiles valles que rodean a Caracas y sublevar a los esclavos de las plantaciones. Conocida como la «campaña del centro», se dividió en dos partes. La primera se extendió desde el 22 de noviembre hasta el 2 de diciembre de 1817, cuando concluyó con la batalla de La Hogaza, en la que fuerzas realistas comandadas por La Torre vencieron a las republicanas de Zaraza, obligándolas a retornar a la capital. La segunda «campaña del centro» se desarrolló durante los cuatro primeros meses del año siguiente y cerró con el regreso de sus efectivos de nuevo a Angostura.

Los reiterados fracasos convencieron a Bolívar de la necesidad de variar su estrategia militar. Aunque en esta «campaña del centro» se logró ocupar Maracay —tras vencer a Morillo en Calabozo entre el 12 y 14 de febrero— y llegar hasta los valles de Aragua, donde el 11 de marzo se hizo un nuevo llamado a los esclavos para que se vincularan a la lucha emancipadora, no logró dar un vuelco a la correlación de fuerzas con el enemigo. La inesperada retirada de los llaneros de Páez, negados a seguir alejándose de sus bases en Apure, para poner sitio a San Fernando —que ocuparon el 8 de marzo—, facilitaron la exitosa contraofensiva realista.

Entre los éxitos del bando contrario estuvo la mencionada victoria de Morillo en La Puerta o El Semén (16 de marzo de 1818) —aunque resultó herido, le valió su ascenso y un marquesado—, que empujó a los republicanos de nuevo al interior, dejando en la retirada más de mil hombres, material de guerra y valiosa documentación. Casi al mismo tiempo, el general Cedeño perdía la campaña del Guárico, tras librar diez costosos enfrentamientos con los realistas.

Incluso en Rincón de los Toros, Bolívar estuvo a punto de perder la vida el 17 de abril de 1818 a manos de un grupo enemigo que, por descuido de la guardia, irrumpió en su campamento en medio de la noche, en cuya defensa se distinguió el lancero

la autoridad de Bolívar en diciembre de ese año, tras entregar tropas, armas y municiones. Véase Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 316.

negro Leonardo Infante.⁷ No en balde, El Libertador consideró que los realistas no conseguían nada en los llanos, pero tampoco los republicanos en las alturas,⁸ donde había tenido tres fracasos consecutivos en su empeño de avanzar sobre Caracas.

Pese a estos desalentadores resultados, como parte del proceso de reconstitución del aparato del Estado, se inauguró el 15 de febrero de 1819 el congreso de Angostura, la resguardada capital patriota que contaba con un puerto fluvial que daba acceso al mar.⁹ Bolívar se presentó en el edificio de la municipalidad a media mañana acompañado de su Estado Mayor y fue saludado con tres salvas y un desfile militar.

Ante casi los treinta delegados elegidos en un proceso comicial realizado desde fines del año anterior, llegados de diferentes partes de Venezuela, junto a un numeroso público e invitados extranjeros, leyó un largo discurso que había dictado a su secretario, junto a una propuesta de carta magna, cuando viajaba hacia allí en una flechera desde el alto Orinoco. Su memorable *Discurso de Angostura* se inició con la devolución formal del poder que ostentaba al frente de la república, rindiendo cuenta de su atribulada gestión en medio «de un torrente infernal que ha sumergido la tierra de Venezuela».

Para El Libertador, el mérito de su labor individual, «en medio de un piélago de angustias», solo era el de «un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebataba como una débil paja», por «fuerzas irresistibles [que] han dirigido la marcha de nuestros sucesos»,¹⁰ consideraciones en la que de algún modo anticipa postulados marxistas sobre el papel de las personalidades en la historia. En otras partes de esta contundente intervención, propuso al congreso un avanzado programa político social, que no existía entonces en ninguna parte de Hispanoamérica, brillantemente resumido por él en un contundente párrafo: «Un Gobierno Republicano ha sido, es, y debe ser el de Venezuela; sus bases

7 Lynch, Simón Bolívar, *op. cit.*, p. 156 y Mijares, *op. cit.*, p. 521.

8 Madariaga, *op. cit.*, t. II, p. 20.

9 Desde el 5 de noviembre de 1817 se había creado un consejo de Gobierno integrado por Roscio, Urdaneta y Fernando Peñalver. Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 321.

10 Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 675.

deben ser la Soberanía del Pueblo: la división de los Poderes, la Libertad civil, la proscripción de la Esclavitud, la abolición de la monarquía, y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas, y las costumbres públicas».¹¹

Consciente del peligro de que los congresistas revirtieran los avances político-sociales, algo que en efecto sucedería, y muy en particular la ley abolicionista, incluyó una emotiva petición en la parte final de ese trascendental discurso inaugural: «Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis Estatutos, Decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los Esclavos, como imploraría mi vida, y la vida de la República».¹²

El 5 de agosto los diputados presentes aprobaron una carta magna centralista, siguiendo la mayoría de las propuestas de Bolívar, quien rechazaba el modelo constitucional francés o norteamericano y se inclinaba por el modelo haitiano con ciertos elementos tomados del inglés. Aunque la nueva constitución adoptó el centralismo, siguiendo sus ideas que exigían «una República sola e indivisible»,¹³ junto con la soberanía popular, la división y el equilibrio de poderes, la libertad civil y de expresión, no incluyó el senado hereditario ni el poder moral, que El Libertador consideraba contrapeso de los restantes y garantía de estabilidad política.

La parte final de su memorable intervención ante el cónclave estuvo dedicada a fundamentar la necesaria unión con Nueva Granada en una sola nación. Se manifestó convencido de que «la suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los Colombianos; de hecho estamos incorporados».¹⁴

La propia asamblea lo eligió en la primera magistratura y al naturalista neogranadino Zea como vicepresidente. En el ínterin, apareció el 27 de junio el primer número del *Correo del Orinoco*, vocero de la nueva república, dirigido inicialmente por

11 *Ibid.*, p. 683.

12 *Ibid.*

13 *Ibid.*, p. 694.

14 *Ibid.*, p. 696.

el propio Zea, en el que Bolívar colaboró con frecuencia. En ese contexto, escribió a su vicepresidente el 13 de julio de 1819: «Los españoles temen, no solamente al ejército sino al pueblo, que se manifiesta extremadamente afecto a la causa de la libertad. Muchos pueblos distantes del centro de mis operaciones han venido a ofrecer cuanto poseen para el servicio del ejército y aquellos que encontramos en nuestro tránsito nos reciben con mil demostraciones de júbilo, todos arden por vernos triunfar y prestan generosamente cuanto puede contribuir a darnos la victoria».¹⁵

El valioso avance revolucionario de las disposiciones bolivarianas no tardó en ser opacado en cuanto Bolívar se alejó de Angostura. La asamblea, integrada por seis ricos propietarios, diez abogados, diez altos oficiales, dos sacerdotes y dos médicos, casi todos mantuanos, enseguida adoptó una serie de restricciones a la ley abolicionista, que en la práctica la hizo inoperante. Según Izard, a las filas republicanas se habían incorporado desde 1819 «parte del mantuanaje disperso por las Antillas o reinstaurado en Caracas desde la llegada de Morillo, imprimiendo a las capas dirigentes de la rebelión un carácter cada vez más conservador que se iría acentuando con los años —en la misma medida que fue perdiendo importancia la lucha guerrillera— y especialmente con el final de la guerra y la consolidación de la Independencia».¹⁶

Por eso, en la práctica, el decreto abolicionista adoptado nominalmente en Angostura no se aplicó, aunque El Libertador no se resignaría y seguiría batallando contra la esclavitud hasta el final de su existencia. Constancia de ello dejó después en la constitución que elaboró para la recién fundada República de Bolivia en 1826, que pretendió extender después a todos los países liberados por sus ejércitos, donde insistió en proscribir la infame institución con estos argumentos: «Legisladores, la infracción de todas las leyes es la esclavitud. La ley que la conservara, sería la más sacrílega. ¿Qué derecho se alegaría para su conservación? Trasmitir, prorrogar, eternizar este crimen mezclado de suplicios, es el ultraje más chocante. Fundar un principio de posesión sobre la más feroz delincuencia no podría concebirse sin el trastorno

15 En *ibid.*, t. I, p. 391.

16 Izard: *Miedo a la revolución*, *op. cit.*, p. 157.

de los elementos del derecho, y sin la perversión más absoluta de las nociones del deber. Nadie puede romper el santo dogma de la *igualdad*. Y ¿habrá esclavitud donde reina la igualdad?».¹⁷

A pesar de los buenos deseos de los decretos abolicionistas, la esclavitud persistió después de la independencia, pues no se consiguió entonces el fin de la oprobiosa institución en ninguna otra parte de América Latina fuera de Haití. Ello fue resultado de que, durante el corto período de su vigencia, las mayores zonas de concentración de esclavos en Nueva Granada —la costa y los valles del Cauca— y Venezuela —valles de Aragua, de Tuy y de La Victoria— aún no habían sido liberadas por su ejército; y después, cuando ya fueron ocupadas por las tropas bolivarianas, estaban en vigor las restricciones impuestas a la manumisión por los diputados en Angostura, que el 22 de enero de 1820 habían resuelto suspender su aplicación.

Como anotó Miguel Acosta Saignes en referencia a este cónclave celebrado en las márgenes del Orinoco: «Dejó vigente sólo la prohibición de introducir esclavos y la posibilidad de que se concediese la libertad por *algún servicio distinguido*, con lo cual el congreso de Angostura borraba los decretos de Bolívar en 1816 y restablecía la esclavitud»,¹⁸ postura continuada por el congreso de Cúcuta, según veremos más adelante. No obstante, Bolívar expropió por decreto promulgado el 23 de octubre de 1820 la hacienda de Ceiba Grande y dio la libertad a todos sus esclavos.¹⁹

En la sesión inaugural del congreso de Angostura estuvo presente el recién llegado diplomático norteamericano John Baptiste Irvine, agente especial del gobierno de los Estados Unidos, encargado de conseguir la liberación de dos goletas de su país retenidas por los patriotas venezolanos y evaluar la situación de la nueva república sudamericana, a la que todavía Washington

17 Bolívar, *op. cit.*, t. III, pp. 768 y 769. Las cursivas en el original (SGV).

18 Acosta Saignes, *op. cit.*, p. 309. Las cursivas en el original (SGV).

19 Véase José M. Ramos Guédez, «Simón Bolívar y la abolición de la esclavitud en Venezuela 1810-1830. Problemas y frustración de una causa», *Revista de Historia de América*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, Num. 125, 1999, pp. 7-20. Este autor también menciona que, durante la campaña de 1814, El Libertador había liberado esclavos con la condición de que se unieran a su ejército.

no reconocía como nación independiente. También se proponía, acorde a las instrucciones impartidas personalmente por el presidente James Monroe, valorar posibilidades comerciales, las consecuencias de la liberación de los esclavos y conocer la postura de Venezuela en relación con los sucesos de las Floridas.

En estos dos territorios, que eran colonias de España, representantes republicanos de Nueva Granada, México, El Río de la Plata y Venezuela —Gual y Lino de Clemente—, reunidos en Filadelfia, habían encomendado al general MacGregor que fuera con una expedición a esa península norteamericana y proclamara la independencia de la Florida oriental y la occidental. En cumplimiento de ese encargo, el 29 de junio de 1817 un contingente armado encabezado por este general escocés, enarbolando la bandera venezolana, ocupó la isla Amelia y fundó la «República Libre de las Floridas», con capital en la villa de Fernandina.

Obligados a retirarse por falta de recursos y la hostilidad del gobierno de Estados Unidos, que aspiraba en plena expansión territorial a apoderarse de esta región española colindante, le sucedió en esta encomienda la flota de Aury, que el 17 de septiembre de 1817 restableció esa república a nombre de México, pues el corsario francés acababa de dejar en el Virreinato de Nueva España la ya mencionada expedición libertadora de Mina. Aury, que se movía con frecuencia entre Nueva Orleans y Haití, condujo hasta la península de la Florida al gobierno independiente dirigido por el propio Gual y el altoperuano Vicente Pazos Kanki, pero fue desalojado con violencia por el ejército norteamericano a fines de ese mismo año.

Ante el reclamo de Irvine por estos hechos, Bolívar explicó al representante de Estados Unidos que su gobierno no había autorizado esa acción y no pretendía involucrarse en los asuntos de las Floridas.²⁰ No obstante, un editorial del semanario *Correo del Orinoco*, publicado el 27 de marzo de 1819, justificó la toma de Amelia por los venezolanos y criticó la actitud estadounidense que «violó el derecho de las naciones, y despojó a los oprimidos

20 Véase Sergio Rodríguez Gelferstein, *La controversia entre Bolívar e Irvine. El nacimiento de Venezuela como actor internacional*, Caracas, Vadell Hermanos Editores, 2018, p. 96.

Floridanos de la senda que les abrió el General MacGregor para su libertad».²¹

Previendo lo que sucedería, escribiría un tiempo después a William White, comerciante inglés establecido en Trinidad, disgustado con la política agresiva de Washington: «La América del Norte, siguiendo su conducta aritmética de negocios, aprovechará la ocasión de hacerse de las Floridas, de nuestra amistad y de un gran dominio de comercio».²² Por su parte, el gobierno de España, preocupado por la ocupación de ese territorio por efectivos norteamericanos en medio de la lucha contra las colonias rebeldes en Hispanoamérica, y con el propósito de mantener el comercio con los Estados Unidos e intentar preservar sus colonias más valiosas, cedió y el 22 de febrero de 1819 legalizó su posesión por este país a cambio de una compensación monetaria.²³

Ese fue el momento, a mediados de ese mismo año, en que los patriotas venezolanos apresaron y luego hundieron las goletas de Estados Unidos, *Tiger* y *Liberty*, por vulnerar el bloqueo impuesto a los españoles en Venezuela. Este episodio patentó también el tácito entendimiento entre Estados Unidos y España y motivó ácidas cartas de Bolívar al representante norteamericano John B. Irvine, donde puso al descubierto la farisaica política de su nación, como este fragmento de una misiva suya enviada el 20 de agosto de 1818.

Hablo de la conducta de los Estados Unidos del Norte con respecto a los independientes del Sur, y de las rigurosas leyes promulgadas con el objeto de impedir toda especie de auxilios que pudiéramos procurarnos allí. Contra la lenidad de las leyes americanas se ha visto imponer una pena de diez años de prisión y diez mil pesos de multa, que equivale a la de muerte, contra

21 *Correo del Orinoco*, Angostura, sábado 27 de marzo de 1819, n. 24, p. 1. Véase también Fundación Polar, *op. cit.*, t. III, p. 373.

22 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 429, fechada el 1 de mayo de 1820 y dirigida al comerciante inglés William White.

23 El 22 de febrero de 1819 Estados Unidos obtuvo la cesión de las Floridas por cinco millones de dólares. Detalles en Ramiro Guerra y Sánchez: *La expansión territorial de los Estados Unidos. A expensas de España y de los países hispanoamericanos*, La Habana, Editora del Consejo Nacional de Universidades, 1964, p. 140 y ss.

los virtuosos ciudadanos que quisieren proteger nuestra causa, la causa de la justicia y de la libertad, la causa de la América.

La prohibición no debe entenderse sino directamente contra nosotros que éramos los únicos que necesitábamos protección. Negar a una parte los elementos que no tiene y sin los cuales no puede sostener su pretensión cuando la contraria abunda en ellos es lo mismo que condenarla a que se someta, y en nuestra guerra con España es destinarnos al suplicio, mandarnos exterminar. El resultado de la prohibición califica claramente esta parcialidad. Los españoles que no las necesitaban las han adquirido fácilmente al paso que las que venían para Venezuela se han detenido.²⁴

La sostenida controversia verbal y epistolar con Irvine que sostuvo Bolívar —en un lapso de tres meses le envió once cartas—, por momentos se tornó muy áspera, al extremo que la misiva del 7 de octubre de 1818 la cerró diciéndole: «Parece que el intento de V.E. es forzarme a que reciproque su ultraje ni desprecie al Gobierno y los derechos de Venezuela. Defendiéndolos contra la España ha desaparecido una gran parte de nuestra población y el resto que queda ansía por merecer igual suerte. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende».²⁵

A pesar de las duras respuestas de El Libertador y del fracaso de su gestión, el agente norteamericano, tras su regreso a Estados Unidos el 27 de febrero de 1819, defendió la independencia de las colonias españolas, se expresó en forma encomiable del propio Bolívar y entregó a su gobierno un grueso manuscrito con

24 Bolívar, *op. cit.*, t. I, pp. 328-329. Otras opiniones de El Libertador sobre Estados Unidos están en la carta a Santander del 23 de diciembre de 1822; «Cuando yo tiendo la vista sobre la América la encuentro rodeada de la fuerza marítima de la Europa, quiere decir, circuida de fortalezas fluctuantes de extranjeros y por consecuencia de enemigos. Después hallo que está a la cabeza de su gran continente una poderosísima nación muy rica, muy belicosa, y capaz de todo». (*Ibid.*, t. I, p. 708). O esta otra: «no me gustan porque se parecen a los del presidente de los regatones americanos. Aborrezco a esa canalla de tal modo, que no quisieran que se dijera que un colombiano hacia nada como ellos». (*Ibid.*, t. II, p. 249). Un certero análisis en Francisco Pividal, *Bolívar: pensamiento precursor del antperialismo*, La Habana, Casa de las Américas, 1977.

25 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 355.

sus inteligentes impresiones titulado *Notes on Venezuela*. Unos meses después de su partida, el 25 de julio de ese mismo año, se presentó en Angostura en una goleta armada un nuevo emisario de Washington, el comodoro Oliver H. Perry.

Bolívar se encontraba fuera de la capital en actividades militares, por lo que el nuevo representante norteamericano fue atendido por el vicepresidente Zea. Aprovechando su ausencia, Perry obtuvo con facilidad el pago por las goletas retenidas e incluso por la carga de una de ellas.²⁶ Más adelante propuso a su gobierno el reconocimiento de la República de Colombia, algo que no ocurriría hasta 1823.

Entretanto, la impresionante victoria de Bolívar y Páez sobre Morillo en Las Queseras del Medio, el 3 de abril de 1819, sacó para siempre a los realistas del bastión llanero de Apure, después que el primero empleara la táctica de «vuelvan caras» contra las tropas enemigas guiadas por Narciso López y en la que Negro Primero y Juan José Rondón se distinguieron entre los cientos de lanceros patriotas. Este triunfo, permitió a El Libertador tomar la audaz decisión de abandonar la ofensiva sobre los atractivos valles de Aragua y Caracas, ruta por donde lo esperaba el enemigo, para avanzar, con poco más de dos mil efectivos, hacia Nueva Granada.

La sorpresiva liberación del territorio del vecino virreinato, que había sido reconquistado casi totalmente en 1816 por las fuerzas de Morillo mediante una brutal represión contra los patriotas, permitiría dar un giro decisivo a la lucha por la independencia en el escenario norandino.

26 Véase Madariaga, *op. cit.*, t. II, p. 40, insinúa que se valió de la amenaza militar para arrancar esas concesiones.

Capítulo VIII

ME PONE EN EL CASO DE REDONDEAR A COLOMBIA

EN ESTOS AÑOS DE MARCHAS y contramarchas, reconstituida la república en Angostura, cuando los patriotas cruzaban repetidas veces en dos direcciones el río Arauca, afluente del Orinoco, enfrentando a los realistas, El Libertador, en plenitud de sus facultades físicas, con treintaicinco años de edad, no descansaba, dando consejos y animando a sus hombres. Según O’Leary, los oficiales se sorprendían de «su incomparable actividad y de sus desvelos no sólo por la suerte de la república, sino por la del último de sus soldados».¹

Bolívar preparó meticulosamente un plan para la liberación de Nueva Granada, que solo conocían unos pocos allegados, que incluía una maniobra de distracción de las fuerzas de Páez en dirección a Cúcuta, mientras su ejército emprendía el cruce de los Andes. El verdadero destino de sus fuerzas, lo daría a conocer al unirse en Tame (Casanare) con las guerrillas de Santander —que Madariaga estimó en dos mil hombres—,² tras atravesar pantanos y ríos, muchas veces con el agua hasta el cuello, pues comenzaba la temporada de lluvias. Para esa nueva campaña ofensiva contaría con poco más de tres mil soldados formados en cuatro batallones de infantería y tres escuadrones de caballería, encabezados por Soublette, José Antonio Anzoátegui y el irlandés James Rooke, este último veterano de Waterloo.

El ascenso de la cordillera de los Andes fue una verdadera odisea, tanto para los europeos como para los llaneros, muchos

1 Citado por Lynch, *Simón Bolívar*, *op. cit.*, p. 170.

2 Madariaga, *op. cit.*, t. 2, p. 27.

de los cuales murieron, perdiéndose además valiosos animales y armamentos. El 6 de julio el ejército bolivariano, maltrecho y diezmado —incluso una cuarta parte de los soldados británicos murió en el ascenso— pudo alcanzar la aldea de Socha, después del terrible cruce final de los Andes por el helado páramo de Pisba, quebrado y desigual, considerado el más inaccesible.

Los sobrevivientes llegaron en condiciones muy deplorables, según recordaría años después un testigo inglés: «muchos hombres, incluso entre los oficiales, estaban literalmente sin pantalones y agradecían poder cubrirse con trozos de sábanas o con cualquier cosa que pudieran encontrar».³ Bolívar marchaba delante de sus tropas en una mula, con su uniforme de general hecho jirones, pero alentando siempre a sus hombres con vibrantes palabras.

En esas difíciles circunstancias, el disminuido ejército republicano, todavía sin ser detectado por los realistas, comenzó a restablecer la capacidad combativa de sus debilitadas fuerzas con casi mil nuevos reclutas, en su mayoría indígenas, fruto del esmerado proselitismo de El Libertador entre los pobladores neogranadinos. El propio Santander reconoció admirado en sus *Escritos Autobiográficos* que fue entonces que «este hombre se hace superior (...) desplegando una energía y firmeza extraordinarios. En tres días hace montar la caballería, la arma, reúne el parque y restablece el ejército».⁴

El primer enfrentamiento con los realistas se produjo en Pantano de Vargas el 25 de julio de 1819. A pesar de la superioridad enemiga en hombres y armamentos resultó una ajustada victoria patriota, gracias a la omnipresencia de Bolívar, el arrojo de la caballería de Rondón y de lo que quedaba de las tropas británicas de Rooke, quien perdió un brazo en el combate y murió después de gangrena.

A continuación, las tropas bolivarianas se apoderaron de Tunja en una sorpresiva marcha nocturna que el historiador gallego Madariaga, no muy inclinado a elogiar a El Libertador, calificaría de «una de las obras maestras de Bolívar como militar».⁵

3 En Lynch, *Simón Bolívar*, op. cit., p. 173.

4 *Ibid.*

5 Madariaga, op. cit., t. II, p. 32.

Recibidas en ese sitio con júbilo popular, interceptaron después, el 7 de agosto, a los tres mil soldados guiados por el coronel José María Barreiro que apresurados se retiraban a Bogotá por el puente de Boyacá.

La batalla fue ganada en forma aplastante por el ejército republicano, con poco más de dos mil hombres, en gran medida por la destreza de los batallones de infantería y un escuadrón de caballería conducidos por Anzoátegui, lo que le valió su ascenso a general de división. Atrapado, Barreiro se rindió con el resto de sus fuerzas de más de mil quinientos efectivos, entre ellos el traidor Francisco Fernández Vinoni, responsable de la caída de Puerto Cabello en 1812, ejecutado de inmediato.

Al conocer el desastre de Boyacá, el virrey Juan Sámano escapó de Santafé cubierto con una ruana tradicional y un sombrero grande, tres días antes de que la capital neogranadina cayera en manos patriotas. Con razón, Morillo escribió el 12 de septiembre al ministro de Guerra español:

El sedicioso Bolívar ha ocupado Santa Fe y el fatal éxito de esta batalla ha puesto a su disposición todo el reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra (...)

Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo reino de Granada, muchos puertos en el mar del Sur, donde se acogerán sus piratas: Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este continente hasta el Perú queda a la merced del que domina Santa Fé, a quien, al mismo tiempo, se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres y cuanto poseía el rey, nuestro señor, en el virreinato. Bolívar en un sólo día acaba con el fruto de cinco años de campaña, y en una sola batalla reconquista lo que las tropas del rey ganaron en muchos combates.⁶

Liberada la capital virreinal (10 de agosto) fueron confiscados los bienes enemigos, entre ellos medio millón de pesos en metálico y numeroso armamento, a la vez que se enrolaban nuevos combatientes en el ejército patriota. Se redujeron salarios de funcionarios públicos, exigiendo al clero la entrega del diezmo,

6 Citado por Lavrestki, *Bolívar; op. cit.*, p. 99.

no se reconocieron las deudas de la administración española y se establecieron tribunales patriotas para juzgar las alteraciones al orden.

Sin pérdida de tiempo, Bolívar despachó columnas en diferentes direcciones, que le dieron pronto el dominio de la meseta central y otras regiones próximas: Socorro, Pamplona, Tunja, Antioquia, Neiva, Margarita y Chocó. No obstante, las provincias suroccidentales y el litoral atlántico, incluido Panamá, continuaron en poder de España.

El apreciado papel desempeñado por Santander en la campaña le permitió recuperar la confianza de El Libertador, perdida en 1813, pues con las fuerzas disciplinadas que puso a su disposición en Casanare facilitó el exitoso ascenso de los Andes y las victorias en Cundinamarca. En reconocimiento por su decisiva colaboración, le concedió el grado de general de división y lo designó, el 11 de septiembre de 1819, al frente de las provincias liberadas de Nueva Granada, con rango de vicepresidente.

En los seis años que siguieron a su nombramiento, Santander fue la mano derecha de Bolívar y el principal destinatario de su correspondencia, a pesar de que se indignó con el vicepresidente por ordenar el fusilamiento de casi cuarenta oficiales realistas —varios de ellos criollos— capturados en Boyacá y se molestó por su oposición a las disposiciones antiesclavistas. También criticaría su desmedida codicia y estrecha visión provincial, de patria chica.

Antes de abandonar la acicalada Bogotá, donde estuvo un mes y diez días, para retornar a Angostura, El Libertador presidió un desfile militar, bajo siete arcos triunfales, y recibió homenajes de la población capitalina, incluyendo un coro de música que cantó un himno compuesto en su honor. Una corona de flores que le fue entregada, la pasó a Santander y Anzoátegui, cediéndola después al batallón de Rifles.⁷

A su paso por Tunja, Leiva, Vélez, Socorro, San Gil, Bucaramanga y Pamplona, fue aclamado por sus habitantes, demorando en cada localidad lo que consideraba necesario para satisfacer

7 Madariaga, *op. cit.*, t. II, p. 48.

a sus pobladores.⁸ Fue en esta última villa, a la que arribó el 19 de octubre de 1819, donde recibió la dura noticia de la repentina e inexplicable muerte de Anzoátegui, lo que le obligó a reajustar los altos mandos militares, antes de continuar rumbo al Orinoco.

En medio de salvas de artillería, desembarcó en Angostura el 11 de diciembre de ese año para rendir cuentas ante el congreso venezolano de su exitosa campaña neogranadina, donde permaneció por dos semanas. Aquí encontró una situación caótica, pues durante su ausencia Mariño y Arismendi, envalentonados con sus triunfos militares en Barcelona y Cumaná, habían depuesto al gobierno de Zea.

Restablecida su autoridad, y relevado varios jefes de sus mandos, entre ellos Mariño y Arismendi, tres días después, en horas de la tarde, pronunció ante la asamblea nacional reunida en Angostura breves palabras sobre sus relevantes victorias militares y la necesidad de unir a Nueva Granada y Venezuela. En esa emotiva intervención señaló la conveniencia de crear «una nueva República, compuesta de estas dos naciones» que ha sido «el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: es el voto de los ciudadanos de ambos países, y es la garantía de la libertad de la América del Sur».⁹

El cónclave, presidido por Roscio, aprobó con esa finalidad, el 17 de diciembre, y hasta la reunión de una constituyente con delegados de Nueva Granada y Venezuela que lo validara, una carta magna provisional: la Ley Fundamental de la República de Colombia.¹⁰ La misma fundaba la nueva nación, con más de dos millones de habitantes, conformada por tres departamentos: Venezuela, Cundinamarca (Nueva Granada) y Quito, esta última aún en manos de España. La capital de la nueva república se edificaría en un lugar por definir y se llamaría Las Casas,¹¹ en honor al padre dominico defensor de los pueblos originarios o según querían otros Ciudad Bolívar, mientras Nueva Granada se redenominaría Cundinamarca, apelativo indígena.

8 *Ibid.*, p. 54.

9 Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 704

10 Fundación Polar, *op. cit.*, t. I, p. 804.

11 Véase Madariaga, *op. cit.*, t. II, p. 58.

De esta manera, se concretaba una vieja aspiración de Bolívar, explícita por primera vez en diciembre de 1813 en carta al general Mariño que ya citamos.¹² El antecedente era el Acta de Federación (28 de mayo de 1811) entre Nueva Granada y Venezuela, sin consecuencias prácticas. Ya en su mencionada *Carta de Jamaica* había escrito sobre la creación de una república mayor con el nombre de Colombia. El congreso lo designó primer mandatario y vicepresidentes a Santander (Cundinamarca) y Roscio (Venezuela). En mayo de 1821 se debería reunir en Cúcuta una Asamblea Constituyente.

Preocupado por la posible llegada de refuerzos procedentes de España, pues se sabía que en Cádiz se preparaba un poderoso ejército de reconquista, El Libertador marchó de inmediato (24 de diciembre de 1819) en dirección al Apure y el 10 de enero del siguiente año se encontró con el general Páez en San Juan de Payara.¹³ Su propósito era iniciar sin dilación una nueva campaña militar contra Morillo, cuyas fuerzas serían atacadas simultáneamente desde Nueva Granada y los Llanos por Urdaneta, Páez y Mariño, así como por la flota de Brión desde el mar Caribe. Estaba convencido, según explicó a sus altos oficiales, que: «Debemos derrotar a Morillo antes de que reciba refuerzos de España; si no, las pasaremos mal».¹⁴

El inesperado triunfo de la revolución de Rafael de Riego en España, en enero de 1820, impidió la salida de esa amenazadora expedición militar, como se regocijó Bolívar en carta al comerciante William White del 1º de mayo de 1820: «De los negocios de España estoy muy contento (...) Nos mandaban 10 000 enemigos, y ellos, por una filantropía muy natural no quisieron hacer la guerra a muerte, sino la guerra a vida; pues bien sabían que por allá podían salvarse, y por acá, no (...) ¡Golpe de fortuna local!».¹⁵

Un tiempo después se abrió la posibilidad de negociar con España, pues como consecuencia de esa sublevación Fernando

12 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 81, 79 y 171. Véase José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, Caracas, Editorial Las Novedades, 1942, t. I, p. 399.

13 Madariaga, *op. cit.*, t. II, pp. 61-62.

14 Tomado de Lavretski, *Bolívar*, *op. cit.*, p. 101.

15 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 428. Las cursivas en el original (SGV).

VII debió restablecer la constitución liberal de 1812 y las cortes en Madrid. A favor de ese proceso también influyó el sensible cambio ocurrido desde 1818 en la correlación de fuerzas entre patriotas y realistas en la América del Sur, pues el ejército de José de San Martín ya había liberado Chile y tenía en jaque a las tropas españolas en el Virreinato del Perú, mientras El Libertador había emancipado buena parte de Nueva Granada y Venezuela.

En la nueva situación creada en la metrópoli, Bolívar concluyó que el gobierno de Madrid buscaría negociar. Convencido de eso, escribió a Santander en junio de 1820: «¿Quién sabe si ya en este momento tenemos en Angostura alguna idea de negociación? Y sin quién sabe, aseguro que ya está decretada en España. Apunte Usted este día y compare las fechas para que vea si soy buen profeta». ¹⁶

En efecto, muy pronto los realistas intentaron tratar por separado con los principales jefes patriotas, ofreciéndoles la carta magna gaditana y que enviaran diputados a las cortes, pero estos respondieron que el presidente colombiano era el único autorizado para esa decisión. Cuando el general español La Torre pretendió que sus representantes se vieran en persona con El Libertador le respondió: «Si el objeto de la misión de esos señores es otro que el reconocimiento de la República de Colombia, V. S se servirá explicarles, de mi parte, que mi intención es no recibirlos, y ni aún oír ninguna otra proposición que no tenga por base este principio». ¹⁷

Tal como había previsto, el 27 de noviembre de 1820 se produjo en Santa Ana de Trujillo, en Venezuela, el histórico encuentro con el capitán general español Pablo Morillo, y el presidente de la República de Colombia, después de que ambos firmaran los tratados de Armisticio y Regularización de la Guerra. El Libertador, vestido con levita azul y gorro de campaña, montado en una mula y con una reducida escolta, se presentó ante Morillo, que lo esperaba engalanado, luciendo todas sus condecoraciones y escoltado por un regimiento de húsares.

16 Tomado de Mijares, *op. cit.*, p. 605.

17 *Ibid.*, pp. 604-605.

Al verlo acercarse, Morillo salió a su encuentro y los dos jefes desmontaron y se abrazaron. El militar español organizó una comida, en la que intercambiaron varios brindis. Según el testimonio del propio Bolívar: «Desde Morillo abajo se han disputado todos los españoles en los obsequios con que nos han distinguido y en las protestas de amistad hacia nosotros. Un aplauso a nuestra constancia y al valor que ha singularizado a los colombianos, los vencedores que han repetido al ejército libertador. El general Morillo propuso que se levantase una pirámide en el lugar donde él me recibió y nos abrazamos, que fuese un monumento para recordar el primer día de la amistad de españoles y colombianos, la cual se respetase eternamente».¹⁸

Tan impresionado quedó el jefe realista, que en informe reservado a su gobierno, como ya mencionamos, anotó: «Él, es la revolución».¹⁹ La entrevista fue la culminación de las negociaciones entre los representantes de los dos contendientes, en las que brilló el general Sucre. Las sesiones se desarrollaron en Trujillo, el mismo pueblo donde Bolívar diera a conocer en 1813 su decreto de «Guerra a Muerte» durante la denominada «Campaña Admirable».

Los tratados entre Colombia y España fueron firmados primero por los comisionados, el de Armisticio el 25 de noviembre de 1820, que establecía una tregua de seis meses, y el de Regularización de la Guerra al día siguiente, considerado el principal antecedente del derecho humanitario actual. Los acuerdos delimitaban los territorios de ambos ejércitos, acordaban el respeto a los civiles, el canje de prisioneros y se comprometían a combatir como «naciones civilizadas», dejando atrás la sangrienta guerra a muerte iniciada por los realistas.

Aunque los representantes españoles se negaron a aceptar de manera oficial la independencia de Colombia, en la práctica los tratados significaban no solo el reconocimiento de labeligerancia de los patriotas, sino también de esa república. El propio Libertador le contó en 1828 a Perú de Lacroix: «ha sido propuesto todo por nosotros» y nunca en el «curso de mi vida pública, he

18 Carta a Santander del 29 de noviembre de 1820, en Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 515.

19 Citado por Liévano Aguirre, *op. cit.*, p. 217 y Lavrestki, *Bolívar; op. cit.*, p. 103.

desplegado más política, mas ardid diplomático que en aquella importante ocasión. El armisticio de 6 meses (...) un pretexto para hacer ver al mundo que ya Colombia trataba de potencia a potencia con España».²⁰

A pesar del buen entendimiento, la tregua duró poco tiempo. El 28 de enero de 1821 los habitantes de Maracaibo se levantaron en armas y proclamaron su incorporación a Colombia, lo que significó la anticipada ruptura del armisticio y el reinicio de las hostilidades. Las protestas del general Miguel de la Torre, sustituto de Morillo, que quince días después de la histórica entrevisita regresó a España, de nada sirvieron y ambos bandos acordaron reanudar la contienda bélica el 28 de abril.

Ante la persistente negativa metropolitana a reconocer la independencia de Colombia, el general Montilla al frente de numerosas fuerzas republicanas, entre ellas la recién llegada «Legión Irlandesa» —luego sería expulsada por sus tropelías—, transportadas por mar en la flotilla de Brión, desembarcó en el litoral neogranadino y se adueñó de Río Hacha. Tras vencer el 25 de mayo en Laguna Salada, Montilla ocupó Barranquilla y Soledad, para después liberar toda la costa atlántica con la ayuda del marino curazoleño y poner sitio a Cartagena, rendida el 5 de octubre.²¹

A la par, el general Bermúdez liberaba, en vertiginosa ofensiva, Tuy y Caracas (15 de mayo). Ante la inesperada irrupción republicana en los valles centrales venezolanos, La Torre se hizo fuerte en Carabobo, casi al mismo tiempo que Bermúdez era desalojado por Morales de la capital venezolana después del revés del Calvario de Caracas (23 de junio).

La mañana del 24 de junio de 1821 El Libertador, desde el cerro Buenavista, efectuó un reconocimiento de las fuerzas enemigas del general La Torre, calculadas en unos siete mil hombres, concentradas en Carabobo tras su obligada retirada de los valles centrales venezolanos por la exitosa maniobra de distracción de

20 Perú de Lacroix, *op. cit.*, p. 49. Hemos actualizado la redacción del original (SGV). El resumen de lo tratado a Santander en su carta del 29 de noviembre de 1820, en Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 515.

21 Brión, con tuberculosis, se retiró a su isla natal donde murió poco después. Fundación Polar, *op. cit.*, t. I, p. 457.

Bermúdez. Además de los dos mil efectivos que traía este general desde el oriente venezolano, Bolívar disponía de los cinco mil soldados que lo acompañaban desde Barinas y una fuerza casi similar de llaneros encabezados por Páez.

Al considerar que su punto más débil era el flanco derecho español, ordenó a las divisiones del propio Páez y del cubano Cedeño que avanzaran en esa dirección, mientras que la del coronel Ambrosio Plaza lo hiciera por el centro. Atacados de frente por la infantería y por la derecha por la caballería, los batallones realistas en Carabobo optaron por la retirada. Como último recurso, La Torre ordenó al regimiento de Lanceros del Rey que arremetiera contra la caballería patriota, pero se tuvieron que replegar ante la arrolladora embestida republicana.

La sangrienta batalla dejó cientos de muertos y heridos en ambos bandos, entre ellos Cedeño, uno de los artífices del triunfo, como destacó Bolívar en su parte de guerra fechado en Valencia el 25 de junio de 1821: «La República ha perdido en el general Sedeño un gran apoyo en paz o en guerra: ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al gobierno».²²

Otro de los héroes de esa batalla decisiva fue el fornido afrodescendiente Negro Primero, que integraba uno de los regimientos de caballería del León de Apure. Herido de gravedad, el teniente Pedro Camejo se acercó al caballo que montaba Páez y exclamó antes de expirar: «Mi general, vengo a decirle adiós porque estoy muerto».²³

La batalla de Carabobo fue la acción más importante para la independencia de Venezuela y permitió a El Libertador entrar en Caracas (29 de junio) tras siete años de ausencia y limitar la presencia española a la fortaleza de Puerto Cabello, donde en desbandada buscaron refugio los realistas perseguidos por el batallón de Tiradores de La Guardia del coronel cubano José de las Heras, que también había sobresalido en Carabobo. A pesar de que la guerra proseguiría hasta la evacuación española de esa fortaleza, el 8 de noviembre de 1823, el poderío de la vieja metrópoli

22 En Fundación Polar, *op. cit.*, t. I, p. 638.

23 *Ibid.*, p. 504.

quedaba herido de muerte en Colombia, lo que permitiría a Bolívar completar su liberación.

Los acontecimientos de Carabobo alentaron a los patriotas de Panamá que, encabezados por el propio gobernador, el criollo José Fábrega, proclamaron su incorporación a Colombia, después de la salida hacia Quito del grueso del ejército realista destacado en el Istmo. De otra manera se hizo sentir el impacto de Carabobo en el Santo Domingo español.

En esta relegada colonia antillana, los hateros esclavistas, dirigidos por el segundo gobernador José Núñez de Cáceres, acariciaban planes separatistas, estimulados por el triunfo venezolano, con vistas a superar el abandono a que España los tenía sometido y, al mismo tiempo, contrarrestar una posible invasión haitiana. El fantasma de la expansión de la vecina república se había convertido en amenaza tangible para los ricos criollos blancos cuando terminó la división interna de Haití con la muerte de Christophe (octubre de 1820) y la disolución de su anacrónico reino tropical. Además, la población humilde, mestiza y negra, de la parte española deseaba extender a su territorio los beneficios de las leyes revolucionarias haitianas, entre ellas la abolición de la esclavitud.

En las zonas occidentales de Santo Domingo se producían desde noviembre de 1821 insurrecciones populares pro haitianas. Para salirle al paso al movimiento anexionista que se esparría por toda la colonia, Núñez de Cáceres, apoyado por los criollos acomodados, fieles hasta entonces a España, puso de su parte a los batallones de la capital, depuso a las autoridades españolas y fundó el Estado Independiente de la Parte Española de Haití (1º de diciembre), como se denominó, con la única resistencia del clero peninsular. El Acta Constitutiva declaraba: «Art. 4. Esta parte española entrará desde luego en alianza con la República de Colombia; entrará a componer uno de los Estados de la Unión; y cuando se ajuste y concluya este tratado, hará causa común, seguirá en un todo los intereses generales de la Confederación».²⁴

24 Citado por Emilio Rodríguez Demorizi, *Santo Domingo y la Gran Colombia, Bolívar y Núñez de Cáceres*, Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, p. 16.

Pero el gobierno de Núñez de Cáceres, que de inmediato envió un representante a solicitar la incorporación de Santo Domingo a Colombia, apenas duró cinco semanas, pues fue derrocado por el ejército haitiano del presidente Boyer, sucesor de Petión, que con el respaldo de buena parte del pueblo dominicano unificó la isla en una sola República el 8 de febrero de 1822. Hay que aclarar que El Libertador solo conoció de esa petición tres meses después, cuando ya se encontraba en campaña sobre Quito, por lo que escribió a Santander el 9 de febrero de 1822: «Ayer he recibido las agradables comunicaciones sobre Santo Domingo y Veraguas, del 29 y 30 del pasado. Mi opinión es que no debemos abandonar a los que nos proclaman».²⁵

Bolívar estaba entonces enfrascado en dar los toques finales a la derrota del colonialismo en Colombia. Para ello había dejado a Venezuela guarneida por las fuerzas de Páez, Mariño y Bermúdez,²⁶ partiendo a Nueva Granada, donde se reunía, desde el 6 de mayo de 1821, el congreso constituyente de Cúcuta, una pequeña aldea en la frontera entre Venezuela y Cundinamarca.

La asamblea, instalada con solo cincuenta y siete de los noventa y cinco diputados electos —entre ellos José Manuel Restrepo y Vicente Azuero—,²⁷ fue inaugurada por Nariño —liberado de su prisión en España por el movimiento de Riego—, recién nombrado vicepresidente interino de Colombia, en lugar del fallecido Roscio y de su sustituto, Luis Eduardo de Azuela, muerto también en 1821.

Bolívar no tardó en expresar su desencanto con los debates y primeros acuerdos del congreso constituyente de Cúcuta, cada vez más alejado de sus recomendaciones al de Angostura en

25 En Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 627. Como resultado, Núñez de Cáceres se refugiaría en Venezuela.

26 Despues de la batalla, Bolívar dividió a Venezuela en tres regiones militares que encomendó a estos generales, que además recibieron gratificaciones económicas entre otros oficiales y soldados acorde a su rango militar. Lavretski, *Bolívar*, *op. cit.*, p. 109 y Madariaga, *op. cit.*, t. 2, p. 306.

27 Solo podían votar los varones de más de veintiún años o casados y que fueran propietarios de cien pesos de bienes raíces o profesionales, limitando el ejercicio del sufragio a los militares, lo que provocó el descontento del ejército. Véase Bushnell, *op. cit.*, pp. 318-319.

1819, que incluían la solicitud de ratificar la abolición de la esclavitud. La moderada legislación abolicionista adoptada en Cúcuta fue aprobada a regañadientes por los constituyentes y como una concesión a El Libertador, que pocos días antes había pedido a los diputados que al menos aprobaran, como recompensa por su resonante victoria de Carabobo, «la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la república». ²⁸

También estaba preocupado por la mala situación de los pueblos originarios, más grave en Nueva Granada, donde era mucho mayor la población indígena que en Venezuela. Ya en 1820, en su condición de presidente de Colombia, había decretado: «desiendo corregir los abusos introducidos en Cundinamarca en la mayor parte de los pueblos de naturales, así como contra sus personas como contra sus resguardos y aun contra sus libertades (...) por haber sido la más vejada, oprimida y degradada durante el despotismo español (...) se devolverá a los naturales, como propietarios legítimos, todas las tierras que formaban los resguardos según sus títulos, cualquiera que sea el que aleguen para poseerlas los actuales tenedores». ²⁹ Ese mismo decreto incluía entre otros artículos los siguientes:

Artículo 9. Todos los jóvenes mayores de cuatro años y menores de catorce asistirán a las escuelas, donde se les enseñarán las primeras letras, la aritmética, los principios de la religión y los derechos y deberes del hombre y del ciudadano en Colombia conforme a las leyes.

Artículo 12. Ni los curas ni los jueces políticos, ni ninguna otra persona empleada o no, podrán servirse de los naturales de ninguna manera, ni en caso alguno, sin pagarles el salario que antes estipulen en contrato formal celebrado a presencia y consentimiento del juez político.

Artículo 15. Los naturales, como todos los demás hombres libres de la República, pueden ir y venir con sus pasaportes, comerciar sus frutos y efectos, llevarlos al mercado o feria que quieran,

28 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 576.

29 Decreto de El Rosario de Cúcuta, 20 de mayo de 1820, en Cacciatore y Scocozza, *op. cit.*, p. 231.

y ejercer su industria y talentos libremente, del modo que ellos elijan sin que se les impida.³⁰

En plena campaña militar para liberar Quito y consolidar a Colombia, Bolívar contemplaba impotente como su programa revolucionario era arrinconado por los diputados en Cúcuta. Con ello el ciclo independentista volvía, desde el punto de vista económico social, casi a su mismo punto de partida en el escenario colombiano, pues las clases privilegiadas desconocían los objetivos democráticos de Bolívar y restablecían el viejo estatus socio económico. Decepcionado con esos resultados, expresó a Santander:

Por fin, por fin, han de hacer tanto los letrados, que se proscriban de la República de Colombia, como hizo Platón con los poetas en la suya. Esos señores piensan que la voluntad del pueblo, es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército (...) Esta política, que ciertamente no es la de Rousseau, al fin será necesario desenvolverla para que no nos vuelvan a perder esos señores.

Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos [como denominaban en Venezuela a los neogranadinos (SGV)], arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona. No han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos de Patia, sobre los indómitos pastusos, sobre los guajibos de Casanare y sobre todas las hordas salvajes de África y de América que, como gamos, recorren las soledades de Colombia.

No le parece a Usted, mi querido Santander, que esos legisladores más ignorantes que malos, y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía, y después a la tiranía, y siempre a la ruina? Yo lo creo así; y estoy cierto de ello. De suerte, que si no son los llaneros los que completan nuestro exterminio, serán los suaves filósofos de la legitimada Colombia. Los que se creen (...) númenes que el cielo envió a la tierra para que acelerasen su marcha hacia la eternidad, no para darles repúblicas como las griegas, romana y americana, sino para amontonar escombros de

30 *Ibid.*, pp. 232-233.

fábricas monstruosas y para edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter.³¹

El congreso de Cúcuta aprobó finalmente, el 30 de agosto de 1821, la ley fundamental de la unión de los pueblos de Colombia. La misma establecía una república centralista, dividida en tres grandes departamentos —Venezuela, Cundinamarca y Quito, todavía sin liberar—, otorgaba amplios poderes a las dos cámaras del legislativo, superiores a los del ejecutivo, para el que fueron elegidos Bolívar (presidente) y Santander (vicepresidente).

Aunque suprimía la trata, el tributo indígena y los onerosos impuestos coloniales, la carta magna significó, en materia social, otro retroceso en el programa bolivariano de la independencia y lesionó la posibilidad de forjar una nación verdaderamente integrada. Cuando las campanas de Bogotá repiqueteaban por la promulgación de la constitución de Cúcuta, Bolívar, vislumbrando su destino, expresó a su edecán: «Doblan por la muerte de Colombia».³²

La carta magna estableció que el período del presidente duraría cuatro años y le impedía ejercer su cargo cuando estuviera en operaciones militares, algo claramente enfilado contra El Libertador. Por eso escribió a Soublette, el 5 de octubre de 1821, que la constitución «prohibe al presidente ejercer en campaña las funciones del poder ejecutivo, y dispone que éstas recaigan en el vicepresidente. Así yo marcho para Quito sin otras facultades que las de un general en jefe».³³

Para destruir los últimos vestigios de resistencia enemiga en el sur de Colombia, dejó el gobierno a Santander y salió, en octubre de 1821, en campaña sobre Popayán, con la intención de envolver a Quito en una guerra de dos frentes, pues Sucre, que había ocupado el puesto del general Manuel Valdés como jefe militar meridional, avanzaba hacia la sierra desde Guayaquil, con varios centenares de soldados procedentes del puerto de Buenaventura.³⁴

31 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 565.

32 Citado por Masur, *op. cit.*, p. 370.

33 En Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 595.

34 Luis Andrade Reimers, *Sucre en el Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1995, p. 18.

El lugarteniente de Bolívar respaldó a la junta independentista del puerto, creada con anterioridad, el 9 de octubre de 1820, al conocerse las noticias del desembarco de San Martín en la costa peruana.

En Guayaquil el movimiento emancipador fue dirigido por el capitán peruano Gregorio Escobedo y tres oficiales venezolanos del batallón realista Numancia, León Febres Cordero, Luis Urdaneta y Miguel Letamend, en tránsito a Panamá. Escobedo era el segundo jefe del batallón Granaderos de Reserva, compuesto en su mayor parte por indígenas de la zona de Cusco.

A estos militares se sumaron criollos de la élite local, que ya conspiraban contra España, como José de Villamil, José María Antepara y el poeta José Joaquín de Olmedo, quienes establecieron una junta que proclamó la independencia y solicitó ayuda a San Martín que se encontraba relativamente cerca. El movimiento separatista se extendió espontáneamente a Cuenca, Machachi, Latacunga, Riobamba, Ambato y Alausí.

A diferencia de lo ocurrido en el período 1809-1812, en esta oportunidad los plantadores y comerciantes cacaoteros de la costa de Guayaquil eran los promotores del movimiento emancipador, ante la ostensible crisis de la dominación española provocada por la revolución de Riego, la necesidad de mantener abierto el comercio y evitar las afectaciones por los abusivos impuestos coloniales. Al mes se reunió un congreso de cincuenta y cinco personas que dictó el «Reglamento Provisorio de Gobierno» y nombró a Olmedo presidente de la denominada Provincia Libre de Guayaquil, estado independiente que declaró su disposición de «unirse a la grande asociación que le convenga de las que se han de formar en la América del Sur».³⁵ El Libertador, que consideraba a toda la región de Quito parte de Colombia, le escribiría al propio Olmedo un tiempo después: «Ud. sabe, amigo, que una ciudad con un río no pueden formar una nación».³⁶

Las fuerzas de Guayaquil avanzaron hacia la sierra guiadas por Luis Urdaneta y Febres Cordero, pero fueron vencidas en

35 Tomado de Jorge Núñez Sánchez, *El Ecuador en la Historia*, Santo Domingo, R.D., Archivo General de la Nación, 2011, p. 128.

36 Carta a José Joaquín de Olmedo del 2 de enero de 1822, en Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 612.

Huachi (Ambato) el 22 de noviembre de 1820, por las tropas del presidente de la Real Audiencia de Quito, Melchor de Aymerich. El 20 de diciembre sufrieron otro descalabro en Verdeloma, que devolvió toda la sierra al control realista.

Fue en esa adversa coyuntura cuando desembarcó Sucre en Guayaquil con refuerzos militares, quien el 19 de agosto de 1821 venció a los realistas en Yaguachi, aunque perdió el siguiente combate en la llanura de Huachi (12 de septiembre), que lo obligó a un breve armisticio. La llegada de tropas enviadas por San Martín, comandadas por el coronel altoperuano Andrés Santa Cruz, permitieron a Sucre emprender la ofensiva final el 18 de enero de 1822 que comenzó con la liberación de Cuenca.³⁷

Bolívar, por su parte, desde el 1º de enero de 1822 se encontraba en Cali, en el valle del Cauca. Tras empantanarse durante meses por la tenaz resistencia realista en Pasto, el ejército republicano, reforzado con cientos de esclavizados de esa región recién liberados, pudo finalmente el 7 de abril vencer al enemigo en las alturas de Bomboná, aunque perdió la tercera parte de sus hombres y no pudo impedir la profusión de molestas guerrillas y otras fuerzas realistas que ralentizaron su avance.

Poco después de la victoria en Bomboná siguió el concluyente triunfo de Sucre en las faldas del volcán Pichincha el 24 de mayo de 1822, que obligó al mariscal Aymerich a rendirse, permitiendo la completa liberación de la Presidencia de Quito, incorporada a Colombia como «Distrito del Sur».³⁸ En cambio, Bolívar no pudo llegar a tiempo a ese decisivo encuentro militar debido a la tenaz resistencia del coronel Basilio García en Pasto, al que no pudo doblegar hasta después de la victoria de Sucre.

Indignado por su absurda resistencia, le escribió el 23 de mayo de 1822: «Tenemos derecho para tratar todo el pueblo de Pasto como prisionero de guerra, y para confiscarle todos sus bienes, como pertenecientes a enemigos; tenemos derecho, en fin, a tratar esa guarnición con el último rigor de la guerra».³⁹

37 Véase Carlos Landázuri Camacho, «La independencia del Ecuador (1808-1822)», en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Grijalbo, 1989, t. VI I, p. 123 y ss.

38 *Ibid.*, p. 125.

39 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 637.

Esta guerra irregular, en cierto sentido un remedio de la desarrollada por los llaneros de Boves en Venezuela —hasta un sobrino suyo llegó a encabezar la revuelta de los pastusos—, la protagonizaron los indígenas de Pasto, vueltos a sublevarse un año después, dirigidos por el cacique realista Agustín Agualongo que, temiendo la pérdida de sus resguardos hostilizaron durante años a los patriotas, entre ellos José María Obando y Juan José Flores. Finalmente, serían derrotados por el coronel Tomás Cipriano de Mosquera en Barbacoas mucho después, el 24 de junio de 1824.

Por fin, despejado el camino a Quito después de la rendición de las fuerzas realistas de Basilio García en Pasto, pudo El Libertador entrar en esa ciudad, engalanado en su honor, el 16 de julio de 1822.⁴⁰ Desde ese mismo día comenzó su largo y apasionado idilio con una joven de poco más de veinte años de edad, Manuela Sáenz, que sería un hito en su vida. Casada con el comerciante inglés James Thorne, un hombre mucho mayor que ella, Manuelita había contemplado desde la ventana de su casa los pormenores de la batalla en las faldas del volcán Pichincha.

Colaboraba con los patriotas desde su estancia en Lima, que le valió ser condecorada por el propio San Martín, apoyó a los insurgentes que siguió prestando a su regreso a Quito en vísperas de la batalla de Pichincha. Un historiador la describe como «una mujer extrovertida y que nunca vacilaba en desafiar las costumbres de su época y medio social: fue ella quien abandonó al esposo (...) después de vivir con él un tiempo en Lima, donde presenció la llegada de San Martín y entre otras cosas se hizo amiga de la amante del Libertador argentino».⁴¹

También Manuelita formó parte del comité para la recepción de Bolívar en Quito y desde ese día se convirtió en su principal amor por los restantes ocho años que le quedaban de vida. Según ella misma anotó en su diario, todo comenzó en la misma

40 A esta época se atribuye su ascenso al Chimborazo y la composición sobre esa elevación. Algunos autores lo consideran una leyenda e incluso que Bolívar no fue autor del conocido *Delirio*, publicado después de su muerte. Véase Masur, *op. cit.*, nota 45, p. 389.

41 Bushnell, *op. cit.*, p. 209.

entrada de El Libertador a la ciudad de Quito y en la fiesta que se celebró en su honor esa noche:

La ciudad está vestida de fiesta, la gente corre por todos lados, los indios que trasportan encargos andan muy apresurados, y hay que ver cómo la gente adorna las calles con arcos de caña guadúa y con ramas de laurel y flores, colocándolas en las esquinas y los balcones con ocasión de festejar ya en serio, no solo la batalla de Pichincha sino también el arribo de S. E. el Libertador Simón Bolívar y Presidente de Colombia, por primera vez a Quito.

Que emocionante conocer a este señor, a quien llaman el «Mesías americano», y del que tanto he oído hablar.

Enseguida voy a describir los hechos del 16 que los considero muy especiales, por la fortuna con que me han tocado.

¡!!Estoy muy feliz!!! Pareciera como si el mundo entero se hubiera venido para acá. Que apoteosis de recepción.

Cuando se acercaba al paso de nuestro balcón, tomé la corona de rosas y ramitas de laureles y la arrojé para que cayera al frente del caballo de S. E., pero con tal suerte que fue a parar con toda la fuerza de la caída a la casaca, justo en el pecho de S. E. Me ruborice de la vergüenza, pues el Libertador alzo su mirada y me descubrió (...) se sonrió y me hizo un saludo con el sombrero pavoñado que traía en la mano, y justo eso fue la envidia de todos, familiares y amigos, y para mí, el delirio y la alegría de que S. E. me distinguiera de entre todas, que casi me desmayo.⁴²

Casi al mismo tiempo en que eran derrotados los realistas en la Presidencia de Quito, el territorio venezolano era también completamente liberado. Aunque los enemigos guiados por Morales —después del retiro de La Torre a Cuba—, luchaban con altibajos contra Soublette, los patriotas terminaron por recuperar Maracaibo (7 de septiembre) y Coro (3 de diciembre de 1822), como resultado de la ofensiva republicana al mando del coronel Reyes González, respaldada por la escuadra patriota del almirante mulato José Padilla.

42 Manuela Sáenz y Bolívar S., *op. cit.*, pp. 125-127. Véase Bushnell, *op. cit.*, p. 209.

La derrota de la flota española de Ángel Laborde por la colombiana, frente al litoral de Venezuela, precipitó la capitulación de Morales, último capitán general de la Costa Firme, y de su segundo, el venezolano Narciso López, el 3 de agosto de 1823. Por su parte, el gobernador español de Puerto Cabello, general Calzada, dilató la suya hasta el 7 de noviembre de ese año. Con esta cadena de triunfos en Quito y la costa atlántica quedaba terminada la liberación de Colombia, «redondeando» la nueva nación, como había escrito Bolívar a José María del Castillo y Rada.⁴³

Una parte de las tropas derrotadas de Morales fueron evacuadas a Cuba, donde su extraña composición preocupó a las autoridades coloniales de la mayor de las Antillas. Como escribió entonces el capitán general de Cuba Dionisio Vives al gobierno de Madrid, inquieto por la presencia en territorio cubano de esas fuerzas realistas nutridas de llaneros mestizos y ex esclavos negros: «También aumentan los peligros de mi situación la llegada del General Morales en circunstancias tan críticas en que estas cajas apenas pueden (...) atender a sus mil quinientos hombres como merecen por su fidelidad y servicios, aunque hay muchos Jefes y Oficiales de color, que deben a la revolución sus condecoraciones, a la verdad ganadas por el valor y su adhesión a la Metrópoli puede su vista despertar la ambición de los negros pensando subir a esos honores aunque no sea por tan lícito camino».⁴⁴

43 Carta del 24 de agosto de 1821, Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 584.

44 En Roque E. Garrigó, *Historia documentada de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 1929, t. II, p. 185.

Capítulo IX

A LA PATRIA DE NUESTROS VECINOS DEL SUR

TERMINADA LA GUERRA DE LIBERACIÓN, Colombia se había convertido en la más formidable potencia del continente, después de Estados Unidos. A pesar de la demostrada fortaleza militar colombiana y del reconocimiento de la república norandina por el gobierno de Londres en junio de 1822,¹ Bolívar temía un posible intento de reconquista de España con el auspicio de la Santa Alianza. Eso explica el decreto del gobierno de Bogotá, promulgado el 4 de julio del año siguiente, de expulsión de los españoles y americanos realistas «cuya permanencia en Colombia fuese peligrosa por su desafección al sistema de Independencia».²

En Guayaquil desde el 11 de julio de 1822, principal puerto del «Distrito del Sur» recién incorporado a Colombia, El Libertador, presintiendo las posibles complicaciones que se avecinaban a sus casi treinta mil soldados, había escrito a San Martín el 17 de junio de 1822: «Tengo la mayor satisfacción en anunciar a Vuestra Excelencia que la Guerra de Colombia está terminada y que su ejército está pronto a marchar donde quiera que sus hermanos lo llamen y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas».³

1 Estados Unidos demoró el suyo hasta el 2 de diciembre de 1823. Sobre los planes de reconquista véase Manfred Kossok, *Historia de la Santa Alianza y la emancipación de América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Silaba, 1968.

2 Citado por Izard, *El miedo a la revolución*, op. cit., p. 33.

3 Bolívar, op. cit., t I, p. 643.

La entrevista de Guayaquil, celebrada entre Bolívar y San Martín los días 26 y 27 de julio de 1822, creó las condiciones para culminar la independencia del Perú y el Alto Perú, que el presidente colombiano consideró que «puede contribuir en gran parte al bien de la América meridional».⁴ Según el relato de Manuelita Sáenz sobre este encuentro, el Protector de la Libertad del Perú, que era el título oficial de San Martín como jefe del Estado peruano, desde su arribo a Guayaquil «se quejó de que los oficiales de S.E. le recibieron con un saludo de bienvenida a Colombia. Además de que no soportó ni la conferencia ni la fiesta (se preparó gran alboroto con ese fin). Pues este señor es seco y sombrío. Y se retiró con su ambicioso plan».⁵

Al margen de sus consideraciones sobre la personalidad del Protector, lo cierto es que la élite peruana aspiraba incorporar Guayaquil a su territorio y lo presionaba con esta finalidad, pero ya Sucre había advertido el 12 de mayo de 1821 que en el pueblo porteño: «la voluntad general está pronunciada por Colombia».⁶ En una misiva, fechada el 22 de junio de 1822, un mes antes del histórico encuentro entre los dos libertadores, Bolívar le había comunicado al propio San Martín: «me afirma que nuestro primer abrazo sellará la armonía y la unión de nuestros estados. No es el interés de una pequeña provincia [se refiere a Guayaquil (SGV)] lo que puede turbar la marcha majestuosa de América meridional, que, unida de corazón, de interés y de gloria, no fija sus ojos sobre las pequeñas manchas de la revolución».⁷

Para entender el trasfondo de este diferendo, hay que explicar que Guayaquil pertenecía al Virreinato de Nueva Granada desde 1739, aunque la Corona había convalidado su control por Perú cuando el virrey José Fernando de Abascal ocupara Quito con el Real de Lima en 1810, donde desató una brutal represión contra

4 Carta a San Martín del 25 de julio de 1822, *ibid.*, p. 654. Véase el documentado análisis de Sergio Rodríguez Gelfenstein, *La marcha majestuosa. El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana/Centro de Estudios Simón Bolívar, 2022.

5 Manuela Sáenz, «Diario de Paita», en Manuela Sáenz y Bolívar S., *op. cit.*, p. 192.

6 Carta al secretario de Guerra y Marina, en Andrade, *op. cit.*, p. 24.

7 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 650.

los criollos. Detrás del interés peruano estaban las estrechas relaciones marítimas, económicas y comerciales con Guayaquil que sustentaban la reclamación del gobierno de Lima, aunque el Protector no hizo de este tema un problema en las conversaciones.

A la larga prevalecieron los intereses de Colombia, no solo por la mayor habilidad diplomática de sus negociadores, sino también por el dominio efectivo de todo el territorio quiteño por el ejército colombiano y la vigencia del principio compartido por los principales patriotas de respetar las fronteras administrativas hispanoamericanas existentes antes de 1810. Para rematar, una asamblea local aprobó la integración de Guayaquil a Colombia.⁸

Aunque San Martín había esgrimido en Perú este asunto para justificar su viaje a Quito, donde presumía se encontraba Bolívar —por lo que se sorprendió al encontrarlo en Guayaquil—, desde su desembarco aceptó la realidad de la soberanía colombiana sobre este puerto, lo que no fue objeto de discusión como temía El Libertador, quien se había apresurado a proclamarlo parte de su país. Los detalles aparecen en la relación reservada dirigida a Sucre por el secretario José Gabriel Pérez el 29 de julio de 1822: «Espontáneamente dijo el Protector a S. E. que no se había mezclado en los enredos de Guayaquil (...) Con esto varió de asunto el Protector y siguió tratando de negocios militares».⁹

Algo parecido escribió San Martín varios años después desde Bruselas, el 19 de abril de 1827 al general inglés William Miller que había estado a sus órdenes en el Ejército de los Andes: «En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar al general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú»,¹⁰ que en su opinión «no podía esperarse sin la activa y eficaz colaboración de todas las fuerzas de Colombia».¹¹ Sin embargo, El Libertador no podía darle en

8 Véase Frank, *op. cit.*, 372 y ss., así como Landázuri, *op. cit.*, p. 123.

9 Con ligeros cambios de menor importancia es la misma carta enviada por el propio Pérez a la Secretaría de Relaciones Exteriores de Colombia el propio 29 de julio de 1822. Bolívar, *op. cit.*, t. I, pp. 655-659.

10 Carta de San Martín al general William Miller del 19 de abril de 1827, en *San Martín, Su correspondencia, 1823-1850*, Madrid, Imprenta de Bailly e Hijos, 1910, pp. 72-73.

11 San Martín, *Su correspondencia, 1823-1850*, *op. cit.*, pp. 72-73.

ese momento una ayuda militar en las condiciones y cantidades necesitadas por San Martín para poder derrotar a los veinte mil hombres que tenían sobre las armas los realistas en Perú.

Pese a las diferentes concepciones que sobre la forma de gobierno y otras cuestiones tenían los dos grandes libertadores, ambos coincidieron en impulsar la unión de las antiguas colonias hispanoamericanas, tal como había previsto Bolívar en la citada carta al Protector de la Libertad del Perú un mes antes del histórico encuentro. La excepcional reunión entre ambos jefes de Estado, desarrollada sin testigos, creó las condiciones para culminar la independencia del Perú y Charcas mediante la cooperación militar entre sus dos países. Sus resultados fueron resumidos por el propio Libertador en carta a Santander:

Yo creo que él ha venido por asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos.

El Protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir en favor del arreglo de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta (...) En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Dice que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es pro forma. Dice que se retirará a Mendoza porque está cansado de mando y de sufrir enemigos.¹²

El singular encuentro entre las máximas figuras de Colombia y Perú duró una hora y media el 26 de julio de 1822 y cuatro horas al día siguiente y tuvo por objetivo central facilitar la consolidación de la independencia peruana y lograr la del Alto Perú, esta última adscripta al antiguo Virreinato del Río de la Plata desde su fundación a fines del siglo XVIII. Al inicio de la madrugada del 28 de julio, San Martín, que con evidente desgano apenas participó en la fiesta organizada en su honor, se retiró de Guayaquil en la goleta *Macedonia*, tras permanecer unas cuarenta horas en territorio de la República de Colombia.

12 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 620.

Sin duda, la confraternidad fue el ambiente que se respiró en la entrevista de Guayaquil y en sus resultados más trascendentales. Solo veinte días antes, el representante de Colombia, Joaquín Mosquera, había firmado en Lima con Bernardo Monteagudo, a nombre de Perú, el Tratado de Unión, Liga y Confederación, dirigido a formalizar, como aparecía en el propio documento, «la asociación de los cinco grandes estados de América para formar una nación de repúblicas, objetivo tan sublime en sí mismo que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para Europa». ¹³

Ambos líderes coincidieron en impulsar la unión de las antiguas colonias hispanoamericanas, pues según resumió Bolívar: «El Protector aplaudió altamente la Federación de los Estados Americanos como la base esencial de nuestra existencia política. Le parece que Guayaquil es muy conveniente para residencia de la Federación. Cree que Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella; pero sí Buenos Aires por falta de unión y de sistema. Ha manifestado que nada desea tanto como el que la Federación de Colombia y el Perú subsista aunque no entren otros Estados». ¹⁴

En lo único sustancial que discreparon fue en la forma de gobierno. San Martín creía que la monarquía sería el régimen más adecuado y se proponía establecerla en los territorios liberados por su Ejército Unido y ponerla en manos de un príncipe europeo, lo que al parecer provocó una apasionada discusión. Más detalles de este debate aparece en la relación del secretario José Gabriel Pérez a Sucre del 29 de julio de 1822, donde señaló que San Martín dijo:

que luego que ganara la primera victoria se retiraría del mando militar sin esperar a ver el término de la guerra; pero añadió que antes de retirarse pensaba dejar bien puestas las bases del Gobierno; que este no debía ser Democrático porque en el Perú no conviene, y últimamente dijo que debería venir de Europa un Príncipe solo y aislado a mandar el Perú. S. E. contestó que en América no convenía ni a Colombia tampoco la introducción de

13 Convocatoria al Tratado de Unión, Liga y Confederación. Citado por Norberto Galasso, *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2000, p. 520.

14 Bolívar, *op. cit.*, t. I, pp. 660-661.

Príncipes Europeos porque eran partes eterogéneas [sic.] a nuestra masa, y que por su parte S. E. se opondría a ello si pudiese, mas sin oponerse a la forma de Gobierno que cada uno quiera darse. S. E. repuso todo lo que él piensa sobre la naturaleza de los Gobiernos, refiriéndose en todo a su discurso al Congreso de Angostura. El Protector replicó que la venida del Príncipe sería para después. Es de presumirse que el designio que se tiene en el Perú es el de erigir una Monarquía sobre el principio de darle la Corona a un Príncipe Europeo con el fin, sin duda, de ocupar después el trono el que tenga más popularidad en el pays [sic.] o más fuerza de que disponer. Si los discursos del Protector son sinceros ninguno está más lejos de ocupar tal Trono. Parece muy convencido de los inconvenientes del mando.¹⁵

En realidad, el verdadero motivo de San Martín para su viaje a Guayaquil era la obtención de ayuda militar, ilusionado por la carta del 17 de junio de 1822 en que El Libertador le había contado que la guerra en Colombia estaba terminada y su disposición a marchar con sus fuerzas militares a donde lo pidieran sus hermanos. A la crítica situación que tenía el Ejército Unido en Perú, amenazado de ser echado al mar por una posible ofensiva desde la sierra de las numerosas tropas realistas se había sumado la deserción del almirante inglés Cochrane con su flota, el 6 de octubre de 1821, que dejó al Protector atrapado en una verdadera ratonera. Con razón uno de sus biógrafos comentó: «Al quedarse sin alternativas (...) Lima empezó a ver con resentimiento este ejército desocupado y la carga financiera que imponía a los peruanos. Y las fuerzas realistas seguían estando intactas, a salvo en la seguridad de la sierra. Soldados que no peleaban, políticos incapaces de ponerse de acuerdo, un pueblo desentendido, mientras su mundo se desmoronaba San Martín se negaba a admitir la derrota».¹⁶

Tan precaria era su posición, que antes de partir a Guayaquil había dejado en sobre ladrado su dimisión a la jefatura del Estado. En la misma relación antes citada de la entrevista hecha por el secretario José Gabriel Pérez y dirigida a la Secretaría de

15 *Ibid.*, pp. 656-657.

16 John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, Barcelona, Editorial Crítica, 2009, p. 237.

Relaciones Exteriores de Colombia este anotó: «El Protector se quejó mucho del mando y sobre todo de sus compañeros de armas que últimamente lo habían abandonado en Lima. Aseguró que iba a retirarse a Mendoza; que había dejado un pliego anexo para que lo presentasen al Congreso renunciando el Protectorado y que también renunciaría la reelección que contaba se haría en él. Que desde luego que obtuviera el primer triunfo se retiraría del mando militar, sin esperar a ver el término de la guerra».¹⁷

En forma todavía más cruda se lo contó poco después a su amigo Tomás Guido, quien lo divulgó apelando a su memoria en 1864. Según su testimonio, poco antes de que San Martín abordara en el puerto de Ancón el bergantín *Belgrano*, el 21 de septiembre de 1822, que lo alejaría para siempre del Perú, inicio de un largo peregrinar que solo terminó con su auto exilio en Francia, le confió que tomaba esta decisión para escapar «del precipicio a que se le empujaba»:

Tenga Ud. por cierto que por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto, sino bajo condiciones decididamente contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones más firmes. Voy a decirlo: una de ellas es la inexcusable necesidad a que me han estrechado, si he de sostener el honor del ejército y su disciplina, de fusilar algunos jefes y me falta valor para hacerlo con compañeros que me han seguido en los días prósperos y adversos.

Todo esto lo he meditado con detenimiento. No desconozco, ni los intereses de América, ni mis imperiosos deberes (...) pero no podría demorarme un sólo día sin complicar mi situación: me marcho. Pero en realidad existe una dificultad mayor (...) Bolívar y yo no cabemos en el Perú (...) y quizás entonces no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo. Entre si puede el General Bolívar, aprovechándose de mi ausencia; si lo grase afianzar en el Perú lo que hemos ganado, y algo más, me daré por satisfecho: su victoria sería, de cualquier modo, victoria americana.¹⁸

17 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 656.

18 Citado por Vicente Lecuna, *La entrevista de Guayaquil. Restablecimiento de la verdad histórica*, Caracas, Academia de la Historia de Venezuela, 1948, pp. 133-134.

En esas condiciones, con un ejército de chilenos y rioplatenses de poco más de dos mil hombres —a los que habría que sumar el doble de peruanos—, cada vez más desmoralizado, la única salida para San Martín era el apoyo colombiano, pues era difícil obtener más auxilios de Chile, empobrecido, exhausto y todavía con fuerzas realistas en su territorio o en el anarquizado Río de la Plata, sin un gobierno reconocido por todas sus provincias. Por eso, portando con orgullo el medallón con la efigie de Bolívar que este le regalara al despedirse en Guayaquil y que conservaría toda su vida, escribió en proclama al pueblo peruano: «Tuve la satisfacción de abrazar al héroe del Sur de América. Fue uno de los días más felices de mi vida. El Libertador de Colombia auxilia al Perú con tres de sus bravos batallones. Tributemos todos un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar». ¹⁹

Pero el Libertador quedó muy preocupado con lo que sucedería si la causa patriota era derrotada en el antiguo Virreinato de Nueva Castilla, tal como escribió en carta a Santander fechada en Guayaquil el 13 de setiembre de 1822: «Yo creo que todo nos queda por hacer si San Martín no triunfa en el Perú». ²⁰ En otras misivas suyas desde territorio quiteño al mismo destinatario, anteriores a la rendición realista de Puerto Cabello, le explicaba que ante un colapso patriota en Perú debían prepararse para enfrentar una invasión española contra Colombia. En la del 23 de diciembre de ese mismo año desde Ibarra escribió: «Parece increíble lo que me inquieta el Sur. Mas temo a Canterac que a Morales, y a pesar de ser Venezuela mi patria, el teatro de las calamidades, más temo las derrotas de los peruanos que las nuestras, porque estoy en la persuasión de que vencedores los enemigos en una u otra parte son más temibles por el Sur que por el Norte». ²¹

A su regreso a Lima, San Martín se encontró que su frágil alianza con la élite limeña estaba deshecha. La crisis se había precipitado durante su ausencia por el destierro del ministro

19 Tomado de Fundación Polar, *op. cit.*, t. II, p. p. 66.

20 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 681.

21 *Ibid.*, t. I, p. 707.

Monteagudo,²² decidido partidario de la expulsión total de los españoles del Perú, en un movimiento inspirado por el aristócrata José de la Riva Agüero, que se había conferido el grado de marescal. El abismo que se abría entre el Protector y las clases privilegiadas peruanas aparece reflejado en el siguiente testimonio de José María Ruybal, quien en carta fechada el 27 de julio de 1822 escribió: «Los peruanos más ilustrados (...) generalmente lo aborrecen (...) [mientras, (S.G.V.)] San Martín procura ganar opinión en el pueblo bajo».²³

Desalentado por la creciente animadversión de la aristocracia criolla, que veía empantanarse su economía ante la prolongación de la guerra, y considerándose en el plano personal un obstáculo para el paso de Bolívar a completar la emancipación del Perú, el Protector renunció ante el congreso limeño inaugurado el 20 de septiembre. Detrás de esta decisión se hallaba su profunda decepción por la actitud hipócrita de las clases privilegiadas peruanas, tal como expusiera en misiva a Bernardo O'Higgins, a la sazón director supremo de Chile, el 25 de agosto de 1822: «Estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador, y hasta demonio, por otra parte, mi salud está muy deteriorada; el temperamento de este país me lleva a la tumba, en fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, mi edad media al de mi patria, creo que tengo derecho de disponer de mi vejez».²⁴

La salida de San Martín dejó el poder en manos de un congreso constituyente dominado por representantes de las capas medias y la intelectualidad, pues de un total de poco más de noventa diputados, entre miembros efectivos y suplentes, nueve

22 El 31 de enero de 1821 Monteagudo había decretado la salida obligatoria de todos los españoles y luego la expropiación de buena parte de sus bienes. En las últimas décadas había aumentado su presencia en Perú, al extremo según un historiador que la clase dirigente local estaba reconfigurada, pues «había pasado a estar dominada por peninsulares recién llegados al virreinato». Lynch, *San Martín*, *op. cit.*, p. 177.

23 Citado por Brian R. Hamett, *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú (Liberalismo, realeza y separatismo 1880-1824)*, México, FCE, 1978, pp. 344-345.

24 Tomado de Lecuna, *op. cit.*, pp. 127-128.

eran comerciantes, nueve hacendados y tres dueños de minas, mientras veintiséis eran curas, veintiocho abogados y ocho médicos.²⁵ Encabezados por el cura Francisco Javier Luna Pizarro, los congresistas más liberales lograron arrinconar a los diputados aristocráticos para imponer su plataforma. Nombrada una junta de gobierno presidida por José de La Mar, declararon constituida la República Peruana, poblada por algo más de un millón de personas, en su mayoría indígenas, que incluía al Alto Perú desde su ocupación militar por el virrey Abascal tras estallar la lucha por la emancipación.

Al mismo tiempo, se desautorizaron las gestiones en Europa de un monarca y se aceptaron unas Bases o Estatutos (16 de diciembre) que eliminaban los títulos nobiliarios, también la Orden del Sol creada por San Martín, y establecía un régimen más democrático. El 10 de octubre el propio cónclave había aprobado un llamamiento en quechua, dirigido a la población aborigen, en una de cuyas partes se señalaba: «Este Congreso tiene la misma y aun mayor soberanía que la de nuestros amados Incas. El, a nombre de todos los pueblos, y de vosotros mismos, va a dictar leyes que han de gobernarnos, muy distintas de las que nos dictaron los injustos reyes de España. Vosotros indios, sois el primer objeto de nuestros cuidados. Nos acordamos de los que habéis padecido, y trabajamos por hacerlos felices en el día. Vais a ser nobles, instruidos, propietarios, y representaréis entre los hombres todo lo que es debido a vuestras virtudes».²⁶

El gobierno de La Mar, decidido a poner fin de una vez a la desgastadora guerra con los realistas y a hacer innecesaria la presencia del ejército colombiano, lanzó a sus principales tropas guiadas por el general rioplatense Rudecindo Alvarado a una campaña militar, siguiendo el plan original dejado por San Martín, a los llamados puertos intermedios de la provincia de Arequipa:

25 Segundo Alberto Flores Galindo: *Aristocracia y Plebe*. Lima 1760-1830, Lima, Mosca Azul, 1984, p. 227.

26 Félix Denegri Luna; Nieto Vélez, A. y Tauro A. *Antología de la independencia del Perú*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1972, p. 511.

Ocoña, Puno, Quilca, Arica e Iquique. El 10 de octubre de 1822 Alvarado partió con sus soldados de El Callao y desembarcó en Arica y luego ocupó Tacna y Moquegua, internándose en los Andes, mientras otro general de las fuerzas de San Martín, José Antonio Álvarez de Arenales, permanecía en Lima.

El 20 de enero de 1823 los efectivos de Alvarado fueron derrotados en Torata de manera aplastante por el ejército realista de Jerónimo Valdés. Con solo la tercera parte de sus maltrechos efectivos, su ejército debió retornar a la capital, lo que significó en la práctica la defunción combativa de las tropas llevadas al Perú por San Martín.

El 23 de febrero efectivos militares al mando de los generales altoperuanos Andrés de Santa Cruz y Agustín Gamarra, alentados por la aristocracia limeña, destituyeron a Arenales y la oficialidad rioplatense, a quienes responsabilizaban con los revéses, y sustituyeron tres días después en la presidencia de la novel república a La Mar por José de la Riva Agüero. Como un recurso desesperado para evitar la indeseada ayuda de Bolívar, el nuevo mandatario intentó conseguir auxilios en Buenos Aires y Chile, pero la imposibilidad de lograrlo y la tajante negativa de San Martín a regresar al Perú, dejaron a Riva Agüero sin alternativa y lo obligaron a autorizar, a regañadientes, la entrada de las avanzadas colombianas guiadas por el general Sucre, quien arribó a Perú el 2 de mayo de 1823.²⁷

Con anterioridad, el general peruano Mariano Portocarrero había viajado a territorio colombiano para pedir a El Libertador su indispensable ayuda militar, a lo que este respondió solidario en hermoso discurso público: «Colombia hará su deber en el Perú: llevará sus soldados hasta el Potosí, y estos bravos volverán a sus hogares con la sola recompensa de haber contribuido a destruir

27 En cumplimiento de lo acordado, Colombia envió a Perú cuatro batallones, que al llegar quedaron al mando del general Juan Paz del Castillo. Este oficial venezolano era jefe del Estado Mayor del Ejército de los Andes desde la campaña de Chile. Había caído prisionero al final de la primera república en 1812. Escapado dos años después de Ceuta, junto con Roscio y Madarriaga, viajó al Río de la Plata y se unió a San Martín. Fundación Polar, *op. cit.*, t. III, p. 59.

los últimos tiranos del Nuevo Mundo. Colombia no pretende un grano de terreno del Perú».²⁸ En esta complicada coyuntura para el destino de la independencia hispanoamericana, Bolívar escribió desde Guayaquil a Santander el 29 de abril de ese año reiterando su solicitud para marchar personalmente con refuerzos en ayuda de Sucre:

Ha venido una nueva misión del Perú para instarme a que vaya a tomar el mando de aquellas tropas. El general en jefe Martínez y el general Santa Cruz que manda la división del Perú, me instan con igual vehemencia. No sé qué responder porque me tienen detenido la resolución del congreso y las operaciones de Morales. [que entonces todavía ocupaba el litoral occidental de Venezuela, incluido Puerto Cabello (SGV).] Todos dicen que si no voy al Perú se pierde el país y 15000 hombres de las cuatro naciones americanas por falta de una cabeza que los mande todos, porque entre iguales nadie quiere obedecer. Lo que me lisonjea el mando de un ejército semejante, debe Usted imaginarlo; pero he llegado al punto en que ni aun la salud de la patria, ni la gloria misma, me hacen la menor impresión, si se opone a la letra de mi deber. El Norte puede necesitar de mí, y el congreso no me ha permitido salir de Colombia; estas dos circunstancias me retienen en la inacción. Puede ser que todo se pierda por esta misma inacción; más yo no puedo, en conciencia, confirmar la vida de don Quijote en salvar desvalidos contra la voluntad de la ley; bastante me han criticado por haber hecho el bien a pesar de mi deber. Espero dentro de quince días la respuesta del congreso, y si me permite marchar al Perú, iré al instante.²⁹

A pesar de la solicitud de ayuda, Riva Agüero, como su antecesor, todavía hizo un último intento para demostrar autosuficiencia militar antes del arribo de más tropas colombianas y despachó al grueso de su ejército, guiado por Santa Cruz y Gamarra, a una segunda campaña a los «puertos intermedios», destinada a incursionar en la sierra andina. Las del primero desembarcaron en Iquique para enfrentar a las tropas realistas del general Pedro Olañeta, ubicadas entre Puno y Potosí, mientras el

28 Citado por Mijares, *op. cit.*, p. 686.

29 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 737.

segundo, tras arribar a Arica, avanzó hasta Oruro y Santa Cruz y se apoderó de La Paz.

Al dejar sin protección adecuada a Lima, Riva Agüero facilitó la invasión de la ciudad por el general Canterac el 18 de junio —la ocupó solo un mes— lo que obligó a los republicanos y al destacamento de Sucre a refugiarse en la fortaleza de El Callao. Ante la manifiesta incompetencia del presidente, el congreso limeño reunido en esa fortaleza del Real Felipe despojó a Riva Agüero del mando militar (19 de junio) y lo entregó a Sucre.

Pero el primer mandatario, cuestionado por sus decisiones, huyó al norte el día 26 y fijó la sede de su gobierno en Trujillo. En respuesta al desacato de Riva Agüero, la asamblea, vuelta a reunir en la ciudad de Lima, lo destituyó el 16 de agosto, nombró en su lugar al acaudalado criollo José Bernardo de Tagle, marqués de Torre Tagle, y pidió el 14 de mayo a Bolívar su inmediato ingreso al Perú.

Al mismo tiempo, las fuerzas republicanas de Santa Cruz y Gamarra eran aplastadas en el altiplano andino y tuvieron que regresar con las reliquias de sus ejércitos a Lima. Las tropas realistas encabezadas por La Serna los habían obligado en agosto a replegarse con grandes pérdidas —de los siete mil hombres del segundo solo se salvaron apenas ochocientos— en lo que irónicamente se llamó la «campaña del talón»,³⁰ pues solo se veían los talones de sus hombres en veloz retirada.

La magnitud de este revés no pudo ser compensada con la dudosa victoria de Sucre, ahora al frente del Ejército Unido, en Arequipa el 30 de agosto, donde contó con la activa colaboración de las montoneras peruanas del coronel Francisco de Paula Otero, comandante de esas fuerzas irregulares en la sierra central. Para completar la cadena de fracasos, la expedición chilena enviada en auxilio del Perú, comandada por Francisco Antonio Pinto, debió regresar a Valparaíso sin cumplir su objetivo, que sería el último intento del vecino país. La débil República Peruana estaba a punto de hundirse.

30 Jaime Urrutia, *op. cit.*, p. 101.

Capítulo X

EN EL PERÚ UNA VICTORIA ACABA LA GUERRA DE AMÉRICA

En agosto de 1823, consolidada la frágil unidad colombiana, a punto de ser expulsados los realistas de la fortaleza de Puerto Cabello y obtenida autorización del congreso colombiano, se despejó el camino a Bolívar para marchar al Perú y culminar la emancipación sudamericana. En la antigua tierra de los incas, la situación se había agravado tras la renuncia y partida del Protector, no en balde el general O’Leary, edecán de El Libertador, anotó:

Muy diferente era la situación del Perú (...) de la época en que desembarcó San Martín, cuatro años antes. Mucho habían cambiado las cosas. En aquel tiempo era general en todo el Perú la decisión por la independencia, y el entusiasmo de sus habitantes al ver a sus libertadores fue tan grande como eran abundantes los recursos de este rico país. San Martín no tenía más que venir, ver y vencer; vino, vio y pudo haber vencido; pero la empresa era quizás superior a sus fuerzas o al menos así lo creyó; vaciló y al fin la abandono. Cuando el Congreso cometió a Bolívar la salvación de la República le entregó un cadáver.¹

Casi un año después de la renuncia de San Martín, El Libertador desembarcó en El Callao, lo que coincidió con la proclamación oficial de la república el 1º de septiembre de 1823. Su llegada fue precedida de importantes contingentes de tropas comandados por Sucre, quien con mucha habilidad se las había ingeniado para

1 Tomado de John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, Editorial Ariel, 1985, p. 302.

convencer a la aristocracia peruana de solicitar la ayuda personal de El Libertador, única solución para terminar la guerra con España.² No obstante, había estado renuente a esta posibilidad durante mucho tiempo, según escribió a Bolívar desde El Callao; «No quisiera ver aquí más colombianos; son demasiado los que mueren. La experiencia me ha convencido que debemos actuar igual que otros gobiernos, defendiendo ante todo nuestros intereses y no los de toda América, como hemos hecho hasta ahora».³

El Libertador fue recibido por el pueblo, e incluso por la desconfiada élite limeña, con aplausos y fiestas. Según un biógrafo, la aristocracia criolla esperaba «un Robespierre capitaneando a mulatos y negros y listo para destruir a sangre y fuego sus palacios y familias; en cambio vieron a un caballero que sabía apreciar la buena mesa y gustaba bailar».⁴ Como prueba de este último, el propio Bolívar escribió: «Todos nuestros colombianos se han quejado mucho de Lima, mientras que yo estoy encantado; por supuesto que no me falta nada. La mesa es excelente, el teatro regular, muy adornado de lindos ojos y de un porte hechicero: coches, caballos, paseos, toros, Te Deums, nada falta, sino plata para el que no tiene, que a mí me sobra con mis ahorros pasados. Se entiende por *ahora*».⁵

El experimentado mandatario colombiano consideraba peligrosa la situación de los nuevos estados hispanoamericanos ante la evolución de los acontecimientos europeos, después de restablecido el absolutismo en 1823. Seguía muy preocupado con la posibilidad de que España pudiera organizar una nueva expedición de reconquista con el apoyo de la Santa Alianza, por lo que creía imperdonable «dejar una puerta abierta tan grande como la del Sur, cuando podemos cerrarla antes que lleguen los enemigos por el Norte».⁶

Bolívar encontró a Perú sumergido en un clima generalizado de desaliento, provocado por sucesivas derrotas militares de

2 Citado por Lavretski, *Bolívar*, *op. cit.*, p. 124.

3 *Ibid.*

4 *Ibid.*, p. 125.

5 Carta a Santander del 20 de septiembre de 1823 en Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 812.

La cursiva en el original (SGV).

6 Misiva a Santander del 16 de marzo de 1824, *ibid.*, t. II, p. 932.

los generales rioplatenses de San Martín y los peruanos en las recientes campañas de los llamados puertos intermedios sureños, que dejaron toda la sierra andina en manos realistas. Por añadidura, se había recrudecido la lucha entre los partidarios de Riva Agüero y los del marqués de Torre Tagle, quien lo recibió en El Callao. Por eso expresó, casi al entrar en Lima: «este país requiere una reforma radical o más una regeneración absoluta».⁷

Pero no tuvo que llegar a enfrentar a Riva Agüero, en lo que irónicamente calificó de «guerra agüera»,⁸ pues el titulado presidente de la República Peruana fue depuesto en Trujillo por sus propios partidarios (25 de noviembre), encabezados por el coronel Antonio Gutiérrez de la Fuente, al conocerse sus negociaciones secretas con los españoles. El depuesto mandatario había llegado al extremo de pactar con La Serna la expulsión de «las tropas auxiliares que se hallan en Lima y Callao; y si los jefes de éstas los resistieren, entonces, en concierto los ejércitos españoles y peruanos, las obligarán por la fuerza a evacuar un país en que no existe ya el motivo porque fueron llamados».⁹

A pesar de la defenestración de Riva Agüero, Bolívar decidió marchar al litoral norte, una región que le pareció el mejor lugar para organizar su ofensiva final contra España, quedando Torre Tagle encargado del gobierno en Lima. El 20 de diciembre de 1823 entró en Trujillo, tras recorrer en una extenuante semana el antiguo camino de arrieros, atravesando los pueblos de Magdalena, La Viña, Chilete, Contumazá, Cascas, Ascope, el valle de Chicama y Paiján.¹⁰

La costa septentrional peruana era el centro de ricas plantaciones de azúcar, algodón, cacao y otros rubros agrícolas, que utilizaban en lo fundamental fuerza de trabajo esclava negra, cuyo monto era de unas cuarenta mil personas,¹¹ además de numerosos indígenas concertados. Desde Chancay hasta Guayaquil se

7 *Ibid.*, t. I, p. 804.

8 *Ibid.*

9 Citado por Frank, *op. cit.*, p. 460.

10 Urrutia, *op. cit.*, p. 129.

11 Lynch, *San Martín*, *op. cit.*, p. 185. De esa cifra, diez mil trabajaban en Lima en labores domésticas y oficios diversos, donde eran alrededor del 16 por ciento de la población.

extendía la economía de plantación, pues se contaba con mayor disponibilidad de agua que en el litoral sureño y los suelos eran más planos. Ello facilitó en el «norte húmedo» de Perú una abundante producción agropecuaria exportada por el puerto de Paita, casi tan importante como El Callao.¹²

El 13 de noviembre de 1823 había entrado en vigor una constitución democrática, elaborada por el congreso limeño presidido por el sacerdote Luna Pizarro, que sancionaba la ley de vientres libres dictada por San Martín. Pero tal como detectara Sucre en carta a Bolívar, del 11 de enero de 1824, entre muchos oficiales peruanos cundía el descontento y sin recato alguno expresaban que «más vale sufrir a los españoles que el yugo del Libertador y de los colombianos», comentarios derrotistas que han «hecho creer a este pueblo (...) que los colombianos son herejes y que vienen a dominar al Perú».¹³

Una expresión del creciente malestar fue el amotinamiento de la guarnición rioplatense-chilena de El Callao, el 5 de febrero de 1824, exigiendo su inmediata repatriación y que terminó pasándose al enemigo, pese a la resistencia de algunos de sus hombres como el negro Antonio Ruiz Falucho, asesinado por los amotinados. Estos penosos acontecimientos posibilitaron otra vez la fácil reconquista realista de Lima y El Callao el 29 de febrero de 1824.

Por su parte Torre Tagle, destituido de su cargo por el congreso limeño que poco antes (10 de febrero) había entregado a Bolívar amplios poderes antes de disolverse, se pasó de nuevo al bando realista, con la complicidad del general José Félix de Berindoaga, conde de San Donás, con la intención de evitar mayores sacrificios económicos a la aristocracia peruana. Para justificar su alevosa actitud, y la de más de trescientos oficiales peruanos que le secundaron, dio a conocer una proclama plagada de los prejuicios e intereses de su clase: «Por todas partes no se ven sino ruinas y miserias. En el curso de la guerra quienes sino muchos

12 También era mayor el mestizaje que en el centro sur, de mayoritaria población indígena. Más detalles en Jaime Urrutia, *op. cit.*, pp. 10-121.

13 Tomado de Inés Quintero, *Antonio José de Sucre. Biografía política*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1998, p. 133.

de los llamados defensores de la patria, han acabado con nuestras fortunas, arrasados nuestros campos, relajado nuestras costumbres, oprimido y vejado a los pueblos. ¿Y cuál ha sido el fruto de esta revolución? No contar con propiedad alguna, ni tener seguridad individual. De la unión sincera y franca de peruanos y españoles bien debe esperarse, de Bolívar la desolación y la muerte».¹⁴

Estos graves sucesos obligaron a El Libertador a regresar por mar a la capital, tras dejar a Sucre al frente del ejército en el norte, aunque enfermó repentinamente en la travesía y debió desembarcar en Pativilca, el 1º de enero de 1824, a solo unos cincuenta kilómetros de Lima. Ese fue el punto más crítico de toda la campaña militar bolivariana en Perú, durante los dos meses que estuvo casi moribundo en Pativilca, con unas fiebres que lo hacían delirar, llegando en sus momentos de lucidez a valorar la posibilidad de renunciar y retirar al ejército colombiano.

El 23 de enero de 1824, apesadumbrado, escribió a Santander: «Cada día esto se pone peor, cada día un nuevo *demonio* se presenta en campaña, multiplicando nuestros obstáculos y mejorando la suerte de los enemigos. Jamás he tenido más mal humor desde que estoy haciendo la guerra».¹⁵ Fue en medio de su grave enfermedad, que recibió en Pativilca al diplomático colombiano Joaquín Mosquera, enviado después del congreso de Cúcuta para firmar tratados de alianza y confederación con los gobiernos del Cono Sur, quien al verlo tan débil y demacrado le preguntó qué haría ahora, recibiendo por respuesta una sola palabra: «¡Triunfar!».¹⁶

Recuperado, aunque aislado en la costa norte con las avanzadas del ejército colombiano y las pocas fuerzas peruanas y remanentes de las tropas de San Martín aún leales, tomó una serie de medidas de emergencia. Así las describió al general peruano La Mar desde Pativilca el 8 de febrero de 1824:

Replegando nosotros al Norte aumentaremos nuestras fuerzas y nuestros recursos; en tanto que ellos disminuyen sus tropas y sus

14 Citado por Virgilio Roel, *Los libertadores*, Lima, Editorial Gráfico Labor, 1971, p. 259. Torre Tagle murió en las penurias del sitio patriota a la fortaleza de El Callao que duró tres años.

15 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 884. Las cursivas en el original (SGV).

16 En Bushnell, *op. cit.*, p. 222.

medios; pero necesitamos, querido general, hacernos sordos al clamor de todo el mundo; porque la guerra se alimenta del despotismo y no se hace por el amor a Dios, no ahorre Usted nada por hacer, despliegue usted un carácter terrible, inexorable. Discipline Usted la fuerza de su mando, así de caballería como de infantería. Si no hay fusiles, hay lanzas.

Tome Usted 5000 reclutas para que le queden 1000 ó 2000; haga Usted construir mucho equipo, muchas fornitruras en toda la extensión del departamento; cada pueblo, cada hombre sirve para alguna cosa: pongamos todo en acción para defender a este Perú hasta con los dientes. En fin, que una paja no quede inútil en toda la extensión del territorio libre.

(...) el tiempo de hacer milagros ha llegado y que yo espero que su actividad y su celo no dejarán de hacerlos.¹⁷

En cumplimiento de estas instrucciones, que compartió con varios de sus oficiales entre marzo y abril, El Libertador estableció su cuartel general en Trujillo, devenida capital provisional de Perú, pues Lima seguía en poder realista,¹⁸ y luego en Huamachuco. Su propósito era convertir todo el litoral norte en la base para la preparación de un nuevo ejército de liberación, para lo cual era esencial la participación de la población.

Con esa finalidad ordenó la total destrucción del territorio que se abandonaba al enemigo para, como dijera a Sucre, «poner un desierto entre los godos y nosotros»,¹⁹ y la recaudación de una contribución obligatoria entre todos los grandes propietarios, junto a la expropiación del ganado, haciendas y objetos de valor de las iglesias. También decretó el 31 de marzo de 1824 la

17 Bolívar, *op. cit.*, t. I, pp. 911-912.

18 Al frente del gobierno peruano en Trujillo, Bolívar fue auxiliado por José Faustino Sánchez Carrión, ministro con plenos poderes, teniendo a su lado como presidente de la Corte Suprema de Justicia al peruan Manuel Lorenzo de Vidaurre, ex oidor en Cuba donde se involucró en la conspiración de Soles y Rayos de Bolívar. Véase Urrutia, *op. cit.*, p. 134 y Sergio Guerra Vilaboy, *Cubanacán, la nación imaginada. Derroteros de los Soles y Rayos de Bolívar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2024.

19 Consultese Liévano Aguirre, *Bolívar, op. cit.*, p. 320. Su estado anímico en tan difíciles circunstancias quedó plasmado en una carta a Sucre de principios de febrero: «No tengo confianza sino en los nuestros». Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 921.

abolición del tributo indígena y la entrega en propiedad de las tierras comunales que trabajaban (8 de abril), medidas que rompían toda posibilidad de entendimiento con la aristocracia peruana mientras buscaba despertar el apoyo de la mayoritaria población originaria, con el propósito de culminar la independencia.

Además, desechó la fracasada estrategia militar de San Martín de avanzar desde los «puertos intermedios» sobre la sierra, que había conducido a reiterados reveses patriotas, por lo que optó por un plan diferente. El mismo consistía en organizar un poderoso ejército que avanzara por tierra de la costa norte a la sierra sureña siguiendo el eje de la cordillera andina.

Sin embargo, cada vez le era más difícil conseguir recursos de Colombia, ante la ruina de Venezuela y la resistencia de las élites neogranadinas, que contaban con la complicidad de Santander, situado en el poder ejecutivo en Bogotá. En su correspondencia con el vicepresidente colombiano, en estos momentos finales de la contienda, puede apreciarse el choque de intereses que terminó por abrir un abismo entre estas dos grandes personalidades de la independencia y que sería fatal para el destino futuro de la República de Colombia.

En una de esas misivas, llegó a decirle: «No hablaré a Ud. más de auxilios de tropas porque (...) se enfada cuando le piden, y yo no sé si será mejor perder que no pedir». Al mismo tiempo, se quejaba a Sucre: «He amenazado al gobierno de irme del Perú si dentro de un mes no me dan dinero para mantener la tropa».²⁰ Unos años atrás, cuando la tirantez con Santander apenas se insinuaba, le había escrito con calculada ironía cuando le pedía recursos para la campaña en territorio colombiano:

Hay un buen comercio entre Ud. y yo; Ud. me manda especies y yo le mando esperanzas. En una balanza ordinaria se diría que Ud. era más liberal, pero esto es un error.

Pensemos un poco lo que Ud. me da y lo que yo le envío. ¿Cree Ud. que la paz se puede comprar con sesenta mil pesos? ¿Cree Ud. que la gloria de la libertad se puede comprar con las minas

20 Cartas a Santander del 30 de octubre de 1823 y a Sucre el 16 de enero de 1824, Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 826 y 876 respectivamente.

de Cundinamarca? Pues esta es mi remisión de hoy. Vea Ud. si tengo buen humor.²¹

Los realistas, por su parte, amenazaban con «proclamar el imperio de los incas y ayudar a los indígenas a sostenerlo, antes de consentir que lo ocupasen los súbditos rebeldes que no tenían más derechos que los que habían adquirido de sus antepasados los españoles».²² El general peninsular Valdés llegó a vanagloriarse de que tenían como ayudante de campo a un descendiente de los gobernantes del Tahuantinsuyo, a quien declararían inca, «dando con esto principio a una nueva guerra y a un nuevo orden de cosas, cuyo resultado no sería fácil de prever».²³

En realidad, los realistas habían conseguido sumar miles de indígenas a su ejército no tanto por esta hábil campaña demagógica, sino más bien por la leva, lo que les permitió nutrir sus fuerzas con numerosos contingentes aborígenes del Perú y el Alto Perú. Pero estas tropas peleaban con mucho desgano, según reconocería después el propio alto oficial español en su *Exposición que dirige al Rey Don Fernando VII el Mariscal de Campo don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú* (1827).

El Libertador estaba convencido, según dijo a Santander, de que «en el Perú no nos quieren porque somos demasiado liberales, y ellos no quieren la igualdad», aunque «el pueblo y el ejército nos desean porque sin Colombia el Perú es perdido».²⁴ Como bien lo caracterizó el desaparecido antropólogo venezolano Acosta Saignes, en esta etapa crucial de la contienda por la independencia de América Latina: «Libertaba esclavos, suprimía los tributos de los indios, creaba escuelas donde habían existido conventos, fundó la Universidad de Trujillo como centro para una región deseosa de aprender y limitada en toda clase de posibilidades educativas, libró del tributo a los indígenas del Perú, ordenó poner al servicio del Estado y del movimiento de liberación los bienes secuestrados a los realistas, en lugar de adjudicarlos a personas. Todo eso le

21 Carta del 19 de junio de 1820. *Ibid.*, t. I, pp. 457-458.

22 Citado por Liévano Aguirre, *Bolívar, op. cit.*, p. 225.

23 *Ibid.*

24 Cartas del 14 de febrero y 12 de marzo de 1823 y Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 722 y 726.

concitaba la ojeriza de los propietarios de esclavos, de los explotadores de los indios, de los sectores clericales y de los aspirantes a obtener amplios bienes como recompensa de sus actuaciones. Algunos de sus grupos sentían al Libertador, por su incesante dedicación a la libertad de los esclavos, por su protección legislativa a los indígenas, como adversario. Querían que les ganara la gran guerra, pero no le toleraban como legislador. Resultaba una especie de Jacobino con un ejército a su orden».²⁵

La comprometida situación del ejército bolivariano se alivió con la oportuna llegada de nuevos refuerzos militares de Colombia, protegidos por la flota patriota guiada por el almirante inglés Martin George Guisse que controlaba el Pacífico, entre ellos dos mil quinientos hombres comandados por el general antioqueño José María Córdova, junto con fusiles y otros armamentos. A facilitar los planes ofensivos también contribuyó la inesperada división realista promovida por los militares absolutistas que seguían al general español Olañeta, sublevado contra el virrey liberal La Serna, en enero de 1824, conflicto que Bolívar contribuyó a ahondar sembrando cizaña entre sus adversarios.

Este alto oficial realista, al conocer el colapso del régimen liberal en España, dejó de reconocer a La Serna como virrey al grito de «¡Viva la religión!». El 11 de febrero de ese año, Olañeta proclamó en Chuquisaca, con el respaldo del sector más conservador de la aristocracia local, el restablecimiento de la monarquía absoluta y el fin del régimen constitucional en Perú y el Alto Perú.

La negativa del virrey La Serna a cumplir las instrucciones metropolitanas determinó esta sublevación que puso a los realistas al borde de una guerra intestina, solo evitada por el Tratado de Tarapaya (9 de marzo), firmado entre los dos jefes españoles. La coyuntura fue explotada al máximo por El Libertador que, además de atizar las contradicciones entre los dos bandos enemigos, salió a fines de mayo y principios de junio con su nuevo ejército del Callejón de Conchucos sobre la sierra (Huánuco, Huariaca y Caynaa), a más de tres mil metros de altura, donde se le unieron las mandoneras peruanas.

25 Acosta Saignes, *op. cit.*, p. 354.

Sucre fue el artífice de la coordinación militar con las activas guerrillas populares. En carta al coronel Román Antonio Deheza, jefe de esas fuerzas irregulares, al felicitarlo por sus triunfos en Sapán y Coyalta, señaló: «El ejército, a quien he comunicado este suceso en la orden general, ha tenido mucha satisfacción en las primicias de esta victoria, y en la seguridad de la constancia con que las guerrillas han de acompañarlo en defender la libertad del Perú».²⁶

Para dar las batallas decisivas a los españoles, Bolívar reunió efectivos que representaban ex profeso a la mayoría de los pueblos de Texas a la Patagonia: «a fin de que no falte ningún americano en el ejército unido de la América Meridional».²⁷ Además, una parte apreciable de sus fuerzas estaban constituidas por antiguos esclavizados, como pudo apreciar el comerciante inglés James Hamilton: «De los 2 mil soldados que vi en Cartagena marchar para Perú, al menos la mitad eran más o menos de color africano».²⁸

A principios de agosto, situado frente al cerro de Pasco, el gran macizo geológico que separa la sierra peruana septentrional de la meridional, donde operaban las fuerzas realistas, El Libertador pudo contemplar satisfecho su imponente ejército, constituido por hombres de todos los territorios hispanoamericanos e incluso de Europa, así como de diferentes tonos de piel, el más grande y heterogéneo que había comandado en toda su vida. Formado por más de diez mil hombres bien entrenados, en su mayoría procedentes de Colombia, Perú y de los restos de las fuerzas militares de Chile y el Río de la Plata,²⁹ causó la admiración del experimentado general inglés Miller, cuando el 2 de agosto de 1824 Bolívar pasó revista a esas tropas en la llanura de Rancas y leyó una de sus más célebres proclamas:

26 En Galán, *op. cit.*, p. 361.

27 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 789. Incluso hubo combatientes cubanos como Julio Montes Dubois, teniente del Estado Mayor del Ejército Unido, y los alfereces del batallón 1 de Infantería Sabino Zambrano y José Antonio Boloña. Véase González Barrios, *op. cit.*, p. 61.

28 Citado por Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas*, *op. cit.*, p. 296.

29 Bushnell, *op. cit.*, p. 225.

Soldados!

Vais a completar la obra más grande que el cielo ha encargado a los hombres, la de salvar un mundo entero de la esclavitud. (...)

El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto; porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del Universo. La ¿burlareis? No, ¡no! ¡no! vosotros sois invencibles.

En este mismo mes vosotros habéis triunfado en Caracas y en Boyacá, dando un nuevo día de gloria a vuestra patria.³⁰

El 6 de agosto de 1824, en las pampas de Junín, al sur del lago de Chinchaycocha, a cuatro mil metros de altura, las fuerzas comandadas por El Libertador destrozaron en breve batalla —duró poco más de una hora—, solo con armas blancas y caballería, a las fuerzas interpuestas por el general realista Canterac. Obligados los enemigos a replegarse hacia el Cusco y el Alto Perú sin muchas pérdidas, dejaron detrás como rastro bagajes, armas y hombres perdidos.

El 9 de agosto, al frente del ejército vencedor, Bolívar entró en Tarma, el 11 del mismo mes a Jauja y el 14 en Huancayo. Después, siguiendo la ruta del Qhapag ñan, antiguo camino incaico, convertido por los españoles en Camino Real, atravesó Huancayo, Pampas, Paucarbamba y Huanta hasta llegar a Huamanga, donde el 29 de agosto estableció la sede provisional del gobierno de Perú y permaneció durante un mes, en espera de un nuevo enfrentamiento con los realistas.

Por esos días fueron constantes las marchas y contramarchas de ambos ejércitos que se acechaban mutuamente, vigilados por las montoneras patriotas. El 14 de octubre, convencido de que no se produciría un combate decisivo hasta después de la temporada de lluvias, pronta a comenzar, dejó a Sucre al frente del ejército y se volvió a Lima a través de la sierra central escoltado por un nutrido contingente de caballería en el que iba el general chileno O'Higgins, exiliado en Perú desde el año anterior.

30 Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 737. La última línea la improvisó delante de las tropas luego de leída la proclama que había escrito en Pasco unos días antes de la batalla de Junín.

Fue solo entonces, cuando se dirigía a Lima, que conoció el 24 de octubre que el congreso colombiano había suspendido las facultades extraordinarias de que estaba investido, lo que fue aceptado por Santander —con quien suspendió temporalmente su correspondencia—, aun cuando eso no afectaba su condición de dictador de Perú ni su rango militar en el ejército colombiano. Ese día escribió indignado a Manuelita «hoy he recibido la Ley del Congreso de Colombia, del 28 de julio, quitándome todas las facultades extraordinarias de las cuales me hallaba investido; traspasándolas todas, sin excepción a Santander. Mi corazón ve con tristeza el horrible futuro de una patria que sucumbe ante la mezquindad de los intereses personales y de partidos».³¹

De regreso a la costa el 5 de diciembre, entró otra vez en Lima, liberada en forma definitiva como consecuencia directa de Junín, que hizo insostenible la presencia realista en la capital peruana. Entretanto, Sucre con el grueso del Ejército Unido Libertador, que por las deserciones se había reducido a menos de seis mil hombres, siguió avanzando en la sierra persiguiendo las tropas enemigas, aunque consideraba que un choque de envergadura no se produciría hasta el año siguiente.

Pero el virrey La Serna forzó la situación, convencido que su ejército de casi diez mil hombres, fruto de la unión de los efectivos suyos con los de Canterac y Valdés, vencería a las disminuidas fuerzas de Sucre y lo obligaría a retroceder, revirtiendo el curso de la guerra. Tras varias semanas de tanteos entre los contendientes, se produjo un primer choque entre las retaguardias de ambos ejércitos el 3 de diciembre en las cercanías de Matará, en el que los efectivos de Sucre perdieron trescientos hombres, junto con artillería y parque.

El desenlace definitivo se produjo el 9 de diciembre de 1824 en la planicie de Ayacucho, situada entre Junín y Cusco, a más de tres mil metros de altura. Allí se habían ubicado las fuerzas patriotas antes de la llegada de los realistas, desplegadas al día siguiente en las faldas del cerro Condorcunca, lo que teóricamente

31 Carta desde Hauncayo, 24 de octubre de 1824, en Manuela Sáenz y Bolívar S., *op. cit.*, p. 44.

les daba ventaja junto con su mayor cantidad de hombres y armamentos, que incluían algunas piezas de artillería.

Esa superioridad de nada valió. Gracias a la habilidad táctica de Sucre y a la decisiva carga a bayoneta de las tropas colombianas comandada por el general Córdova, respaldada por la división peruana de La Mar y la oportuna participación de las reservas del general Jacinto Lara, se obtuvo el memorable triunfo en el tablero formado por las cumbres y abismos de Ayacucho, en plena sierra de los Andes, que cerró con broche de oro la derrota final del colonialismo español en la América continental.

El propio virrey La Serna fue hecho prisionero en el mismo campo de batalla, donde firmó una primera capitulación que reconocía la extinción en al antiguo Virreinato de Perú del dominio de España. Casi dos mil realistas resultaron muertos y ochocientos heridos, cayendo prisioneros dos tenientes generales (Canterac y La Serna), cuatro mariscales y diez generales, junto a dieciséis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales, más de dos mil soldados, además de infinidad de armamento. Los patriotas sufrieron la pérdida de un general y algo más de ochocientas bajas, entre muertos y heridos.

Al día siguiente el teniente general Canterac firmó en Quinua, el pueblito más cercano a Ayacucho, la capitulación definitiva de todos los efectivos realistas en Perú, estimados en más de doce mil hombres, así como todas las fortalezas españolas en ese territorio. El 12 de diciembre el propio Canterac escribió a El Libertador un mensaje expresando que «a pesar de haber sido derrotado, no podía dejar, como admirador de la gloria, de felicitar a Bolívar por la victoria de Ayacucho que coronaba sus actividades en el Perú».³²

Solo la fortaleza Real Felipe de El Callao no aceptó la rendición, asediada por las fuerzas del general Salom, prolongada hasta el 26 de enero de 1826. Tampoco la reconoció el general Olañeta, cuyos efectivos estimados en poco más de tres mil hombres estaban aislados en el Alto Perú, acorralado por fuerzas al mando del general Arenales, que ascendían la sierra andina procedente

32 Citado por Lavretski, *Bolívar; op. cit.*, p. 135.

del Río de La Plata y las de Sucre, que avanzaban desde Perú, tras apoderarse de Cusco el día de Nochebuena. A continuación, el vencedor de Ayacucho prosiguió su marcha sobre el Alto Perú, donde ingresó en febrero de 1825.

La proximidad del ejército de Sucre propició que los propios seguidores del general Olañeta desertaran o se pusieran en su contra, hasta caer en la acción de Tumusla el 2 de abril de ese año, permitiendo al resto del ejército realista acogerse a las generosas condiciones de la capitulación de Ayacucho. Previendo este desenlace, Sucre escribió a Bolívar desde La Paz, el 4 de marzo de 1825: «En todo abril se habrá acabado esta fiesta y veremos de qué nos ocupamos por la Patria. Tal vez la Habana es un buen objetivo».³³

33 Carta de Sucre, citada por Jorge Alejandro Ovando Sanz, *La invasión brasileña a Bolivia en 1825*, La Paz, Librería Editorial Juventud, 1986, p. 27.

Capítulo XI

NO PODEMOS CHOCAR CON EL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS

A PESAR DE LA ENORME satisfacción que sentía por la victoria de Ayacucho, Bolívar dudó en emprender a renglón seguido la liberación de Cuba, tema al que se había referido en forma muy favorable en varias ocasiones, como cuando escribió a Santander el 8 de agosto de 1820: «voy a buscar a Morillo para que hagamos la paz en Caracas, como Ud. se la hizo a Barreyro en Bogotá. Y después, ¡Dios nos asista!, adiós del Perú y México; adiós de La Habana y Puerto Rico. Yo no le pido a Dios más que una victoria, porque las demás yo las tengo seguras».¹ En su estrategia, como escribió a Joaquín Campino, no habría «solidez ni estabilidad mientras exista en cualquier parte de América un ejército real».²

Pero ahora que la guerra había terminado estaba desilusionado sobre su destino futuro y acariciaba la idea de renunciar e irse al extranjero. Así se lo confesó al propio Santander en carta fechada en Lima el 20 de diciembre de 1824, apenas unos días después de la victoria de Ayacucho: «Desde que los negocios del Perú se empeoraron tan horriblemente, que solo por un milagro podría yo salir bien de mi comisión, estuve de tan mal humor que confieso (...) la victoria me ha vuelto a mi primer estado de alegría». Y un párrafo después añadió, «estoy resuelto a dejar este gobierno de Bogotá», pues «ya Colombia no necesita de mí».

1 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 489. El mejor análisis del tema en Francisco Pérez Guzmán, *Bolívar y la independencia de Cuba*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1988.

2 Carta del 10 de septiembre de 1823, Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 800.

«No se me podrá tachar de egoísta, pues bastante he servido durante la revolución. Me queda un tercio de vida, y quiero vivir».³

Fue precisamente en esta misiva pesimista donde expresó estar abrumado ante los numerosos problemas que debía enfrentar, tanto en Perú como en su propia patria, donde desestimó la idea de apoyar la independencia cubana. No solo escribió que iba a dejarlo todo para retirarse, algo que en realidad no haría hasta 1830, sino también se desentendió de la posibilidad de enviar una expedición a la mayor de las Antillas, lo que ha servido de argumento a algunos historiadores para afirmar que El Libertador nunca pretendió hacerlo.

En esa misma carta propuso utilizar a Cuba como carta de negociación a cambio del reconocimiento de la independencia: «Me parecía bien que el gobierno de Colombia (...) intimase a la España qué si en tanto tiempo no reconocía la independencia de Colombia y hacía la paz, estas mismas tropas irían a la Habana y Puerto Rico. Más cuenta nos tiene la paz que libertar esas dos islas: J'ai ma politique á moi. La Habana independiente nos daría mucho que hacer, la amenaza nos valdrá más que la insurrección. Si los españoles se obstinaren, Sucre puede ir a una parte, y Páez a otra (...).⁴

La misma idea la reiteró cinco meses después en otro oficio al propio Santander fechado en Arequipa el 20 de mayo de 1825. Aquí escribió que ni el Río de la Plata ni tampoco Estados Unidos debían ser invitados al congreso de Panamá, volviéndose a inclinar por el mantenimiento del estatus colonial de Cuba como parte de una negociación con España. También en esta carta al vicepresidente colombiano brotaron sus viejos prejuicios mantuanos en relación a la república haitiana, olvidando todo lo que había dicho y diría después sobre aquella nación de ex esclavos que tanto contribuyó a su causa.

No se olvide Usted jamás —apuntó el Libertador— de las tres advertencias políticas que me he atrevido a hacerle: primera, que no nos conviene admitir en la liga al Río de la Plata; segunda, a

3 *Ibid.*, t. II, pp. 58-59.

4 *Ibid.*, pp. 58-60.

los Estados Unidos de América, y tercera no libertar a la Habana. Estos tres puntos me parecen de la mayor importancia, pues creo que nuestra liga puede mantenerse perfectamente sin tocar a los extremos del Sur y del Norte; y sin el establecimiento de una nueva república de Haití. Los españoles, para nosotros, ya no son peligrosos, en tanto que los ingleses lo son mucho porque son omnipotentes; y, por lo mismo, terribles. Con respecto a La Habana, nos conviene decir a España, que si no hace la paz, pronto estará privada de sus dos grandes islas. Ya he dicho a Usted antes esto mismo, y lo repito por si acaso no ha llegado a manos de Usted mi carta. El general Sucre tiene muchas ganas que se verifique la expedición; pero yo no he podido verlo aún para explicarle mis ideas.⁵

Eso explica que la primera reacción de El Libertador al conocer la propuesta hecha por el primer presidente de los Estados Unidos Mexicanos, general insurgente Guadalupe Victoria, en el poder desde el 10 de octubre de 1824, para aliarse y atacar las Antillas hispanas, fuera dilatar su respuesta, tal como le indicó a Santander por carta desde Cusco el 10 de julio de 1825: «Las tropas que están en Venezuela o Cartagena pueden ir a una expedición marítima o reducirse a cuadros. Santa María [se refiere a Miguel de Santamaría, diplomático colombiano nacido en México (SGV)] me escribe desde Méjico convidándome a una expedición a la Habana, que Méjico dará 6.000 hombres y buques si quiero. El año que viene trataremos esto, sin olvidar lo que he dicho antes sobre esta expedición».⁶

Ante la insistencia mexicana, todo indica que Bolívar no esperó tanto tiempo para autorizar la cooperación entre los dos países, pues se sabe de las coordinaciones y los pasos para operaciones ofensivas conjuntas contra las posesiones españolas en el Caribe y particularmente contra la fortaleza de San Juan de Ulúa en Veracruz. Quizás por eso, en carta posterior a Sucre, fechada en Chuquisaca el 11 de noviembre de 1825, le precisa en alusión a posibles acciones agresivas de España: «Ojalá hicieran esta locura para que perdieran a Méjico y La Habana a la vez. En caso

5 *Ibid.*, p. 137.

6 *Ibid.*, p. 172.

que tal suceda, ofrezca Usted 6.000 colombianos del Sur y 4.000 peruanos que yo llevaría inmediatamente a donde el peligro los llamase. Pero entienda usted que yo prefiero ir a Méjico a La Habana por las razones de marras. Sólo en el último caso, lo arrostraremos todo, y aun iremos a España».⁷ Preocupado también por esa amenaza potencial, el 21 de enero de 1826 Santander le insistió sobre la conveniencia de «quitar de frente a Puerto Rico y La Habana o conseguir la garantía de Inglaterra para un armisticio».⁸

También emigrados cubanos presionaban en la misma dirección. A mediados de 1823 las autoridades españolas habían abortado el primer movimiento independentista en la isla caribeña, que pretendía establecer la República de Cubanacán, encabezada por el teniente coronel criollo José Francisco Lemus, con el apoyo de milicias autóctonas y logias secretas, entre ellas la denominada de Soles y Rayos de Bolívar.⁹ Algunos de los involucrados en la conspiración, entre ellos los cubanos José Aniceto Iznaga, José Fructuoso del Castillo y José Agustín Arango, así como el rioplatense José Antonio Miralla y Vicente Rocafuerte de Guayaquil, escapados a los Estados Unidos, se reunieron en Filadelfia con José María Salazar y el coronel Leandro Palacios, diplomáticos colombianos en ese país, con quienes acariciaron la idea de enviar una comisión a Colombia para buscar el apoyo de Bolívar.

Santander les recibió con amabilidad en Bogotá el 19 de enero de 1824, aunque comentó que los compromisos en Perú impedían por el momento ocuparse de la mayor isla del Caribe, algo que también explicó al general Páez, interesado en apoyar a los cubanos, en carta del 22 de febrero de ese mismo año: «sobre la expedición a Cuba o Puerto Rico no hay que hablar por ahora: primero, porque estando expuestos a ser invadidos en nuestra casa es locura ir a buscar fortuna a país donde creyéndose que hay

7 *Ibid.*, pp. 272-273.

8 Citado por Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 546.

9 Al parecer, el nombre de la conspiración tuvo que ver con la frase de propio Bolívar: «Estoy como el sol, brotando rayos por todas partes», escrita a Santander el 5 de julio de 1823. Véase Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 782. Más de seiscientos criollos fueron procesados solo en La Habana y Matanzas, donde iban a sublevar las milicias. Más detalles en Guerra Vilaboy, *Cubanacán, la nación imaginada*, *op. cit.*

jamones no hay ni estacas; segundo, porque el Perú demanda con más urgencia y necesidad auxilios que nos aseguren por el sur; tercero, porque no tengo recursos para expediciones».¹⁰

Tras la victoria de Ayacucho, este activo grupo de patriotas cubanos refugiados en Estados Unidos y ahora también en México tras el ascenso al poder del general Guadalupe Victoria, decidió gestionar una entrevista en persona con el propio Libertador, para ganarlo a la causa de la independencia antillana, desconociendo sus recientes consideraciones a Santander que eran de carácter privado. La misión fue encargada al propio Arango y a Agustín de Las Heras, hermano del fallecido coronel cubano José Rafael de las Heras, que ya mencionamos, muerto en combate en Venezuela.

A comienzos de 1825 se encontraban esos dos cubanos en Perú, incorporados a las tropas colombianas que iban a sumarse al sitio de El Callao al mando del general puertorriqueño Antonio Valero —también interesado en la liberación de las Antillas hispanas—, Arango como su secretario privado y las Heras en calidad de militar. En Lima, presentaron una solicitud de audiencia a Bolívar, fechada el 25 de febrero de ese año, titulada «Exposición de dos hijos de la Isla de Cuba a S. E. el Libertador de Colombia y del Perú», en la que señalaban:

La Isla de Cuba, señor EXcmo. que ha tenido la desgracia lamentable de parecer hasta hoy enemiga de las instituciones republicanas del Continente de la América del Sur por el Gobierno que la rige, tiene muchos hijos, o diremos la mayoría que son dignos del nombre americano y que aman la libertad, no por instinto o por rutina, sino en conciencia y por un íntimo convencimiento, patriotas acendrados, dispuestos a defenderla con el brazo, el corazón y la vida, cuando les abra camino el término feliz de los sucesos de estas regiones ya desencadenadas, y cuando el destino toque la hora de fortuna de que el Ángel Tutelar de Colombia y del Perú, usted mismo, se digne ampararlos en la protección por que suspiran.

10 Tomado de Francisco J. Ponte Rodríguez, *José Antonio Miralla y sus trabajos*, La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba, 1960. p. 78.

El cielo y la naturaleza conserven a V.E., tanto como deseamos para que con su genio sublime y su espada mucho más fuerte que la de la fatalidad llegue a ser también el Libertador de Cubanacán y de la hermosa Isla de Puerto Rico, últimas reliquias de la dominación española en el Atlántico, de donde debe ser despedida para su total oprobio y maldad. Tenemos la honra de ser, señor, sus más atentos y humildes servidores y de ofrecerle todas nuestras consideraciones y respetos.¹¹

En Lima desde abril de 1825, los cubanos Arango y Las Heras se entrevistaron con El Libertador en Chorrillos, poco antes de que emprendiera su marcha triunfal a la sierra andina y al Alto Perú, pues consideraban que había llegado la hora de la libertad para las Antillas españolas. En la conversación, Bolívar reconoció que «él tenía resuelto mucho antes esa misma medida de echar a los españoles de Cuba y Puerto Rico para extinguirlos completamente de toda la América; que así lo había ofrecido y empeñado su palabra al Coronel Heras (José Rafael), cubano, que había hecho grandes servicios en su clase a Colombia y muerto gloriosamente en el campo de batalla defendiendo su causa».¹²

Al parecer, la insistencia de los patriotas de la mayor de las Antillas y la espada de Damocles que significaba para Colombia la presencia española en Cuba, al no verificarse el reconocimiento de su independencia por España, determinaron que El Libertador terminara por dar luz verde a su viejo anhelo de contribuir a la emancipación caribeña, casi al mismo tiempo que dejaba de hablar de su posible renuncia y retirarse a la vida privada. Para uno de sus biógrafos, «el ocuparse de la Constitución boliviana le apartó de esas ideas porque durante un tiempo no insiste en ellas».¹³

11 El texto íntegro en Julián Vivanco, *José Antonio Miralla. Precursor de la Independencia de Cuba*, Editorial El Sol, 1958, t. III, pp. 131-133.

12 Citado por José Aniceto Iznaga, «Por qué Cuba y Puerto Rico no fueron libertadas por Bolívar. El Congreso de Panamá de 1826», en Emilio Roig de Leuchsenring, *Bolívar, el Congreso Interamericano de Panamá, en 1826, y la independencia de Cuba y Puerto Rico*, La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad, 1956, p. 146.

13 Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 578. Este autor incluso se pregunta: «¿Por qué cambió de criterio respecto a las relaciones políticas entre las nuevas

Eso también puede explicar que escribiera dos misivas a Páez, la primera fechada en Potosí, el 16 de agosto de 1825, en la que señalaba: «Usted habrá visto por mis anteriores cartas, que han marchado para Venezuela mil seiscientos hombres: que dentro de tres meses marcharán otros tantos, y que probablemente en todo el año entrante iré yo, llevando seis mil hombres. Aseguro a usted que cada día estoy más y más determinado a ejecutar esta operación [el propio Páez asegura que se refiere a Cuba, (SGV)], de que resultará un inmenso bien a Colombia».¹⁴ Como Páez, Sucre también le insistía a El Libertador con marchar con su ejército a Cuba, lo que se desprende de una misiva suya a Soublette, fechada en Potosí en 1825 donde anotó: «Desde febrero he escrito al gobierno a ver si quiere que este ejército vaya a La Habana, puesto que ya no tenemos que hacer aquí. Yo reuniré más de 7,000 soldados, sin contar con los que ha traído Valero».¹⁵

Al parecer, la resistencia de España a reconocer la independencia de Colombia y sus renovados planes de reconquista, la presión de sus propios generales y de los patriotas cubanos, junto al interés del gobierno de México en organizar una expedición conjunta sobre las Antillas hispanas, variaron la postura de Bolívar. Prueba de ello es que el 20 de septiembre de 1826, Sucre le escribió cuando ya se encontraba en tierra colombiana: «Me convida Usted a la expedición a La Habana: no solo la acepto por mil motivos de gratitud y de gloria , sino que la anhelo; creo que ella a un tiempo sirve a los destinos de Colombia y de la América».¹⁶ En la misma dirección apunta el testimonio de Iznaga:

Simón Bolívar, en su gran imaginación y en su gran ambición de guerrero emancipador, abrió el grandioso propósito de invadir

Repúblicas? ¿Quería mandarlas a todas, directa o indirectamente? ¿Cómo se explican sus constantes manifestaciones de no querer mando en Perú ni en Colombia con el deseo de dominar?». *Ibid.*, p. 579.

14 En José Antonio Páez, *Memorias del General José Antonio Páez*, Madrid, Editorial América, 1916, p. 454.

15 Tomado de Mariano Abril, *Antonio Valero. Un héroe de la independencia de España y América*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1971, p. 147.

16 Citado por Francisco Pacheco, «Cuba y la solidaridad latinoamericana», en María Cristina Llerena [compiladora], *Sobre la guerra de los 10 años. 1868-1878*, La Habana, Edición Revolucionaria, 1973, p. 337.

con sus huestes a Cuba, y la geografía y la política le obligaban a darse la mano en las Antillas con las legiones de México, obedeciendo a las mismas urgentes e indeclinables necesidades que lo hicieron trasponer los Andes y unirse al ejército argentino-chileno en el litoral del Ecuador. Cuba era y tenía que ser, sobre todo, para Colombia y México lo que fue el Perú para el hemisferio del Sur; el punto de apoyo desde donde España, vencida pero no domada, intentaría la conquista de sus colonias. Colombia y México, por lo mismo, guiados por el instinto de conservación, reconocieron que tenían que luchar juntas, en los campos de Cuba y Puerto Rico. Bolívar en su exaltada fantasía, no limitaba su grandioso programa a la emancipación de las Antillas, fue más lejos y soñó hasta con invadir la misma España, para imponer por la fuerza el reconocimiento de la independencia de las nuevas repúblicas.¹⁷

Las primeras referencias a una expedición a las Antillas españolas de Colombia y México, la de mayor concreción en todos estos años, aparecen en una carta de Santander dirigida a Bolívar, fechada en Bogotá el 6 de junio de 1825, en la que, al parecer, solo inicialmente se pretendía el bloqueo de La Habana con la colaboración mexicana.

Tengo entre manos y muy reservado el proyecto de bloquear La Habana con una fuerte escuadra. Llevo tres objetos: 1. cooperar a la reducción de Ulúa, sobre lo cual estamos de acuerdo con el Gobierno mejicano, que paga los gastos; 2. encerrar a los españoles en la isla para que no se metan a hostilizar nuestras costas; y 3. contribuir a realzar la gloria y reputación de Colombia. No hablo de expedición formal, porque no podemos hacerla por sí solos, estando muy bien guarneída la isla. Espero de Europa un navío de 74, que se llamará Bolívar, dos bergantines y dos fragatas de a 44, que todo lo tengo pagado; estos buques, reunidos a los que tenemos, acabarán con la escuadra española, y luego pueden ir una fragata y un buen bergantín o corbeta al Pacífico para que no sea preponderante la fuerza marítima de los otros Estados. Si el bloqueo no nos rinde la cuenta, pensaremos formalmente en Puerto Rico. Estoy autorizado por el Congreso para todo, que ha sido buena fortuna.¹⁸

17 José Aniceto Iznaga, «Por qué Cuba y Puerto Rico no fueron libertadas por Bolívar. El Congreso de Panamá de 1826», En Roig, *Bolívar; op. cit.*, p. 156.

18 En Ponte, *José Antonio Miralla, op. cit.*, pp. 90-91.

Para esta empresa Colombia contaba con la colaboración del gobierno de Guadalupe Victoria en México, con el que ya existía una alianza para incursionar contra las tropas españolas en Cuba y Puerto Rico con base en el Tratado de Unión Liga y Confederación Perpetua firmado entre los dos países el 3 de octubre de 1823. Incluso se habían iniciado preparativos con la adquisición de embarcaciones y el entrenamiento de tropas, que se concentraban en los puertos de Campeche y Cartagena, al extremo que el 7 de marzo de 1825 el general mexicano Antonio López de Santa Anna, encargado por su gobierno de organizar en Yucatán la invasión a Cuba, aludió en un manifiesto hecho público a la participación colombiana.¹⁹

Se sabe que los planes y destinos de la expedición se realizaron con gran discreción, al extremo que el general Lino Clemente, nombrado por Bolívar al frente de la Escuadra de Operaciones no los conocía. El 10 de noviembre de 1825, el encargado de Negocios norteamericano en Bogotá escribió al secretario de Estado Henry Clay: «Indudablemente hay aquí preparativos para una expedición militar fuera de Colombia. Todos saben el objeto de ella, pero nadie sabe a punto fijo el lugar de destino. Sin embargo, como las posesiones del enemigo en los mares americanos están restringidos a las dos islas de Cuba y Puerto Rico, no es aventurado decir que la expedición se dirigirá a alguna de ellas. Casi toda la fuerza naval de la República se halla reunida en este puerto [Cartagena, (SGV.)]».²⁰

Para proceder, Colombia esperaba la llegada de unos buques que se construían en el extranjero y el traslado del batallón colombiano Girardot a Cartagena, misión encomendada por Bolívar al mencionado general puertorriqueño Valero, que en el sitio de El Callao había contado con el apoyo de los cubanos Arango, auditor de Guerra del Ejército Unido, y a Pedro Pascasio Arias como teniente ayudante.

19 Véase José Luciano Franco, *Armonía y contradicciones cubano-mexicanas (1554-1830)*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, p. 82.

20 Citado por Ornán Roldán Oquendo, *Las relaciones entre México y Colombia 1810-1862*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, p. 72.

En Cartagena la presencia de las fragatas *Venezuela* y *Boyacá*, la corbeta *Ceres* y los cañoneros *Oreja* y *Bolívar* indicaban la proximidad de la partida de la expedición libertadora. Prueba de lo avanzado de estos preparativos es la carta de un oficial de la escuadra de Colombia, del 23 de octubre de 1825, dirigida a su hermano en Estados Unidos, en la que se testimonia:

Presumo habrás oído que se prepara una expedición contra la isla de Cuba: consiste ésta en un navío de 74, cinco fragatas, seis corbetas, un cierto número de bergantines, goletas, lanchas, cañoneras, etc. El número de tropas es de diez a doce mil hombres y creemos generalmente que por la opinión de sus naturales será fácil el logro de la empresa sin derramamiento de sangre. Nuestra salida está detenida porque se esperan de Nueva York dos fragatas (...) de suerte que dentro de pocos días me verás otra vez en el campo de la guerra (...) Las operaciones de la Armada serán dirigidas por el general Lino Clemente, el comodoro [Renato] Beluche y yo. Yo creo [que] está deseada expedición no encontrará oposición en los generosos habitantes de la opulenta isla de Cuba (...).²¹

Pero estos planes debieron detenerse por la abierta oposición del gobierno de los Estados Unidos, que consideraba a las Antillas españolas no solo dentro de su esfera de interés comercial, sino también campo propicio para su expansión territorial. Debido a que la fuerza naval de Inglaterra le impedía por el momento absorber a «Estas islas [que] por su posición local, son apéndices naturales del continente norteamericano»,²² Washington prefería que permanecieran en manos de una potencia decadente como España, en espera de las condiciones favorables para apoderarse de ellas. No por gusto el secretario de Estado del gobierno de James Monroe, John Quincy Adams, había instruido el 28 de abril de 1823 a su representante en Madrid de dar garantías a la Corona española de que «los deseos de

21 *Ibid.*, p. 89.

22 Nota del 27 de abril de 1823 de John Quincy Adams, secretario de Estado al representante del gobierno norteamericano en Madrid, en José Luciano Franco, *Revoluciones y conflictos internacionales en el Caribe. 1789-1854*, La Habana, Academia de Ciencias, 1965, t. II, p. 264.

su gobierno son que Cuba y Puerto Rico continúen unidos a la España (...).».²³

En esa misma carta estaba la descarnada formulación de la conocida tesis de la «fruta madura». La postura de espera paciente, fue luego ratificada por Henry Clay, sustituto de Adams en la Secretaría de Estado, en las instrucciones del 27 de abril de 1825 a su nuevo diplomático en la corte borbónica: «Este país prefiere que Cuba y Puerto Rico continúen dependiendo de España. Este gobierno no desea ningún cambio político de la actual situación».²⁴ Por eso Estados Unidos se opuso a la proyectada expedición militar colombiano-mexicano a las Antillas el 10 de mayo de 1825, al referirse a que: «El éxito de la empresa no es nada improbable [...] ya que (SGV) una gran parte de la población de la isla está predisposta a la separación de España, y por consiguiente se convertiría en un poderoso aliado de las armas republicanas».²⁵

La hostil política norteamericana la expuso claramente el mismo Clay en 1825 en energicas notas a Colombia (25 de mayo) y México (25 de diciembre),²⁶ exigiendo la inmediata suspensión «de la salida de la expedición contra Cuba y Puerto Rico que se sabe se está preparando en Cartagena, o de cualquiera otra que se medite contra estas islas».²⁷ Ante la fuerte presión estadounidense, el gobierno de Bogotá, como también hizo el de México, se vio obligado a responder que «no aceleraría, sin grave motivo, operación alguna de gran magnitud contra las Antillas españolas, hasta que sometida la proposición al juicio del Congreso Americano del Istmo se resolviera de consuno sobre ella por los aliados».²⁸

Para tratar de comprometer a los delegados al congreso de Panamá —tema del siguiente capítulo—, con la causa emancipadora de las dos islas caribeñas, Bolívar se las había ingeniado

23 Tomado de Philip S. Foner, *Historia de Cuba y sus relaciones con los Estados Unidos*, La Habana, Editora Universitaria, 1966, p. 208.

24 *Ibid.*, p. 226.

25 Tomado de Piero Gleijeses: «The Limits of sympathy: The United States and the independence of Spanish America», *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, University Press, # 24, 1992, p. 242.

26 Madariaga, *op. cit.*, t. II, p. 325.

27 En Roig, *op. cit.*, p. 41.

28 *Ibid.*, p. 155.

para hacer coincidir en la cita de Panamá a varios cubanos y otras personas comprometidas con la liberación antillana. Uno era el peruano Vidaurre, designado al frente de la delegación de su país, que tenía de secretario al cubano Arango, ambos participantes en la abortada conspiración de los Soles y Rayos para fundar en la isla caribeña la República de Cubanacán.

Otro revolucionario cubano que estuvo en Panamá por esos días era Fructuoso del Castillo, edecán del general puertorriqueño Antonio Valero, recién designado comandante militar del istmo, tras la rendición de El Callao y que en el Congreso Anfictiónico fungió como secretario de la Legación de Colombia. Bolívar, como ya se dijo, le había encomendado la movilización de efectivos colombianos para la planeada expedición libertadora al Caribe.

En esas fuerzas militares servían desde noviembre de 1824 los cubanos Pedro Pascasio J. Arias, Juan Gualberto Ortega y Francisco Melitón de Lamar, todos involucrados en la fallida conspiración de los Soles y Rayos. Otro patriota de la isla en Panamá era Iznaga —junto a su primo Antonio Hernández Iznaga—, quien coincidió allí con sus compatriotas Bartolo del Castillo, y Ramón Guerra, todos perseguidos en Cuba por su participación en la mencionada intentona de fundar la República de Cubanacán.

Sin embargo, nada en concreto se pudo conseguir en la reunión de Panamá en relación con la independencia de Cuba. Estados Unidos había instruido a sus representantes al congreso istmeño y a sus diplomáticos que debían «informar a los nuevos estados de forma abierta y sin ambages que no podíamos permitir ni permitiríamos que esas islas fueran molestadas».²⁹

Esa política de Washington era pública y notoria, lo que sin duda influyó en el ánimo de los delegados al congreso de Panamá, pues el propio presidente norteamericano John Quincy Adams, en su mensaje anual de 1826, lo había ratificado. Ya Santander, en informe reservado a El Libertador, fechado el 9 de marzo de ese mismo año, había alertado sobre la injerencia de Washington:

29 En Gleijeses, *op. cit.*, p. 249.

«Los Estados Unidos se han interpuesto con este gobierno para que se suspenda todo armamento contra la isla de Cuba (...)³⁰», con el pretexto que de otro modo pueden entorpecerse las negociaciones con España para lograr su reconocimiento a la independencia de las repúblicas hispanoamericanas.

A pesar de la reiterada oposición de Estados Unidos a la independencia de Cuba, todavía en 1827 Bolívar volvió a planear, por última vez, la emancipación de las Antillas españolas, ilusionado con la coyuntura favorable que creía había surgido por una supuesta guerra entre España e Inglaterra. Según cuenta el general Páez en sus *Memorias*, después de su entrada en Caracas el 10 de enero de ese año: «Uno de los principales asuntos de que me habló el Libertador en 1827, fue el de la libertad de Cuba y Puerto Rico»,³¹ que organizaba, «con gran sigilo y mayor prudencia», un contingente militar de varios miles de hombres de infantería y mil de caballería, que serían trasladados en la escuadra de Colombia, acciones para la que «contábamos también con los esfuerzos de México, que estaba de acuerdo en dárnoslos muy eficaces».³²

Al parecer, ahora no le preocupaba la posibilidad de arriesgar el reconocimiento de España a la emancipación hispanoamericana, ni tampoco la oposición de Estados Unidos. Se sabe que llegó a gestionar el apoyo de Inglaterra, país que creía en guerra con España, a través de su representante en Caracas, Sir Robert K. Porter, e incluso pidió a México el ataque o bloqueo de La Habana, para facilitar las primeras acciones sobre Puerto Rico.

Entusiasmado de nuevo con estos planes, El Libertador escribió al general Santa Cruz: «Parece llegado el momento de que hagamos la deseada expedición a la Habana y Puerto Rico, pues que ninguna ocasión se presenta más favorable. La Inglaterra nos dará buques y dinero. Así debe Ud. tener las tropas colombianas y peruanas en el mejor pie de marcha para cuando yo las pida».³³

30 Citado por Gustavo Vargas Martínez, *Reflexiones sobre el sueño bolivariano de la patria grande*, México, Editorial Domes, 1985, p. 77.

31 Páez, *op. cit.*, p. 499.

32 *Ibid.*, pp. 401 y 377.

33 Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 540.

El propio secretario de Bolívar, en oficio al ministro de Guerra, fechado el 27 de enero de 1827, confirmó estos nuevos proyectos: «El Libertador cree que debemos aprovechar estos momentos para emancipar a Cuba y Puerto Rico. No sólo alejaremos así de todo el hemisferio aun las últimas reliquias del poder español, sino que pondremos en acción nuestras tropas, conservaremos su disciplina y daremos mayor firmeza a nuestra existencia y gloria nacional».³⁴

Enterado de la presencia de El Libertador en Caracas, Iznaga marchó a verlo con una carta de recomendación del general Padilla, jefe de la flota colombiana, fechada el 5 de enero de 1827, una copia de un informe, que también había dejado a Páez, sobre las fuerzas militares de España en Cuba y de la situación en la isla y los proyectos cubanos de invasión. Según su versión, la respuesta recibida de El Libertador fue que:

(...) la oposición declarada, por parte de los Gobiernos de Inglaterra y los Estados Unidos, a que Colombia llevase sus armas a la Isla de Cuba y Puerto Rico, [era un, (S.G.V.)] impedimento que Bolívar consideraba poco menos que insuperable. Observó que el estado de los negocios de Colombia, tanto con objeto de su tranquilidad, como por la economía en los gastos, angustiado como se hallaba el Tesoro, aun sin otras muchísimas razones que pudieran citarse para hacer imperiosa aquella medida, las mencionadas solas sobraban para ello. «*Libres Cuba y Puerto Rico —añadió Bolívar— Colombia no tendría que temer de las armas españolas y estaría tranquila, reduciría su ejército considerablemente y establecería un plan de economía que disminuyese los gastos, debiendo, además, contar con los auxilios que pudieran prestarle Cuba y Puerto Rico libres.*» Concluyendo, y esto con vehemencia, del modo siguiente: «*Si los cubanos proclamasen su independencia, prestando siquiera un simulacro de Gobierno y pidiesen auxilio al Gobierno de Colombia, entonces ni el Gobierno de Inglaterra, ni el de los Estados Unidos se opondrían, y aunque se opusieran, Colombia no se detendría».*³⁵

34 Citado por Franco, *op. cit.*, t. II, pp. 363-364.

35 En Roig, *op. cit.*, pp. 150-151. Las cursivas en el original (SGV).

Sin embargo, los proyectos concebidos sobre el imaginario conflicto entre Inglaterra y España, se desvanecieron como por encanto al confirmarse la falsedad de su supuesta guerra con España, por lo que El Libertador debió suspender «todos los preparativos hasta otra orden».³⁶ A la invariable correlación de fuerzas internacionales adversas a la independencia antillana, se sumó la inesperada sublevación de las tropas colombianas en Lima (26 de enero de 1827) —que no se conoció en Caracas hasta mediados de abril de ese año—, y la reiterada oposición de Estados Unidos a cualquier expedición sobre Cuba y Puerto Rico. Ello lo condujo a abandonar para siempre su viejo sueño de completar la liberación hispanoamericana con la independencia de Cuba y Puerto Rico.

A regañadientes, Bolívar dispuso entonces que «la escuadra se desarmara en su mayor parte»,³⁷ aunque demoró todavía dos meses más para disponer la desmovilización militar ante la reiterada oposición de Estados Unidos a cualquier expedición sobre Cuba y Puerto Rico, así como al conocer la caída del gobierno de Santa Cruz en Perú. Un año después, el 30 de mayo de 1828, por disposición de El Libertador, firmada por el habanero Nicolás Tanco Bosmeniel, a la sazón el secretario de Hacienda del gobierno de Colombia, se dispuso la salida del territorio colombiano «a los oficiales naturales de la isla de Cuba empleados en el servicio de la República» exceptuando solo aquellos «que nunca se hayan implicado en conspiraciones».³⁸

Convencido de la imposibilidad de llevar a buen término, en esas condiciones, los planes de liberación de Cuba, debido a la oposición de Estados Unidos, el cubano Iznaga, tras consultar con varias personas, entre ellos los generales colombianos Padilla y Montilla, convocó a una reunión, a la que asistieron una veintena

36 Carta al general Urdaneta del 5 de febrero de 1827. En Bolívar, *op. cit.*, t. II, 546. No obstante, el Libertador todavía esperó dos meses más antes de ordenar la desmovilización de sus efectivos.

37 Citado por Apolinar Díaz Callejas, *Colombia-Estados Unidos, entre la autonomía y la subordinación, De la independencia a Panamá*, Bogotá, Planeta, 1977, p. 133.

38 El texto completo en González Barrios, *op. cit.*, pp. 59-60.

de emigrados de la isla, donde decidió la desmovilización y de la prevista concentración de sus compatriotas en Cartagena. Acongojado por la noticia de la muerte de sus dos hermanos en Jamaica, Iznaga dispuso que los emigrados llegados a Cartagena se disolvieran y se lo comunicó a Bolívar en carta fechada en esa ciudad el 27 de marzo de 1827.³⁹

Las noticias de la desarticulación de este proyecto libertador no tardaron en llegar a las autoridades españolas en Cuba. A través de un informante en Kingston, el capitán general Vives supo aliviado del fin de este último plan de Bolívar, que además llevaba la paralización de las actividades de los corsarios republicanos contra España. Así lo comunicó Vives, el 18 de mayo de 1827, al gobierno de Madrid:

La expedición que un puñado de Cubanos despreciables estaban formando en Cartagena contra esta Ysla según informé a V. E. en oficio de 4 de Abril próximo, se ha deshecho por que habiendo pasado a Caracas Dn. José Aniceto Yznaga para pedir auxilios a Bolívar, tuvo por respuesta la negación de ellos, y que se abstuviese con los demás en lo subsecivo de formar cualquier proyecto de esa naturaleza en territorio de la república por ser contrario á su política y á la unión y paz que conservaba con algunas potencias de Europa y con la del Norte América. Ynstruidos los demás aventureros del resultado de la misión de Yznaga se han dispersado.⁴⁰

39 En Vivanco, *op. cit.*, t. IV, pp. 242-243.

40 Citado por Olga Portuondo, *Cuba, constitución y liberalismo (1808-1841)*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2008, t. I, p. 216.

Capítulo XII

UNA NACIÓN DE REPÚBLICAS

BOLÍVAR FUE QUIEN MÁS LEJOS avanzó en los planes integracionistas de lo que llamó la América Meridional, para diferenciarla de la del norte. La primera alusión que aparece en sus papeles está en un artículo del 5 de septiembre de 1810, en el *Morning Chronicle* de Londres, donde escribió muy temprano: «El día, que no está lejos, en que los venezolanos (...) alzarán definitivamente la bandera de la independencia y declararán la guerra a España. Tampoco descuidarán de invitar a todos los pueblos de América a que se unan en confederación. Dichos pueblos, preparados ya para tal proyecto, seguirán presurosos el ejemplo de Caracas».¹

Ideas parecidas manifestó después en su *Manifiesto de Cartagena* de 1812 y en la *Carta de Jamaica* de 1815, ambos documentos ya mencionados. En varias misivas, entre ellas las enviadas a San Martín, O'Higgins y Juan Martín de Pueyrredón, jefes de los gobiernos de Perú, Chile y Río de la Plata respectivamente, el propio Libertador les propuso la asociación de cinco estados de la América Hispana como hermanos «que mutuamente se sostienen, protegen y defienden».² Desde Angostura, escribió al primero de estos mandatarios en 1818:

Luego que el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más

1 Tomado de Freddy Calderas, *Bolívar frente a Estados Unidos*, Maracaibo, Impresos Sur del Lago, 1983, p. 80.

2 En carta al Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, fechada en Tunja el 4 de febrero de 1821, en Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 533.

estrechas, nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte, el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con su aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas.

La América así unida, si el cielo nos concede ese deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas. Yo espero que el Río de la Plata, con su poderoso influjo, coopera eficazmente a la perfección del edificio político a que hemos dado principio desde el primer día de nuestra regeneración.³

Otra muestra de la coherencia de su pensamiento integracionista está en la proclama que emitió el 12 de junio de 1818, desde su cuartel en Angostura, a los habitantes del Río de la Plata, tras conocer el triunfo de San Martín en Maipú: «Vuestros hermanos de Venezuela han seguido con vosotros la gloriosa carrera que desde el 19 de abril de 1810 ha hecho recobrar a la América la existencia política, de la que la habían privado los tiranos de España (...) En todo hemos sido iguales (...) Habitantes del Río de la Plata: La república de Venezuela, bien que cubierta de luto, os ofrece su hermandad, y cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea unidad en la América Meridional».⁴

A Unanue, miembro del gobierno de Perú, le escribió el 25 de noviembre de 1825 sobre la «confederación cordial» que se debe formar en Hispanoamérica. Las nuevas repúblicas «se ligarán de tal modo, que no parezcan en calidad de naciones, sino de *hermanas*, unidas por todos los vínculos que nos ha estrechado en los siglos pasados».⁵ Y a O'Higgins, el 8 de enero de 1822, le comentó que, pese a todas las victorias obtenidas contra España, «nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de Repúblicas».⁶

3 Citado por Norberto Galasso, *op. cit.*, pp. 326-327.

4 *Ibid.*, p. 254.

5 Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 279. Las cursivas en el original (SGV).

6 *Ibid.*, t. I, p. 619.

La primera realización práctica de las ideas unionistas y antimonárquicas de Bolívar fue la fundación de la mencionada República de Colombia, piedra angular de sus aspiraciones de integración continental. El propio Libertador llegó a considerar la posibilidad, que finalmente consideró inviable, de la fusión de Bolivia y el Río de la Plata, a la que había pertenecido la emergente república del altiplano en la última etapa colonial.

La idea le fue formulada en Potosí, en octubre de 1825, por el general Alvear a nombre del gobierno de Buenos Aires, que entonces temía una invasión a su territorio del imperio brasileño.⁷ Según relató el propio Bolívar a Santander, en carta del 11 de noviembre de 1825, los rioplatenses le propusieron la integración en una sola república del Río de la Plata y el Alto Perú «llevando toda ella mi nombre».⁸ En respuesta a otra carta al mismo destinatario, que le advertía no comprometiera a Colombia en un conflicto con Brasil, le contestó casi en mala forma el 21 de octubre de ese año: «Yo no mando ahora sino pueblos peruanos y no represento un grano de arena de Colombia. Si los brasileños nos buscan más pleitos, me batiré como boliviano, nombre que me pertenece antes de nacer».⁹

A estos proyectos siguieron otros más ambiciosos, como el de la malograda unión o federación de los Andes, concebida para agrupar todas las colonias españolas liberadas por sus tropas.¹⁰ Según escribiera al general peruano Gutiérrez de la Fuente, el 12 de mayo de 1826, la integración de estas regiones la consideraba impostergable para no ver «perderse la obra de nuestros sacrificios y de nuestra gloria». La base de esta imaginada federación andina sería la constitución elaborada para Bolivia, a la que consideraba «el arca que nos ha de salvar del naufragio», siguiendo este razonamiento:

⁷ Véase la carta a Santander desde Chuquisaca, del 11 de noviembre de 1825, en *ibid.*, t. II, pp. 270-273. También su informe al mismo destinatario en el t. II, pp. 227-232.

⁸ *Ibid.*, t. II, p. 272.

⁹ *Ibid.*, p. 251.

¹⁰ En carta a Santander, del 17 de agosto de 1826, Bolívar, *ibid.*, p. 463.

Después de haber pensado infinito, hemos convenido entre las personas de mejor juicio y yo, que el único remedio que podemos aplicar a tan tremendo mal es una federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia, más estrecha que la de los Estados Unidos, mandada por un Presidente y vicepresidente y regida por la constitución boliviana, que podrá servir para los estados en particular y para la federación en general, haciéndose aquellas variaciones del caso. La intención de este pacto es la más perfecta unidad posible bajo de una forma federal.

La capital será un punto céntrico. Colombia deberá dividirse en tres estados, Cundinamarca, Venezuela y Quito; la federación llevará el nombre que se quiera; habrá una bandera, un ejército y una sola nación.¹¹

En febrero de 1826, después de que el congreso limeño prorrogó su mandato, Bolívar acometió el proyecto de crear una especie de confederación de los Andes, que debía reunir en un solo estado a la gran Colombia, Perú y Bolivia.¹² Como escribiera el 12 de mayo de ese mismo año, la integración de estos territorios era imprescindible para impedir la pérdida de todo lo alcanzado. Era la tabla de salvación, sustentada por la carta magna que había elaborado para Bolivia.

Uno de los defensores de esta idea fue el general Santa Cruz, artífice diez años después de la confederación Peruano-Boliviana, quien en carta a Sucre fechada en La Paz, el 28 de abril de 1826, le comentó que apoyaba «con calor la federación de estas dos repúblicas, presidida por el Libertador, bajo el título de Federación Boliviana: yo encuentro que el proyecto tiene más razones a su favor, y que sería mejor, si en esta Federación entrase Colombia al menos por la vida del Libertador, que debe presidirla. ¿No cree que estas repúblicas pueden constituirse así mejor, sin perder, ninguna, la respetabilidad y el orden que él le ha sabido dar?». ¹³

11 *Ibid.*, pp. 366-367.

12 Misiva a Santander, del 17 de agosto de 1826, *ibid.*, p. 463.

13 Andrés de Santa Cruz y Santa-Cruz Schuhkrafft, A., *Archivo histórico del mariscal Andrés de Santa Cruz*, La Paz, Universidad Mayor de San Andrés, 1976, tomo I, p. 193.

Sobre la importancia de unir las colonias recién liberadas de España había sentenciado Bolívar varios años atrás: «Si unimos todo en una misma masa de nación, al paso que extinguimos el fomento de los disturbios, consolidamos más nuestras fuerzas y facilitamos la mutua cooperación de los pueblos a sostener su causa natural. Divididos, seremos más débiles, menos respetados de los enemigos y neutrales. La unión bajo un solo gobierno supremo, hará nuestra fuerza, y nos hará formidables a todos».¹⁴

Hay que advertir que El Libertador diferenciaba el régimen federal que proponía, que estaba dirigido exclusivamente a la unión de los grandes virreinatos, capitanías y audiencias, de su aplicación a las pequeñas provincias. De ahí su persistente preocupación por diferenciar el término federalismo en una sola república, que implicaba la subdivisión, de la unión o confederación de naciones, que en su concepto significaba la cooperación orgánica entre ellas y la integración.

Al propio general Gutiérrez de la Fuente, le aclaró al respecto el 11 de abril de 1827: «Muchos han confundido la idea de federación de estados con la provincias»,¹⁵ según le expusiera con anterioridad en otra misiva al mariscal Sucre, el 18 de agosto de 1826: «Después de escrita esta carta hemos pensado que no debemos usar la palabra federación sino unión (...) Digo *unión* por que después pedirán las formas federales como ha sucedido en Guayaquil, donde apenas se oyó federación y ya se pensó en la antigua republiquita».¹⁶

El congreso de Panamá fue la máxima expresión de sus esfuerzos para la integración continental, sobre la base de una íntima asociación o alianza perpetua de las repúblicas independientes de Hispanoamérica. El modelo bolivariano consistía en crear una confederación de estados con órganos de poder propios —incluía la fuerza militar— y una ciudadanía común, junto a un régimen de comercio preferencial para los países miembros, que actuara de antídoto contra la fragmentación, la debilidad de las

14 Bolívar, *op. cit.*, t. I, p. 81.

15 *Ibid.*, t. II, p. 606.

16 *Ibid.*, p. 646. El subrayado en el original (SGV).

nuevas naciones, los peligros de anarquía y conflictos intestinos y las amenazas externas de conquista o recolonización.

El primer paso concreto en esta dirección fue dado en octubre de 1821 cuando despachó misiones diplomáticas especiales para concertar tratados de unión, amistad, liga y confederación perpetua entre las repúblicas recién emancipadas de España. Como resultado de estas gestiones, Colombia firmó acuerdos de este tipo con Perú (1822), Chile (1822), Buenos Aires (1823) —el más laxo de todos, solo de formal amistad— México (1823) y América Central (1825). Sobre el valor de estos pactos, acotó el historiador venezolano Acosta Saignes: «El Libertador, con su certera visión de estratega político y no solamente bélico, iba preparando de esa manera, sobre convenios de paz y amistad, las bases de la gran batalla política que deseaba dar en Panamá».¹⁷

Estos acuerdos entre las nuevas repúblicas hispanoamericana estipulaban la ayuda mutua y acciones conjuntas para rechazar la amenaza a la independencia por parte de España o cualquier otra potencia e incluían, con excepción del firmado con Buenos Aires, cláusulas similares en su contenido referidas al futuro congreso de Panamá. Otros apartados de los tratados tenían que ver con el mutuo otorgamiento de ventajas comerciales, igualdad de tratamiento para los nacionales de cada país y favorecer la circulación de personas y mercancías.

Como ya se indicó, dos días antes de la batalla de Ayacucho, el 7 de diciembre de 1824, Bolívar envió, desde la recién liberada Lima, a los gobiernos de Colombia y México, y más adelante al de Chile, el Río de la Plata y América Central, las invitaciones oficiales al Congreso Anfictiónico de Panamá. En la primera de ellas afirmaba:

Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América por obtener el sistema de garantías que, en paz y guerra, sea el escudo de nuestro destino, es tiempo ya que los intereses y relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos. Entablar aquel sistema y consolidar el poder de este gran cuerpo político

17 Miguel Acosta Saignes, *op. cit.*, p. 407.

pertenece al ejercicio de una autoridad sublime, que dirige la política de nuestros gobiernos, cuyo influjo mantenga la uniformidad de sus principios y cuyo solo nombre calme nuestras tempestades. Tan respetable autoridad no puede existir sino en una asamblea de plenipotenciarios nombrados por cada una de nuestras Repúblicas y reunidos bajo los auspicios de la victoria obtenida por nuestras armas contra el poder español.¹⁸

Al parecer, una de las primeras adhesiones a la propuesta provino del presidente mexicano Guadalupe Victoria. En carta a Santander, cuando se dirigía al Alto Perú en su marcha triunfal, El Libertador le comentó el 8 de mayo de 1825:

Ayer he recibido una carta de Méjico del 2 de febrero en que un señor Bustamente (Carlos María), amigo íntimo, según parece, del general Victoria, me escribe que dicho general no solamente ansiaba por la federación, sino que estaba pronto a que se me nombrase Generalísimo de la Unión Americana. Esto se conforma con la memoria publicada por el ministro de estado de Méjico, la cual habla con mucho elogio del proyecto de la federación y de la parte de nuestro gobierno en este plan. (...) Todo esto nos da ahora la facilidad de reunir con suceso el congreso. Sobre esto repetiré nuevamente que la federación con Buenos Aires y los Estados Unidos me parece muy peligrosa; porque se van a cruzar nuestros intereses con la Gran Bretaña y los tronos del continente a causa del Brasil.

Ya he dicho a Usted que he indicado a Quito para la residencia del congreso; porque el Istmo es mortífero. Los diputados del Perú estarán en el Istmo para cuando Usted reciba esta carta.¹⁹

Las principales instrucciones impartidas por Bolívar a la mencionada delegación apuntaban a la búsqueda de la unidad de las repúblicas hispanoamericanas: renovación del pacto de unión, liga y confederación; determinación del contingente de fuerzas terrestres y marítimas de los estados signatarios; declaración de la asamblea del istmo y la efectividad de su arbitraje; tratados de

18 La carta de Carlos María de Bustamante a Bolívar, fechada en México el 2 de febrero de 1825, en *Por la Libertad, Bolívar y México, Antología documental*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2023, p. 67

19 *Ibid.*, pp. 128-129. La alusión a lo mortífero de Panamá tiene que ver con las precarias condiciones de la ciudad y sus endémicas epidemias.

comercio y navegación y la independencia de Cuba y Puerto Rico. A estas proposiciones, le añadió un plan combinado de hostilidades contra España, para obligarla a reconocer la independencia de sus ex colonias. También incluía la abolición de la esclavitud en todo el territorio confederado.

Bolívar consideraba que las facultades de este cónclave «se deben ampliar hasta lo infinito y darle un vigor y una autoridad verdaderamente soberana». ²⁰ En la convocatoria al tratado de unión, entregada a Joaquín Mosquera, dejó establecido que: «la asociación de los cinco grandes Estados de América para formar “una nación de repúblicas”, objetivo tan sublime en sí mismo que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para Europa. La imaginación no puede concebir sin pasmo la magnitud de un coloso que, semejante a Júpiter de Homero, hará temblar la tierra de una ojeada. ¿Quién resistirá a la América reunida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad».²¹

La estrategia de Bolívar para la reunión de Panamá, en lo referido a los estados que debían convidarse a la unión, quedó definida de manera muy clara en carta al general Santander desde Arequipa (Perú), del 30 de mayo de 1825. En ella manifestaba su inconformidad con la invitación cursada por el vicepresidente de Colombia a Estados Unidos para participar en el congreso de las repúblicas de la América Meridional:

He visto el proyecto de federación general desde los Estados Unidos hasta Haití. Me ha parecido malo en las partes constituyentes, pero bello en las ideas y en el designio. Haití, Buenos Aires y los Estados Unidos tienen cada uno de ellos sus inconvenientes. México, Guatemala, Colombia, el Perú y Chile y el Alto Perú pueden hacer una soberbia federación; la que tiene la ventaja de ser homogénea, compacta y sólida. Los americanos del Norte y los de Haití, por sólo ser extranjeros tienen el carácter de heterogéneos para nosotros. Por lo mismo, jamás seré de opinión que los convidemos para nuestros arreglos americanos.²²

20 Carta a Santander, desde Potosí, del 21 de octubre de 1825, *ibid.*, t. II, p. 251.

21 Tomado de Galasso, *op. cit.*, p. 520.

22 Véase Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 148. Germán A. de la Reza, en el Preámbulo a su encendido *Documentos sobre el Congreso Anfictiónico de Panamá*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho, 2010, matiza el papel de Santander cuando

Como se puede apreciar, el proyecto bolivariano de unidad continental estaba concebido solo para las antiguas colonias españolas, con un enfoque aliancista entre los países confederados. La exclusión del débil y controvertido gobierno de Buenos Aires —que en la práctica no tenía jurisdicción sobre las provincias del extinguido Virreinato del Río de la Plata— obedecía solo a razones coyunturales y la explica en esa misma carta: «Buenos Aires no es más que una ciudad anseática sin provincia» [sic.],²³ lo que equivalía a decir que no existía un gobierno que representara a toda esa gran región del Cono Sur.

Además, el propio gobierno bonaerense, le había expresado a Mosquera, el enviado diplomático colombiano, su falta de interés en el proyecto integracionista bolivariano, que le comunicó a Bolívar en Pativilca.²⁴ Por eso le había comentado a Santander el 21 de octubre de 1825 cuando se encontraba en Potosí, donde estaba presente el general rioplatense Alvear, que los de Buenos Aires «quieran restringir las facultades del congreso, y yo creo que se deben ampliar hasta el infinito».²⁵

En realidad, el Congreso Anfictiónico de Panamá tenía previsto reunirse en 1825, pero los primeros delegados llegados a la cita procedentes de Perú debieron esperar varios meses por los representantes de otros países. Al final la reunión se realizó del 22 de junio al 15 de julio de 1826, con la asistencia de delegaciones de Perú, Centroamérica, México y Colombia —territorios que actualmente comprenden doce repúblicas latinoamericanas—, así como de Gran Bretaña y Holanda en calidad de observadores, pues los representantes norteamericanos

señala (p. XVII): «El Vicepresidente espera que Estados Unidos participe *solo* en las conferencias generales sobre “derecho de gentes” y comercio, reservando a los hispanoamericanos las sesiones destinadas a establecer la Confederación y las fuerzas defensivas comunes». Lo cierto es que el congreso norteamericano sólo autorizó la participación como observador, el mismo estatus de Inglaterra y Países Bajos. También México y Centroamérica apoyaron la invitación a Estados Unidos como observador. El subrayado en el original.

23 Carta a Santander del 30 de mayo de 1825 desde Arequipa, Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 148.

24 Véase Polanco Alcántara, *op. cit.*, p 565.

25 Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 251.

no llegaron a tiempo. Uno murió en la travesía y el otro después de finalizado el cónclave.

A pesar de que El Libertador consideraba imprescindible el apoyo de Inglaterra para detener los planes de reconquista que fraguaban España y la Santa Alianza, estaba consciente de los peligros potenciales que entrañaba los vínculos con el gobierno británico. Prueba de ello es que con anterioridad, el 5 de agosto de 1823, le había escrito desde Guayaquil a Bernardo Monteagudo sus objeciones a una confederación patrocinada entonces por Portugal,²⁶ en la que vislumbraba maniobras divisionistas y peligros de toda índole.

El aludido proyecto portugués se proponía convocar un congreso en Washington para formar una especie de confederación de varios países de Europa y América. En la proposición lusitana, El Libertador advirtió el plan de desvirtuar el sentido de la alianza con Hispanoamérica que se proponían tejer desde Lisboa y puso al descubierto las oscuras intenciones de las grandes potencias:

A primera vista, y en los primeros tiempos, presenta ventajas; pero después, en el abismo de lo futuro y en la luz de las tinieblas, se dejan descubrir algunos espectros espantosos. Me explicaré un poco: tendremos en el día la paz y la independencia, y algunas garantías sociales y, de política interna; estos bienes costarán una parte de la independencia nacional, algunos sacrificios pecuniarios, y algunas mortificaciones nacionales. Luego que la Inglaterra se ponga a la cabeza de esta liga seremos sus humildes servidores, porque, formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez y en la vejez seremos libertos.

Yo creo que Portugal no es más que el instrumento de la Inglaterra, la cual no suena en nada, para no hacer temblar con su nombre a los cofrades; convidan a los Estados Unidos por aparentar desprendimiento y animar a los convidados a que asistan al banquete; después que estemos reunidos será la fiesta de los Lapitas, y ahí entrará el León a comerse a los convivios.²⁷

26 Más detalles en Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 565.

27 Bolívar, *op. cit.*, t. I, pp. 791-792. También es la razón por la que El Libertador escribiera a Santander, el 8 de marzo de 1825, «Los ingleses y los

Pese a que en el cónclave de Panamá hubo reticencias de algunas delegaciones a aceptar la propuesta bolivariana de formar un ejército continental hispanoamericano, respuesta natural a los proyectos agresivos de la Santa Alianza, favorecidos con la restauración del absolutismo en España, al final se aceptó una tácita coordinación como parte de los cuatro tratados signados. El más importante de ellos fue el de Unión, Liga y Confederación Perpetua —abierto a la firma de los restantes países de Hispanoamérica—, en cuyo texto se puntualizaba «cuál conviene a naciones de un origen común, que han combatido simultáneamente por asegurarse los bienes de libertad e independencia». ²⁸

Este tratado tenía treinta y dos artículos y uno de ellos especificaba: «El objeto de este pacto perpetuo será sostener en común, defensiva y ofensivamente si fuese necesario, la soberanía e independencia de todas y cada una de las potencias confederadas de América contra toda dominación extranjera». ²⁹ El propio acuerdo también afirmaba el carácter irrevocable de la independencia hispanoamericana, declaraba la solidaridad de las naciones firmantes y concedía la ciudadanía común a sus habitantes, aunque no fue ratificado después por los gobiernos representados en Panamá, con excepción de Colombia.

En el cónclave hubo desacuerdos entre algunas delegaciones sobre varias cuestiones. Entre ellas, los alcances de la alianza que se proponía y también el controvertido tema de los límites de los nuevos estados. Por último, se acordó seguir las sesiones en Tacubaya, México (1828), donde el proyecto fue sepultado.

Los resultados de Panamá fueron duramente criticados por Bolívar. En carta al general Páez, del 8 de agosto de 1826, escribió: «El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los barcos que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejeros: nada

norteamericanos son unos aliados eventuales y muy egoístas» (*ibid.*, t. II, p. 97).

28 En Octavio Arizmendi Posada, *¿Es posible una confederación hispanoamericana?*, Bogotá, Canal Ramírez-Antares, 1984, pp. 105-106.

29 *Ibid.*, p. 107.

más».³⁰ Y al general Briceño Méndez le precisó poco después, el 14 de septiembre del mismo año: «He leído aquí los tratados celebrados en Panamá y voy a darle a Ud. francamente mi opinión. El convenio sobre contingentes de tropas, es inútil e ineffectivo. La traslación de la Asamblea a México va a ponerla bajo el inmediato influjo de aquella potencia, ya demasiado preponderante, y también bajo el de los Estados Unidos del Norte».³¹

En el congreso de Panamá se frustró también, por la declarada oposición de Inglaterra y Estados Unidos, el plan de Bolívar para liberar, con el apoyo de las nuevas repúblicas, a Cuba y Puerto Rico y lograr después su ingreso en la gran confederación hispanoamericana. La independencia de las dos islas antillanas era clave en el proyecto bolivariano de agrupación continental, pues se realizaría con el concurso de varios países, creando sólidos fundamentos para la unidad de acción de los pueblos de la América Meridional.

Eso explica que entre las propuestas de Colombia al Congreso de Panamá, una apuntaba a que se «considerase la conveniencia de combinar las fuerzas de las Repúblicas para liberar a las islas de Cuba y Puerto Rico del yugo de España, y en tal caso, con que contingente debiera contribuir cada uno a este fin».³² Pero la oposición norteamericana impidió que el cónclave istmeño, como ya se explicó, se pronunciara sobre la cuestión de la independencia antillana, echando por tierra todas las esperanzas depositadas por Bolívar en esa reunión.

30 Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 459.

31 *Ibid.*, p. 471.

32 Citado por Foner, *op. cit.*, p. 234.

Capítulo XIII

EL FUEGO DE LA DISCORDIA

LA DERROTA REALISTA EN AYACUCHO facilitó a los guerrilleros de José Miguel Lanza, único caudillo sobreviviente de la guerra irregular contra los realistas en el Alto Perú, ocupar La Paz el 29 de enero de 1825 y proclamar a continuación la independencia de ese territorio. La separación era también promovida por los terratenientes paceños —La Paz era escala obligada entre Lima, el sur andino y Potosí—, deseosos de cortar los vínculos comerciales con las provincias peruanas de Arequipa y Cusco, para dominar el abastecimiento agrícola de los mercados mineros.¹

Puesto ante hechos consumados, Sucre autorizó el 9 de febrero de 1825 la reunión en Chuquisaca de un congreso de la antigua audiencia de Charcas, esto es, La Plata o Chuquisaca (con Oruro), Potosí (con Tarija), La Paz y Cochabamba (incluyendo Santa Cruz de la Sierra, Moxos y Chiquitos). El cónclave, de casi cuarenta delegados, quedó bajo la influencia de la élite local.

La asamblea altoperuana, presidida por José María Serrano, ratificó el 6 de agosto la declaración de Lanza, pese a la oposición inicial de Bolívar, contrario a la desintegración del antiguo imperio español de ultramar en múltiples repúblicas y estricto cumplidor del principio de *uti possidetis juris* de 1810 —abreviación del latín de la fórmula: como poseéis seguiréis poseyendo—, que reconocía las fronteras existentes en 1810. La conocida posición de El Libertador había sido reafirmada en una ríspida carta a Sucre del 21 de febrero de 1825: «Usted está a mis órdenes con el

1 Véase Tibor Wittman, *Estudios Económicos de Hispano América Colonial*, Budapest, Editorial de la Academia de Ciencias de Hungría, 1979, p. 171.

ejército que manda y no tiene que hacer sino lo que yo mando. Esto lo digo en respuesta a los compromisos de que usted habla. Ni usted ni yo, ni el congreso mismo del Perú, ni de Colombia, podemos romper y violar la ley del derecho público que tenemos reconocida en América. Esta base es que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreinatos, capitánías generales o presidencias (...) El Alto Perú es una dependencia del Virreinato de Buenos Aires (...).²

Solo cuando Lima y Buenos Aires aprobaron la separación del Alto Perú, El Libertador accedió a convertirlo en un estado independiente que llevaría por nombre su propio apellido: República de Bolívar o Bolivia. Designado al frente del gobierno altoperuano —cargo que no demoraría en dejar en manos de Sucre—, dispuso varias medidas de amplio beneficio social, que ya mencionamos.

Entre ellas figuró la abolición de los servicios personales de los indios, la igualdad jurídica de todos los ciudadanos y repartos de tierra que incluían no solo a miembros del ejército patriota, sino a todos los desposeídos. Además, puso de condición para aceptar un premio en metálico ofrecido por el congreso de Chuquisaca, que este dinero se utilizara para emancipar al millar de negros esclavos empleados en actividades domésticas en La Paz y otras ciudades.

Ante la reacción adversa de la aristocracia criolla, incluyó el siguiente texto en la constitución que elaboró especialmente para Bolivia y que, como confesara a Santander, revocabía «desde la esclavitud para abajo, todos los privilegios»:³ «Son bolivianos: todos los que hasta el día han sido esclavos; y por lo mismo quedarán, de hecho, libres en el acto de publicarse esta constitución; por una ley especial se determinará la indemnización que se debe hacer a sus antiguos dueños».⁴

Pero esta y otras disposiciones revolucionarias serían modificadas por la aristocracia criolla, al igual que había sucedido en la propia Colombia. Cuando en julio de 1826 el congreso de

2 Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 85.

3 Liévano Aguirre, *Bolívar*, *op. cit.*, p. 426.

4 Tomado de Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas*, *op. cit.*, pp. 323 324.

Chuquisaca adoptó la constitución elaborada por Bolívar; añadió la aclaración de que los ex esclavos «no podrán abandonar la casa de sus antiguos señores sino en la forma que una ley especial lo determine».⁵

Concluida la emancipación, la situación de Perú y Bolivia no podía ser más ruinosa. Las largas y costosas guerras independentistas se habían sumado a muchos años de decadencia minera, pues la mayoría de los yacimientos estaban abandonados y sin capitales para reanudar su explotación. Las escasas rentas apenas alcanzaban para sufragar los gastos del enorme ejército. Solo las disposiciones de Bolívar contra los intereses económicos de las élites y la Iglesia permitían —junto a percepciones arancelarias insignificantes— nutrir en algo el depauperado fisco peruano y boliviano.⁶

Hay que tomar en consideración que la minería de oro y plata, principal base de la economía de ambas naciones surandinas, estaba seriamente afectada por la disminución de los transportes, como las mulas, la falta de fuerza de trabajo y la ausencia de mercurio. Además, el pago de los intereses del préstamo gestionado en Londres por el gobierno de San Martín, de algo más de un millón de libras esterlinas, agujoneaba los pocos recursos existentes. Por añadidura, cuenta Lynch: «Entre 1819 y 1825 se calcula que unos 26,9 millones de dólares salieron de Lima en embarcaciones británicas en concepto de pago por importaciones (bienes de consumo y materiales de guerra) y fuga de capitales a destinos más seguros».⁷ Prueba del peso de la penetración comercial de Inglaterra es la impresión que causó al capitán de un buque británico, Basil Hall, encontrarse en una cena de una familia acaudalada de Huacho: «Un rollo de paño fino inglés descansaba sobre un estuche de vino francés, marca Medoc; sobre la mesa había una botella de champaña; los cuchillos y los tenedores eran de marca Sheffield, y el biombo que dividía la estancia estaba hecho con una pieza de algodón estampado en Glasgow».⁸

5 *Ibid.*, p. 324.

6 Véase Emilio Romero, *Historia económica del Perú*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1949.

7 Lynch, *San Martín*, *op. cit.*, p. 246.

8 *Ibid.*, p. 246.

De regreso en Lima desde febrero de 1826, tras su exitosa su marcha triunfal por el interior de Perú y la recién fundada Bolivia, que contamos en la introducción de este libro, El Libertador se instaló otra vez en la Quinta La Magdalena junto con Manue-lita Sáenz, mostrando una nueva imagen personal, pues en Potosí se había quitado la patilla y bigotes encanecidos.⁹ Fue entonces que convocó a una convención constituyente peruana con la finalidad de implantar su carta magna, elaborada originalmente solo para la república del altiplano.

Esa constitución, inspirada en la de Haití, que adaptó con ligeras modificaciones para que se amoldara a la república colombiana, la concibió con la perspectiva de la integración hispanoamericana. La carta magna boliviana, que incluía un programa social avanzado similar al haitiano, situaba a la cabeza de la república a un presidente vitalicio, facultado para nombrar sucesor entre los más capaces y no por derecho hereditario. Al fundamentar esta condición, en su discurso al congreso de Bolivia, fechado el 25 de mayo de 1826, editado en Lima, argumentó:

El Presidente de la República viene a ser en nuestra Constitución como el Sol que, firme en su centro, da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua; porque en los sistemas sin jerarquías se necesita más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los Magistrados y los ciudadanos: los hombres y las cosas.

Para Bolivia, este punto es el Presidente vitalicio. En él estriba todo nuestro orden, sin tener por esto acción. Se le ha cortado la cabeza para que nadie tema sus intenciones y se le han ligado las manos para que a nadie dañe.

El Presidente de Bolivia participa en las facultades del Ejecutivo Americano, pero con restricciones favorables al pueblo. Su duración es la de los Presidentes de Haití. Yo he tomado para Bolivia el Ejecutivo de la república más democrática del mundo (...)¹⁰

En el propio texto puso el ejemplo de la sustitución de Pe-tión, para validar esa fórmula con el argumento de que «ni la

9 Bushnell, *op. cit.*, p. 244.

10 Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 76.

muerte de este grande hombre, ni la sucesión del nuevo Presidente, han causado el menos peligro en el Estado: todo ha marchado bajo el digno Boyer en la calma de un reino legítimo. Prueba triunfante de que un *Presidente vitalicio, con derecho a elegir el sucesor*, es la inspiración más sublime en el orden republicano».¹¹

El poder legislativo tenía tres cámaras, aunque una de ellas, denominada de censores, era muy parecida al poder moral propuesto por Bolívar a la constituyente de Angostura y nunca implantado. El sufragio era restringido solo a los alfabetizados y las elecciones indirectas, supervisadas por el poder electoral; aunque se excluía de los comicios al presidente y vicepresidente de la república, pues el primero nombraba al segundo, con intención de evitar «las elecciones, que producen el grande azote de las repúblicas, la anarquía, que es el lujo de la tiranía, y el peligro más terrible de los gobiernos populares».¹²

Además de la presidencia vitalicia y la tolerancia religiosa, el aspecto principal cuestionado por los opositores de la constitución boliviana era el de la esclavitud, pues disponía su inmediata y total abolición. En este sentido, El Libertador señaló en el mismo discurso:

He conservado intacta la ley de las leyes -*la igualdad*: sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios. A sus pies he puesto, cubierta de humillación, a la infame esclavitud.

Legisladores, la infracción de todas las leyes es la esclavitud. La ley que la conservara sería la más sacrílega. ¿Qué derecho se alegraría para su conservación? Mírese este delito por todos aspectos, y no me persuado que haya un solo Boliviano tan depravado, que pretenda legitimar la más insigne violación de la dignidad humana. ¡Un hombre poseído por otro! ¡Un hombre propiedad! (...) Nadie puede romper el santo dogma de la *igualdad*. Y ¿habrá esclavitud donde reina la *igualdad*? (...)

Legisladores, felices vosotros que presidís los destinos de una República que ha nacido coronada con los laureles de Ayacucho,

11 *Ibid.*, Las cursivas en el original (SGV).

12 *Ibid.*, p. 766. Véase el análisis de la constitución boliviana en Liévano Aguirre, *op. cit.*, pp. 393-402.

y que debe perpetuar su existencia dichosa bajo las leyes que dicte vuestra sabiduría, en la calma que ha dejado la tempestad de la Guerra.¹³

La obsesión antiesclavista de Bolívar hizo temer a los norteamericanos que pudiera afectar a los propios Estados Unidos, donde la oprobiosa institución estaba en pleno apogeo como base de la expansión de la economía algodonera de sus estados sureños. Por eso el cónsul de Estados Unidos en Lima, William Tudor, en insistentes mensajes a Washington lo consideraba un «peligroso enemigo futuro» y, en un informe del 24 de agosto de 1826, fundamentaba sus criterios contra El Libertador, en que «su principal seguridad para conciliar el partido liberal en todo el mundo se funda en la emancipación de los esclavos, es sobre este punto que secretamente puede atacarnos».¹⁴ A tal grado era tabú el tema, que la propia hermana de Bolívar, María Antonia, le comentó en carta del 16 de noviembre de ese mismo año: «La Constitución [de (SGV)] Bolivia es muy buena y esto lo dicen todos, pero solo la libertad de los esclavos no les gusta».¹⁵

Basado en su gran experiencia política en distintos escenarios, El Libertador temía el predominio que en las emergentes repúblicas hispanoamericanas pudieran alcanzar los terratenientes enfeudados, plantadores esclavistas, grandes comerciantes, curas, abogados, altos jefes militares y especuladores, a costa del papel regulador del Estado, que podría ser manipulado a nombre del liberalismo y en detrimento de su función pública, de protección a las grandes mayorías. El mejor correctivo, pensaba, era la constitución boliviana.

A Perú de La Croix le comentó en conversación íntima dos años después que «la libertad y las garantías son solo para aquellos hombres y para los ricos y nunca para los pueblos, cuya esclavitud es peor que la de los mismos indios que esclavos eran bajo la Constitución de Cúcuta, y esclavos quedarían bajo la

13 Bolívar, *op. cit.*, t. III, pp. 768-771. Las cursivas en el original (SGV).

14 En Gustavo Vargas Martínez, *Bolívar y el poder. Orígenes de la Revolución en las Repúblicas entecas de América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 113.

15 Tomado de Madariaga, *op. cit.*, t. II, p. 329.

Constitución más democrática». Y a continuación, tomando partido por las masas populares oprimidas, le agregó dando muestra de su meditada concepción clasista de la historia:

(...) en Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riquezas, equivalente, por su influjo, por sus pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento la más despótica de Europa (...) pues aunque hablan de libertad y de garantías es, para ellos solos que las quieren y no para el pueblo que, según ellos, debe continuar bajo su operación: quieren también la igualdad, para elevarse y ser iguales con los más caracterizados, pero no para nivelarse ellos con los individuos de las clases inferiores de la sociedad: a estos los quieren considerar siempre como sus siervos a pesar de todo su liberalismo.¹⁶

Aunque la ley fundamental boliviana fue aprobada por unanimidad en los colegios electorales de Perú, acorde con lo que quería Bolívar, pronto se fue vertebrando un movimiento contrario a la carta magna, auspiciado por la conservadora élite peruana, asustada ante sus preceptos igualitaristas. Los voceros de la reacción comenzaron a declararse enemigos de la constitución vitalicia y de su creador, calificando de persas a los partidarios del régimen bolivariano.

Casi al unísono, estalló en Venezuela, el 30 de abril de 1826, la sublevación separatista conocida como motín de la Co-*siata*, dirigida por el general Páez contra la integridad de la *gran Colombia*. Mientras tanto, en Cundinamarca, las fuerzas anti bolivarianas se iban agrupando alrededor de Santander, quien con muchas de sus disposiciones había contribuido a lesionar las relaciones con los venezolanos y muy en especial con los militares de ese origen, entre ellos el «León de Apure».

A aumentar la tensión entre civiles y militares contribuyó el juicio del coronel negro venezolano Leonardo Infante, inválido de guerra, acusado de asesinar en Bogotá a otro oficial, lo que no se pudo probar bien. Santander pretendió utilizar su condena a la pena capital para escarmentar a la oficialidad, en su mayoría venezolana, aunque Miguel Peña, presidente de la Alta Corte de

16 Perú de Lacroix, *op. cit.*, pp. 87-88.

Justicia de Colombia, se opuso al fallo. No obstante, Infante fue ejecutado el 26 de marzo de 1826 y, según O’Leary: «Después de la ejecución se presentó a caballo el Vicepresidente, y allí, delante del cadáver, arengó a las tropas».¹⁷

A tal punto llegaron las contradicciones que Páez sugirió a Bolívar que volviera y se declarara emperador, a lo que El Libertador contestó en marzo de 1826 en forma tajante: «Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón».¹⁸ Y en la propia misiva añadió: «El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo», además: «Son repúblicas las que rodean a Colombia, y Colombia jamás ha sido un reino. Un trono espantaría tanto por su altura como por su brillo. La igualdad sería rota y los colores verían perdidos todos sus derechos por una nueva aristocracia».¹⁹

Páez, convocado a Bogotá por el congreso colombiano para ser juzgado por desobediencia, se declaró en rebeldía, respaldado en los días sucesivos por los caudillos regionales, el llamado club de Caracas y buena parte de las poblaciones venezolanas, excluyendo a la región occidental (Mérida y Maracaibo). A esta acción lo alentó Peña, que había regresado a la capital venezolana después de un juicio en su contra acusado de mal manejo de fondos públicos.

Por precaución, Páez abandonó Caracas y en los llanos del Apure, vestido a la vieja usanza, se dedicó a soliviantar a sus habitantes con las efectivas consignas contra los blancos y ofertas demagógicas. Alarmado, el gobernador de la provincia de Carabobo, Fernando Peñalver, envió a las autoridades superiores un informe, donde señalaba: «Los principales autores de la revolución piensan en último evento acogerse a la clase antiguamente denominada de pardos (...) han tenido el cuidado de diseminar especies ridículas y calumniosas contra el Gobierno y aun contra el mismo Libertador».²⁰

17 Citado por Liévano Aguirre, *op. cit.*, p. 375. Véase Fundación Polar, *op. cit.*, t. II, pp. 549-550.

18 Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 324.

19 *Ibid.*, p. 325.

20 Citado por Liévano Aguirre, *op. cit.*, p. 419.

Desde Lima, Bolívar trataba de aplacar la agria disputa entre Santander y Páez escribiendo por separado a ambos desde el 8 de agosto de 1826 y atemorizándolos con la anarquía y una posible sublevación de esclavos. Al primero le advirtió: «No creo se salve Colombia con la constitución boliviana ni con la federación ni con el imperio», y recordando lo sucedido en 1812 y 1814 en Venezuela, «las costas van a dar la ley a esas pobres provincias de la sierra que no merecen ser víctimas de esas hordas africanas»,²¹ mientras al segundo, que en defensa propia argumentaba los «agentes de los godos emboscados en Bogotá quieren librarse de mí»,²² le dibujaba un panorama caótico e insoluble derivado de sus acciones:

Diez y seis años de amontonar combustible van a dar el incendio que quizás devorará nuestras victorias, nuestra gloria, la dicha del pueblo y la libertad de todos. Yo creo que bien pronto no tendremos más que cenizas de lo que hemos hecho.

Algunos de los del congreso han pagado la libertad con negras ingratitudes y han pretendido destruir a sus libertadores.

El ejecutivo, guiado por esta tribuna engañosa y por la reunión desconcertada de aquellos legisladores, ha marchado en busca de una perfección prematura, y nos ha ahogado en un piélago de leyes y de instituciones buenas, pero superfluas por ahora. El espíritu militar ha sufrido más de nuestros civiles que de nuestros enemigos.

Las provincias se han desenvuelto en medio de este caos. Cada una tira para sí la autoridad y el poder; cada una debería ser el centro de la nación (...) un inmenso volcán está a nuestros pies, cuyos síntomas no son poéticos, sino físicos y harto verdaderos.

Considere Usted, mi querido general, quién reunirá más los espíritus; quién contendrá las clases oprimidas. La esclavitud romperá el yugo; cada color querrá el dominio, y los demás combatirán hasta la extinción o el triunfo. Los odios apagados entre las diferentes secciones volverán al galope, como todas las cosas violentas y comprimidas. Cada pensamiento querrá ser soberano, cada

21 Bolívar, *op. cit.*, t. II, pp. 456-457.

22 En Lavretski, *Bolívar, op. cit.*, p. 154.

mano empuñar el bastón, cada toga la vestirá el más turbulento. Los gritos de sedición resonarán por todas partes. Y lo que todavía es más horrible que todo esto es que cuanto digo es verdad.

¿En qué arca nos salvaremos?

Confieso a Usted francamente que tengo muy pocas esperanzas de ver restablecer el orden en Colombia, tanto más que yo me hallo sumamente disgustado de los acontecimientos y de las pasiones de los hombres. Es un verdadero horror al mando el que se ha apoderado de mí. Yo no sé qué remedio pueda tener un mal tan extenso y tan complicado. A mis ojos la ruina de Colombia está consumada desde el día que Usted fue llamado por el congreso.²³

Los graves acontecimientos determinaron la salida de El Libertador de Perú y su inmediato retorno a Colombia,²⁴ sin esperar el juramento de la constitución, originalmente elaborada para Bolivia, en tierra peruana, pues era proclamado tanto por Santander como por Páez árbitro supremo de sus disputas. Dejó de presidente interino el general Santa Cruz, quien ratificó la constitución vitalicia y firmó un primer tratado de confederación con la vecina Bolivia.

El 3 de septiembre de 1826 abandonó para siempre Lima, a donde prometió a la población, que lo asediaba con solicitudes para que se quedara, que volvería, dando a conocer una proclama en la que puso: «Colombia me llama y obedezco».²⁵ Unos pocos días después llegó por vía marítima a Guayaquil, marchando enseguida por tierra rumbo a la capital colombiana, en sentido inverso a la ruta seguida en su campaña de 1822, auscultando los sentimientos de la población, mientras recibía a su paso un baño de popularidad.

En ese trayecto comprendió la magnitud de la crisis de la república colombiana, por lo que escribió a Santander el 8 de

23 Bolívar, *op. cit.*, t. II, pp. 457-460.

24 Poco antes de partir de Lima, Bolívar ratificó la condena a muerte del general aristócrata José Félix de Berindoaga, conde de San Donás, dictada por un tribunal el 15 de abril de 1826, culpable junto al fallecido Torre Tagle, de la entrega de la capital a los españoles dos años atrás. Véase Lavrestki, *Bolívar*, *op. cit.*, p. 151 y Mijares, *op. cit.*, p. 703.

25 En Pilar Moreno, *op. cit.*, p. 372.

octubre de 1826: «veo por todas partes sino disgusto y miseria». Y añadió «El Sur no gusta del Norte: las costas no gustan de la sierra. Venezuela no gusta de Cundinamarca» y esta «sufre los desórdenes de Venezuela», añadiendo a continuación: «En una palabra, mi querido general, cada día me confirmo más en que la república esta disuelta, y que nosotros debemos volver al pueblo su soberanía primitiva, para que él se reforme como quiera y dañe a su gusto»,²⁶ pues: «Tengo mil veces más fe en el pueblo que en sus diputados».²⁷

Pero Santander requería de Bolívar, de ahí sus cartas melosas elogiando la constitución boliviana, aprobada en Quito por votación popular el 26 de septiembre, pues el ejército colombiano no lo respaldaría en una acción contra Páez, no sólo por sus reiterados agravios a sus mandos, sino porque la insubordinación venezolana también tenía que ver con la defensa del fuero militar. Necesitado de la autoridad del Libertador para meter en cintura a los que desafiaban al gobierno de Bogotá, fingió aceptar la constitución boliviana, tal como había escrito el 21 de abril de 1826 cuando todavía Bolívar estaba en Lima: «desde ahora estoy de acuerdo en que su Constitución es liberal y popular, fuerte y vigorosa».²⁸

Incluso llegó al extremo de ofrecerle, en carta del 8 de octubre de ese año, una transacción a cambio de su apoyo en la represión a Páez. Si Bolívar respaldaba la constitución de Cúcuta podría sobre la base a su articulado convocarse con anticipación «la Convención y adoptarse, o el Código boliviano con algunas reformas, u otro cualquier sistema, según la voluntad de los pueblos».²⁹ Eso explica que el vicepresidente, urgido de El Libertador para someter la disidencia venezolana, abandonara la capital colombiana y se fuera a Tocaima, donde se encontraron el 11 de octubre por primera vez después de cinco años.

Al parecer, las dos principales figuras de Colombia acordaron en ese encuentro que se ratificaría la vigencia de la constitución

26 Bolívar, *op. cit.*, t.II, pp. 480-481.

27 *Ibid.*, p. 482.

28 Tomado de Liévano Aguirre, *op. cit.*, p. 403.

29 *Ibid.*, p. 408.

de Cúcuta hasta que en base a su artículo 119 se adelantara la fecha de una convención constituyente, prevista originalmente para 1831, para discutir la carta magna boliviana, base de una futura confederación con Perú y Bolivia; después de someter al orden a los díscolos venezolanos. Según Liévano Aguirre, con este acuerdo «se daba decisivo paso adelante en la realización de los ideales continentales de Bolívar, ante los cuales, solo quedaba, como obstáculo visible, la posible reacción de Páez, pues en Tocaima el sacrificado había sido el inquieto caudillo de Apure».³⁰

Por eso, entusiasmado, El Libertador escribió el 21 de noviembre de 1821 al general Santa Cruz, al frente del gobierno peruano: «Me es muy agradable decir a Usted que el pensamiento de la federación de los seis estados de Bolivia, Perú, Arequipa, Quito, Cundinamarca y Venezuela, todos ligados por un jefe común que mande la fuerza armada, e intervenga en las relaciones exteriores, lo han aprobado mucho aquí, principalmente el Vicepresidente, algunos ministros y las personas influyentes».³¹

Pese al clima más conciliador, la entrada de Bolívar a Bogotá, el 14 de noviembre, fue ensombrecida con gritos a favor de la constitución, en obvia referencia a la expedida en Cúcuta, e implícito rechazo a la boliviana, mientras la prensa, alentada por los santanderistas, sobre todo jóvenes abogados y estudiantes vestidos con casacas negras importadas —que Sucre calificaría de los «descansados hombres de Bogotá»—,³² lo acusaban de dictador. Para colmo, en las palabras oficiales de bienvenida el intendente capitalino José María Ortega habló de irrespeto a la legislación vigente, en clara alusión a los oficiales venezolanos, a lo que El Libertador muy molesto ripostó que «Era día de celebrar las glorias del ejército y no hablarle de violación de leyes, causada por la iniquidad de algunas de estas».³³

30 *Ibid.*, p. 413.

31 Bolívar, *op. cit.*, pp. 500-501. Por cierto, hay una alusión a un sexto estado en esta unión, el sur peruano, tal como se vertebraría por Santa Cruz en la confederación peruano-boliviana en 1836.

32 Mijares, *op. cit.*, p. 733.

33 Citado por Bushnell, *op. cit.*, p. 269.

En la recepción oficial en la sede del gobierno el ambiente fue más distendido, pues Santander elogió al glorioso Ejército Libertador y Bolívar calificó a la carta magna de 1821 como «evangelio del pueblo colombiano»,³⁴ reasumiendo la conducción del gobierno por breve tiempo. En funciones de primer mandatario, dedicó especial atención a las finanzas, a los gastos públicos, suprimió puestos gubernamentales, elevó derechos de aduana y estableció penas para los que evadían el pago de impuestos. Además, se preocupó del pago del oneroso empréstito de 1824 con la banca inglesa, que consideraba mal manejada por Santander.

Diez días después marchó a Venezuela, donde se deterioraba la situación cada vez más, preocupado, según había escrito a Santander con anterioridad, de sus consecuencias: «Desengáñese Usted, esto no tiene remedio, bueno o malo: esto está perdido enteramente y para siempre; y mientras que el pueblo quiere asirse de mí, como por instinto, Ustedes procuran enajenarlo de mi persona con las necesidades de la Gaceta y de los oficios insultantes a los que pone su confianza en mí. Está bien, Ustedes salvarán la patria con la constitución y las leyes que han reducido a Colombia a la imagen del palacio de Satanás que arde por todos sus ángulos. Yo por mi parte, no me encargo de tal empresa».³⁵

Ya en Coro, a donde llegó acompañado de apreciables efectivos militares, entre ellos las compañías de granaderos y caza-dores de Junín, escribió a Páez el 26 de diciembre de 1826 «he venido desde el Perú por evitar a Usted el delito de una guerra civil», aclarándole «No hay más autoridad legítima en Venezuela sino la mía, se entiende suprema. El Vicepresidente ya no manda nada aquí, como lo dice mi decreto».³⁶ Y en proclama pública hizo un llamado a la concordia: «!Venezolanos! Yo marcho hacia vosotros a ponerme entre vuestros tiros y vuestros pechos. Quiero morir primero que veros en la ignominia, que es todavía peor que la misma tiranía».³⁷

34 *Ibid.*, p. 270.

35 Carta a Santander, 5 de noviembre de 1826, en Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 491.

36 *Ibid.*, p. 517.

37 *Ibid.*, p. 778.

Su gesto fue reciprocado por un conmovido León de Apure: «venezolanos olvidad vuestros males. ¡El Gran Bolívar está con nosotros!».³⁸ Tras un emotivo encuentro entre ambos al pie del cerro Naguanagua el 4 de enero de 1827, a cambio del reconocimiento de su autoridad, El Libertador amnistió a todos los involucrados en el movimiento sedicioso. Para garantizar la reconciliación y evitar una contienda fratricida, llegó al extremo de calificar a Páez de salvador de Venezuela, dándole la garantía de respetar a todos sus propiedades y rango.

Una semana después entró en Caracas acompañado de Páez, que sería el último de sus triunfales recibimientos en una capital hispanoamericana. En su ciudad natal disfrutó jornadas muy alegres, según se desprende de su correspondencia, con bailes y festejos, se reunió con familiares y viejos amigos, entre ellos su nodriza Hipólita, liberada desde 1821 junto con sus demás esclavos,³⁹ actividades solo empañadas por sus persistentes acreedores. En esos días esplendidos en Caracas recibió al cubano Iznaga, como ya se contó, que pedía su apoyo a la independencia de Cuba, aunque en abril comenzaron a llegar las malas noticias de la inesperada sublevación de las tropas colombianas en Lima ocurrida a principios de año.

El Libertador conocía muy bien al León de Apure, a quien debía neutralizar en interés de la paz y la unidad colombiana, pero no se dejaba engañar con sus promesas de fidelidad. No en balde contaría a Perú de Lacroix al año siguiente en Bucaramanga que Páez era «lo más peligroso para Colombia, porque tiene medios de ejecución, tiene resolución, prestigio entre los llaneros que son nuestros cosacos, y pueda el día que quisiera, apoderarse del apoyo de la plebe y de las castas negras y zambas. Este es mi temor que he confesado a muy pocos».⁴⁰

38 Tomado de Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 630.

39 Fundación Polar, *op. cit.*, t. I, p. 396. Bolívar había liberado de palabra a sus propios esclavos en 1821, después de la batalla de Carabobo, pero no fue hasta 1827 que lo puso por escrito legal beneficiando a los que no se habían marchado o seguían vivos. Véase Michael Zeuske, *Simón Bolívar. History and Myth*, Princeton, Markus Wiener Publishers, 2014, nota 154.

40 Perú de Lacroix, *op. cit.*, p. 57. Hemos corregido la ortografía del original (SGV).

El entendimiento con Páez, a quien ilusionó con marchar al frente de sus tropas a la liberación de Cuba, terminó enrareciendo de manera definitiva las relaciones con Santander, quien disgustado se quejó por sus concesiones al León de Apure, que quedaba sin sanción alguna. «Temen todos —le escribió el vicepresidente colombiano— que el interior vendrá a ser una colonia disimulada de Venezuela, que Bogotá perderá su prestigio, que recibirán sus condignos castigos por no haber proclamado la dictadura, que los granadinos serán los ilotas de los venezolanos, y que de grado o por fuerza se nos dará la Constitución de Bolivia».⁴¹

La postura tolerante con Páez, las críticas públicas a la mala administración gubernamental de Bogotá, junto a su plan de poner en vigor la constitución boliviana, para evitar la ruptura de Colombia, ahondaron la brecha entre Bolívar y Santander. Este último no solo defendía su gestión de gobierno, sino también la vigencia de la carta magna hasta 1831, que le permitiría ocupar la presidencia en lugar de El Libertador, invalidado para reelegirse por esa constitución. Por eso, considerándose agraviado, le había escrito el 18 de octubre de 1826 que a Colombia solo la salvaba «sostener las instituciones actuales por defectuosas que sean».⁴² Y en otra carta una semana después añadió: «yo como gobernante y el Congreso, somos culpables y delincuentes, tenemos que defendernos de este cargo».⁴³

La actitud sibilina de Santander, que estimulaba en forma solapada los ataques a Bolívar mientras simulaba lealtad, condujeron a la ruptura definitiva entre los dos hombres. Prueba de ello es la misiva de Bolívar al general Soublette del 16 de marzo de 1827: «Ya no pudiendo soportar más la pérvida ingratitud de Santander le he escrito hoy que no me escriba más porque no quiero responderle ni darle el título de amigo. Sepa Usted esto para que lo diga a quien corresponda. Los impresos de Bogotá tiran contra mí, mientras yo mando callar los que tiran contra Santander. ¡Ingrato mil veces!».⁴⁴

41 Tomado de Liévano Aguirre, *op. cit.*, p. 426.

42 En Polanco Alcántara, *op. cit.*, p. 593.

43 Citado por Bushnell, *op. cit.*, p. 275.

44 Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 584.

A acelerar este desenlace contribuyó el respaldo de Santander al levantamiento sedicioso de las tropas colombianas en Perú, al extremo que el propio Sucre le reclamó por su postura. Nos referimos al amotinamiento, ocurrido en territorio peruano el 26 de enero de 1827, de la división colombiana, de casi tres mil hombres, nutrida de soldados granadinos guiados por un oscuro teniente coronel nombrado José Bustamante, pagado por la aristocracia limeña. Según el Gran Mariscal de Ayacucho, su objetivo era «sustraer a Colombia sus departamentos del Sur y agregarlos al Perú a cambio de un poco de dinero ofrecido a Bustamante y sus cómplices».⁴⁵

Los sublevados exigían el pago de sus adeudos atrasados y la repatriación, desafiando la autoridad de la jefatura venezolana, encabezada por el general Jacinto Lara, que fue hecho prisionero y expulsado después a Colombia junto con una veintena de sus oficiales. La propia Manuelita Sáenz, todavía en Lima, pistola en una mano y dinero en la otra, se presentó uniformada en el cuartel de los militares insubordinados para aplacarlos sin ningún resultado.

En cambio, en Bogotá recibían la noticia el 9 de marzo con beneplácito, provocando el respaldo a los sediciosos del propio vicepresidente de Colombia y sus acólitos. Según el relato de uno de los participantes en la manifestación pública: «El general Santander se nos unió en la calle, y nos acompañó un gran rato, mostrando en su semblante, en sus arengas y en sus vivas a la libertad, el intenso placer que le dominaba».⁴⁶ Alarmado por estos sucesos, Bolívar escribió a Urdaneta desde Caracas que el principal móvil era el «odio a los venezolanos», agregando: «Usted sabe que yo he tomado el mote de hombre de las dificultades. La guerra es mi elemento; los peligros mi gloria. Se ha pretendido destruirlo todo por una traición y yo no permitiré tal perfidia y una ignominia eterna».⁴⁷

Aunque el presidente Santa Cruz logró que se saldaran los haberes del ejército y detener el amotinamiento, se incrementó la oposición de las élites a la presencia de los soldados de El Libertador. En definitiva, las fuerzas militares colombianas pudieron

45 En Liévano Aguirre, *op. cit.*, p. 429.

46 Tomado de Pilar Moreno, *op. cit.*, p. 387.

47 Carta del 14 de abril de 1827, Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 608.

retirarse el 8 de marzo de ese año del territorio peruano rumbo a Guayaquil donde depusieron al intendente Mosquera y apoyaron al cuencano La Mar, mariscal de Perú, preludio de la invasión peruana a este territorio. Entretanto, Santa Cruz convocó una nueva convención constituyente en Lima, que inició sus sesiones en junio de 1827.

En esta asamblea predominaron los diputados anti bolivarianos que derogaron la carta magna boliviana (28 de febrero de 1828), devolviendo su poder a la aristocracia limeña en la persona del mariscal La Mar, quien desató una violenta persecución contra los partidarios de El Libertador. No conforme con esto, este mandatario derogó la mayoría de las disposiciones revolucionarias de sus dos predecesores, restableciendo los tributos indígenas —significaban más de la mitad del escuálido presupuesto peruano— y devolviendo a los terratenientes la plenitud de sus viejos privilegios.

Estos acontecimientos desfavorables, unido al reclamo del congreso colombiano que exigía la presencia en Bogotá de El Libertador para la toma de posesión de un segundo mandato presidencial, lo obligaron a dejar Caracas. Su pésimo estado de ánimo lo describió en carta fechada en la capital venezolana a José Fernández Madrid, último presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada y refugiado en La Habana desde 1816 a 1825, en la que escribió: «Un hombre combatiendo contra todos no puede nada; por otro lado mis esfuerzos pasados han agotado mi energía: en esta lucha he quedado anonadado y vivo, no porque tenga fuerzas para ello ni objeto; la costumbre solamente me hace continuar en este mundo como un muerto que camina».⁴⁸

El 5 de julio de 1827 se embarcó en La Guaira rumbo a Cartagena, dejando a Páez encargado del poder en Venezuela. En su ascenso desde la costa a la capital de Colombia, a la que llegó por el valle del Magdalena el 10 de septiembre, al frente de una impresionante fuerza militar de ochocientos veteranos que debía fortalecer el sur —en previsión de la invasión peruana al territorio colombiano—, supo que el general Flores había logrado conjurar en territorio quiteño las tropelías de las tropas colombianas

48 *Ibid.*, t. III, p. 627.

repatriadas de Perú. En su recorrido, advirtió los síntomas de un país exhausto por las destrucciones y sacrificios derivados de la gesta independentista, a la cual los pueblos granadinos contribuyeron en forma decisiva con recursos y hombres al sostener las campañas militares más allá de sus fronteras.

La economía en crisis, el comercio virtualmente paralizado, las haciendas y plantaciones arruinadas y abandonadas por sus trabajadores, junto a una parcial redistribución de bienes y propiedades entre la oficialidad patriota y soldados meritorios. La fuerza de trabajo escaseaba, una parte considerable del ganado —en el caso venezolano las dos terceras partes— y los animales de tiro habían desaparecido, mientras la agricultura estaba reducida en muchas regiones a simples labores de subsistencia.

A complicar más el adverso panorama colombiano se sumaban los obstáculos de su extensa y accidentada geografía, junto a las pronunciadas diferencias económico-sociales entre sus distintas regiones, que facilitaba la tendencia a la atomización impuesta por las élites locales. A esa dispersión también contribuía la ausencia de una burguesía nacional, que de existir hubiera podido apoyar las fuerzas centrípetas en aras de formar un mercado nacional.

Por añadidura, estaban las malas comunicaciones. Por eso Augusto Le Moigne, un diplomático francés que ascendió por el río Magdalena a fines de 1828, para acreditarse ante el gobierno de Bolívar, le tomó cincuenta y dos días ir desde Le Havre en Francia hasta Santa Marta, pero desde allí a Bogotá, con escalas en los puertos fluviales de Mompos y Honda, el viaje duró setenta y tres días.⁴⁹

De esa demora se había burlado el periódico *El Venezolano* de Caracas, en su número del 13 de septiembre de 1823 al comentar que para viajar en la temporada de lluvias de Caracas a Bogotá una persona demoraba seis meses, poniendo el ejemplo imaginario que de producirse una invasión extranjera a Venezuela la noticia tardaría un mes en conocerse en la capital colombiana

49 Véase Augusto Le Moigne, *Viajes y estancias en América del Sur; la Nueva Granada, Santiago de Cuba, Jamaica y el istmo de Panamá*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1945, p. 89.

y otro para que llegaran las instrucciones al territorio agredido.⁵⁰ El propio Bolívar se quejaba impotente cuando estaba en Lima: «Ciertamente que nuestros correos no pertenecen a una república tan bien organizada como la nuestra; primero sabemos de Rusia que de Caracas; los partes de Junín nos han llegado primero de Inglaterra que de Caracas; y algunas veces recibimos con la misma fecha papeles de Londres y Bogotá».⁵¹

La falta de una economía colombiana integrada, las abismales diferencias regionales, las contradicciones entre las élites locales, el aislamiento y la incomunicación, unido al estado ruinoso del país —provocado por los enormes gastos de las campañas militares y la política tributaria liberal de Santander, que incluía la centralización de rentas en Bogotá—, fueron factores que fomentaron las luchas fraticidas y guerras intestinas que colorearon la historia de Colombia después de la separación de España.⁵² Todo ello se reflejó también en una falta casi absoluta de capital, según pudo advertir un contemporáneo, el conde de Mollien, en su viaje a Colombia en 1823: «No hay en Bogotá diez comerciantes que tengan 100 000 piastras, entre las personas que viven de sus rentas, no hay cinco que tengan un capital mucho mayor».⁵³

Como todavía no existían partidos políticos, las pugnas por el poder de las clases privilegiadas se expresaban por medio de grupos aún algo imprecisos en cuanto a objetivos. Una de esas primeras facciones políticas se conformó con los más cercanos partidarios de Bolívar —serviles, utilizando la jerga política de España les denominaban sus adversarios—, en su mayoría oficiales de origen venezolano, defensores de un ejecutivo central fuerte, aunque también había granadinos, entre estos el hermano de Camilo Torres, quien en 1816 fuera ejecutado por el ejército de Morillo.

50 Izard, *Miedo a la revolución*, *op. cit.*, nota 149, p. 169. Además, la lejanía determinó la frecuente ausencia de los representantes de Quito y Venezuela en el congreso de Bogotá, propiciando que sus decisiones favorecieran los intereses granadinos. *Ibid.*, p. 170.

51 Carta del 23 de marzo de 1825, Bolívar, *op. cit.*, t. II, p. 109.

52 José Escoria, *Estructuras sociales en el valle del Cauca en la primera mitad del siglo XIX*, Cali, Universidad del Valle, 1979, p. 20.

53 Gaspard Theodore Conde de Mollien, *Viaje por la República de Colombia en 1823*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1944, p. 192.

A ellos se oponían los seguidores de Santander, la principal figura política en Nueva Granada tras la muerte de Nariño en 1823, llamados indistintamente civilistas, legalistas o liberales, adeptos a un programa clásico de equilibrio de los poderes estatales, que propugnaban una política librecambista y de exclusión de los militares del ejercicio de gobierno. Estos incipientes bandos políticos comenzaron a vertebrarse al regreso de Bolívar de Venezuela, descontentos los santanderistas, liderados por Francisco Soto y Vicente Azuero, por no sancionar a Páez por su intentona separatista de ese año y tomaron forma más definida en la convención de Ocaña (abril-junio de 1828).⁵⁴

En este foro, los bolivarianos, encabezados por el diputado José María Castillo y Rada, presentaron distintos proyectos de constitución —el de sus adversarios de marcado acento federalista—, congreso que finalmente se disolvió sin acuerdos por falta de quorum.⁵⁵ Durante los días de esa reunión se produjeron algunos hechos violentos, como un movimiento conspirativo en Cartagena protagonizado por el almirante mulato Padilla contra el general Montilla, máxima autoridad en ese departamento y cercano a El Libertador, que terminó con el arresto del primero.

En espera de los resultados de la convención de Ocaña, Bolívar se estableció en Bucaramanga, donde permaneció por dos meses, precisamente en los momentos en que Manuelita llegaba a Bogotá tras su expulsión de Perú. Más tarde, El Libertador se mudaría con ella a una Quinta expropiada de las afueras de Bogotá que le habían regalado en 1820 por la victoria de Boyacá. Aquí pasaba buena parte del tiempo, sin hacerse eco de los comentarios de los extremistas católicos y puritanos de la ciudad en contra de esa relación, en espera del desencadenamiento de los acontecimientos que llevarían al fin de Colombia.

54 Los constituyentes se dividieron en tres grupos, el liberal, presidido por el propio Santander elegido diputado por Bogotá, donde sus partidarios barrieron en los comicios, los bolivarianos y los equidistantes de ambas facciones. Véase Bushnell, *op. cit.*, pp. 281-282.

55 José Manuel Restrepo, *Diario político y militar. Memorias sobre los sucesos importantes de la época para servir a la historia de la Revolución de Colombia y de la Nueva Granada desde 1819 para adelante*, Bogotá, Impresora Nacional, 1954, t. II, p. 44.

Capítulo XIV

ESTOY RESUELTO A MORIR ENTRE LAS RUINAS DE COLOMBIA

LA DISOLUCIÓN DE LA CONVENCIÓN de Ocaña condujo al intendente de Cundinamarca, coronel Pedro Alcántara Herrán, a organizar el 13 de junio de 1828 una «junta de notables» en Bogotá que pidió a Bolívar asumiera facultades extraordinarias, lo que aceptó condicionado a una consulta pública.¹ Satisfecho con los resultados de la votación, que le otorgaban plenas facultades y cancelaban la constitución de Cúcuta, escribió a Páez desde la capital colombiana el 30 de junio de 1828:

Al fin tengo el gusto de escribir a Usted desde esta capital, cuyo pronunciamiento ha decidido de la suerte del país conforme a los deseos que la voluntad nacional había manifestado. El triunfo de las reformas que Usted emprendió con tanta dificultad y pena, se ha logrado al cabo de año y medio de combates. De Usted es esta victoria, mi amigo, tanto con respecto a la gran convención, como a Santander y el congreso. Ya Usted habrá visto que estos departamentos no reconocen más autoridad que la mía, y como Venezuela y el Sur [Quito, (SGV)] habían hecho casi otro tanto, se puede decir que la nación me ha cometido ya todos sus poderes.

Yo he sido recibido en esta capital con mucho entusiasmo, igual al de los primeros años, y esto es debido a las esperanzas que han infundido entre estos habitantes el nuevo principio de acción que comienza a obrar y de que esperan favorables resultados y lo consideran como la senda que debe conducirnos a una estabilidad permanente. Mi plan es apoyar mis reformas sobre la sólida base de la religión, y acercarme, en cuanto sea compatible con

1 Bushnell, *op. cit.*, p. 293.

nuestras circunstancias a las leyes antiguas menos complicadas y más seguras y eficaces.²

De nuevo en Bogotá, se hizo cargo del ejecutivo, con el título oficial de Libertador Presidente, con plenos poderes —ampliadas por el llamado «decreto orgánico» del 27 de agosto de 1828—, hasta la reunión del congreso convocado para 1830.³ No obstante la derrota de sus enemigos, la proclama que lo daba a conocer, fechada el mismo día, cerraba en tono angustiado: «¡Colombianos! No os diré nada de libertad, porque si cumple mis promesas, seréis más que libres, seréis respetados; además bajo la dictadura ¿quién puede hablar de libertad? ¡Compadecémonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda sólo!».⁴

En la práctica, la autoridad del gobierno nacional se ejercía solo sobre Cundinamarca y los departamentos interiores neogranadinos, pues Montilla, titulado jefe superior del Magdalena, era casi autónomo en la costa atlántica, lo mismo que ocurría con Páez en Venezuela y Flores en Quito. Al mismo tiempo que Bolívar asumía la dictadura, en espera de la reunión de un nuevo congreso, Santander terminaba oficialmente como vicepresidente y aceptaba ocupar la representación diplomática colombiana en Estados Unidos. De esta manera, se validó la situación existente desde septiembre de 1827, a la vez que se ponía fin a su política fiscal centralista y librecambista causa del descontento en diferentes regiones, especialmente en Quito y Venezuela.

También el Libertador Presidente prohibió la trata para el servicio doméstico y ordenó por decreto del 27 de junio la liberación de los esclavos beneficiados por la ley de vientres libres dictada en 1821, que no se cumplía. Además, dispuso la restauración de ciertos conventos, para favorecer la labor educativa entre los indígenas, el enterramiento en cementerios fuera de las iglesias, por salud pública y otras medidas en favor de la labor eclesiástica, lo que Bushnell califica de «una táctica política

2 Bolívar, *op. cit.*, t. II, pp. 906-907.

3 Creó un consejo de Estado, con funciones asesoras, integrado por cinco ministros y representantes de las diferentes regiones, el ejército y el clero.

Lynch, *Simón Bolívar*, *op. cit.*, p. 319.

4 Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 809.

más que el fruto de una súbita conversión religiosa»,⁵ en aras de estabilizar la nación.

Fue entonces que se produjo, el 25 de septiembre de 1828, el frustrado intento de asesinarlo en el Palacio de San Carlos en Bogotá, donde esa noche pernoctaba, del que escapó ileso gracias a la ayuda de Manuelita Sáenz, fraguado por un grupo de exaltados santanderistas, que conspiraban contra El Libertador Presidente. Varios de los implicados en el intento de magnicidio fueron fusilados y el propio Santander, cómplice de estos hechos, enjuiciado, condenado a muerte y finalmente desterrado, desde su prisión en Puerto Cabello, el 27 de agosto de 1829.⁶

De manera casi simultánea, la situación en Perú y Bolivia se tornaba adversa para los bolivarianos, pues crecía el odio de sus enemigos. Sucre, presidente de Bolivia, enfrentaba diversos problemas derivados de una crisis económica causada por la parálisis minera, la abolición de los tributos indígenas —que como en Perú eran el principal nutriente fiscal— y la ausencia de productos de exportación alternativos a la plata, mientras los gastos del Estado y el mantenimiento del ejército eran considerables. El historiador norteamericano Herbert S. Klein lo resume así: «Aunque Sucre era un líder popular y un comandante militar capaz, acabó encontrándose enfrentado con una situación ingobernable. Las rentas del estado o fueron declinando o se estancaron en sus dos años y medio de gobierno. La carga de un numeroso ejército colombiano de ocupación, con unos 8.000 hombres, también gravaba pesadamente el tesoro y la vida política nacionales».⁷

Entonces se produjo el amotinamiento de soldados colombianos (18 de abril de 1828) siguiendo la misma hoja de ruta del que había tenido lugar con anterioridad en Perú, aquí dirigido por

5 Bushnell, *op. cit.*, p. 298. Vale recordar que la república había heredado el patronato, por lo que el clero dependía de los recursos y aprobaciones del gobierno.

6 Catorce implicados fueron ejecutados, entre ellos el almirante Padilla que se encontraba con anterioridad en prisión acusado de insubordinación en vísperas de la convención de Ocaña. Más detalles en Bushnell, *op. cit.*, p. 303 y Liévano Aguirre, *op. cit.*, pp. 454-460. Los argumentos santanderistas en Pilar Moreno, *op. cit.*, pp. 452-487.

7 Herbert S. Klein, *Historia de Bolivia*, La Paz, Editorial Juventud, 1996, p. 125.

el sargento José Guerra, que se apoderó de las arcas públicas en Cochabamba, La Paz y Chuquisaca con el propósito de huir a Perú, contando con el apoyo del general Gamarra. Sucre se negó a reprimir a sus propios hombres y resultó herido en un brazo en triste incidente, mientras efectivos militares de Bolivia, dirigidos por Francisco López y Lanza, el antiguo jefe de la insurgencia patriota de Apopaya, se encargaron de esa penosa tarea, sometiendo finalmente a los amotinados en la población de Ocomito.

Aprovechando la crisis boliviana, el gobierno de Perú encabezado por La Mar envió un ejército comandado por Gamarra contra la república del altiplano. La ocupación de La Paz, Oruro y Cochabamba por esas fuerzas obligó a Sucre a aceptar el tratado de paz de Piquiza (6 de julio de 1828), que estableció la salida de las tropas colombianas del antiguo Alto Perú y determinó también la renuncia del Gran Mariscal de Ayacucho a la presidencia.

Para continuar la ofensiva anti boliviana, en enero de 1829 el propio La Mar envió barcos peruanos para bloquear Guayaquil y ocupó con su ejército el sur de Colombia. En medio de la guerra entre los dos países, y en tácita connivencia con los invasores, se produjo el levantamiento de fuerzas colombianas en Cauca, extendido por el sur hasta el denominado Distrito de Quito.

Esta sublevación, dirigida por los coroneles José Hilario López y José María Obando, en connivencia con los santandristas, levantó las banderas del «liberalismo» contra la dictadura de Bolívar. La revuelta fue sofocada por el general Córdova y el propio Libertador Presidente, que marchó desde Bogotá contra ellos, pero con mucha lentitud, debido a su manifiesto desgaste de salud. Aunque en realidad no hubo combates de importancia, salvo el de los ejidos de Popayán (11 de noviembre), López y Obando capitularon en condiciones tan generosas que conservaron el mando en el Cauca y el segundo incluso ascendido a general, para evitar un mayor deterioro interno frente a la irrupción militar de Perú en Guayaquil y otras zonas meridionales.⁸

8 Bolívar no se había engañado con estos dos individuos, a los que vaticinó en conversación privada en Bucaramanga de «dos monstruos que preparan nuevos días de luto y sangre a Colombia». Véase Perú de Lacroix, *op. cit.*, p. 62.

Mientras terminaba de sofocar la sublevación de Obando y López, Bolívar encomendó a Sucre, en Guayaquil desde el 19 de septiembre de 1828, la tarea de enfrentar a los peruanos y salvar la integridad de Colombia. A pesar de su superioridad numérica, el Gran Mariscal de Ayacucho venció a los invasores en Portete de Tarqui, el 27 de febrero de 1829, imponiendo a La Mar el tratado de paz de Girón, que trajo aparejada la caída de su gobierno en Lima y el posterior exilio. La presidencia quedó en manos de Gamarra, quien se encargó no solo de redoblar el tributo indígena, sino también de reinstaurar a plenitud la esclavitud (1831), disponiendo que los libertos volvieran a su antigua condición.

Todos estos hechos hacían imposible salvar el proyecto de la confederación de los Andes, máxime cuando la propia gran Colombia naufragaba ante la creciente oposición a Bolívar, el brote de regionalismos y las desenfrenadas ambiciones de caudillos y élites locales. A pesar de la amplia victoria de las armas bolivarianas y del fracaso de la conspiración santanderista en su contra, el Libertador Presidente, cada vez más demacrado, aceptó el compromiso de restaurar las «libertades civiles» que reclamaban sus adversarios y acatar las decisiones de la convención constituyente que se reuniría en 1830.

No obstante, seguía convencido de que la república era la única posibilidad que tenían los colombianos para sobrevivir ante «una serie de amenazas dolorosas que no nos es dable desconocer», según le contó al general O’Leary en carta fechada en Guayaquil el 13 de septiembre de 1829: «Nuestra extensión exige una de dos especies de gobierno enteramente opuestas y ambas a dos extremadamente contrarias al bien del país: la autoridad real, o la liga general son las únicas que nos pueden convenir para regir esta dilatada región. Yo no concibo que sea posible siquiera establecer un reino en un país que es constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y las más numerosas reclaman esta prerrogativa con derechos incontestables, pues la igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza».⁹

9 Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 315.

Fue en esas condiciones, que algunos de sus colaboradores más cercanos comenzaron a coquetear con la idea de crear una monarquía en Colombia, a lo que se opuso Bolívar, como le aclaró oportunamente al representante del gobierno británico en Bogotá coronel Patrick Campbell en carta del 5 de agosto de 1829: «Lo que Usted se sirve decirme con respecto al nuevo proyecto de nombrar un sucesor de mi autoridad que sea príncipe europeo no me coge de nuevo, porque algo se me había comunicado con no poco misterio y algo de timidez, pues conocen mi modo de pensar». A renglón seguido añadió:

No sé qué decir a Usted sobre esta idea, que encierra en sí mil inconvenientes. Usted debe conocer que, por mi parte, no habría ninguno, determinado como estoy a dejar el mando en este próximo congreso, más ¿quién podría mitigar la ambición de nuestros jefes y el temor de la desigualdad en el bajo pueblo? ¿No cree Usted que la Inglaterra sentiría celos por la elección que se hiciera en un Borbón? ¿Cuánto no se opondrían todos los nuevos estados americanos, y los Estados Unidos que parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miserias a nombre de la Libertad? Me parece que ya veo una conjuración general contra esta pobre Colombia, ya demasiado envidiada de cuantas repúblicas tiene la América.¹⁰

Las desesperadas maquinaciones pro monárquicas de algunos de sus seguidores en Nueva Granada, cocinadas a sus espaldas y paradas en seco por Bolívar, tuvieron cierta circulación y contribuyeron a deteriorar la imagen del gobierno en momento de extremo agotamiento físico del Libertador Presidente.¹¹ Fue durante su atribulado retorno desde Guayaquil a Bogotá, fracasada la bochornosa rebelión del general Córdova en Antioquia, que le costó la vida en septiembre de 1829, cuando desautorizó en Popayán los proyectos monárquicos.

El asunto fue aprovechado por el gobierno de Estados Unidos para alentar campañas en contra del Libertador Presidente

10 *Ibid.*, pp. 278 y 279.

11 Incluso contribuyeron a crear una leyenda negra sobre las supuestas intenciones de El Libertador de coronarse emperador, como hizo Salvador de Madariaga en su mal intencionada biografía de Bolívar.

y sus partidarios. Uno de los protagonistas de esa política «disfrazada de exaltado republicanismo»,¹² fue el representante norteamericano en Bogotá, general William Henry Harrison, quien estuvo a punto de ser expulsado del país.

En ese enrarecido clima, el 20 de enero de 1830 comenzó a sesionar en la capital colombiana el llamado por Bolívar «Congreso Admirable», por la presencia de muchas personalidades distinguidas,¹³ ciudad a la que cinco días antes, visiblemente enfermo y con aspecto de anciano, entró por última vez en su vida. El cónclave postrero de la gran Colombia fue inaugurado por el propio Libertador Presidente y estuvo presidido por Sucre, al que calificó del más digno de los generales colombianos. Al cerrar su última alocución como mandatario dijo emocionado: «Compatriotas: Escuchad mi última voz al terminar mi carrera política; a nombre de Colombia os pido, os ruego que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos».¹⁴

La magna asamblea escuchó en abril la renuncia de Bolívar, quien deseaba evitar a la república colombiana un mayor desmembramiento o una nueva guerra intestina, pues ya Venezuela se separaba de la unión. La reunión concluyó con la adopción el 10 de mayo de una carta magna conciliatoria con la oposición santandrista no muy diferente a la adoptada en Cúcuta. Ante la decisión de retiro irrevocable de El Libertador, el propio congreso de Colombia, eligió a Joaquín Mosquera presidente y al general Domingo Caicedo de vice, ambos naturales de Cundinamarca, pues no hubo consenso para designar a Sucre en la primera magistratura.

Dos días antes de conocerse los resultados del llamado «Congreso Admirable», tras liquidar parte de sus pertenencias, se despidió de Manuelita y acompañado de unos pocos fieles amigos y la escolta militar se trasladó con mucha calma a Honda, en

12 Bushnell, *op. cit.*, p. 316.

13 Véase Ignacio Torres Giraldo, *Los Inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, Bogotá, Editorial Margen Izquierdo, 1973, t. 2 pp. 17-19.

Los diputados, elegidos a mediados de 1829 por un reglamento que eliminaba las restricciones establecidas a los militares en 1821, aumentó la edad mínima de los votantes a 25 años y la condición de disponer de una renta anual mínima de 180 pesos. Bushnell, *op. cit.*, p. 319.

14 Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 818.

medio del silencio hostil de sus enemigos. Desde allí, el 16 de mayo, emprendió en dos embarcaciones la ruta a la costa atlántica por el Magdalena, «el río que espera mis huesos para llevarlos como una hojarasca inútil» según presintiera dos años antes en Bucaramanga.¹⁵

Poco más de una semana después llegó a Cartagena, con la ilusión de abandonar el país. Durante la travesía, según relata uno de sus biógrafos, «*todos son homenajes, porque el pueblo continuaba leal. En Mompós se le recibe bajo palio y se le conduce a la iglesia parroquial con excepcional pompa*».¹⁶

Al llegar al litoral colombiano, su maltrecha salud había empeorado, teniendo que descansar en Cartagena, Soledad y Barranquilla, lugar este último donde permaneció por varios meses, recibiendo solo malas noticias. Fue en la costa atlántica donde conoció del terrible asesinato de Sucre ocurrido cuatro semanas atrás, el 4 de junio de 1830 en Berruecos, a quien consideraba su heredero político, «para privar a la patria de un sucesor mío», como escribió afligido al general Flores.¹⁷

Bolívar nunca supo que el propio Flores estaba involucrado en el crimen, por eso en misiva desde Barranquilla le comentó que esa región solitaria de Berruecos, donde emboscaron al Gran Mariscal de Ayacucho cuando se dirigía a Quito, era la «guardia de los monstruos» y añadió: «Venguemos a Sucre... Vénguese a Colombia que poseía a Sucre, al mundo que lo admiraba, a la gloria del ejército y a la santa humanidad impíamente ultrajada en el más inocente de los hombres. Toca a Usted, pues, lavar esta mancha execrable».¹⁸

Aunque la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho nunca se esclareció por completo, todo apunta que fue el propio Flores, en connivencia con el general Obando,¹⁹ los autores intelectua-

15 Perú de Lacroix, *op. cit.*, p. 193.

16 Rumazo, *op. cit.*, p. 347.

17 Carta del 1 de julio de 1830. En Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 433.

18 Misiva del 8 de noviembre de 1830, *ibid.*, p. 502.

19 La fundamentación de estas tesis en Enrique Ayala Mora, «El asesinato de Sucre», Enrique Ayala Mora, (editor), *Sucre, soldado y estadista*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 2009, pp. 187 y ss.

les, confabulados con grupos anti bolivarianos, para impedir su entrada en tierra quiteña. Su presencia era una potencial amenaza cuando el primero se disponía a proclamar, en una «junta de notables», la separación de los tres departamentos del Distrito del Sur de Colombia (13 de mayo de 1830), con el nuevo nombre de República del Ecuador, bajo su presidencia.

A su vez, Páez, que había reunido desde el 23 de noviembre de 1829 en Valencia su propio congreso separatista, restablecía la República de Venezuela el 6 de mayo de 1830.²⁰ En ambos territorios el descontento de sus élites era avivado no solo con el pretexto de la supuesta imposición de una monarquía, que reafirmaría el centralismo de Bogotá, sino también por el disgusto con el proteccionismo aduanero, que perjudicaba las exportaciones agrícolas y la insistencia de Bolívar en eliminar la esclavitud.

La sucesión de acontecimientos negativos, entre ellos el asesinato de Sucre, la salida definitiva de El Libertador, el creciente repunte de la facción santanderista, unido a la completa desintegración de la gran Colombia, provocaron la desesperada reacción de los más firmes bolivarianos. El batallón Callao, integrado mayoritariamente por militares venezolanos, descontentos con los planes del gobierno de Mosquera para licenciarlo, fue el primero en sublevarse.

Luego la rebelión se extendió a los partidarios de Bolívar en el Socorro, Tunja y otras provincias e incluso a los destacamentos armados estacionados en Guayaquil, Cuenca e Ibarra. La insurrección, en la que participó Manuelita Sáenz, culminó el 5 de septiembre de 1830 cuando el general venezolano Urdaneta se hizo cargo del gobierno de Bogotá, como Encargado del Poder Ejecutivo, con la ilusión de entregarlo a El Libertador. A los mensajeros que lo convidaron en Cartagena, tras breves vacilaciones, respondió categórico: «Mi gloria se compromete si acepto el mando haciéndome cómplice de una revolución que no puede dar buenos resultados. Yo he sido calumniado por simples sospechas,

20 Véase Bushnell, *op. cit.*, p. 320.

¿cuánto más no lo seré recogiendo por unos días el fruto de una transformación que no durará, pues someter por la fuerza los departamentos de Venezuela y el Ecuador es imposible».²¹

El energético rechazo a regresar al poder, pues ya no tenía deseos ni fortaleza física para semejante aventura, junto a la tenaz resistencia de los anti bolivarianos —entre ellos López en Popayán y Obando en Pasto—, echó por tierra los planes restauradores, algo que no sorprendió a Bolívar que lo había vaticinado al general Montilla: «La revolución de Bogotá no será más que una inmensa rueda, que estará rodando hasta que se acabe Colombia, y si Dios no viene, nadie la para».²² En ese contexto, le dijo al general Briceño Méndez en carta desde Cartagena sobre su estado de ánimo: «Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado».²³

Sin posibilidades de que hubiera un vuelco de la situación a favor de sus partidarios y considerando ya irreversible la partición definitiva de Colombia, escribió resignado al general Flores, situado al frente del separatismo en Quito: «Hágase la voluntad del Sur y llene Usted sus votos». Abatido también por un gran malestar provocado por el empeoramiento de su enfermedad y sumido en una profunda depresión, añadió en esa misma carta pesimista del 9 de noviembre de 1830, tras advertirle que «los pueblos son como los niños que luego tiran aquello por qué han llorado»:

Usted sabe que yo he mandado veinte años, y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1, la América es ingobernable para nosotros; 2, el que sirve una revolución ará en el mar. 3, la única cosa que se puede hacer en América es emigrar; 4, este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas: 5, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignaran conquistarnos; 6, si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América.²⁴

21 Citado por Rumazo, *op. cit.*, p. 351.

22 Carta del 10 de noviembre de 1830 en Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 505.

23 Misiva del 20 de septiembre de 1830, *ibid.*, p. 462.

24 *Ibid.*, pp. 501-502.

Trece días después, en otra misiva, le comentó al propio general Flores: «Mis males van de mal en peor, ya no puedo con mi vida, ni la flaqueza puede llegar a más».²⁵ Al general Briceño le contó resignado desde Barranquilla el 24 de noviembre: «para subir y bajar una escalera me causa tanta fatiga como me hubiera costado en otro tiempo subir el cerro más pendiente».²⁶ Cada vez más delicado de salud, el 1º de diciembre El Libertador se trasladó a Santa Marta, donde tuvieron que bajarlo del barco cargado en una silla.

Primero se alojó en el edificio de la Aduana, hasta que una semana después se mudó a la finca San Pedro Alejandrino del hacendado gaditano Joaquín Mier, en las afueras de la propia villa, con mejores condiciones para su atención. El francés Alejandro Próspero Révérend, con conocimientos de medicina, lo atendió en sus últimos momentos y le diagnosticó un antiguo padecimiento pulmonar para cuya curación, siguiendo los criterios de la época, indicó arsénico.

Al parecer, este remedio agravó la tuberculosis, que era su verdadera enfermedad, según el análisis científico efectuado a sus restos en Caracas (2010). El acelerado debilitamiento físico de El Libertador, cuyo peso se había reducido a treinta y ocho kilogramos, era también resultado de su profundo disgusto al contemplar impotente la destrucción de la obra a la que había consagrado su vida, que lo hizo exclamar angustiado que había arado en el mar y sembrado en el viento.

Abatido por tantos fatales sucesos, que sin duda agravaron los males que padecía, escribió en una última proclama, en la propia Quinta de San Pedro Alejandrino, una semana antes de su muerte: «Colombianos: Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdonó. ¡Colombianos! Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro».²⁷ Y luego de escuchar ese último mensaje

25 *Ibid.*, p. 514.

26 *Ibid.*, p. 516.

27 *Ibid.*, pp. 823-824.

que le leyó su secretario, exclamó: «A mi tumba, ahí es adonde me han llevado, pero los perdonó. Pido a Dios que me quede el consuelo de que se mantengan unidos».²⁸

La agonía se extendió hasta el 17 de diciembre de 1830, cuando Simón Bolívar falleció a la una de la tarde en la Quinta de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, casualmente el mismo día en que había fundado la República de Colombia en 1819, que también había dejado de existir. Al morir, con solo cuarenta y siete años de edad, estaba acompañado por Révérend, y sus edecanes, los más fieles altos oficiales de su ejército, junto a amigos íntimos.

Para que no fuera «enterrado en harapos», cuenta un biógrafo,²⁹ pues la «camisa estaba desgarrada y raída», el general José Laurencio Silva —uno de sus albaceas testamentarios, combatiente de Junín y Ayacucho— le puso una suya para el funeral, celebrado en la catedral de Santa Marta. La muerte de Bolívar en la Quinta San Pedro Alejandrino y la derrota de las tropas de Urdaneta en la batalla de Palmira (Cauca), el primero de febrero de 1831, frente al auto titulado Ejército de la Libertad de Obando y López, selló la suerte de sus últimos seguidores y, con ellos, la posibilidad del renacimiento de la gran Colombia.

28 Citado por Masur, *op. cit.*, p. 574.

29 *Ibid.*, p. 575.

EPÍLOGO

SIMÓN BOLÍVAR FUE, sin discusión, el principal artífice de la hazaña histórica de la liberación de buena parte de la América Hispana. Uno de sus más tenaces enemigos, el mariscal español Morillo, con razón lo consideró la encarnación misma de la revolución de independencia. Sin lugar a dudas, fue un genio militar y político, brillante estadista y comprometido luchador social, avalado por sus múltiples victorias de armas, ideales de integración hispanoamericana y programa democrático e igualitarista, bases para el desarrollo y el progreso socio-económico de lo que hoy denominamos América Latina.

El ejército bolivariano, obra de su creación personal, la única institución organizada en el campo patriota, asumió desde 1816 la iniciativa de las transformaciones revolucionarias avanzadas: abolición de la esclavitud y la servidumbre, eliminación de privilegios y gravámenes pre capitalistas, repartos agrarios y establecimiento de un régimen republicano democrático de gobierno. Con ese ideario radical, en gran medida nacido durante su provechosa estancia en Haití, una república de hombres libres sin paralelo entonces en el mundo, El Libertador logró cambiar la correlación de fuerzas a favor de la independencia con base en vertebrar un movimiento popular que se situó a la vanguardia a nivel continental, asentando el golpe decisivo a la dominación española en Nuestra América.

Los reveses y fracasos de las dos primeras repúblicas, limitadas por no tomar en cuenta las necesidades y problemas de las grandes mayorías de la población, fueron las premisas que

permitieron a Bolívar concretar un amplio bloque de clases anti-colonial en los territorios liberados por sus ejércitos, ampliando la base social de la lucha emancipadora tras objetivos más acordes a las necesidades históricas. A la formación de ese extendido frente poli clasista también contribuyó el terror contrarrevolucionario, desatado por los realistas en las áreas reconquistadas, que afectó sin distinción de clases o color de piel a los diferentes estratos de la sociedad.

La brutal e indiscriminada represión colonial creó poco a poco las condiciones para una mayor participación de las masas populares en la lucha independentista, al mismo tiempo que impulsó la radicalización de muchos dirigentes, como ocurrió con Bolívar. En esas nuevas circunstancias, supo darle a la emancipación el necesario contenido social que le faltaba, dotando de objetivos muy avanzados para su época a la liberación política, incluyendo leyes verdaderamente igualitaristas, de redistribución agraria y de liquidación del régimen de explotación basado en la esclavitud y la servidumbre. Pero según dejó anotado en su papeleería: «Toda revolución tiene tres períodos: la guerra, la reforma y la organización»,¹ y él sólo pudo conseguir a plenitud la primera en los campos de batalla, dejando a medias la segunda y sin poder completar la tercera.

Aunque la emancipación desató incontenibles ansias de justicia social y consiguió demoler el viejo régimen de castas y privilegios, al final no dio lugar a un cambio sustancial de las viejas estructuras económicas y sociales. La posibilidad histórica de realizar la independencia de España junto con una profunda transformación socio-económica, fue cortada de raíz por las élites criollas, que crearon las condiciones para destruir desde adentro el proceso de transformación y revertir las conquistas sociales, aún antes de conseguida la emancipación, incluyendo la atomización de las nuevas repúblicas.

Tras el programa social impuesto a la lucha emancipadora por las masas populares bajo la dirección de El Libertador, se produjo, cuando todavía no estaba consumada la derrota de España,

1 Citado por Mijares, *op. cit.*, p. 758.

el retroceso, pues para los grandes comerciantes, terratenientes enfeudados, ricos propietarios y plantadores esclavistas —que ocupaban el lugar que correspondía a una inexistente burguesía nacional— la revolución de independencia iba demasiado lejos. Los principales logros democráticos de la emancipación comenzaron a revertirse desde antes de terminada la contienda bélica, cuando los grupos conservadores de la aristocracia criolla, aliados al alto clero, aprovecharon la debilidad de los bolivarianos para ir paralizando o desvirtuando las principales conquistas populares. En ese proceso, los libertadores más consecuentes con los principios revolucionarios e integracionistas fueron divididos, arrinconados o apartados en forma violenta del poder, como ocurrió con Sucre y en cierta forma con el propio Bolívar.

Pero la frustración del programa bolivariano de la independencia, y su incapacidad para imponer un nuevo tipo de sociedad, raigalmente diferente a la colonial, no pueden opacar las trascendentales conquistas históricas de aquel acontecimiento, que ni el auge ulterior de la reacción clerical terrateniente de signo conservador pudo liquidar en forma completa. Por eso, el retroceso registrado en los alcances sociales y políticos de la emancipación de España, bajo la conducción de El Libertador, debe ser entendido solo en forma relativa, pues en modo alguno significó un regreso al mismo punto de partida, ya que la sociedad nunca volvió a ser la misma de antes, como sucedió, por ejemplo, en las zonas mineras y en las plantaciones de la gran República de Colombia.

En ese convulso escenario, aunque la esclavitud persistió jurídicamente, en la práctica el viejo régimen había quedado desarticulado para siempre y fue imposible restablecerlo a plenitud. Todavía en 1845 un hacendado neogranadino se quejaba de que al recuperar su hacienda solo encontró «unas pocas herramientas en muy mal estado, igualmente recibí muy pocos negros inválidos, por cuya razón existían, porque los mozos y alentados, unos se los había llevado el general Bolívar, y otros se hallaban prófugos en el monte».² Algo parecido sucedió con la población esclava

2 Tomado de Oscar Almario García, «Racialización, etnidad y ciudadanía en el Pacífico neogranadino, 1780-1830», en *La Independencia y transición a los estados nacionales en los países andinos: Nuevas Perspectivas*,

en Venezuela, que en 1829 se había reducido a un tercio de la existente antes del inicio de la independencia.³

Además, la guerra independentista terminó con un profundo desquiciamiento de la sociedad, que alteró la correlación de fuerzas de clase, cambió la ideología dominante, las mentalidades, la vida cotidiana y, en general, toda la supra estructura forjada durante varios siglos de colonaje. En síntesis, la magnitud de la lucha popular convirtió a la independencia en un movimiento social de profunda envergadura histórica al que la personalidad de El Libertador contribuyó de manera decisiva.

En este sentido, hay también que registrar el impulso dado al largo y complejo proceso de formación nacional, la eliminación definitiva de las formas más retrógradas de explotación —como la mita—, el establecimiento del sistema de gobierno republicano, el más avanzado entonces, y el principio de la igualdad legal, junto con la abolición de viejos tributos feudales, monopolios comerciales, títulos nobiliarios y el vejaminoso régimen de castas.

Aunque los resultados de la independencia —logró sus objetivos políticos, pero quedó muy por debajo en sus aspiraciones económicas y sociales— no dieran respuesta a todas las expectativas, ella constituyó, sin duda alguna, un importante paso de avance histórico. A pesar de sus incuestionables limitaciones, la emancipación, conseguida por Bolívar a costa de dramáticos sacrificios y de acontecimientos heroicos que no pueden olvidarse ni menospreciarse, fue un punto de inflexión en la historia del continente que dio inicio a la vida republicana de los países latinoamericanos, abriendo espacio a un amplio espectro de procesos sociales y revolucionarios que de otra manera no hubieran sido posibles o se habrían postergado durante mucho más tiempo.

Así lo comprendió el propio Libertador cuando, acosado en todas partes por sus implacables enemigos, declaró el 20 de enero de 1830, en mensaje al congreso constituyente de Bogotá

Bucaramanga (Colombia), Universidad Andina Simón Bolívar/Organización de Estados Iberoamericanos, 2004, pp. 326-343, *op. cit.*, p. 350.

3 Véase Izard, *El miedo a la revolución*, *op. cit.*, p. 177.

para renunciar al poder supremo: «¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás. Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y la libertad».⁴

4 Bolívar, *op. cit.*, t. III, p. 817.

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA, Arturo (1966). «*Don Dinero» en la independencia», Bogotá, Ediciones Lerner.*
- ABRIL, Mariano (1971). *Antonio Valero. Un héroe de la independencia de España y América*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña.
- ACOSTA SAIGNES, Miguel (1977). *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, La Habana, Casa de las Américas.
- ANDRADE REIMERS, Luis (1995). *Sucre en el Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional.
- ARZE AGUIRRE, René Danilo (1979). *Participación popular en la independencia de Bolivia*, La Paz, OES.
- AYALA MORA, Enrique (2009). «El asesinato de Sucre», en Enrique Ayala Mora (editor), *Sucre, soldado y estadista*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional.
- BARCIA ZEQUEIRA, María del Carmen (2011). *Acciones populares en tiempos de la independencia americana*, Matanzas, Eds. Matanzas.
- BLANCO FOMBONA, Rufino (1942). *Bolívar y la guerra a muerte; época de Boves 1813 1814*, Caracas, Impresora Unidos.
- BOHÓRQUEZ MORÁN, Carmen L. (2002). *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de la América Latina*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Universidad del Zulia.
- BOLÍVAR, Simón (s/f). *Obras completas*, Caracas, Editorial Piñango, 3 tt.

- BONILLA, Heraclio (1981). «Clases populares y Estado en el contexto de la crisis colonial», en *La Independencia en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- _____ y Spalding, Karen (1981). «La Independencia en el Perú: las palabras y los hechos», en *La Independencia en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- BOSCH, Juan (2003). *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- _____ (2005). *Bolívar y la guerra social*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega.
- BRISEÑO SENOSIAIN, Lillian; Solares Robles M. L. y Suárez de la Torre, L. (eds) (1985). *La Independencia de México: Textos de su historia*. México, Secretaría de Educación Pública.
- BRITO FIGUEROA, Federico (1966). *Historia económica y social de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- _____ (1985). «La emancipación nacional y la guerra de clases y castas», en *Acta Histórica*, n. LXXIX, Szeged.
- BUSHNELL, David (2007). *Simón Bolívar, proyecto de América*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.
- CACCIATORE, Giuseppe y Scocozza Antonio (comps.) (2008). *El Gran Majadero de América, Simón Bolívar: pensamiento político y constitucional*, Nápoles, La Cittá del Sole.
- CALDERAS, Freddy (1983). *Bolívar frente a Estados Unidos*, Maracaibo, Impresos Sur del Lago.
- CARDOZO UZCÁTEGUI, Alejandro (2015, enero-diciembre). «El adeudo abolicionista de Bolívar con Pétion visto desde el prisma historiográfico y epistolar», en: *Revista de Historia de América*, n.º 151, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- CASTELLANOS RUEDA, Rocío y Caballero Escorcia Boris (2010). *La lucha por la igualdad. Los Pardos en el proceso de independencia de Venezuela 1801-1812*, Archivo General de la Nación/Centro Nacional de Historia, Caracas.
- CARRERA DAMAS, Germán (1964). *Sobre el significado socioeconómico de la acción histórica de Boves*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.

- CARRERAS, Julio Ángel (1983). *Antología Bolivariana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- CHANU, Pierre (1981). «Interpretación de la independencia de América Latina», en *La Independencia en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
- CUEVAS CANCINO, Francisco (1976). *La juventud combatiente. Simón Bolívar, 1783-1815*, México, Secretaría de Educación Pública.
- CUÑO, Justo (2024). *El arte de sobrevivir en el mundo Don (Bueno) Ventura Pascual Ferrer, un cubano de ida y vuelta entre revoluciones (1772-1851)*, Madrid, Silex Ultramar.
- DENEGRI LUNA, Félix; Nieto Vélez, A. y Tauro A. (1972) *Antología de la independencia del Perú*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- DÍAZ-CALLEJAS, Apolinar (1997). *Colombia Estados Unidos, entre la autonomía y la subordinación. De la independencia a Panamá*, Bogotá, Planeta.
- ESCORCIA, José (1979). *Estructuras sociales en el valle del Cauca en la primera mitad del siglo XIX*, Cali, Universidad del Valle.
- FLORES GALINDO, Alberto (1984). *Aristocracia y Plebe. Lima 1760-1830, (Estructura de clases y sociedad colonial)*, Lima, Mosca Azul editores.
- FONER, Philip S. (1966). *Historia de Cuba y sus relaciones con los Estados Unidos*, La Habana, Editora Universitaria.
- FRANCO, José Luciano (1964-1965). *La batalla por el dominio del Caribe y el Golfo de México*, La Habana, Academia de Ciencias, 2 tt.
- _____(1975). *Armonía y contradicciones cubano-mexicanas (1554-1830)*, La Habana, Casa de las Américas.
- FRANK, Waldo (1967). *Nacimiento de un Mundo, Bolívar dentro del marco de sus propios pueblos*, La Habana, Ensayos.
- FUNDACIÓN POLAR (1988). *Diccionario de Historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Polar, 3 t.
- GALÁN, José María (1971). *Guerras de independencia en Hispanoamérica. 1810 1825*, La Habana, Pueblo y Educación.
- GALASSO, Norberto (2000). *Seamos libres y lo demás no importa nada. Vida de San Martín*, Buenos Aires, Ediciones Colihue.

- GARCÍA, Oscar Almario (2004). «Racialización, etnicidad y ciudadanía en el Pacífico neogranadino, 1780-1830», en *La Independencia y transición a los estados nacionales en los países andinos: Nuevas Perspectivas*, Bucaramanga, Universidad Andina Simón Bolívar/Organización de Estados Iberoamericanos.
- GARRIGÓ, Roque E. (1929). *Historia documentada de la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar*, La Habana, Imprenta El Siglo XX, 2 tt.
- GIL FORTOUL, José (1942). *Historia Constitucional de Venezuela*, Caracas, Editorial Las Novedades, t. I.
- GLEIJESES, Piero (1992). «The Limits of sympathy: The United States and the independence of Spanish America», en: *Journal of Latin American Studies*, Cambridge University Press, n.º 24.
- GONZÁLEZ, Margarita (1985). *Bolívar y la independencia de Cuba*, Bogotá, El Áncora Editores.
- GONZÁLEZ BARRIOS, René (2005). *Cruzada de Libertad. Venezuela por Cuba*, La Habana, Casa Editorial Verde Olivo.
- GRANADOS, Luis Fernando (2016). *En el espejo haitiano. Los indios del Bajío y el colapso del orden colonial en América Latina*, México, Ediciones Era.
- GRASES, Pedro (1981). *Preindependencia y emancipación (Protagonistas y testimonios)*, Barcelona, Editorial Seix Barral, t. III.
- GUERRA, Francois-Xavier (2001). *Modernidad e independencia. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GUERRA Y SÁNCHEZ, Ramiro (1964). *La expansión territorial de los Estados Unidos. A expensas de España y de los países hispanoamericanos*, La Habana, Editora del Consejo Nacional de Universidades.
- GUERRA VILABOY, Sergio (2000). *El Dilema de la Independencia. Las luchas sociales en la emancipación latinoamericana (1790-1826)*, Santafé de Bogotá, Ediciones Fundación Universidad Central.
- _____ (2005, mayo-junio). «Miranda en Cuba: un capítulo decisivo», en: *Cuadernos Americanos Nueva Época*,

- México, Universidad Nacional Autónoma de México, año XIX, n.º 111.
- _____ (2020). *Jugar con fuego*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- _____ (2024). *Cubanacán, la nación imaginada. Derrotero de Soles y Rayos de Bolívar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- GUTIÉRREZ RAMOS, Jairo (2004). «La provincia de Pasto (Colombia) en las guerras de independencia, 1809-1825», en *La Independencia de los Países Andinos: Nuevas Perspectivas*, Bucaramanga, Universidad Andina Simón Bolívar/Organización de Estados Iberoamericanos.
- HAMNETT, Brian R. (1978). *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. Liberalismo, realeza y separatismo, (1800-1824)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- HEREDIA, José Francisco (1986). *Memoria del regente Heredia*, Caracas, Biblioteca Academia Nacional de Historia.
- HEREDIA, José María (1832). *Lecciones de Historia Universal*, Toluca, Imprenta del Estado, t. 4.
- HERRERA TORRES, Juvenal (2004). *Bolívar y su Campaña Admirable*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- IBARRA CUESTA, Jorge (2018). *Simón Bolívar; entre Escila y Caribdis*, Santa Marta, Editorial Unimagdalena.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO (2023). *Por la Libertad, Bolívar y Méjico, Antología documental*, México.
- IZARD, Miguel (1979). *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela*, Madrid, Editorial Tecnos.
- _____ (2000). «Manipulando la memoria y ninguneando a la mayoría», en Manuel Chust (ed.), *Revoluciones y revolucionarios en el mundo hispano*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I.
- JIMÉNEZ FERNÁNDEZ, Manuel (1947). *Las doctrinas populistas en la Independencia de Hispanoamérica*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla.
- KLEIN, Herbert S. (1996). *Historia de Bolivia*, La Paz, Editorial Juventud.

- KOSSOK, Manfred (1968). *Historia de la Santa Alianza y la emancipación de América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Sílabo.
- LANDÁZURI CAMACHO, Carlos (1989). «La independencia del Ecuador (1808-1822)», en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Grijalbo, t. VI.
- _____ (2004). «Las primeras juntas quiteñas», en *La Independencia de los Países Andinos: Nuevas Perspectivas*, Bucaramanga, Universidad Andina Simón Bolívar/Organización de Estados Iberoamericanos.
- LARA, Jorge Salvador (1982). *La Revolución de Quito: 1809 1822 según los primeros relatos e historias por autores extranjeros*, Quito, Corporación Editora Nacional.
- LAVRETSKI, José Grigulievich (1974). *Miranda, la vida ilustre del Precursor de la Independencia de América Latina*, Caracas, Ediciones de la Contraloría.
- _____ (1982). *Simón Bolívar*, Moscú, Editorial Progreso.
- LECUNA, Vicente (1948). *La entrevista de Guayaquil. Restablecimiento de la verdad histórica*, Caracas, Academia Nacional de la Historia de Venezuela.
- LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio (2005). *Bolívar*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- LOVEMAN, Brian (2003). «El constitucionalismo andino, 1808-1880», en *Historia de América Andina*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, t. IV.
- LUCENA SALMORAL, Manuel (1986). *Vísperas de la independencia americana*: Caracas, Madrid, Editorial Alhambra.
- _____ (1990). *Características del comercio exterior de la provincia de Caracas durante el sexenio revolucionario (1807 1812)*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales.
- LYNCH, John (1985). *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*, Barcelona, Editorial Ariel.
- _____ (2009). *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, Barcelona, Crítica S. L.
- _____ (2019). *Simón Bolívar*, Bogotá, Editorial Planeta Colombiana, S. A.
- MADARIAGA, Salvador de (1975). *Bolívar*, Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 2 t.

- MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (2003). «La expresión de la guerra: El poder colonial. El Ejército y la crisis del régimen colonial», en *Historia Andina*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, t. IV.
- MARTÍ, José (1946). *Obras completas*, La Habana, Editorial Lex, 2 tt.
- MARQUÍNEZ ARGOTE, Germán (Selección de textos e introducción) (1983). *Filosofía de la Emancipación en Colombia*, Bogotá, Editorial El Buho.
- MARTÍNEZ GARNICA, Armando (2004). «Las juntas neogranadinas de 1810» en *La Independencia de los Países Andinos: Nuevas Perspectivas*, Bucaramanga, Universidad Andina Simón Bolívar/Organización de Estados Iberoamericanos.
- MASUR, Gerhard (1960). *Simón Bolívar*, México, Biografías Gandesa.
- MEJÍA, Gustavo Adolfo (1938). *El Estado Independiente de Haití Español*, Santiago, Editorial El Diario.
- MIJARES, Augusto (2021). *El Libertador*, Caracas, Comisión Presidencial Bicentenaria de la Victoria y la Batalla de Carabobo.
- MILLS, Nick D. (1989). «Economía y sociedad en el período de la independencia (1780-1845). Retrato de un país atomizado», en *Nueva Historia del Ecuador*, Quito, Grijalbo, t. VI.
- MIRANDA, Francisco de (1938). *Archivo del General Miranda*, Caracas, Tipografía Americana, 1938, t. XV.
- MIRANDA, Francisco de (1978). *Colombeia*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 13 tt.
- MITRE, Bartolomé (1950). *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, Talleres Gráficos Argentinos Rosso, 2 tt.
- MOLLIEN, Gaspard Theodore Conde de (1944). *Viaje por la República de Colombia en 1823*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- MORENO DE ÁNGEL, Pilar (1989). *Santander. Biografía*, Bogotá, Planeta.
- MOYNE, Augusto Le (1945). *Viajes y estancias en América del Sur, la Nueva Granada, Santiago de Cuba, Jamaica y el istmo de Panamá*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

- MÚNERA, Alfonso (1998). *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*, Bogotá, Banco de la República/El Áncora Editores.
- MUÑOZ, Lionel (2008, mayo-junio). «La conjura de 1808. ¿Pre-ludio de la independencia?», en *Memorias. El pueblo es la historia*, Caracas, Centro Nacional de Historia.
- NÚÑEZ SÁNCHEZ, Jorge (2011). *El Ecuador en la Historia*, Santo Domingo, Archivo General de la Nación.
- NÚÑEZ TENORIO, J. R. (1977). *Bolívar y la guerra revolucionaria*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- OCAMPO LÓPEZ, Javier (1982). «El proceso político, militar y social de la independencia», en *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, t. II.
- _____. (1982). *El proceso ideológico de la emancipación*, Bogotá, Editorial Colombia Nueva Ltda.
- _____. (1988). *Los catecismos políticos en la independencia de Hispanoamérica. De la Monarquía a la República*, Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- OVANDO SANZ, Jorge Alejandro (1986). *La invasión brasileña a Bolivia en 1825*, La Paz, Librería Editorial Juventud.
- PACHECO FRANCISCO (1973). «Cuba y la solidaridad latinoamericana», en María Cristina Llerena (comp.), *Sobre la guerra de los 10 años. 1868-1878*, La Habana, Edición Revolucionaria.
- PÁEZ, José Antonio (1916). *Memorias del general José Antonio Páez: Autobiografía*. Editorial-América.
- PÁEZ, José Antonio (1946). *Autobiografía*, Caracas, Librería y Editorial del Maestro.
- PALACIO FAJARDO, Manuel (1973). *Revolución en la América Española*, Caracas, Concejo Municipal del Distrito Barinas.
- PÉREZ GUZMÁN, Francisco (1988). *Bolívar y la independencia de Cuba*, La Habana, Editorial Letras Cubanias.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, Gustavo (2020, 17 de septiembre), «Xavier Mina se reúne con Simón Bolívar en Haití» en Relatos e historias en México [web]. Disponible en: <https://relatosehistorias.mx/nuestras-historias/xavier-mina-se-reune-con-simon-bolivar-en-haiti>

- PERÚ DE LACROIX, Luis (2010). *Diario de Bucaramanga, Vida pública y privada del Libertador Simón Bolívar*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana.
- PICÓN SALAS, Mariano (1972). *Miranda*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- PINO ITURRIETA, Elías (1991). *La mentalidad venezolana de la emancipación*, Caracas, Eldorado Ediciones.
- _____. (2003). «La independencia desde el norte», *Historia de América Andina*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, t. IV.
- PIVIDAL, Francisco (1977). *Bolívar: pensamiento precursor del antíperialismo*, La Habana, Casa de las Américas.
- _____. (1982). *Bolívar. Primeros pasos hacia la universalidad*, La Habana, Gente Nueva.
- _____. (1995). «Las luchas independentistas: un ejemplo de solidaridad entre Cuba y Colombia», en *Cuba-Colombia, una historia común*, Bogotá, Editorial Universidad Nacional.
- POLANCO ALCÁNTARA, Tomás (2004). *Simón Bolívar. Ensayo de una interpretación biográfica a través de sus documentos*, Barcelona, Morales i Torres Editores.
- PONTE DOMÍNGUEZ, Francisco J. (1960). *José Antonio Miralla y sus trabajos*, La Habana, Publicaciones del Archivo Nacional de Cuba.
- PORTILLO VALDÉS, José M. (2006). *Crisis Atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Fundación Carolina. Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos/Marcial Pons Historia.
- PORTUONDO, Olga (2008). *Cuba, constitución y liberalismo (1808-1841)*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, t. I.
- QUINTERO, Inés (1998). *Antonio José de Sucre. Biografía política*, Caracas, Academia Nacional de la Historia.
- RAMOS, Jorge Abelardo (1973). *Historia de la Nación Latinoamericana*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, S.R.L., t. I.
- RAMOS GUÉDEZ, José M. (1999) «Simón Bolívar y la abolición de la esclavitud en Venezuela 1810-1830. Problemas y frustración de una causa», en: *Revista de Historia de América*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, n.º 125.

- RESTREPO, José Manuel (1942). *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional*, Bogotá, Banco de la República, 3 tt.
- _____ (1954). *Diario político y militar. Memorias sobre los sucesos importantes de la época para servir a la historia de la Revolución de Colombia y de la Nueva Granada desde 1819 para adelante*, Bogotá, Impresora Nacional, 2 tt.
- ROCA, José Luis (1998). *1809. La Revolución de la Audiencia de Charcas en Chuquisaca y en La Paz*, La Paz, Plural Editores.
- RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio (1971). *Santo Domingo y la Gran Colombia, Bolívar y Núñez de Cáceres*, Santo Domingo, Editora del Caribe.
- RODRÍGUEZ GELFENSTEIN, Sergio (2018). *La controversia entre Bolívar e Irvine. El nacimiento de Venezuela como actor internacional*, Caracas, Vadell Hermanos Editores.
- _____ (2022). *La marcha majestuosa. El encuentro entre Bolívar y San Martín en Guayaquil*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana/Centro de Estudios Simón Bolívar.
- _____ (2024). *Ayacucho. La más gloriosa victoria del Nuevo Mundo*, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- RODRÍGUEZ O., Jaime (2003). «Las primeras juntas autonomistas 1808-1812», en *Historia de América Andina*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, t. IV.
- ROEL, Virgilio (1971). *Los libertadores*, Lima, Editorial Gráfica Labor.
- ROIG DE LEUCHSENRING, Emilio (1956). *Bolívar, el Congreso Interamericano de Panamá en 1826, y la independencia de Cuba y Puerto Rico*, La Habana, Oficina del Historiador de la Ciudad.
- ROJAS, Reinaldo (1997). *El 19 de abril de 1810*, Barquisimeto, Fondo Editorial Buría.
- ROLDÁN OQUENDO, Ornán (1974). *Las relaciones entre México y Colombia 1810-1862*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores.
- RUMAZO GONZÁLEZ, Alfonso (2006). *Simón Bolívar (biografía)*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República.

- SAN MARTÍN, José de (1910). *San Martín, su correspondencia, 1823-1850*, Madrid, Bailly-Bailliére.
- SAN MARTÍN, José de (1979). *Proclamas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- SÁENZ, Manuela y BOLÍVAR S. (2022). *Las más hermosas cartas de amor entre Manuela y Simón, acompañadas de los diarios de Quito y Paita, así como de otros documentos*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana.
- SANTA CRUZ, Andrés de y SANTA-CRUZ SCHUHKRAFFT, A. (1976) *Archivo histórico del mariscal Andrés de Santa Cruz*, La Paz, Universidad Mayor de San Andrés, t. I.
- SANTANDER, Francisco de Paula (1942). *Cartas de Santander*, Caracas, Lit. y Tip. del Comercio, t. I.
- SANTOVENIA, Emeterio S. (1935). *Bolívar y las Antillas hispanas*, Madrid, Espasa Calpe S.A.
- SANTOS VARGAS, José (2008). *Diario de un combatiente de la Guerra de Independencia americana; desde el año 1814 hasta el año 1825*, La Paz, Bolivia, Plural Editores.
- SEVILLA SOLER, Ma. Rosario (1986). *Las Antillas y la independencia de la América española, 1808-1826*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos.
- SOTOMAYOR GUTIÉRREZ, Luis Alberto (1972). *La Acción Emancipadora del Perú antes de la llegada de la Expedición Libertadora*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la independencia del Perú.
- THIBAUD, Clément (2003). *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, Editorial Planeta.
- TORRES GIRALDO, Ignacio (1973). *Los Inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, Bogotá, Editorial Margen Izquierdo, t. 2.
- URRUTIA, Jaime (2022). *Los caminos de la libertad*, Lima, Ministerio de Cultura.
- USLAR PIETRI, Juan (2014). *Historia de la rebelión popular de 1814*, Caracas, Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- VARGAS MARTÍNEZ, Gustavo (1985). *Reflexiones sobre el sueño bolivariano de la patria grande*, México, Editorial Domes.

- _____ (1991). *Bolívar y el poder. Orígenes de la Revolución en las Repúblicas entecas de América*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- VIVANCO, Julián (1958). *José Antonio Miralla. Precursor de la Independencia de Cuba*, La Habana, Editorial El Sol, 4 tt.
- VV.AA. (2010). *Documentos sobre el Congreso Anfictiónico de Panamá*, Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho.
- WITTMAN, Tibor (1979). *Estudios Económicos de Hispano América Colonial*, Budapest, Editorial de la Academia de Ciencias de Hungría.
- YEPES, J. M. (1955). *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas 1826-1934. El genio de Bolívar a través de la historia de las relaciones internacionales*, Caracas, Talleres de Cromotip, t. I.
- ZEUSKE, Michael (2014). *Simón Bolívar. History and Mith*, Princeton, Markus Wiener Publishers.

ÍNDICE

Prefacio <i>Sergio Guerra Vilaboy</i>	9
Introducción	15
Capítulo I Del más violento amor a las ideas políticas	23
Capítulo II República aérea	41
Capítulo III Metido a alfarero de repúblicas	57
Capítulo IV La guerra civil debía encenderse entre nosotros	73
Capítulo V La República más democrática del mundo	85
Capítulo VI Debemos triunfar por el camino de la revolución y no por otro	101
Capítulo VII Necesitamos de la igualdad para refundir	115
Capítulo VIII Me pone en el caso de redondear a Colombia	127

Capítulo IX	
A la patria de nuestros vecinos del sur	147
Capítulo X	
En el Perú una victoria acaba la guerra de América	161
Capítulo XI	
No podemos chocar con el Gobierno de los Estados Unidos	175
Capítulo XII	
Una nación de repúblicas	191
Capítulo XIII	
El fuego de la discordia	203
Capítulo XIV	
Estoy resuelto a morir entre las ruinas de Colombia	223
Epílogo	235
Bibliografía	241

Él es la revolución
Biografía política de Simón Bolívar
Se imprimió en el mes de junio de 2025
en los talleres los talleres gráficos de
IMPRESOS CANAIMA, C.A.
Caracas - Venezuela

ÉL ES LA REVOLUCIÓN. BIOGRAFÍA POLÍTICA DE SIMÓN BOLÍVAR

El 27 de noviembre de 1820, en la localidad trujillana de Santa Ana, se produjo el histórico encuentro entre el capitán general español Pablo Morillo y Simón Bolívar, el entonces presidente de la República de Colombia. El Libertador, vestido con levita azul y gorro de campaña, montado en una mula y con una reducida escolta, se presentó ante Morillo, quien lo esperaba engalanado, luciendo todas sus condecoraciones y escoltado por un regimiento de húsares. Al verlo acercarse, Morillo salió a su encuentro y los dos jefes desmontaron y se abrazaron. Tan impresionado quedó el jefe realista, que, en informe reservado a su gobierno, anotó: «Él es la revolución», definiendo a la principal figura de la independencia de las colonias españolas, a las que también se propuso transformar desde el punto de vista social y económico.

En *Él es la revolución*, Sergio Guerra Vilaboy nos entrega a un Bolívar en su contexto histórico, un personaje nunca divorciado de la realidad que le circundó y que responde a las vicisitudes de su hora. A partir de su copiosa correspondencia, de diversas fuentes biográficas y de estudios especializados, el historiador cubano reconstruye y examina el ideario político del Libertador, sus fundamentos emancipadores y su excepcional protagonismo en la historia decimonónica de nuestro continente.

SERGIO GUERRA VILABOY

Doctor en Historia por la Universidad de Leipzig (Alemania), es profesor titular de Historia de América Latina, director del Departamento de Historia de la Universidad de La Habana y del programa de doctorados en la misma casa de estudios. Presidente de honor de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (Adhilac) y académico de número de la Academia de la Historia de Cuba. Coordinó y es autor de los cinco tomos de la *Nueva Historia Universal* (2022). Acumula en su haber varios premios y reconocimientos a su trayectoria: Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas (2018), Premio Anual de la Academia de Ciencias de Cuba en cuatro ocasiones, la más reciente por su obra *Historias asombrosas de América Latina* (Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022) y la Orden Frank País en primer grado, otorgada por el presidente de la República de Cuba en 2023.



9 789800 125120



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA